

Amara Castro Cid

Autora de *El tiempo suficiente* y

Con esto y un bizcocho

AQUELLO QUE GUARDAMOS



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Amara Castro Cid

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Diseño de portada: Rubén García
Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 978-84-1181-894-0

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

*A mi «tía» María Rita.
Siempre nos dio tanto a cambio de nada que me he permitido robarle parte de su historia como
inspiración para esta novela.*

«Hay pocas cosas más dolorosas que cuando alguien desaparece de tu vida sin dar explicaciones».

Atlas. La historia de Pa Salt, Lucinda Riley y Harry Whittaker

PRIMAVERA DE 1945

Recorro el lateral del claustro intentando no pisar las sombras que proyectan las columnas. Hace años que Cristina se inventó que da mala suerte. «Si las pisas, no te adopta nadie». Sé que es una solemne estupidez. Además, estoy a punto de cumplir los dieciséis y, dentro de nada, abandonaré el convento para empezar una vida nueva. Sin embargo, voy alternando pasos cortos y largos, por pura costumbre. La puerta del fondo está entornada. Me asomo.

—Buenos días, sor Mercedes, ¿me mandó llamar?

—Rita, querida, pasa.

—Con permiso.

Sor Mercedes está sentada en una silla junto a la ventana, hilvanando el bajo de un camisón. Seguramente lo habrá confeccionado con restos de una sábana vieja. Es una artista aprovechando cualquier retal que llegue a sus nudosas manos. Nadie se explica cómo puede seguir cosiendo tan bien a su edad. Ella fue quien me enseñó a bordar cuando yo aún no sabía ni escribir. No sé si esa habilidad me será muy útil en mi nueva casa, ¿quién sabe? Levanta la vista de la labor y se queda mirándome.

—¡Cuánto vamos a echarte de menos! —dice con sincera tristeza.

—Yo más —respondo con sentimientos encontrados.

Me cuesta decidir si estar contenta por mi libertad o apenada por dejar atrás mi vida entera. Voy alternando momentos de euforia con otros de disgusto e inquietud. Me voy con toda mi ilusión, pero es tanto lo que quedará entre estas paredes...

—A ti se te pasará pronto. En cuanto te acostumbres a tu nueva vida, no seremos más que un recuerdo borroso. Aunque eso está bien, es mejor así. —Suspira—. Y, ahora, vamos a lo que corresponde. No te vamos a mandar a La Guardia con esos trapos que ya no pueden estar más gastados. Voy a darte ropa nueva. Bueno, nueva... Ya sabes, de la que haya en el ropero. Esta vez, vas a poder elegirla tú, ¿cómo lo ves?

—¿En serio?

—Completamente. Acompáñame, anda.

Se dirige al fondo del cuarto de costura y abre la puerta del ropero haciendo un sonido como de redoble de tambores para darle emoción al momento. Hay tres pasillos de estanterías. Más de la mitad están vacías. Cada estante se ha marcado con una pizarra pequeña en la que se detallan tallas y medidas. Sor Mercedes se encarga de adjudicar las prendas de ropa a cada niña según las necesidades que vayan surgiendo. Nadie entra aquí, excepto ella y sor Águeda, que lleva el inventario. La sigo hasta el fondo. Nos paramos ante el letrero que indica: «Mayores de 15».

—Como eres un poco canija, puede que lo de esta zona te venga grande, pero todavía hay tiempo para hacer algún arreglo y es mejor que te sobre tela en los dobladillos, no vayas a necesitarla después. Además, seguro que estás a punto de dar el estirón que te falta.

Alargo la mano para tocar un vestido de flores malvas. Me encanta.

—¿Te gusta ese? Subiéndole un poco los bajos, te sentará de maravilla. Pruébate esta chaqueta.

Ya sé que no es malva, pero el rosa combina bien, ¿no crees?

No me gusta tanto la chaqueta como la sensación de ser adulta. Es la primera vez que sor Mercedes me pide opinión. Cuando la ropa ya no puede más, de vieja o de tamaño, nos manda llamar y, desde la puerta, nos da lo que hay, y punto.

—En La Guardia entran muchas nieblas por la desembocadura del Miño. A ver si encontramos por aquí algo de abrigo que puedas dejar para el invierno. No necesitarás mucha ropa, en la casa tendrás que usar el uniforme que te proporcionen. Y que no me entere yo de que no lo llevas impecable, ¿entendido?

Me fastidia tener que volver a escuchar el tono con el que les habla a las pequeñas, pero asiento.

—Le dirán de mí que llevo el uniforme impoluto, se lo aseguro.

—Siempre has sido una niña limpia y ordenada. Espero que lo sigas siendo.

No me puedo contener.

—Seré una mujer limpia y ordenada.

Sor Mercedes, lejos de enfadarse por la respuesta, me sonrío con ternura.

—Hija mía, bendita ignorancia. Una no se convierte en mujer por cumplir dieciséis.

—Puede que no, pero dentro de una semana, estaré valiéndome por mí misma, tendré un trabajo y ganaré mi dinero, ¿eso tampoco me convierte en mujer?

—Tal vez sí, hija, y es una pena —dice negando con la cabeza—. Una pena.

—Pues yo tengo muchas ganas, sor Mercedes. Ya verá cuando ahorre y consiga tener mi propia tienda y venga usted a verme... ¡Qué orgullosa se va a sentir!

—Ojalá. Dios te ayude.

Me da un abrazo sin venir a cuento. A todas nos gustan más sus abrazos en invierno, porque son apretados y dan calor. Aunque la temperatura de inicios de mayo sea veraniega, lo agradezco y lo alargo todo lo posible para recordarlo mejor.

Elijo varias prendas de ropa. Entre ellas, un vestido azul que a Aurora le va a encantar cuando lo vea. Cuando sor Mercedes considera que es suficiente, pasamos a un cuartito pequeño, escondido en un lateral de la estancia, para escoger unos zapatos.

—¿Qué número calzas?

Levanto una de mis viejas botas de cordones para ver la suela. Está tan gastada que no se puede ver ningún número en ella. En la otra, lo mismo, aunque esta luce, además, un enorme agujero.

—¡Ay, alma de cántaro...! ¿Cómo no me habías dicho que tenías el calzado en ese estado? ¿No ves que, si llueve, te empapas y te coges una pulmonía?

—Es que me gustan. No quiero que me las cambien.

—Déjate de tonterías y haz memoria. ¿Número?

—Creo que era el treinta y cinco.

Sor Mercedes me señala un estante.

—Me temo que solo tenemos los mocasines de la difunta sor Benedicta, que Dios la tenga en su gloria.

—No se ofenda, pero prefiero mis botas viejas, gracias.

—Como comprenderás, sor Engracia no va a consentir que abandones el convento con unas botas llenas de agujeros... Un poco de dignidad, hija.

—No están llenas, solo es uno.

—Que ocupa media suela.

—No es para tanto y, además, no se ve.

—Pruébate estos. Son los que hay.

Intento pensar otra excusa mientras me desato los cordones.

—¿No debería llevar un número más para cuando dé el estirón?

Sor Mercedes duda. Se mueve un paso hacia atrás para echar un vistazo al estante del treinta y seis.

—No sería tan descabellado si hubiese alguno. Lo que pasa es que no hay ni un par. Ya sabes que lo que más tenemos son números pequeños. Las familias guardan el calzado para cuando van creciendo los hermanos y a nosotras solo nos llegan los que ya no le sirven al hijo menor.

—Ya...

Empiezo a resignarme. Me calzo, con esfuerzo, los mocasines de monja muerta y sonrío aliviada.

—Tendré que llevar mis botas, sor Mercedes. Estos me aprietan.

Se agacha para palparme la punta de los dedos.

—Anda, anda, déjate de cuentos y dame esas botas que voy a usarlas para avivar el fuego de la cocina.

—De verdad que me quedan pequeños.

—A ver, camina un poco.

—No me molestan en la punta, lo que aprieta es el talón.

—Entonces usarás tus botas esta semana y, en cuanto tenga tiempo, te los arreglaré, que ahora se nos hace tarde para el rosario.

—¿Y no sería mejor arreglar las botas?

—Mira que eres terca, Rita. ¿No ves que no es solo el agujero? Pero si dan ganas de darte una moneda cuando pasas... Vas a ir a una casa de una familia de bien. Agradecerás que no te juzguen como si fueras una maleante. Hazme caso. Te haré un corte de nada en forma de uve en el talón y con eso será suficiente. Ni se notará.

Me descalzo sintiéndome frustrada. Recojo los mocasines y se los entrego a sor Mercedes.

—Me quedarán perfectos con el vestido de flores —bromeo.

—Así me gusta, hija. —Me acaricia la cabeza sin haber captado la ironía—. A sor Benedicta le encantaría saber que los has heredado tú, con lo mucho que te quería... Bueno, todas te queremos, ya lo sabes. Sor Engracia se ha desvivido para encontrarte esa casa. Vas a estar muy bien, ya verás. Átate ese cordón, no vayas a tropezar, y espabila, Rita, que empieza el rosario.

Ahueco mi almohada por última vez. Aurora me ayuda a alisar la colcha. Alargamos el tiempo planchando cada arruga con la mano. Permanecemos en silencio, no por no despertar a las demás niñas, sino porque es hora de despedirse y no queremos hacerlo. La luz de la luna se cuela por los ventanales iluminando tenuemente la habitación. La que hoy deja de ser mi cama es la que está más cerca de la puerta, en la fila de la izquierda, al lado de la de Aurora. Enfrente, la de sor Mercedes ya está hecha. Hace un buen rato que se ha levantado y se me ha acercado. Me he hecho la dormida para no llorar y ella se ha ido. Me habría gustado decirle que voy a echar de menos hasta sus ronquidos. No quiero que me pase lo mismo con Aurora. Tengo que decirle cuánto la quiero. ¿Y si no la vuelvo a ver?

—Vendré a visitarte en cuanto pueda.

Un nudo en la garganta me impide decir nada más allá de esa triste frase.

—No tardes.

Sé que a ella le está costando tanto como a mí. Logro responderle para aportar un poco de esperanza.

—Te buscaré un buen trabajo. Juntas para siempre.

Nos cogemos las manos. Es ella quien lo dice:

—Te quiero mucho, Rita, no lo olvides.

El nudo se agranda, pero sé que tengo que ser fuerte.

—Yo a ti más. Ojalá pudiera llevarte conmigo.

Aurora se gira, rebusca debajo de su colchón y me entrega unos guantes de piel.

—Sabes que no puedo quedármelos —susurro.

—No seas estúpida —me reprocha, cuidándose también de no levantar la voz—. Tienes que ir bien guapa. ¿No te dijo sor Engracia que la primera impresión cuenta mucho?

—Se refería a que no me ponga a comerme las uñas cuando conozca a la señora.

—Pues nada mejor que llevar guantes.

Sé de dónde los habrá sacado, pero son tan elegantes que no me resisto a probármelos. Separo los dedos para ver el efecto de la piel negra brillando en mis manos.

—Son muy finos.

—Y de tu talla, que tengo buen ojo.

Tiene razón, me quedan que ni pintados y pareceré una señorita. Me cuenta que vio la oportunidad de hacerse con los guantes de doña Clotilde durante la misa. Lo que me había imaginado. No es la primera vez que pasa el cepillo de las limosnas y guarda en él algún objeto abandonado sobre un banco. Esconde su colección de tesoros junto al gallinero. Tras un batiburrillo de tejas abandonadas, una lata de galletas hace de cofre para tres abanicos, un misal con la tapa de nácar, un par de botones y un cochecito de madera. Dice que pensaba regalarme el misal, pero cuando vio los guantes, no lo dudó. Imitando la voz de sor Engracia, me guiña un ojo y añade solemne:

—La Divina Providencia ha querido obsequiarte con un toque de distinción para este día tan señalado.

Se me escapa una carcajada y María se revuelve entre las mantas emitiendo un sonido de protesta.

—¡Silencio! —murmura Cristina, entre sueños, desde la cama de al lado de la de sor Mercedes. Las echaré de menos a todas, creo que incluso a Cristina.

—Vale, los usaré hoy—le digo al oído a Aurora—, pero vendré a visitarte pronto y te los traeré para que se los devuelvas a su dueña.

Nos fundimos en un largo abrazo. No quiero llorar, pero siento cómo me rompo mientras ella me consuela acariciándome la espalda. Me invade un miedo que no le puedo confesar. Mi vida va a cambiar por completo y quizá me convierta en otra, una Rita diferente con una vida propia. ¿Seré la misma fuera del convento, lejos de Aurora? ¿Y si no pudiese volver a verla? Intento ocultar las lágrimas girándome para coger el bolsón de encima de la cama. Aunque no quiero que esto se alargue, le doy un último abrazo.

—Te quiero mucho —soy capaz de susurrarle.

Ella me retiene a su lado. Tengo que ser fuerte.

—Vendré a visitarte mientras tengas que estar aquí y te prometo que te encontraré un buen trabajo, cerca de mí, para cuando salgas.

—Júramelo.

—Te lo juro —le digo sin dudarlo—. Volveremos a estar juntas. Un año pasa volando, ya verás.

—No me olvides, Rita, por favor, te lo suplico.

—Claro que no, tonta. Y ahora suéltame, que me vas a asfixiar.

Me alegra ver que la he hecho sonreír. Tengo que irme ya, o perderé el coche de línea.

—Te quiero, no lo olvides —le repito antes de lanzarle un último beso fugaz por el aire mientras me alejo.

Salgo de la habitación de puntillas y, en cuanto estoy en el descansillo, echo a correr escaleras abajo.

En la entrada, sor Engracia me espera con la puerta entreabierta.

—Venga, Rita, que es tarde —me reprende.

No sé cómo despedirme de ella. Nunca le he dado un abrazo, pero me apetece hacerlo. Parece que me lee el pensamiento porque abre los brazos cuando me aproximo. Es un contacto breve y torpe, nada que ver con el de Aurora, pero lo agradezco igualmente.

—¿Llevas el papel y los sobres que te di?

—Sí, claro.

—¿El dinero?

—También. Bien guardado.

—Recuerda que es para el billete de autobús y para los sellos. No vayas a gastarlo en tonterías. Cuando lleves un mes trabajando tendrás tu propio dinero. Hasta entonces, tendrás comida y cama, no necesitarás más. Escríbenos en cuanto puedas. Estaremos deseando saber de ti.

Me quedo esperando porque me da la sensación de que quiere decir algo. Ella me observa en silencio, como si quisiese guardar un recuerdo de este momento.

—¿Puedo irme ya?

—Claro, ve con Dios, Rita. Y no te demores por el camino, que el tiempo apremia. Que la Virgen te proteja.

—Igualmente, sor Engracia. Escribiré pronto.

Me abre la puerta de par en par y salgo al rocío del amanecer.

No mires atrás, me digo, no lo hagas. Atravieso el jardín en el silencio de la madrugada y alcanzo el picaporte de la verja. Me voy para siempre. Antes de cerrar la cancela echo un vistazo al edificio e intento grabar los colores del rosetón y la silueta de la espadaña. Inspiro conscientemente para atrapar el aroma de los mirtos. Sor Engracia todavía está bajo el dintel. Se pasa un pañuelo por debajo de los ojos. No sé bien si está llorando o si solo es su gesto habitual de secarse el lagrimal que tantas molestias le causa. Yo no pienso llorar más, no señor. No puedo olvidar que hoy es un gran día. Me despido de ella agitando la mano y cierro la puerta con cuidado antes de empezar a recorrer el camino hacia esa libertad que tanto me apetece y, a la vez, tanto miedo me da.

Doblo la esquina apresuradamente y me pongo los guantes que me ha regalado Aurora. Quiero pensar que no es pecado usar algo robado, pero no encuentro el modo de exculparme. Ya me confesaré. De momento, lo fundamental es causarle una buena impresión a esa tal doña Laura.

Apuro el paso, aunque no hay una sola zona de los pies que no me duela. Si pierdo el coche de línea, sor Engracia me matará. Me entran ganas de ponerme a llorar por mis viejas botas, pero en este momento tan crucial, qué más dará si el calzado me aprieta. Tampoco es relevante que odie estos zapatos heredados de una monja muerta, ¿acaso no he heredado también el nombre de la hermana Rita? Solo me importa llegar a tiempo a la parada y subirme a ese autobús para comenzar mi vida más allá de los muros del convento. Agradezco que la luz empiece a despuntar. Ha llovido y hay charcos por todas partes. Centro mi atención en el camino para no meter un pie donde no debo. No he pegado ojo en toda la noche, sin embargo, no tengo sueño, el miedo me mantiene alerta. No sé exactamente qué es lo que temo, pero sor Isabel me ha dicho tantas veces que tenga cuidado, que rezará por mí para que no me ocurra nada... «Ya sabes, niña, cosas que pasan, no quiero ni pensarlo».

El bolsón no me pesa. Todo lo que tengo cabe dentro de un trozo de tela. En realidad, nada es propiamente mío. He tenido bastante suerte con lo que había en el ropero. No es que yo sea la preferida de sor Mercedes, como dice Aurora. A veces, alguna familia dona ropa en buen estado y resulta que es de tu talla, como me ha pasado a mí. El domingo me voy a poner el vestido azul para ir a misa, eso seguro, el de flores malvas lo dejaré para alguna celebración importante. Ojalá hubiera sido igual de afortunada con los zapatos.

Cuando por fin alcanzo la carretera, veo que hay una sombra que va y viene paseando por delante de la marquesina. Parece que hay alguien que está tan nervioso como yo. Al acercarme, compruebo que es una mujer muy guapa, pero lleva un vestido negro tan raído que oculta su belleza. Le doy los buenos días y me responde con un sonido que no incluye ninguna palabra reconocible. No soy capaz de dejar de mirarla. Si estuviese aquí sor Engracia ya me estaría regañando. Dice que cualquier día alguien me va a dar una bofetada y estará bien dada porque una no puede quedarse con la vista fija en la misma persona durante más de un par de segundos. La teoría me la sé, sí. Ella se observa el vestido y detiene sus pasos para apostarse detrás de la columna de la marquesina. El banco está vacío. Me siento con la esperanza de que no haya pasado todavía el autobús. El hecho de que esté aquí esta mujer me hace pensar que he llegado a tiempo. Veo a lo lejos la silueta. Me levanto y alzo el brazo tal como me ha explicado sor Isabel que debía hacer. Se detiene. Espero a que entre la señora primero. Tras un par de segundos, ella empieza a andar en dirección contraria. El conductor me azuza con otro sonido gutural. Subo pensando que el mundo fuera del convento va a ser más difícil de entender de lo que me había

imaginado.

—Buenos días. Va a La Guardia, ¿verdad? —pregunto para asegurarme.

—Sí.

—Pensaba que esa señora también estaba esperando —le comento al conductor mientras él cuenta las monedas que me ha dado sor Engracia para el billete.

—Viene a diario. Está esperando a su hijo. Él cogió un autobús a Vigo para embarcarse hará unos tres años y nunca regresó. Esa santa madre se resiste a pensar que se lo haya llevado la mar. Aunque aquí todos sabemos que no va a llegar el día en el que la pobre lo vea bajarse de mi autobús ni de ningún otro.

Recojo el papel que me extiende suponiendo que ese será el famoso billete. Sor Isabel me dijo que podría elegir el sitio. Hay pocos viajeros y todos se han sentado solos. Hago lo mismo que ellos. Donde fueres haz lo que vieres, me digo. Me instalo justo detrás del conductor, en el asiento de la ventanilla, y pongo el bolsón al lado. No me fijo mucho en el paisaje porque mi mente se ha quedado atrapada en esa madre. ¿Cómo puede haber madres tan diferentes? Cuando yo tenga hijos seré como esa mujer y no los abandonaré por nada del mundo, ni aunque todos los diesen por muertos. Eso también lo juro, aunque sea la segunda vez que juro esta mañana.

Absorta en estos pensamientos, el viaje se me pasa volando y, cuando quiero darme cuenta, el conductor me avisa. Estamos en La Guardia.

Efectivamente, es muy fácil reconocer la casa con las instrucciones que me han dado. «Si te pones de espaldas a la parada, es la única que verás al fondo, en un alto, por eso le llaman la Casa del Pico». Emprendo el camino intentando no ponerme nerviosa. Me comería las uñas, pero llevo guantes. Iría saltando, pero los zapatos me aprietan. Todo se alía para hacerme guardar la compostura. Me concentro en disfrutar del sonido de mis pasos avanzando por la gravilla. Casa nueva, vida nueva. Estoy tan emocionada como asustada. Nunca me había alejado tanto del convento.

El camino termina en la entrada del «caserón indiano», como le llamó sor Engracia. Nunca me habría imaginado que fuese tan enorme. Tanto el jardín como el edificio serán del tamaño de la mitad del convento, el hogar de cincuenta niñas y dieciocho monjas. ¿Todo esto para dos personas? Hago mis números y los comparo mientras busco con la mirada una campanilla que pueda haber escondida entre la vegetación. Meto la mano entre las ramas del seto. Menos mal que llevo los guantes de Aurora, bueno, de Aurora no, de la señora a la que se los ha cogido prestados. No encuentro nada. No me queda más remedio que ver si está abierto y entrar. ¿Será un descaro? Podría pasar a la historia del convento como «Rita, la oveja negra que no fue capaz ni de llegar a entrar en la casa en la que se suponía que iba a trabajar».

—Buenos días.

La voz que me alcanza por la espalda me hace dar un salto hacia atrás y me faltan un par de centímetros para pisar unas relucientes botas de charol negro con mis mocasines de monja muerta.

—Cuidado, hija, por Dios.

—Perdone, pero es que vaya susto me ha dado.

—Lo siento.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí sin hacer ruido?

Ella arquea las cejas y echa un vistazo a la bicicleta que sostiene a su lado con las manos aún en el manillar.

—Obvio.

—¡Pues menudo susto! Es que estaba...

Me corta para interrogarme.

—¿Se puede saber qué pretendes merodeando por la Casa del Pico, niña?

No sé qué me estremece más, si darme cuenta de que casi le doy un pisotón a la mismísima doña Laura, o que me llame «niña», como sor Isabel, ¿es que nunca voy a ser adulta? Me recompongo como puedo y, aunque sé que ya no hay vuelta atrás para la falta de decoro en la presentación, digo de carrerilla lo que me han enseñado.

—Buenos días, señora. Soy Rita. Me envía sor Engracia, madre superiora del convento de Tuy. Estoy aquí para servirla a usted y a su familia.

Me mira de hito en hito.

—¡Virgen del amor hermoso! —dice con resignación.

No entiendo por qué está tan asombrada, pero creo que esta debe de ser una de esas veces en las que es preferible guardar silencio. El bolsón empieza a pesarme un poco en la mano izquierda y lo paso a la derecha intentando que repare en mis guantes de señora para que sepa que no soy ninguna «niña», sin embargo, su mirada está en otra parte, observándome. Me llevo la mano libre a la pechera del vestido para comprobar que los botones están bien cerrados.

—¡Pero si ni siquiera estás desarrollada! —exclama con gesto de desagrado.

Por suerte, sé a qué se refiere. Hace más de dos años que Aurora se ha convertido en mujer, como dice sor Isabel. El médico dice que yo no debo preocuparme, que todo llegará.

—Dijeron que enviarían a una chica de dieciséis años. ¿Qué trabajos va a hacer una chiquilla flacucha en esta casa?

—Los cumplí ayer mismo y soy más fuerte que ninguna monja.

—¡Gran cosa!

—Además, usted tampoco aparenta la edad que tiene.

—¡Ah! ¿No?

—Bueno, quiero decir que no hay que dejarse llevar por las apariencias. Sor Mercedes nos lo recuerda siempre que protestamos cuando nos da ropa que no nos gusta. Aunque..., claro, después está sor Engracia, que insiste en lo importante que es causar una buena impresión...

Parece que estoy escuchando a sor Isabel: «Muérdete la lengua, niña, que en silencio estás más guapa». Fue ella precisamente quien me dijo que doña Laura tendría unos treinta años sin advertirme que aparentaba cincuenta. Decido callarme a tiempo. La señora pone los ojos en blanco por toda respuesta y da un par de pasos empujando la bicicleta hasta la cancela. Apoya el codo en el picaporte y la puerta se abre. Me quedo mirando sin saber muy bien qué hacer mientras entra y deja la bici descansando contra un limonero. Sé que no he sido capaz de dar esa buena primera impresión que tanto ansiaba y noto que lo poco que queda de mi entusiasmo, se esfuma por completo. En realidad, este es uno de esos momentos en que la apariencia cuenta, y mucho, y se ve que la mía no ayuda. Está claro que las cosas no me van a salir como las había imaginado.

—¡Niña! ¿Qué? ¿Vas a quedarte ahí como un pasmarote?

—Ya voy, señora.

Sigo sus pasos mientras doy gracias a todos los santos que conozco por que no me haya rechazado por mi aspecto de cría. Ya me estaba viendo de vuelta en el convento, pero parece que tendré la oportunidad de demostrar que soy fuerte y estoy preparada para la vida adulta. «Calladita estás más guapa», me repite la sor Isabel de mi interior, así que camino en silencio hasta la escalinata que conduce a la entrada principal. Al ver que no subimos los escalones, sino que contorneamos el edificio hacia la derecha, abro la boca para preguntar por qué, pero la cierro antes de dejar escapar ni una palabra. «El silencio no se equivoca», me dice ahora la voz de sor Isabel. Entramos por una puerta de doble hoja pintada de verde. El interior está muy oscuro. Huele a tomillo.

—Espera aquí.

Ella abre un par de contraventanas y, con la luz del día, descubro una cocina enorme llena de cacharros relucientes colgados por todas partes.

—De momento, puedes dejar ahí el bolsón —me dice en un tono que quiero interpretar como más amable.

—¿Ahí arriba? —pregunto extrañada señalando un perchero de hierro negro que resalta sobre los azulejos blancos de la pared.

—¿Dónde iba a ser? —responde con desgana.

Mis ilusiones ya están por los suelos. Sor Engracia me aseguró que doña Laura me trataría bien, pero siento que me odia desde que me vio. Veo venir que va a rechazarme y ahora me está poniendo a prueba para tener una excusa. Mientras me acerco al colgador le rezo a Santa Rita para que me ayude a llegar tan alto. Por suerte, alcanzo mi objetivo sin mostrar dificultad para realizar la tarea. Prueba superada.

—¡Listo! ¿Por dónde empiezo la faena? —le digo sin poder ocultar mi orgullo.

—Primero te presentaré a la señora y ya veremos si no te manda de vuelta al orfanato hoy mismo.

¡Qué estúpida me siento! Le lanzo mi peor mirada de odio mientras ella se pone un delantal. ¿Quién iba a imaginar que alguien con botas de charol y bicicleta podía ser la cocinera? Claro que nadie que se fijase en mis guantes de piel fina pensaría que no soy más que una pobre huérfana, la nueva criada.

—Acompáñame, niña, y memoriza el camino para volver por donde has venido.

Recorremos a paso ligero un laberinto de estrechos pasillos por la planta inferior hasta encontrar una escalera tan angosta que tengo que situarme detrás de la cocinera para subir. Me divierte imaginar que Aurora está a mi lado y nos reímos juntas de la situación. Al llegar al primer piso, me recompongo, justo antes de que ella se gire para decirme:

—Esta es la entrada principal. Si te quedas, cosa que dudo, recuerda que no deberás utilizarla bajo ningún concepto. Vayas donde vayas, entrarás por la cocina, ¿entendido?

—No me lo podía haber explicado con mayor claridad. Le agradezco todo lo que está haciendo por mí —le respondo con retintín.

Ella simula no haberse dado cuenta de mi tono. Señala la puerta de la derecha y continúa:

—Doña Laura está en la biblioteca. Espero que las monjas esas te hayan enseñado a llamar antes de entrar.

Desaparece por la puerta de la izquierda sin decir adiós y dejándome con las ganas de responderle que «las monjas esas» me han enseñado todo lo que hay que saber y mucho más.

Me echo un vistazo general. Sor Mercedes diría que estoy de lo más presentable. Hago un esfuerzo por olvidar los zapatos y me encamino hacia la biblioteca.

Golpeo dos veces con firmeza, que se vea que no soy ninguna enclenque.

—Adelante.

Asomo medio cuerpo y, antes de seguir avanzando, confirmo:

—¿Da usted su permiso?

—No es muy buen momento, pero como casi echas la puerta abajo, prefiero atenderte ahora, no vaya a ser que te haga esperar y me destroces la casa.

No sé si está bromeando, pero no lo parece, así que contengo la risa y avanzo hacia ella con pasos cortos y la espalda estirada, como le dice sor Isabel a Aurora que tiene que caminar para no parecer un elefante. Me acerco a un par de metros de la orejera en la que está sentada.

—Buenos días, señora, soy Rita. Me envía sor Engracia, madre superiora del convento de Tuy, para servirle a usted y a su familia.

Lo digo con tanta determinación que mi voz casi podría confundirse con la de una mujer adulta. Ella me escucha atentamente. En la mano sostiene una carta que apoya en el velador. Se quita las gafas doradas y las deja encima del papel. Se levanta. Su mirada me intimida, parece que está viéndome el cerebro a través de los ojos. Parpadeo más de lo normal para poner un velo a mis secretos. ¿Me está escrutando el alma o qué?

—Tienes una mirada noble y pareces sana.

Creo que es una de las pocas veces de mi vida en que me he quedado sin palabras. ¿Una mirada noble? ¿Pareces sana? ¡Pero de dónde habrá sacado sor Engracia a esta mujer! Tengo la sensación de estar entrando en la boca del lobo. Da unos pasos atrás para observarme desde lejos.

—¿No tienes otros zapatos?

—No, señora.

¡No fastidies! ¿Me va a rechazar por los zapatos?

—¿Qué número calzas?

—El treinta y cinco.

—Una pena. Un amigo de la familia tiene una fábrica de calzado en Portugal y en Navidad me hace llegar algunos pares sueltos, pero son del treinta y siete. Suelen ser horrorosos, aunque mejor que eso que traes en los pies, cualquier cosa.

Estoy tan de acuerdo que no puedo ofenderme, sino más bien entristecerme. ¡Y ahora entiendo lo de las botas de charol de la cocinera! Seguro que ella sí que usa el treinta y siete. Me gustaría decir que puedo probármelos. En realidad, se supone que estos son de mi talla y me están matando de tanto como me aprietan. «No hables si no te preguntan», me recuerda mi sor Isabel interior. Decido seguir callada.

—Estarás a prueba durante un mes. Estoy harta de ver desfilar a gente por esta casa, así que más te vale adaptarte pronto. Estás aquí porque le debo un favor a sor Engracia, pero tengo unos límites y espero que los aprendas bien rápido o te garantizo que volverás muy pronto al convento.

—No podría. Ya no tengo edad. Cuando una cumple dieciséis tiene que dejar sitio para otras criaturas. Si no fuese así, imagínese...

—Eso ya es tu problema. —Me corta para continuar—. Librarás los jueves por la tarde y el primer domingo de mes. Me da igual cómo sea en las casas de otras criadas, en esta es así y punto. Aquí se trabaja desde el desayuno hasta la cena. Eso de momento. Después tendrás que encargarte del bebé por las noches. Si es que algún día llega, claro. Tendrás cama, comida y un salario más que generoso. Lo tomas o lo dejas. Si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta. Y bien, ¿qué decides?

No me parece conveniente lanzar al aire lo que mi mente grita: «¿Acaso cree que tengo alguna otra opción?».

—Me parece muy bien, señora. Estaré encantada de servirla a usted y a su familia en esta casa tan bonita en la que hoy me acogen...

—¿Cómo has dicho que te llamas?

Me interrumpe en el inicio de lo que podría haber sido el discurso de mi vida. Una lástima. Nunca llegaré a pronunciarlo.

—Rita, señora.

—Tu nombre completo. Es por si me robas, para saber a quién tengo que denunciar —explica mientras se aproxima al escritorio.

—Rita Canteli Salas, señora.

Me da la espalda, pero creo que lo está apuntando.

—¿Qué apellidos son esos? ¿No deberías apellidarte Expósito o algo así?

—Me pusieron el nombre y los apellidos de una de las madres del convento. Sor Rita era asturiana. Falleció el día anterior a mi llegada y la congregación creyó que sería un bonito homenaje, aunque para mí es una carga, no se crea, he crecido con el peso de tener que hacer honor al nombre de una madre superiora.

—Un tanto macabro y una faena para el espíritu de la verdadera Rita —comenta en voz baja—. Y ahora vete, que estoy ocupada.

—¿Irme? ¿Adónde?

¿Me está echando?

—Pues adónde va a ser, muchacha, a tus labores. Y dile a Toñi que te dé un uniforme, que no

puedo ni ver ese vestido de huérfana que traes. No sé si será peor que los zapatos. A ver si hay alguno de tu talla. Que mande venir a la costurera si hace falta que te lo arreglen, aunque creo que hubo una flaca hace poco. ¡Venga! No te quedes ahí pasmada o no te dará tiempo a hacer todo.

Salgo intentando gestionar este sabor agrisado. Estoy feliz porque me quedo y desolada porque nunca me habían tratado con tanto desprecio. ¿Cómo seré capaz de sobrevivir entre estas dos mujeres tan ariscas? ¡Daría lo que fuera por escuchar la risa de Aurora! Reírme. Reírme de mí. Eso es lo que debería hacer ahora. Creía que hoy empezaba mi vida en libertad y, para comenzar, acabo de perderme en el laberinto del que seré prisionera.

Es noche cerrada cuando, por fin, entro en mi habitación. Mi habitación. ¡Qué bien me suena! Será mi refugio, mi lugar favorito del mundo, aquí estaré protegida de esas dos brujas que no van a amargarme la existencia. Estoy exhausta de tanto trabajar, emocionada por las novedades y asustada por tener que dormir tan sola. Me siento en la cama y acaricio la colcha de ganchillo rosa. Tengo un cuadrante además de la almohada. Me abrazo a él. Huele a limpio, a jabón y a lavanda, como la colada que he recogido esta tarde. Debajo de la ventana hay un escritorio de madera oscura con un cajón ligeramente desvencijado y una silla a juego. El armario está dentro de la pared. Esta mañana, Toñi sonrió cuando le comenté que es muy buena idea hacer un armario que parece una puerta. Pero la risa de verdad le entró cuando le pregunté si la habitación era toda para mí.

—Pues no sé cuál es la gracia.

—«Toda», ni que fuera tan grande...

Dice que es como una caja de zapatos. Yo creo que es preciosa.

Ese fue el único momento en el que Toñi tuvo aspecto de ser humano. El resto del día se lo pasó con la boca cerrada salvo para darme órdenes: haz las camas, friega las habitaciones, pela esas patatas... A media tarde me flaquearon tanto las fuerzas que pensé que me iba a desmayar. No sé si ella se dio cuenta o si es una costumbre de la casa, pero me mandó ir a la cocina para tomar, como ella, un vaso de leche con un poco de café y un trozo de pan negro. Creo que era café de verdad, nada de achicoria. No me atreví a preguntar. Me lo tomé y punto y qué bien me sentó.

Oigo ruidos en el pasillo. Será Toñi. Su cuarto está en la esquina opuesta del laberinto. ¿Qué hará a estas horas por aquí? Santa Madre del Cielo, que no haya fantasmas, por favor, que sea Toñi. Me abrazo con todas mis fuerzas al cuadrante. Los pasos se acercan. Cierro los ojos. Las bisagras de mi puerta me avisan. Sea quien sea, ya está aquí.

—Muchacha, ¿se puede saber dónde está el verdó del señor?

Me alegro de que no sea un fantasma, pero parece muy enfadada y no entiendo qué me dice.

—Yo no he cogido nada, señora, se lo juro.

—¡Faltaría más!

Alza la voz y me estremezco. Quiero ponerme de pie, pero estoy agarrotada. Temo que vaya a hacerme daño. Agradezco el amparo del cuadrante.

—¿Qué haces ahí sentada? —continúa en ese tono que tanto asusta.

No sé cómo me levanto, pero lo hago, todavía abrazada al almohadón. Agacho la cabeza. Tal vez para protegerme o quizá para no ver su mirada de ira.

—El señor estará a punto de llegar. Más te vale haber dejado el verdó en su mesilla antes de que él entre en la habitación.

—Sí, señora.

Es lo único que soy capaz de responder.

—¡Venga! —me grita asustándome aún más.

Apoyo el cuadrante en la colcha rosa y salgo de la habitación dejándola a ella dentro. Se pondrá a fisgar en mis cosas profanando mi refugio, aunque eso es lo que menos me importa ahora. Doy gracias por haber encontrado el cuarto de Toñi a la primera. Tengo mucha prisa, pero debo llamar a la puerta o me morderá. Golpeo dos veces y espero. Ella no tarda en abrirme.

—¡Menos mal! ¡Tiene que ayudarme!

Se traspasa la bata y pone los ojos en blanco. No me invita a entrar. Se esfuerza por tapar con su cuerpo el interior de la habitación.

—¿Qué te pasa ahora, niña? —Me apremia.

—No sé qué es el verdó del señor.

Noto que se pone colorada y se lleva una mano a la boca. Se le ha olvidado decirme algo. Lo sé, lo veo en su cara.

—Acompáñame —me ordena cerrando la puerta a sus espaldas.

Llegamos a la cocina. Del armario inferior saca una botella pequeña con un vaso invertido que le hace de tapa. Abre el grifo, deja correr el agua unos segundos, llena tres cuartas partes de la botella y la cubre con el vaso.

—Ten. Cuando el señor no esté de viaje, tendrás que dejarlo cada noche en su mesilla antes de ir a acostarte, que sea lo último que hagas cada día, de modo que el agua esté fresca para cuando él llegue de trabajar. ¡Y que no se te vuelva a olvidar hacerlo, niña!

Querida sor Engracia:

Ni siquiera se ha cumplido mi primer día fuera del convento y ya lo añoro tanto... Pero no sufra, estoy muy bien, aunque las echo de menos a todas cada minuto. En la Casa del Pico me han acogido de maravilla y tengo una habitación enorme para mí sola. Doña Laura es muy amable y estoy segura de que velará con cariño por mi bienestar. Aún no conozco al señor porque trabaja mucho y, por lo visto, siempre está fuera. Llegará esta noche y se quedará unos días. Ya le contaré mis impresiones. A quien sí he conocido es a Toñi, la cocinera. Tiene una conversación muy agradable y gracias a ella el día se me ha pasado volando. Además, seguro que estaré siempre entretenida porque la casa es grande y hay mucha faena. En mi primer día, he completado todas las tareas sin dificultad.

Rezo por todas.

Con cariño,

Rita

Mi querida Aurora:

No te puedes imaginar cuánto te echo de menos. Ojalá hubiera podido compartir contigo cada minuto de este día. Hubo algún momento en el que me pareció que estaba oyendo tu risa a mi lado.

Antes de nada, quiero decirte que estoy bien. Ni se te ocurra estar preocupada por mí. La casa es tan enorme como me habían dicho y lo mejor es que tengo una habitación para mí. Ya veremos qué tal duermo sin los ronquidos de sor Mercedes. Lo peor es que hay que trabajar todo el rato. Bueno, eso y que me da un poco de miedo estar sola. Por el tamaño del caserón, puedo pasar horas sin encontrarme a nadie. Todavía no sé muy bien qué decirte de doña Laura. Tiene cara de buena persona, pero habla un poco raro, no sé, dice cosas que no te esperas. Supongo que ya me acostumbraré. En realidad, no tengo que hablar con ella, solo con Toñi, la cocinera. Ella es quien manda, porque doña Laura está todo el día encerrada en la biblioteca. Al señor todavía no lo conozco. Por lo visto, viaja mucho, pero llegará esta noche. Voy a tener que esforzarme para demostrar que puedo con todas las tareas. Me tienen por una enclenque, ¡ya ves! Si supieran todo lo que soy capaz de hacer... Ojalá que tú también pudieras venir a trabajar a esta casa, ¿te imaginas? Todo sería perfecto si estuvieras aquí conmigo. Y no es una idea tan descabellada, ¿sabes? Hay trabajo de sobra para cinco personas más y, por lo que entendí, muy pronto empezarán a llegar bebés para llenar tantas habitaciones. Estoy segura de que necesitarán a más gente para cuando tú cumplas dieciséis.

Te dejo por hoy, porque es tarde y mañana tengo que despertarme muy temprano.
Te quiere para siempre,
Rita

Aprovecho para rezar por todas las niñas del convento mientras arreglo una de las habitaciones de invitados. Creo que este va a ser uno de mis trabajos preferidos. Limpiar sobre limpio, por puro mantenimiento. Esta no era la idea que tenía de ser libre, sin embargo, no está tan mal para empezar. Ya llegará el día en el que tenga mi propia tienda. De momento, me dedicaré a ahorrar. Después, ya se verá. Ojalá hubiera podido estudiar más. Ahora estarán todas en clase con sor Isabel. Aurora, pensando en las musarañas; Cristina, quejándose porque el dictado es demasiado largo; Dolores, intentando hacer buena letra... Las extraño todo el rato, pero procuro que no se me note. No quiero parecer una blandengue. Es más, diría que estoy siendo bastante fuerte. No he pasado tan mala noche como me esperaba. Estaba tan agotada que casi me duermo antes de terminar la carta de Aurora. Los crujidos de las maderas de toda la casa me mantuvieron alerta un momento, sin embargo, enseguida me venció el sueño, hasta que esta mañana ha venido Toñi a despertarme con tanta emergencia como si hubiera un incendio. No sé dónde estará el gallo más cercano. Si hay alguno en esta casa, o no sabe cantar, o las paredes son muy gruesas.

Toñi abre la puerta y se asoma.

—¡Ay, qué susto!

—Mira que eres asustadiza, niña. No soy tan fea.

—Es que estaba concentrada en mis tareas y...

—Bueno, anda, menos cuento, que tampoco hace falta concentrarse mucho para pasar un plumero...

Le sonrío, pero ella se mantiene seria.

—El señor quiere verte en su despacho dentro de media hora.

—¿Y eso?

—No preguntes y obedece.

—Pero si no lo conozco...

—Pues por eso, hija, que hay que explicártelo todo. Querrá conocerte. ¿No te parece lógico que quiera saber quién duerme bajo su techo?

Cierra la puerta y se aleja sin esperar mi respuesta.

No sé qué hora es, ni tampoco si seré capaz de calcular media hora. Nerviosa, termino de pasar el plumero, le doy un repaso a los cristales y sacudo los cojines que decoran la butaca esquinera. Me impaciento. ¿Habrá pasado media hora o, tal vez, solo diez minutos? ¿Fregaré el suelo ahora o lo haré después? Creo que dejar pasar más tiempo solo serviría para aumentar mi ansiedad. Me decido a bajar al despacho.

—Buenos días, Rita, ¡qué puntual!

Sonrío pensando en la suerte que he tenido. Me complace sentir que sor Engracia estaría orgullosa de mí.

—¿Da usted su permiso?

—Adelante, claro. Pasa y siéntate. —Con un gesto de la mano me indica la silla de delante de

su escritorio.

¿De verdad quiere que me siente? No me parece adecuado que alguien del servicio se acomode en un asiento de terciopelo granate que parece aguardar a un ministro. Miro a mi alrededor buscando a Toñi por si se trata de alguna broma que me pueda estar gastando la cocinera. No sé por qué se me ocurre tal cosa. Tal vez porque extraño las bromas de Aurora...

—¿Quiere que me siente? —pregunto para confirmar.

—Quiero explicarte algo. No me llevará mucho tiempo, solo necesito hacerte antes unas preguntas.

Tomo asiento, todavía con desconfianza, y él empieza a hablar.

—Como ya sabrás, soy la persona que paga los gastos de esta familia. Eso incluye tu salario, por supuesto. No sé si te habrás preguntado por qué ganas más que las criadas de otras casas.

—Lo cierto es que no conozco a ninguna.

Me callo temiendo haber parecido impertinente. Entonces, él me mira fijamente a los ojos.

—Pareces buena chica y estoy seguro de que vas a entenderme a las mil maravillas. Dime, Rita, ¿tú sabes qué es la fidelidad?

—Claro —respondo desconcertada. No he visto esa palabra más que en las novelas.

—Para mí, no hay nada más importante que no traicionar a quien aprecias, ¿estás de acuerdo?

No sé qué me estoy jugando al asentir, pero asiento. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Te digo esto porque la fidelidad es lo único que pido a quien trabaje en esta casa. Sor Engracia nos aseguró que podríamos contar contigo en ese aspecto, ¿crees que estaba en lo cierto?

—Por supuesto, don Ramón —le digo sin saber todavía qué quiere de mí.

—Te pago generosamente para gratificar tu fidelidad, ¿eso queda claro?

—Como el agua —me atrevo a responder desde mi ignorancia.

—Muy bien. Ahora debo asegurarme de una cosa más. ¿Te han enseñado las monjas a guardar secretos?

—Me han enseñado todo lo que hay que saber para estar en el mundo, señor.

—Toñi dice que pareces de fiar, aunque te gusta demasiado la charla.

No sé si me alegro porque Toñi tenga un buen concepto de mi persona o si me enfado porque me haya acusado de hablar demasiado.

—Solo llevo un día aquí, pero no he dejado ni una tarea pendiente por hablar con Toñi —me defiendo.

—No lo digo por eso, y Toñi tampoco. Lo único que te pido es que seas fiel a esta casa y que lo que oigas o veas entre estas paredes no salga de aquí. Oír, ver y callar, ¿entiendes, Rita?

—Por supuesto. Jamás se me ocurriría salir por ahí contando chismes que no le interesan a nadie.

—Exacto. Y eso es lo que yo quiero que sepas que te gratifico con tu generoso salario, ¿está claro?

—Sí, don Ramón —digo sin extenderme en la respuesta para que vea que también sé ser parca en palabras.

—Excelente. Corren tiempos difíciles y hay que extremar la prudencia. No creo que tenga que ser más explícito. Pareces una chica lista. Ya hablaremos otro día con más calma. Ahora puedes retirarte —me dice mirando hacia la puerta—. Y si alguna vez tienes un problema, ya sabes dónde encontrarme. Mi trabajo me obliga a ausentarme con frecuencia, pero siempre vuelvo —añade con una amplia sonrisa.

Salgo del despacho con una sensación extraña. Me siento como si formase parte de algo importante. ¿El mismísimo don Ramón quiere confiarme algún secreto? Me encamino hacia mi habitación emocionada, pensando en escribirle a Aurora para contarle lo sucedido. De repente, me paro en mitad de la escalera.

—No, Rita —me digo—. Oír, ver y callar.

Eso incluye a Aurora y, aunque nunca ha habido secretos entre nosotras, si quiero conservar mi trabajo, debo ser prudente, como dijo el señor. Es por el bien de ambas. Si a mí me va bien, después será más fácil que a ella también. Debo hacer todo lo posible para que la contraten el año que viene.

«Oír, ver y callar», me repito.

Toñi me ha dejado sola en la cocina pelando patatas. Voy un poco lenta porque después va a venir a revisar que las mondas no sean tan gruesas como las de ayer. Oigo varios golpes contra algún objeto de metal. Me quedo muy quieta. El sonido viene de fuera. Por suerte, tengo un cuchillo en las manos. No es muy grande, pero algo es algo. Sujeto la empuñadura con fuerza. La puerta por la que se accede al jardín está dividida en dos y la parte superior funciona como ventana. Aunque el pestillo de la mitad inferior está cerrado, la cristalería está solamente entornada. Cualquiera puede meter la mano y abrir el pasador para entrar. El ruido cesa un instante y mi pánico aumenta. Quienquiera que sea puede estar acercándose a la casa. De pronto, se oye un estornudo. Saber que se trata de un ser humano me infunde algo de valor. Al menos ya puedo descartar espíritus o fantasmas. Me acerco a la puerta sigilosamente, todavía con el cuchillo en la mano. Entonces lo veo. No es más que un joven que parece algo mayor que yo. Está de perfil. Lo espío mientras vuelve a hacer ese ruido metálico. Carga leña en una carretilla que ha dejado al pie del alpendre, frente a la cocina. Creo que ya puedo dejar de apretar el mango del cuchillo. Él saca su pañuelo y estornuda varias veces seguidas. Paso del terror a la compasión en unos segundos. Lo que necesita este chico es un vaso de leche caliente con miel y meterse en la cama. Abro la ventana y me asomo. Él siente el movimiento y se gira, todavía sonándose.

—¡Oye, tú! —le digo, aún con recelo—. No estarás robando, ¿verdad?

Él se ríe y guarda el pañuelo en la manga de un jersey que no se sabe si es gris por el color original o por la suciedad.

—Soy Berto, el jardinero. Si alguna vez he robado algo de esta casa, que me corten ahora mismo las manos.

Extiende los brazos hacia mí, como para darme la opción de hacerlo.

—Cortarte las manos no, pero lavarte el jersey...

Todavía no he acabado de hablar y ya estoy escuchando la voz de sor Isabel en mi interior «¡Rita!». Él frunce el rostro en un gesto de extrañeza mientras observa una manga y, después, la otra.

Intento arreglar mi comentario desafortunado.

—Si quieres puedo prepararte un vaso de leche caliente con miel. Te vendría bien para el resfriado.

—Tú debes de ser Rita.

—La misma que viste y calza. —Me alegro de que la parte inferior de la puerta oculte de su vista mis zapatos de monja muerta.

—Toñi me habló de ti.

Creo que no le ha importado mi observación sobre su jersey.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué te dijo?

—No me dijo que eras tan joven.

—¡Otro! —respondo ofendida—. Tengo dieciséis años.

—No quería molestarte, perdona, es que aparentas algunos menos...

—¿Por qué? Dime, ¿porque soy bajita o porque tengo poco... —decido usar una palabra cursi para no ser tan grosera— busto?

—Porque tienes una cara muy dulce, aunque quieras parecer enfadada.

No sé cómo responder a eso, pero ya no hace falta. Toñi entra en la cocina por la puerta que da al pasillo laberíntico.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, niña?

Se acerca a mí como un torbellino. Ella sí que parece enfadada. Tira de mi brazo hacia atrás y se asoma. Suaviza la expresión al ver al jardinero.

—Anda que... Vaya dos charlatanes se nos han ido a juntar. Berto, a trabajar. Y tú, niña. —Se gira hacia mí—. Esas patatas son para la comida. ¿Has visto qué hora es?

Voy a tener que acabar confesando que no tengo reloj, pero ahora no es el mejor momento. Cojo el cuchillo y me pongo a pelar en silencio para no enfadarla más.

—¿Y este café? ¿De dónde sale, Toñi?

—¡Qué tonterías preguntas, niña!

—En las dos semanas que llevo en esta casa, nunca te he visto traer café del mercado.

—¡Qué tendrá que ver! En la despensa hay de sobra hasta Navidad, si me apuras.

—Ya, pero ese café no ha venido del pueblo.

—¿A ti no te han enseñado las monjas esas a no preguntar lo que no debes?

—Es el señor quien lo trae cuando va a Portugal, ¿a que sí?

—Calla, niña, o no dudaré en levantarme a darte la bofetada que las monjas no te dieron.

A estas alturas, ya sé que no lo dice de verdad. No me asusta.

—Ayer mismo lo vi sacando paquetes del maletero cuando llegó.

—Serían regalos para la señora.

—¿Todos iguales?

—Imaginaciones tuyas.

—¿No me crees? Están en la cochera, puedes ir a verlos.

—Muy bien. Pues enséñamelos. Vamos.

Está claro que Toñi sabe de sobra de qué hablo y se hace la tonta para cubrir al señor. Aun así, me dirijo hacia la puerta y ella me sigue. Atravesamos mi zona preferida del jardín, donde está la pajarera. Saludo a los periquitos y, como si me entendiesen, nos silban mientras pasamos de largo. Al llegar al alpendre que se usa para guardar el coche, no salgo de mi asombro. A través de las puertas acristaladas se puede ver bien la estantería del fondo. Vacía. Toñi me mira con cara de triunfadora.

—Ayer los puso ahí. No soy ninguna mentirosa.

—Pues si estaban, ahora ya no están. —Por su tono deduzco que hasta puede haberlos escondido ella misma—. Y, en cualquier caso, lo que haga o deje de hacer el señor, a ti no te incumbe, ¿está claro?

—Clarísimo —digo recordando mi conversación con don Ramón.

—Bien, pues no se hable más. Y ahora vamos a terminarnos el café que tan generosamente nos ofrecen los señores, no como en otras casas en las que no se le da ni agua al servicio. Por tu culpa se nos habrá quedado frío.

Agacho la cabeza y la sigo. Ni siquiera me giro para ver a los pájaros. Entro en la cocina avergonzada y confusa. Me siento ante mi taza. Afortunadamente, el café no se ha enfriado mucho. Me lo termino mientras hago lo único que puedo hacer: agradecer en mis oraciones la generosidad de los señores que me dan agua y café sin límite, además de otras muchas cosas.

Cuando termino de tender la última sábana de la colada, me fijo en mis manos arrugadas y me da la risa. Parecen las de sor Mercedes. Atravieso el jardín recordando algunas frases de las cartas que me han enviado Aurora y sor Engracia. No sé si irá todo bien por allá. Por lo que cuentan, parece que sí, pero ¿acaso no harán ellas lo mismo que yo, decir que va todo de maravilla para no preocupar? Lo más raro es lo de Aurora, ¿ahora resulta que es amiga de Cristina? Eso no me lo trago.

—Buenos días, Rita —me dice Berto, saliendo de la leñera.

—Buenos días, Berto.

Me quedo parada porque creo que quiere decirme algo, pero solo me sonrío. Le devuelvo la sonrisa y sigo mi camino hacia la puerta de la cocina. Cuando estoy a punto de abrir, oigo su voz a mi espalda.

—Me preguntaba si sabrías andar en bicicleta.

—Mejor que tú.

—Pensaba que viniendo de donde vienes... —Al ver mi cara de asombro, rectifica—. Vamos, lo decía solo para ofrecirme a enseñarte.

—Para que te enteres: en el convento hay tres bicicletas de distintos tamaños y quien quiera usarlas solo tiene que apuntarse en el cuaderno de turnos que lleva sor Asunción. A algunas niñas no se les da bien o no les interesa, así que nunca hay que esperar mucha cola.

—Perdona, no sabía que...

—Deja, deja, no lo vayas a hacer peor, anda. Olvídate de eso que te has imaginado de la pobre huerfanita y dime qué hora es, porque mira, reloj no tengo y a las doce me toca subirle algo de fruta a la señora a la biblioteca.

—Es temprano. Las once y media.

Por suerte, puedo descansar un poco. Me relajo y me siento en el banco de madera que está al lado de la entrada a la cocina. Berto no se va. Se queda de nuevo ahí parado, mirándome con esa sonrisa. Aprovecho para preguntarle por un misterio que no logro resolver. No es la primera vez que le pregunto la hora y siempre acierta sin consultar el reloj.

—¿Cómo puedes saber la hora sin ver el reloj?

—De tanto mirarla al principio.

—¿Y eso?

—Cuando entré a trabajar aquí, no me pagaban. En realidad, era un crío, ni siquiera habría sabido qué hacer con el dinero. —Se sienta en el extremo opuesto del banco—. En la escuela no pasaba de la tabla de multiplicar y por las tardes andaba con malas compañías. Un día, cuando estaba a punto de acabar el curso, con todas las materias suspensas menos Gimnasia, mi abuelo me pilló cogiendo fruta en la casa de los panameños. Aquello no era robar ni nada, era fruta que se iba a echar a perder. Saltábamos el muro, nos poníamos morados de manzanas, naranjas, o lo que hubiese, y nos íbamos a casa con el estómago lleno. Cuando me vio mi abuelo se enfadó

como nunca. Como él había sido jardinero en esta casa, le pidió al padre de don Ramón, que Dios lo tenga en su gloria, el favor de ponerme a trabajar aquí, pero sin cobrar, como castigo, durante todo el verano. Él accedió y se apiadó de mí. No me pagaba, tal como había acordado con mi abuelo, pero me hacía regalos. El primero fue un reloj que nunca en la vida habría tenido si no me lo hubiese dado. Era representante de varias marcas en España y Portugal. El señor don Ramón heredó el negocio del padre, ¿sabías? Los primeros días no dejaba de ver la hora cada diez minutos. Fue tal la obsesión que me acostumbré a jugar a adivinar primero y después comprobar. Como nunca fallaba, me di cuenta de que no necesito ver ningún reloj para saber la hora.

—¡Caray! ¿Y aún lo tienes?

—Sí, pero bien guardado. Tengo pensado llevarlo el día de mi boda.

—¿Te vas a casar? No lo sabía.

—No, mujer. Ni siquiera tengo novia. Cortejé a una chica durante un tiempo, pero me cansé de que me diera calabazas.

—Amor no correspondido. Eso duele, supongo.

—¿Lo supones?

—Bueno, sé montar en bicicleta, pero, como te imaginarás, no es muy fácil saber cosas sobre el amor si vives en un convento.

—Ya...

Berto se queda traspuesto. Parece que le han impactado mis palabras. Puede que el tono haya sonado grosero. Intento arreglarlo:

—Es que no había ni tiempo de pensar en esas cosas... Cuando no había que atender a las pequeñas, había que ayudar en el huerto o en la cocina, y no digamos estudiar y, claro, rezar el rosario, ir a misa... Vamos, que lo de enamorarse es más cosa de novelas que de conventos.

—O sea, que nunca te has enamorado...

—Pues no —le digo encogiéndome de hombros—. Ya habrá tiempo para todo. Algún día me casaré, tendré hijos y seré una buena madre. De momento, lo único que me preocupa es pasar el tiempo de prueba sin meter la pata para poder quedarme en esta casa. Después, quiero ahorrar. Tengo algunos planes para el futuro.

—¿Y te gusta estar aquí?

Estoy a punto de responderle: «¿Crees que tengo otra opción?». Me contengo y opto por una respuesta más fácil y amable.

—Me encanta.

Toñi tiene los codos apoyados en la mesa de la cocina. Sujeta una taza rodeándola con ambas manos para atrapar su calor. Se queda mirándome mientras echo tropezones de pan duro en el café para pescarlos con la cuchara cuando se ablandan. No sé qué estará pensando, pero tiene cara de pena y está muy callada. Temo preguntarle y que se enfade. De pronto, suspira, y es ella quien me sorprende con su reflexión.

—Y a ti, ¿por qué nadie te adoptó, niña?

La pregunta ha sonado a reproche. No me lo tomo a mal. Ahora ya sé que ese es su tono normal. Estoy segura de que no pretende herirme sino solo saber, así que le respondo sin darle la menor importancia.

—Porque soy fea, supongo.

—¿Qué dices, niña! ¿Cómo puedes pensar eso?

Esta vez sus palabras suenan a regañina. Me encojo de hombros y se lo explico sin grandes rodeos.

—Es lo que dice Cristina. Que soy tan fea que las monjas nunca quisieron bajarme al claustro para que los padres que venían a adoptar no saliesen corriendo.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo, niña?

—No son tonterías. Cristina es imbécil, pero...

—¡Esa boca!

—Es una... ¿estúpida? ¿Así mejor?

—Bueno, puede pasar.

—Pues eso, que es una estúpida, pero en eso le doy la razón. Cuando venía algún matrimonio para adoptar a una niña era un acontecimiento. Había que ponerse la ropa de los domingos, lavarse bien la cara y el cuello y por detrás de las orejas, que sor Asunción las revisaba una a una. Las mayores peinaban a las pequeñas con trenzas, lazos de colores... Y los zapatos bien lustrosos, que como tuvieran una pizca de barro ya no te dejaban bajar. Aunque yo nunca tuve que hacer todo eso. Solo ayudaba a las otras niñas a prepararse.

Me quedo traspuesta un par de segundos.

—Tenía que haber alguna razón —dice Toñi.

Ignoro su comentario y le confieso a dónde han ido a parar mis recuerdos.

—Hacíamos apuestas, ¿sabes, Toñi? O sea, no apostábamos nada material, era solo por la gloria de haber acertado. Yo ganaba siempre. Era fácil. La menor era la que tenía más posibilidades, a no ser que fuese fea, como yo. Cuando era así, se llevaban a la inmediatamente anterior, aunque no fuese una belleza, si podía pasar, les bastaba, antes que elegir a una niña algo mayor. Una vez adoptaron a una niña de trece años, Fefi. Acababa de llegar. Su familia entera se había muerto en el incendio de su casa mientras ella había salido a comprar pan. Casi no hablaba, pero era muy guapa. Por eso se la llevaron aun siendo tan mayor. Ese día fui la única que acertó la apuesta. Estaba claro que la iban a escoger. Tenía una mirada muy dulce y aquellos

tirabuzones rubios... A cualquiera le daban ganas de abrazarla.

—¿Y tú qué? ¿No protestabas por no poder estar junto a las demás?

Me doy cuenta de que Toñi está intentando poner su voz más cariñosa para formular la pregunta.

—Había una versión oficial para que yo solo ayudase a preparar a las otras niñas. Bueno, era lo que decían las monjas para no hacerme daño, supongo. Decían que mi madre estaba muy lejos, en América, pero vendría a buscarme en cualquier momento. Así, yo era especial porque tenía madre y ella tenía la intención de ir a recogerme en cuanto pudiera.

—Entonces sería por eso, niña, qué fea ni qué fea...

—No, Toñi. Esa fue una milonga que se inventaron las monjas, ¿cómo iban a decirme que no me bajaban al claustro por fea? La pura realidad es que mi madre nunca apareció, así que tendría razón Cristina, ¿no?

—No creo.

—A veces había otras niñas que no bajaban, pero esas sí que tenían padres y sí que venían a buscarlas al cabo de un tiempo. Algunas pasaban solo una temporada en el convento porque sus padres enfermaban o tenían que ir a trabajar al extranjero. Una vino porque sus padres estaban en la cárcel por robar en una casa. Su madre no quería hacerlo, pero el padre la obligó. Resultó que el dueño de la casa era cazador. Volvía con su escopeta justo cuando ellos salían con un bolsón lleno de plata. Lo vieron y se quedaron parados en la calle, con las manos levantadas, pero el padre se lo pensó mejor y echó a correr. El cazador disparó al suelo y el padre perdió un dedo del pie.

—Otra historia que sabe Dios quién inventaría, niña.

—Fue tal cual te lo cuento, Toñi, todo el mundo en Tuy lo sabía. No se hablaba de otra cosa. Y claro, cuando llegó la niña, Cristina ya se encargó de ponerle el mote, la Sindedo, y empezó a decir queuviésemos cuidado con ella porque, con unos padres así, seguro que también robaba. Las monjas castigaron a Cristina, pero el daño ya estaba hecho. ¡La pobre Sindedo! Se pasaba el día llorando... Una criatura de seis años, ¿qué culpa tendría? Solo le hablábamos Aurora y yo. Eso se nos daba bien, hacernos cargo de las apestadas sin que nos marginasen a nosotras.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Decir qué?

—¡Apestadas! Pobriñas...

—Así es como se llamaba a las niñas a las que nadie quería acercarse.

—¡Virgen santa! ¡Cuánta maldad!

—Por ejemplo, Aurora y yo nunca tuvimos piojos, no les debían de gustar nuestras cabezas, pero es que había algunas niñas que ni con vinagre ni con nada. Y claro...

—No tan claro, niña. ¡Qué poca vergüenza marginar a alguien por tener piojos!

Toñi parece muy enfadada. Tal vez si cambio de tema...

—¿Y tu familia, Toñi?

—Un poco lejos, en Sada. Mis padres son mayores. Viven con mi hermana pequeña, que es soltera, en un piso del paseo marítimo. Ella trabaja justo en frente, es camarera en una cafetería preciosa que se llama La terraza. Cuando se va a trabajar, ellos se quedan en casa y pasan mucho tiempo sentados en la galería, mirando al mar. En las pocas cartas que me escribe dice que están bien y a mí no me queda más remedio que creerla. Este año iré a pasar las Navidades con ellos, Dios mediante.

—¿Normalmente no te vas a tu casa en esas fechas?

—Esta es mi casa.

Seguramente he puesto cara de sorpresa porque, durante un buen rato, me explica qué es para ella la palabra casa y no puedo estar más de acuerdo. Usa expresiones como: el lugar en el que te sientes acogido, en el que encajas cuando regresas, donde encuentras protección... Mientras Toñi habla, solo puedo llegar a una conclusión: aunque empiezo a sentirme bien aquí, mucho tienen que cambiar las cosas para que mi casa sea esta, mi hogar está en Tuy.

—¿Y tienes más hermanos?

—Cuatro somos. Éramos cinco, pero Benigno murió de tuberculosis, que Dios lo tenga en su gloria.

—¿Y dónde están los demás?

—Ni están ni se les espera.

—¿Y eso?

—Cosas de mayores, niña.

—¡Toñi! ¿Cómo tengo que decir que tengo dieciséis? Están en el exilio, ¿verdad?

—Cuando tengas otros dieciséis más y no hagas sopas de pan en el café, tal vez te lo cuente. Y ahora, ea, a trabajar, que ya está bien de tanta charla.

Recorro la habitación con la mirada en busca de un lugar seguro mientras agradezco lo afortunada que soy. ¡Doscientas pesetas! Por fin podré comprar un billete de autobús para ir a ver a Aurora y a las demás. Les llevaré todo el dinero a las monjas. Aunque tal vez podría guardar una parte para comprar unos zapatos nuevos. ¿Cuánto costarán unos zapatos? No puede ser tanto... Debería empezar a ahorrar para la tienda, total, aquí no tengo que gastar en nada. Está decidido: la mitad, la ahorro para el futuro y, con lo que me sobra, me compro calzado de mi talla, voy al convento a ver a Aurora y les doy a las monjas todo lo que me quede. ¡Qué ganas de que llegue mi día libre! Ahora solo tengo que encontrar un buen escondite. No creo que a nadie de la casa se le vaya a ocurrir quitarme mis cuatro perras, pero quién sabe... Extraigo el cajón del escritorio y meto el sobre al fondo. Retrocedo un par de pasos para asegurarme de que queda bien oculto. De momento, puede quedar ahí, pero tendré que encontrar un lugar mejor. Si se me ha ocurrido a mí tan fácilmente, también sería el primer sitio en el que miraría un ladrón. Ahora estoy demasiado cansada para pensar y todavía tengo que escribir una postal a sor Engracia para anunciarle mi visita.

Querida sor Engracia:

Hoy tengo noticias maravillosas. He recibido mi primer salario. Estoy tan entusiasmada... Muy pronto podré ir a visitarlas. Aguardo la llegada de mi día libre con ansiedad. Será el próximo domingo. Llegaré para comer y pasaré ahí la tarde. Nos vemos muy pronto.

Con todo mi cariño,

Rita

Escucho el familiar sonido del cerrojo. Mi corazón da un vuelco. Siento que estoy en casa.

—¡Sor Isabel! La echo tanto de menos en La Guardia que hasta añoro sus regañinas.

Ella me abraza y se le escapa una lágrima.

—Yo también a ti, niña, yo también te echo de menos —dice limpiándose la mejilla con el dorso de la mano—. Estás preciosa, déjame verte bien. —Se separa un par de pasos y me hace un gesto para que gire sobre mí. No me cuesta complacerla. Doy una vuelta estirando el cuerpo con orgullo—. ¡Pero si has crecido y todo!

—Ojalá, aunque no creo... ¿Cómo están todas?

—Estamos bien, niña. Sor Mercedes tuvo un percance la semana pasada, pero nada grave.

—Vaya, ¿qué le pasó?

—Una tontería. Se cayó bajando la escalera y se hizo daño en un tobillo. Lo malo es que tiene que estar postrada en un camastro que hemos instalado en la sala de visitas, ¡un panorama! No puede apoyar el pie y, como pesa lo suyo, no somos capaces de subirla a la habitación. Además, la pobre está aburridísima de estar entre esas cuatro paredes. Si al menos tuviésemos posibles para comprarle una silla de ruedas...

—¿Puedo ir a verla?

—Claro, pero primero tienes que ir a saludar a sor Engracia. Te está esperando en el despacho y te tiene una sorpresa. ¡Uy! ¿Ves qué malo es hablar demasiado?

—No pasa nada. Me sorprenderé igual. No sé qué es.

—Te gustará. No te digo más.

—¿Vamos?

—Ve tú, que sabes el camino. Yo tengo que sustituir a sor Mercedes para ayudar en las cocinas. Te quedas a comer, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué hay de comida?

—Sorpresa.

—¡Cuántas sorpresas!

—No todos los días se recibe una visita tan grata.

—Estoy muy feliz de haber podido venir.

—Venga, niña, no te demores o me vas a hacer llorar otra vez, y te están esperando.

Me empuja hacia el pasillo y echa a andar en dirección contraria. Se gira y ve que la estoy observando.

—¡Venga!

—Ya voy.

Me quedo parada en la entrada un rato más. Aguzo el olfato para intentar adivinar qué habrá de comida, pero huele a limpio, a lejía y al jabón de Portugal con el que se limpia sobre limpio a diario cada esquina. Dejo que me empape el olor de mi infancia mientras me encamino hacia el despacho de sor Engracia.

—¡Ritaaa!

Aurora se abalanza sobre mí y nos caemos al suelo entre risas.

—¡Niñas, comportaos! ¿Será posible? ¡Venga, arriba! —nos dice sor Engracia tendiéndonos una mano.

Nos levantamos y Aurora me coge la cabeza entre sus manos como para comprobar que no está soñando.

—¡Qué ganas de verte! —le digo.

—Estás menos canija.

—Gracias —Me estiro con orgullo—. Y tú igual de guapa que siempre.

Sor Engracia espera con cara de resignación a que nos recompongamos y nos regaña por pura costumbre.

—Orden, niñas, orden.

Me aliso la falda del vestido con las manos y me retiro el pelo de la cara. A mi lado, Aurora hace lo mismo a la vez. Nos sonreímos. Hago un esfuerzo para ponerme seria.

—Perdone, sor Engracia. Es que teníamos muchas ganas de vernos. Me ha encantado la sorpresa. Lo último que esperaba era encontrar a Aurora en su despacho.

—Me he ganado el cielo dejándola quedarse. Tú hablas por los codos, pero tu amiga no solo no calla, sino que, además, no hay quien la mantenga con el trasero en el asiento.

Se tapa la boca y encoge los hombros como si hubiese hecho una trastada. La palabra trasero le parece indecorosa. Aurora aprovecha para defenderse.

—No hablo tanto, a veces estoy callada. Y lo de moverme... Es por los nervios —Se gira hacia mí—. Vine a media mañana para preguntar si podía esperarte aquí porque sabía que era el primer sitio al que vendrías.

—Así no he tenido que buscarte.

—Exacto. No fuera a ser que no me encontrases, porque con lo de sor Mercedes todo está patas arriba. ¿Sabías que tiene mal un pie? —Asiento—. Durante la semana, las clases empiezan más temprano y se terminan pronto para que sor Isabel pueda ayudar en la cocina y, entonces, tenemos otro recreo antes de comer. Es todo diferente... Los domingos, en vez de ir con sor Isabel a la Alameda, nos quedamos en el claustro. ¿Y si no se te ocurría asomarte a ver?

—Aurora —la interrumpe sor Engracia—, ¿qué tal si dejamos hablar a Rita? Tendrá mucho que contarnos, ¿no crees? Sentaos, por favor.

Nos invita a tomar asiento, no en las sillas que están en frente de su mesa, sino en los sillones prohibidos, donde recibe a los padres que vienen a adoptar. Se ve que, por fin, somos mayores. Aurora no lo duda. A mí me impone un poco más, pero la sigo.

—Cuéntanos, Rita, que estamos deseando saber, ¿cómo te va en La Guardia? ¿Te tratan tan bien como cuentas en tus cartas?

Les hablo de todo y de todos, siempre haciéndoles ver que no podría estar mejor. No menciono el miedo que paso cuando tengo que estar sola, ni las noches en vela cuando hay viento y se oyen tantos ruidos que parece que hay espíritus vagando por los pasillos. Tampoco les hablo de los cambios de humor de doña Laura, que tan pronto creo que me adora como que me odia. Sí que les cuento lo fría que está el agua del lavadero, porque eso no es para tanto y, si no pongo algún inconveniente, no va a colar el resto del discurso. A Berto solo lo menciono de pasada. No quiero que sor Engracia vaya a pensar que ando intimando con chicos... Tampoco me apetece que Aurora crea que ahora tengo otro mejor amigo. Nunca se le ha dado bien lo de compartirme con alguien.

Llaman a la puerta. Una cara nueva se asoma enmarcada en la cofia.

—Con permiso, madre.

—Adelante.

—¡Uy! Tú debes de ser la famosa Rita.

Me levanto para saludarla, algo confusa por lo de «famosa».

—Siéntate, hija, que a quien vengo a buscar es a tu amiga.

—Pero, criatura, ¿qué habrás hecho ahora? —le dice sor Engracia con paciencia.

Aurora arquea la boca como si no tuviese ni idea de qué están hablando.

—Le toca ayudar en el primer turno del comedor y... Ahí están las pequeñas, solas, dándoles vueltas a las lentejas sin comerlas.

—¡Lentejas! ¡Qué ricas! —se me escapa.

—Pues en lugar de una ayudante, le mandaré a dos dentro de nada —dice sor Engracia mirándome—. ¿Te acordarás de cómo darle de comer a las pequeñas, Rita?

—Claro.

—Y tú, Aurora, no he escuchado tus disculpas.

—Perdóneme, sor Felicísima, me despisté, pero no volverá a pasar.

La monja nueva asiente y se retira. El sonido de la puerta cerrándose a su espalda tapa ligeramente el escándalo de la risa que estaba aguantando. Aurora, que sabe bien de qué me río, comenta:

—Felicísima, sí, como lo oyes. Yo ya me acostumbré, pero el primer día me pasó lo mismo.

—Una santa, eso es lo que es sor Felicísima, el nombre es irrelevante. Parece mentira que a vuestra edad tengáis que andar con estas tonterías. —Sor Engracia se esfuerza por ponerse seria—. Y ahora, venga, al comedor, que os están esperando.

—Antes me gustaría darle una cosa, pero es que está en un sitio que... Es que tenía miedo de que me robasen y le pregunté a Toñi y ella me dijo... Bueno, es igual.

Deslizo mi mano por el escote hacia el pecho y alcanzo lo que busco en el interior del sostén. Le ofrezco el sobre a sor Engracia.

—Es para los gastos del convento. Creo que a sor Mercedes le vendría bien una silla de ruedas. Ojalá esto sea suficiente.

—Que Dios te bendiga, Rita. Nos viene muy bien la ayuda. Son tiempos difíciles...

Me da un abrazo breve y torpe. Abre la puerta del despacho y, con un gesto de la mano, nos invita a salir para que no veamos que se ha emocionado.

De camino al comedor, aprovecho para darle a Aurora los guantes de doña Clotilde. Tras mucho insistir en que debe dejarlos donde los encontró, se los guarda, a regañadientes, en el bolsillo del delantal.

—Prométeme que se los devolverás.

—Te lo prometo, pesada —dice con la boca pequeña.

No me queda más remedio que creerlo.

El resto del día se nos pasa volando. Como dice Toñi, tu hogar es el sitio en el que sientes que encajas perfectamente, aunque hayas pasado un tiempo fuera. Y tiene razón. No hay duda de que este es mi hogar. Confieso que me molesta bastante comprobar que Cristina se ha quedado con mi cama. Si fuese otra... Pero justo ella... Tampoco me agrada ver lo amiguitas que están Aurora y ella, pero no me queda más remedio que entenderlo. También yo me he hecho amiga de Berto. No pasa nada. Solo falta un año para que Aurora tenga edad suficiente para que podamos estar juntas. Le encontraré un trabajo. Si puede ser en la Casa del Pico, mejor que mejor, y si no, en

alguna otra de La Guardia. Malo será que no haya nada para ella.

JUNIO DE 2002

Vera y su hermano salen del portal de su abuela algo más desanimados que de costumbre. Caminan por la avenida de Castela en silencio, cabizbajos. A su alrededor, Vigo empieza a llenarse del bullicio propio de la media tarde. Al llegar a la plaza de América, Vera se decide a hablar:

—¿Tú también lo has notado?

—¿Yo? ¿Notar qué?

—Pues qué va a ser, Fer, que la abuela estaba triste.

—Puede.

—Pensaba que estaría encantada preparando su cumpleaños, pero creo que le afectó la idea del balneario... —Tira del brazo de Fernando que ya se está adelantando para ir a jugar el partidillo con los amigos—. ¿No podríamos hacer algo?

—¿Tú y yo?

—Pues claro, ¿quién iba a ser?

—No flipes, anda.

—A lo mejor...

—A lo mejor, nada, Vera, no vamos a meter las narices en los asuntos de la abuela, ni lo sueñes.

—No es eso, Fer. Solo digo que podemos ayudarla a encontrar a Rita para que puedan hablar. Igual resulta que a Rita sí que le apetece acompañarla. ¿Por qué no?

—Vale, a ver, imagínate que la encontramos, bueno, eso si la señora no ha palmado ya, claro...

—¡Qué bruto!

—No sería tan raro... A esas edades nunca se sabe. Y, aunque esté como una rosa, ¿quién te dice que va a querer hablar con la abuela? Es más, a lo mejor es la abuela quien no quiere hablar con ella.

—Si no lo intentamos, nunca lo sabremos.

—Anda, hermanita, vete a la autoescuela y concéntrate en estudiar bien las señales, que es a lo que tienes que estar ahora. Yo me piro, que si no marco yo los goles a ver quién lo va a hacer.

—Genial, tú a lo tuyo, como siempre.

—¡Eh! No te pases ni un pelo, guapa. Era lo que me faltaba por escuchar hoy. ¿No te parece que hemos tenido suficiente con el sermón de mamá?

—Tiene razón.

—¿Cómo puedes decir eso? Si parecía que estaba hablando de unos monstruos y éramos nosotros, Vera.

—No sé tú, pero yo hacía más de una semana que no veía a la abuela y vivimos a unas cuantas manzanas, Fer. Claro que mamá tiene razón. De hecho, estás aquí ahora. Si no supieses que está en lo cierto, no habrías venido.

—Déjame en paz y suéltame el brazo, que me lo vas a gangrenar, y ya te he dicho que llego

tarde.

—Vale, ¿pero me vas a ayudar a buscar a Rita?

—Muy bien. Mañana iremos al cementerio de Pereiró y asunto arreglado.

—Seguro que te encantaría encontrar una lápida con su nombre solo para soltarme tu odioso: «¿Ves? ¡Te lo dije!». Pero, esta vez, igual soy yo quien se da el gusto, ¿qué apostamos?

VERANO DE 1945

Querido diario:

Casi he terminado de hacer la maleta para ir a Galicia. Me pasaré todo el verano en casa de tía Cielo. Este año habría preferido quedarme en Valladolid, pero ni siquiera he podido negociar con padre. «Pasas a tercero y sigues con dos suspensos de primero, Tirso, ¡qué vergüenza!». Con esas palabras cierra todo intento de diálogo desde hace días. Para Derecho Civil sí que podía haber estudiado más, tiene razón. Lo de Romano... ¿Qué le voy a hacer? La culpa es suya. Si no me hubiese presionado tanto, igual habría sido capaz de articular una palabra en el examen oral. Ahora ya no hay nada que le haga cambiar de opinión. «Te vas a La Guardia y te encierras a estudiar, excepto para acompañar a tu madre cuando la tía Cielo no pueda hacerlo. Te queda terminantemente prohibido todo tipo de diversión y ni se te ocurra pasarte el día escribiendo a Maruchi, ni rellenando cuadernos con tonterías». Lo cierto es que, con lo de Maruchi, hasta me ha hecho un favor. Llevo todo el invierno aguantando reprimendas por lo poco que le escribí el verano pasado. Cuatro cartas no le parecen suficientes para dos meses y siempre acabamos discutiendo. No admite que yo alegue como defensa la considerable longitud de cada una. Es normal que se moleste. A la pobre se le hace muy largo el verano teniendo que guardarme las ausencias.

Hoy la he llevado a pasear. Hemos ido a misa a la Iglesia de Santiago y después les hemos echado unas migas de pan duro a los patos del estanque de Campo Grande. A mí me da bastante reparo andar alimentando patos cuando hay tanta gente pasando hambre. «También son de Dios las pobres criaturas y no tienen culpa de nada», me ha dicho para que no me sienta mal.

Despedirme de ella ha sido más difícil de lo que pensaba. No sabe llorar bajito. Me montó uno de esos dramas suyos en plena calle. Cuando, por fin, se calmó, la acompañé a la puerta de su casa y me fui caminando sin mirar atrás. Para mí también fue muy duro, pero ¿qué le voy a hacer? Además del llanto, que ya esperaba, las prohibiciones de padre no son nada comparadas con las de Maruchi. Si se entera de que pongo la vista sobre otra chica, me deja; si no estudio para que podamos casarnos pronto, me deja; si se me ocurre ir a alguna fiesta, me deja... Entiendo que el verano es difícil para ella porque, al no estar yo, sus padres no le permiten ni salir con sus amigas para que no se diga que no me respeta. Le he prometido compensarla durante el próximo invierno.

Mañana, cuando estemos ya de camino, le llevaré un ramo de rosas con este poema:

Maruchi, reina de mi corazón,
no te olvides de mi amor
como no te olvidaré yo.
Estaré con tía Cielo,
pero es a ti a quien ya anhelo.
Cuando el día se haga hielo,
encuentra en mi recuerdo tu consuelo.

La idea de entregárselo con un ramo ha sido de madre, pero el poema es mío, claro. Lo guardará en su caja de madera junto a los anteriores y, aunque tenga muchos, le seguirán pareciendo pocos. A veces tengo la sensación de que ya los escribo con los ojos cerrados. A ella siempre le encantan, aunque dejen bastante que desear. Lo que cuenta es que le demuestro que la quiero y, además, le sirven para callar las bocas de un par de amigas envidiosas que malmeten contra mí todo lo que pueden y más. Me da mucha pena separarme de ella porque sé lo mal que lo pasa sin mí. Si por lo menos hubiese aprobado todas, podría protestar. Ahora no me queda más remedio que obedecer y poner rumbo a mi retiro en Galicia.

Quien no ve la hora de que nos vayamos es padre. Está deseando quedarse solo en Valladolid para hacer lo que le venga en gana sin tener que estar pendiente de la salud de madre. Mañana ya se libra de nosotros. Nos

iremos con la luz del alba para que no nos caiga la noche durante el camino. A ver si es verdad lo que dice madre: «Un par de meses pasan volando».

Me despido por hoy,

Tirso

Me asomo al balcón para sacudir las almohadas. Veo a Elías al fondo del camino, empezando a subir la cuesta con su bicicleta de reparto. Tengo que apurarme. Aliso cada arruga y compruebo que la colcha no arrastra, ni a la izquierda, ni a la derecha. «Ni un hilo fuera del sitio», como le gusta a doña Laura. ¡Vamos, Rita, que se te va! Guardo en el vestidor las zapatillas y el batín que don Ramón ha dejado en el galán de noche. Me llevo el pijama del señor y el camisón de la señora para lavar. Por fin, bajo las escaleras a toda prisa. Me divierte pensar que parezco una loca corriendo por la casa con la ropa de sus señores en las manos. Llego a la entrada y dudo. «No uses esa puerta bajo ningún concepto». ¿Qué haría Aurora si estuviese en mi lugar? Abro y salgo. Ha sido facilísimo. Ahora, cuidado, Rita, no te vayas a tropezar en la escalinata. Me giro para echar un vistazo rápido a la casa. Parece que no hay nadie en las ventanas. Me ha salido bien lo de la puerta. Avanzo unos metros por el jardín hasta llegar a la entrada y ahí está él.

—Hola, Elías.

—Buenos días, Rita. Ya me iba, pero acabo de dejar en el cajetín dos cartas para ti.

—Ah, vaya, al final llegué tarde.

—¿Qué pasa, no te las dan?

—No, no. No es eso. Es que me hace ilusión recoger el correo en mano.

No le voy a decir a Elías que lo que me gusta es poder charlar un rato con él mientras rebusca en su bolsa la correspondencia para la Casa del Pico. Echo de menos poder hablar con gente de mi edad. Está Berto, sí, lo que pasa es que, aunque solo es unos años mayor que yo, casi siempre habla como un abuelo. Supongo que extraño las aventuras de Aurora y la forma de hablar de Elías me la recuerda un poco.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —me dice mientras se sube a la bici para marcharse.

¡Sí, es justo eso lo que añoro!

—Acabo de cargarme el uniforme. —Me enseña la pernera rasgada—. Iba tan rápido que no vi las zarzas... —Se parte de risa, contagiándome.

—Menos mal que te lo tomas con alegría.

—Es risa nerviosa. Voy a perder el trabajo antes de que se cumpla medio año desde que empecé y lo peor no es eso. Lo peor es que mi padre me mata.

Al nombrar a su padre deja de sonreír y languidece.

—Puedo ayudarte.

—¿Habrá trabajo aquí para mí?

—No, hombre. Lo del pantalón es un siete de nada. Se remienda en menos de lo que canta un gallo.

—¿Y tú sabes hacer eso?

—Estás hablando con la mejor costurera del mundo, no me ofendas y dame ese pantalón.

Le doy la espalda y pongo una mano atrás para que me lo entregue. Él protesta por tener que quedarse en paños menores en medio del camino, pero obedece.

—¿Y ahora qué?

—Voy dentro a zurcirlo —digo sin girarme para no incomodarlo—. Tú puedes esconderte entre los arbustos de ahí en frente. Por aquí no pasa ni un alma.

—¡Qué vergüenza! No tardes, por favor.

—Vengo enseguida.

Ahora sí que parezco una loca de verdad, atravesando el jardín a toda prisa, con el pantalón del cartero escondido entre la ropa de los señores.

Lo peor es llegar hasta el cesto de costura sin encontrarme a nadie por el camino. Por suerte, lo consigo. Hago el remiendo rápidamente y, aun así, me queda perfecto. Sor Mercedes me felicitaría, estoy segura.

Vuelvo a cruzar el jardín con mi obra de arte entre el pijama de don Ramón y el camisón de doña Laura.

—¡Elías! Ya puedes salir.

—Vale, pero no veas.

—Estoy de espaldas. No te veo, te lo prometo.

Le entrego el pantalón alargando la mano hacia atrás.

—¡Guau!

—¿Impresionado? —pregunto sin poder dominar mi vanidad.

—Mucho, Rita, gracias. Me has salvado la vida. Te debo una.

—No exageres, anda.

—Lo digo en serio. Ya puedes girarte. —Me doy la vuelta—. Es que imagínate... Con la manía que me tiene mi jefe, llego con el uniforme roto y yo qué sé, de verdad que no le habría costado nada mandarme a mi casa. Y eso sí que no. Si conocieras a mi padre —dice avergonzado—, me entenderías. Igual hasta no exagero cuando digo que me has salvado la vida.

Me quedo perpleja. Está hablando muy en serio. Veo que se remanga la camisa. Se está levantando la niebla y empieza a hacer calor. Sin embargo, enseguida me doy cuenta de que no es ese el motivo. Me enseña el bíceps y no es para presumir de fuerza. Hay cuatro moratones en la cara interior y uno en la exterior. Claramente, los dedos de una mano.

—Esto es de la semana pasada. Por llegar tarde a casa el domingo. Cinco minutos.

—¡Vaya!

Me siento estúpida por no saber qué decir.

—Algún día me iré lejos de aquí y dejaré de ponerme la mano encima. Nunca te acostumbras, ¿sabes? Siempre pienso que va a ser la última vez, hasta que, sin querer, hago algo que sé que le va a enfadar, como romper el uniforme en unas zarzas, ¿entiendes?

—Debe de ser horrible. No sé cómo puedes ir siempre sonriendo...

—Me basta con tenerlo fuera de mi vista para estar contento.

Por primera vez en la vida me planteo que, tal vez, soy afortunada por no tener padre. No puedo saberlo, pero ¿y si Dios me hizo un favor alejándome de él?

Cuando entro en la cocina, Toñi está preparando las judías.

—¿Se puede saber dónde estabas?

Berto se asoma a la puerta, evitándome las explicaciones.

—¿Qué tal las judías, Toñi? No sé si no me habré precipitado al recogerlas...

—Están buenas, Berto. —Dobla una a la mitad y se parte en dos, emitiendo un chasquido—.

¿Ves cómo escachan? Eso es buena señal. Después pásate a buscar unas pocas para tus abuelos. Seguro que les gustan y van a sobrar. Cuando puedas me traes un poco de lavanda para renovar

los saquitos de los armarios, ¿sí?

—Claro, Toñi, enseguida. ¿Necesitas algo más?

—Que alguien me explique de dónde viene esta niña a estas horas y paseando la ropa sucia por ahí.

—Venía a preguntar si hay algo más para lavar —digo intentando no reírme.

—Por ahora, nada. Venga, espabila, que después la ropa no seca.

—Pero si se están cayendo los pájaros, Toñi —dice Berto en mi defensa.

—Para pájaros, los que tiene esta niña en la cabeza.

—¿Yo? —protesto.

—¿Se puede saber qué líos te traes con el cartero?

Me da la risa y no puedo contestar.

—¿Con Elías? —pregunta Berto sorprendido.

—Cosas nuestras —me divierto haciéndome la interesante.

—Espero que las monjas te hayan explicado bien qué tipo de cosas puedes y no puedes...

—¡Toñi! —la corta Berto—. Estoy seguro de que Rita no necesita que acabes la frase.

—Tampoco necesita un escudero.

Él se sonroja y yo opto por hacer como que no me doy cuenta.

—Me voy a lavar esto. Vuelvo pronto y te ayudo con la comida, Toñi.

—No, antes de nada, pásate a hablar con doña Laura. No sé qué te quiere.

Me alejo preguntándome qué se le habrá ocurrido hoy a la señora. La plata está reluciente, las cortinas del salón recién lavadas, el vestidor ordenado al milímetro...

—¿Da usted su permiso?

—Adelante.

Apoyo la ropa en la consola del pasillo y entro en la biblioteca alisándome el delantal.

—¿Me mandó llamar?

—Sí, ven, acércate. Quiero comentarte un tema delicado. —Parece que está de buen humor—. Siéntate, por favor. —Me indica con la mirada el sillón que está al lado del suyo y obedezco—. Verás... Todos los años, a finales de agosto, voy a pasar una semana a un balneario. Hasta ahora me acompañó Toñi, pero la habitación es pequeña y ella me ocupa mucho por el medio. Estaba pensando que este año podrías venir tú.

—¿Yo? ¿A un balneario?

—No tendrás que limpiar nada, tómatelo como unas vacaciones, aunque vas para servirme, quede claro de antemano.

—¿Y Toñi?

—¿Toñi qué?

—¡No le dirá que voy a ir yo porque ocupo menos...! —Se me escapa el pensamiento en voz alta.

—Por supuesto que no. Otros años el señor estaba de viaje, pero esta vez se quedará en casa. Le diré a Toñi que no quiero que se quede tantos días aquí solo con una muchacha tan joven como tú.

—¡Por todos los santos! ¿Cómo se le puede ocurrir semejante cosa? El señor es un hombre de bien y espero no haberle dado motivos para pensar que yo...

—¡Dios te libre! Es solo una excusa que le daré a Toñi. Ella lo entenderá.

—Como usted mande, señora. —A sor Isabel le habría encantado escuchar esa frase saliendo de mis labios. Me hizo repetirla infinitas veces desde que supo que iba a venir a servir a la casa

del Pico.

Ya he perdido la cuenta de los paseos que he dado con la ropa en las manos. Menos mal que tenemos la fortuna de que haya un lavadero en el jardín. Mientras lavo, me entretengo imaginando la cara de sor Engracia cuando lea la carta que le escribiré hoy contándole que me voy de vacaciones a un balneario. Me voy entusiasmando con la idea de salir a conocer mundo. Cuelgo los pijamas preguntándome cuántos días faltarán para que nos vayamos, qué se come en un balneario, qué ropa debo llevar y, sobre todo, si habrá gente de mi edad.

Querido diario:

En La Guardia nada está siendo como esperaba, a Dios gracias. Los primos han dejado atrás los pantalones cortos y hay que ver qué cambio han dado. ¡No hemos parado de hacer planes! Todavía no he tocado un libro. Padre me mata si se entera. Madre está bien de salud, aquí parece otra persona. Está tan ocupada yendo de merienda en merienda que ni siquiera se molesta en recordarme que estudie. Mañana tengo que responderle a Maruchi. Ya acumulo varias cartas llenas de reproches, pero sé que se le pasará el enfado, siempre se le pasa. Lo peor es que no sé qué contarle. Obviamente, no podrá ser la verdad. Esto es una locura. Llego a casa tan rendido que apenas puedo subir las escaleras y caigo exhausto en la cama.

He hecho buenas migas con Moisés, uno de los amigos de los primos. Su padre es un emigrante guardés que hizo fortuna en Puerto Rico y regresó para que sus hijos creciesen en Galicia. Este verano ha vuelto a Puerto Rico para atender algunos negocios que dejó allí y, mientras tanto, Moisés tiene permiso para usar su barco. Hemos hecho pandilla: los primos, Moisés, otro chico un año menor que yo, que se llama Martín, y yo. Casi todos los días vamos hasta Camposancos. Nos pasamos la mañana en la playa. Entre nadar y jugar al fútbol en la arena, no sé cómo voy a justificar las piernas fuertes y el moreno cuando vuelva. Llegamos a casa con el tiempo justo para comer y volvemos a salir. Por las tardes, variamos. Me encanta ir a la playa de la Arena Grande, donde, si está la marea alta, se forma una especie de piscina entre las rocas. Algunos días, damos una vuelta por el puerto y, después, tomamos unos vinos en una taberna clandestina, con el suelo de tierra, y que, por no tener, no tiene ni nombre. A veces nos acercamos a la cetárea de un viejo enemigo del padre de Moisés para estudiar los movimientos de los trabajadores. Moisés dice que no quiere acabar el verano sin haberle robado unas langostas. Podría comprarlas sin problema, pero le pesa la emoción de hacer algo prohibido. Conmigo puede contar para casi todo, pero no para eso, que si nos pillan imagínate el escándalo. La noticia llegaría hasta Valladolid y adiós a la alcaldía con la que tanto sueña padre. Otras veces cumplimos los deseos de Martín y nos dejamos caer por algún lavadero. Es un plan un poco raro para un tipo tan serio, pero es que dice que una vez se puso a hablar con una de las muchachas y le vio los pechos. Él estaba de pie, en frente de ella, y la chica siguió a lo suyo mientras él le daba a la lengua. Al estar inclinada, frotando las sábanas que lavaba, el escote se le caía un poco y se veían los senos moviéndose libres, acompasados, una delicia, en palabras de Martín. Todavía no hemos tenido el privilegio de contemplar una escena parecida, pero lo vamos intentando. Él nos lo relata de vez en cuando para motivarnos. A veces dice que los pechos eran grandes y blancos y que terminaban en dos flores de color rosa pálido. Otros días nos cuenta que eran pequeños, delicados, puntiagudos, respingones, voluptuosos... Dependiendo del caso que le hagamos va variando su versión hasta que consigue convencernos para pasar por el lavadero.

Moisés está empeñado en que nos dejemos de chiquilladas y vayamos a una casa de señoras que fuman que hay a las afueras. Yo iría feliz, solo para ver, claro, que para serle infiel a Maruchi no me hace falta pagar. En Valladolid tengo a Juani, que ella encantada y es muy maja y limpia. Y aquí, bueno, porque no quiero líos, que esto es muy pequeño y las noticias corren como la pólvora, que si no... Los que se niegan a pisar la casa roja, que así la llaman, son los primos, especialmente Antón. Está enamorado hasta las trancas de una chica que no le hace ni caso. Tan convencido está de que algún día acabarán juntos que hasta se guarda para ella. Moisés y Martín no hacen más que meterse con él. A veces se pasan. Por eso yo lo apoyo, aunque creo que se va a tirar de los pelos cuando sepa todo lo bueno que se ha estado perdiendo. Vicente sí que se muere por ir a la casa roja, pero no se atreve a contradecir a Antón, así que dice que a él no le interesan otras mujeres, que le llega y le sobra con su novia. Yo sé que ni le llega ni le sobra porque me ha confesado que, aunque lleva varios meses saliendo con ella, si alguna vez se dan la mano, ya es mucho. No sé cómo me da que, antes de que termine el verano, acabaremos yendo. Tiempo al tiempo. Un camarero de la taberna del puerto nos ha dicho que aquello es el paraíso. A mí me da curiosidad, ¿para qué nos vamos a engañar?

Me despido por hoy,

Tirso

Lo último que me esperaba es que el balneario fuese este aburrimiento supremo. Prefiero mil veces las tareas sin fin de la casa que estar enclaustrada en esta habitación. Nunca pensé que diría esto, pero echo de menos a Toñi y nuestras charlas con el café de media tarde. Y también a Berto, claro. Lo que no añoro tanto son los ruidos de la noche. Aquí reina el silencio y duermo de un tirón.

Hoy es mi cuarto día aquí, así que, por suerte, ya queda menos. A la señora le recomendó los baños una amiga suya a quien le fueron muy bien las aguas como ayuda para quedarse encinta. Está visto que a doña Laura no le hacen el mismo efecto, pero no se rinde.

La habitación tiene tres estancias: el dormitorio de doña Laura, con la mayor cama con dosel que he visto en mi vida, un salón enorme, y una especie de ropero en el que han puesto un catre para mí. El colchón es bastante cómodo, eso sí, pero mi ventana no mide más de un palmo de ancho. Intento asomarme, sin mucho éxito, para coger un poco de aire de vez en cuando. En este zulo es donde paso prácticamente todo el día, excepto para bajar a comer a las cocinas o el rato en el que intento respirar en la zona de la piscina, esperando a que la señora salga del agua para acercarle el albornoz. Gracias a Dios que el médico le ha recetado baños de tan solo media hora al día. Hay otra criada que está allí durante horas porque su señora tiene que salir y entrar constantemente. La pobre acaba empapada, no sé bien si es del vapor o si será pura transpiración.

Doña Laura debe de haber notado que ando apagada porque hoy me ha dicho que, cuando termine la novela que está leyendo, que le faltan solo unas páginas, me la va a prestar para que me entretenga mientras estoy aquí sola. Ella lee por la mañana en el jardín, después de tomar los baños. La veo desde el ventanuco y me da tanta envidia que voy a tener que confesarme. Por las tardes, duerme un rato la siesta y luego se pone a bordar. Nunca la había visto coger una aguja en casa, pero se ve que ahora le ha dado por ahí. No me atrevo a decirle que a mí también me encantaría. Ni siquiera se imagina lo bien que bordo. Bastante mejor que ella. Podría enseñarle algunas cosas, pero eso sería demasiado impertinente.

Querida Aurora:

Te escribo esta postal desde el balneario que ves en la foto. Estoy pasando unos días maravillosos. Esto es precioso. Algún día vendremos juntas, te lo prometo. Ahorraré mucho dinero y podremos bañarnos en una piscina de agua caliente. Tienes que probarla, es una gozada. Sería todo perfecto si estuvieses tú. Te echo de menos. Te quiero mucho.

Rita

Querida sor Engracia:

Le envío esta postal para que vea en qué maravilla de lugar me encuentro estos días. Doña Laura me ha invitado a pasar unos días de vacaciones con ella, nada más y nada menos que en un balneario. Aquí leemos, bordamos, tomamos baños de agua caliente y damos largos paseos. Ya les contaré con más detalle cuando vaya a visitarlas.

Rezo por todas,

Rita

—¿No quiere llevar la capa, doña Laura? Hace bastante fresco y en cuanto se ponga el sol...

—No, deja, no combina con este vestido.

—¿Pero no dice siempre usted que a quien no le guste que no mire?

—Una cosa es ser una excéntrica y otra tener mal gusto, querida. Tienes tanto que aprender...

Cierro la puerta de la habitación con cuidado para no hacer demasiado ruido. Eso sí que lo aprendí el primer día. No le hizo falta decírmelo. Aún siento el cuerpo congelado por la mirada que me clavó tras el portazo. Tal vez por eso me parece que hace frío.

Aprieto el botón del ascensor y me retiro hacia atrás. Eso sí que ha tenido que explicármelo: durante la estancia en el balneario, me adelantaré para facilitarle lo que pueda, como ahora, para llamar el ascensor, después, debo permanecer siempre un par de pasos por detrás. Lo justo para no molestarla, pero no demasiado lejos, de forma que, si tiene que pedirme algo, no tenga que levantar la voz. Dentro de la cabina no me queda más remedio que ponerme a su lado, tan pegada que hasta a mí me incomoda. La molestia la compensa la emoción de usar el elevador. Si estuviese aquí Aurora, nos pasaríamos un buen rato subiendo y bajando, parando en todos los pisos.

El vestíbulo es aún más lujoso que las habitaciones. Me pregunto qué diría la envidiosa de Cristina si me viese ahora, caminando entre estos sofás de terciopelo rojo. Para salir a pasear, doña Laura me ha dicho que podía quitarme el uniforme. Llevo el vestido de misa, el de flores lilas, y la chaqueta rosa casi a juego. Si no fuese por los zapatos de monja muerta no me encontraría tan fuera de lugar bajo estas lámparas ostentosas. Me da reparo pisar las alfombras. Intento levantar la vista para olvidarme de los zapatos.

De pronto, doña Laura se desvía del camino hacia la salida y se dirige al mostrador de recepción. Una señora se da la vuelta al escuchar su nombre.

—¡Julia!

—Laura, ¡qué sorpresa!

—Y tú debes de ser Tirso, ¡hay que ver cómo has cambiado!

Él se gira para darle dos besos. Y lo veo. Y me ve. Quiero bajar la mirada, pero no puedo. Me quedo como una estatua con los ojos muy abiertos. Intento cerrarlos. No quiero que le digan lo que están diciendo: «¡Qué guapo!» Me fuerzo a bajar la mirada. Lo logro y me encuentro con los mocasines pisando una alfombra blanca. ¡Por favor, que Tirso no los vea! Levanto la cabeza. Sigue mirándome fijamente. ¿Me está sonriendo?

—¡Muchacha!, ¿no me oyes? La capa. Venga, vete a buscarla.

Me doy la vuelta sin decir nada. Él pensará que soy muda. Camino rápido, intentando que no se fije en mis pies. Por suerte, uno de los ascensores está en el bajo. Agradezco subir sola, aunque me da algo de respeto. Antes de entrar en la habitación me paro para tocarme la cara. Me arde. Me sobra la chaqueta. ¿Qué me está pasando? Rita, espabila, la capa.

Cuando llego al vestíbulo con el encargo cumplido, doña Laura está sola. Lo agradezco y me

apeno a la vez. Me habría gustado volver a verlo, aun a pesar de mis zapatos.

Querido diario:

Se me ha acabado la buena vida. Ya estoy instalado en la habitación del balneario. Me esperan dos semanas de soberbio aburrimiento, antes de regresar a Valladolid. Todos los años el mismo hastío, aquí encerrado, sin más distracción que las peroratas de madre sobre las insulsas vidas de sus amigas. Bueno, para ser franco he de decir que parece que voy a tener un aliciente. Coincidimos en el vestíbulo con una vieja amiga de la familia, Laura del Brezo, y viene acompañada de una criada tan joven como hermosa. No es que sea una belleza, es más bien corriente, pero tiene algo que no puedes dejar de observar. ¿La mirada? ¿La postura? No sabría precisarlo. Lo que sí sé es que me ha resultado tremendamente difícil seguir la conversación cuando la vista se me escapaba hacia ella. Ella. Porque no sé su nombre. «Muchacha, sube a la habitación a cogerme la capa». Ya averiguaré cómo se llama.

Con el mareo del viaje, lo único que me apetece es estirarme bien cómodo en la que será mi cama durante estos eternos quince días. Ahora, eso sí, tendré todo el tiempo del mundo para escribirle a Maruchi.

Me despido por hoy,

Tirso

Mi queridísima Maruchi:

Espero que cuando recibas la presente te encuentres bien y puedas perdonarme por la ausencia de noticias. Como estoy seguro de que ya te imaginarás, he estado concentrado en los estudios. Las horas se me pasan volando y, cuando me doy cuenta, no he hecho otra cosa que hincar los codos. Creo que entenderás que es por el bien de ambos. Como me dices siempre, debo dar prioridad a la carrera para que podamos casarnos en cuanto termine. Por favor, mi amor, perdóname si no te escribo tanto como me gustaría y sigue escribiéndome tú esas cartas que son la alegría de mi vida.

Ya estamos en balneario donde pasaremos dos semanas. Este ambiente de relajación me ha hecho darme cuenta de que también debo descansar un poco de tanto libro o acabaré volviéndome loco, por lo que espero escribirte un poco más durante estos días.

Lo cierto es que no tengo mucho que contarte. Por ahora, estoy dedicándome únicamente al estudio del Derecho Romano y he decidido dejar Civil para repasar al final. Es que el examen de Romano, al ser oral, me da bastante más respeto. ¿Y si me vuelve a pasar lo mismo? Esta vez no me olvidaré de llevar la estampa de Santa Rita que me regalaste. Vas a tener razón y este va a ser un caso para la abogada de las causas imposibles.

He encontrado a los primos muy crecidos. Ambos han conseguido la plaza que querían en la Escuela de Peritos de Vigo, donde estudiarán el próximo curso. Creo que Vicente no tiene mayor interés que el de seguir a su gemelo dondequiera que vaya. Antón, por su parte, no te creas que tiene mucha vocación para esos estudios, pero va siguiendo la estela de su nuevo amigo, Moisés, un joven con mucha personalidad a quien ha conocido este año porque antes vivía en Puerto Rico. Esperemos que sea una buena influencia. Vamos, que los primos han crecido, sí, pero creo que aún les falta mucho para que se pueda decir que han madurado. No están pensando en formar una familia, como nosotros. Ellos se pasan el día soñando con viajar y están entusiasmados pensando en la libertad que tendrán en Vigo. A ver si no se echan a perder. Cuando coincido con ellos, durante las comidas, intento hacerles ver la importancia de estudiar al día para cuando lleguen a la universidad. No me hacen mucho caso, pero la tía Cielo me pide a escondidas que les insista y ya sabes que yo no le puedo negar nada a mi tía favorita.

Por cierto, que a los tíos también los he encontrado muy bien. El tío no está mucho en casa porque tiene que atender el negocio y siempre hay urgencias. Ser veterinario es mucho más sacrificado de lo que parece. Creo que por eso sus hijos no quieren seguir sus pasos. La tía está feliz con mi madre. Se pasan el día hablando de sus cosas y no ha habido ni una sola tarde en la que no hayan ido a merendar a casa de alguna amiga. Te

puedes imaginar lo bien que le está sentando Galicia a mi madre. Vamos a quedarnos en el balneario un par de semanas para que tome los baños, como todos los veranos, y creo que es más por no contradecir al médico que por necesidad. Estar cerca del mar y, sobre todo, de la tía Cielo, le es más que suficiente para recuperar su salud. En La Guardia vuelve a parecer una persona joven. No la reconocerías. Así que ya ves que vale la pena el sacrificio que estoy haciendo al acompañarla durante el verano y, por supuesto, el que te ves obligada a hacer tú al esperarme.

Mi amada Maruchi, no te enfades si esta carta te resulta corta. Comprende que ya me tengo que poner a estudiar. Estoy deseando volver a Valladolid para poder estar contigo. No olvides que te quiero.

Siempre tuyo,

Tirso

P.D. Termino con un poema también breve, pero repleto de mi amor por ti:

Tu mirada

es la de un hada.

Tu postura

es mi locura.

Cuando estás ante mi vista,

no hay nada más que exista.

Estoy a punto de desfallecer de calor cuando doña Laura me hace un gesto para que le acerque la toalla. A pesar de que ya es el quinto día en el balneario, todavía no me he acostumbrado al vapor que me envuelve en este pabellón. El uniforme se me pega al cuerpo y me cuesta caminar hasta el borde de la piscina. La humedad y la flojera hacen que mis pasos sean torpes. Y entonces lo veo. Está parado en la entrada. La puerta de cristal se cierra lentamente a su espalda. Me devuelve la mirada. Sus ojos se clavan en los míos. Me paro. Siento que voy a desmayarme. Su boca dibuja una sonrisa. Sonrío levemente. Entre el bullicio del agua burbujeando y las conversaciones de las señoras, oigo a lo lejos la llamada impaciente de doña Laura: «¡Muchacha! ¿A qué esperas?» Bajo la cabeza y me apresuro a llevar la toalla. Fuerzo la postura para darle la espalda a Tirso. No estoy segura, pero creo que sigue parado en la puerta. Siento su mirada todavía fija en mí. Doña Laura protesta.

—¿Es que no sabes ni entregar una toalla, muchacha?

No le respondo. No puedo hablar. Muda otra vez. Trago con dificultad y lo intento de nuevo.

—Perdone, señora. No me siento bien, ¿puedo retirarme?

Me levanta la cara apoyando un dedo mojado en mi mentón. Me molesta que haga eso y aparto la cara con brusquedad.

—Mírame a los ojos —me ordena enfadada.

Obedezco.

—Te falta presencia en la mirada —Su voz se ablanda—. Sube a la habitación y tumbate un rato con los pies en alto, no vayas a desvanecerte aquí mismo y des un espectáculo. ¿Dónde está mi albornoz?

Me tapo la boca con la mano. Lo que faltaba. Se me ha olvidado.

—En el perchero.

Debo de tener muy mala cara porque se apiada de mí.

—No te preocupes —dice para mi sorpresa—. Ya me arreglo como pueda. Ve subiendo y haz como te he dicho.

Me giro lentamente hacia la puerta. Lo veo avanzar en dirección a la piscina observándome sin pudor. Lleva el albornoz del balneario. No puede estar más atractivo. Le sostengo la mirada y una flojera inexplicable se apodera de mis piernas. Hago un esfuerzo por caminar con normalidad mientras nos cruzamos a un metro de distancia. Lo dejo a mi espalda, alcanzo la puerta y lucho por no desplomarme hasta llegar a la habitación.

Querido diario:

He vuelto a ver a la muchacha de nombre misterioso. Con el uniforme negro parece mayor. Le sentaba mejor el vestido de flores que llevaba ayer. Aunque lo cierto es que no me interesa su ropa. Las dos veces que la he visto, lo que más he deseado ha sido quitársela. Parece que esa chica será la única emoción de estos días porque he tomado la decisión de concentrarme en estudiar. De hecho, hoy solo he bajado un rato a la piscina. Necesito aprobar en septiembre o mis veranos en La Guardia corren el riesgo de acabarse. Esta tarde hemos telefoneado a padre y lo ha dicho bien claro: «O apruebas las dos que tienes pendientes o ya te vas despidiendo de la idea de ser abogado, que al oficinista del taller de tu tío ya le queda poco para jubilarse». ¡Era lo que me faltaba! Vivir encerrado en una pecera al fondo de un taller mecánico de mala muerte a las afueras de Valladolid... Como me llamo Tirso que apruebo Romano, Civil y todo lo que venga después. Imagínate Maruchi si le tuviera que dar esa noticia... «Cariño, al final no voy a ser abogado. Llegaré a casa oliendo a gasolina y con las suelas de los zapatos manchadas de aceite». Me río solo de pensar en su cara y en la excusa que me pondría para dejarme. «Tirso, cariño, a veces el amor se acaba...». Nada de eso. Voy a llegar a los exámenes sabiéndome la materia mejor que el padrenuestro. Aún voy a tiempo. De Civil tengo que estudiar más. No me queda otra. De Romano, ya es otro cantar. El temario me lo sé de pe a pa, solo suspendí por los nervios del examen oral. Me encomendaré a Santa Rita para que me infunda templanza.

Me despido por hoy,

Tirso

Intento localizar la tienda de la alameda que me han indicado en la recepción del balneario. He tenido que caminar unos tres kilómetros para llegar hasta el pueblo y no sé si serán en balde. Resulta que a doña Laura le ha dado por bordar todo tipo de motivos vegetales y se ha quedado sin hilo verde. Una desgracia, ha dicho. Antes que aguantarla de mal humor, me he ofrecido a salir a comprarlo y aquí estoy, perdida en un pueblo que ni sé cómo se llama en busca de hilo verde, a la hora en la que todo el mundo debe de estar durmiendo la siesta porque no hay ni un alma por la calle. Justo en el momento en el que decido sentarme en un banco a descansar los pies, escucho el trote lejano de un caballo que va decelerando el paso según se acerca a la alameda. Se asoma por la carretera principal. Me incorporo y le doy el alto.

—Perdone, señor, no sabrá decirme en dónde puedo comprar hilo...

Se ríe con ganas.

—¿No será mejor que le pregunte a una señora?

Se aleja sin ayudarme.

Antes de que me dé tiempo a volver a sentarme, oigo un motor. Un coche se para al otro lado de la alameda. Voy hacia él. Veo bajarse a doña Julia y no me puedo creer la suerte que he tenido.

—Buenas tardes, doña Julia.

—¿Tú no eres la muchacha que acompaña a doña Laura? —pregunta extrañada.

—Sí, señora.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —parece más preocupada que enfadada, aunque, a juzgar por el tono, no sé si la habré molestado.

Cuando voy a responder, surge una figura de la puerta del copiloto y se me escapa una palabra. El problema no es la palabra en sí, sino mi tono de alegría.

—¡Tirso!

Deseo con todas mis fuerzas que la tierra se abra bajo mis pies y me trague para siempre.

—Buenas tardes... —me dice.

Imagino que esa mirada que me interroga espera que diga mi nombre. Yo solo me quiero morir, huir, escapar de aquí antes de que se me note que me estoy poniendo cada vez más colorada, antes de que las flores de mi vestido salgan disparadas, empujadas por la fuerza de los latidos de mi corazón.

—Rita.

—¡¿Rita?!

No sé qué le sorprende. Digo mi nombre completo, por si es lo que quiere saber.

—Rita Canteli Salas.

—Pues, buenas tardes, Rita Canteli Salas —dice él, en tono de guasa.

—Tirso, ¿no ves que Rita está en apuros? —le reprende su madre—. ¿Qué problema tienes, hija? ¿Qué estás haciendo aquí sola?

—Es que he venido a comprar hilo verde para doña Laura, pero no encuentro la tienda que me indicó el recepcionista del hotel.

—¡Ah! Es eso... Alabado sea Dios. Ven con nosotros. —Empiezan a caminar y yo los sigo—. También vamos a la tienda. Pero tendrás que guardarme un secreto, bueno, dos. ¿Sabes guardar secretos?

—Mejor que nadie, señora.

Se detiene, se gira hacia mí y me coge las manos. Tirso me sonríe desde detrás de ella, como queriendo tranquilizarme. Me pongo más nerviosa.

—En primer lugar, a mi marido no le gusta que conduzca. Está emperrado en que no es cosa de mujeres... Mi hijo conduce de maravilla, pero va pisando huevos y a mí me gusta la velocidad, ¿entiendes?

—Más o menos.

—Bueno, es igual. Lo importante es que no llegue a oídos de mi marido que me paso las vacaciones conduciendo. Así que, si alguien te preguntase alguna vez, era Tirso quien conducía, ¿de acuerdo?

—Claro, señora.

—Muy bien. Nos vamos entendiendo. Y ahora vamos a entrar en la tienda y tú vas a comprar tu hilo y nosotros lo nuestro.

Asiento algo desconcertada y retomamos la marcha en dirección a las casas que están al fondo de la alameda.

Nos paramos delante de la verja de un jardín. Efectivamente, la casa tiene la puerta abierta y fuera cuelgan un par de cestos y algunos utensilios de labranza. Si no llega a ser por doña Julia, no la habría encontrado. ¿Quién iba a imaginar que en esa casa pudiera venderse algo? Cuando tenga mi tienda, pondré un cartel bien grande en la entrada, que diga: «Tienda».

—Y ahora, recuerda, tú a lo tuyo y nosotros a lo nuestro, que no es nada que a ti te interese, ¿entendido, Rita?

—Sí, doña Julia. Ver, oír y callar.

—Mejor imposible. Después te llevaremos de vuelta al balneario.

Un tendero y una tendera, ambos muy amables, nos reciben con una sonrisa desde detrás de un mostrador de madera. El espacio es pequeño, pero es un establecimiento muy bien surtido y está ordenado y pulcro. Doña Julia me indica con un gesto que me sitúe a la derecha para que me atienda la mujer. Obedezco. Encuentro varios tonos de hilo verde. Doña Laura me ha dado dinero para comprar una fábrica entera, así que me llevo un carrete de cada uno. Tirso está apoyado en el mostrador. Dándome la espalda, intenta tapar con su cuerpo lo que el tendero está envolviendo en papel de periódico. Veo claramente que es una botella de güisqui. ¿Por eso tanto secreto? Prefiero hacer como que no he visto nada y salgo a la calle a esperarlos.

—Te sientan mejor las flores que el negro del uniforme.

Su voz suena a mi espalda, muy cerca de mí. Tan cerca que, al girarme, mi hombro roza su pecho.

—¿Qué hace? ¡Está loco! Va a salir su madre...

—Le ha dado por ponerse a comprar regalos. Tardará.

Me separo un par de pasos, no porque no desee estar pegada a él, sino por miedo a que nos vean.

—Será mejor que entre usted, señorito Tirso. Tal vez su madre necesite ayuda.

—Sabe arreglárselas sola y a mí las tiendas... —Me sonríe y yo siento que me derribo—. No

me van.

—A mí me encantan. Algún día tendré una.

No sé por qué lo he dicho. Qué más le dará a él...

—¡Anda! ¿Y eso? —Se interesa.

—Es el sueño de mi vida.

Me sonrío ladeando la cabeza, con un gesto que interpreto como de ternura y me siento humillada.

—¿Le parece tierno que quiera tener mi propio negocio?

—No, no, no te ofendas. Es solo que no me lo esperaba.

—¿Y qué esperaba, que me conformase con llevar siempre el uniforme negro?

Noto que está ordenando sus ideas. Tarda en responder y a mí me cuesta mantenerme callada mientras lo miro fijamente esperando una respuesta.

—Claro que no —dice al fin—. Ya te he dicho que te sientan mejor las flores.

Doña Julia se asoma a la puerta y nos reclama.

—Venid a ayudarme con los regalos.

Me apresuro a entrar y Tirso me sigue. El mostrador está lleno de bultos envueltos en papel de estraza. Nos los dividimos y nos despedimos de los tenderos. De camino al coche me mantengo unos pasos por detrás. Doña Julia va contándole a Tirso qué ha comprado para cada persona. Menciona nombres que desconozco, así que no presto atención porque tengo algo más importante en lo que fijarme. Ese modo de caminar tan garboso, ese porte, su espalda algo más estirada de lo normal, su pelo fosco... ¡Todo! No me queda más remedio que reconocerlo. Estoy perdida. Me gusta todo de él. Ojalá estuviera aquí Aurora. Me encantaría que lo viese. Me diría que no puede ser más guapo. Pero también me diría que ni sueña con él. ¿Qué hago fijándome en un señorito?

—¿Rita?

Doña Julia me señala el maletero abierto. Me he quedado como un pasmarote observando a Tirso mientras él ayudaba a su madre. Me disculpo en un susurro y dejo las cosas en el coche.

—Muchas gracias por haberme llevado a la tienda. No sé qué habría hecho sin su ayuda. Estaba bastante escondida. Han sido muy amables. Y, ahora, si me disculpan, debo regresar al balneario. Buenas tardes.

Me giro y empiezo a caminar sin esperar respuesta.

—Pero ¿dónde vas, hija, por Dios? —pregunta doña Julia.

Me vuelvo para explicar lo obvio.

—Al balneario.

—Pues sube al coche, ¿no te he dicho ya que vienes con nosotros?

No me muevo.

—¿Te da miedo la velocidad o temes ir con una mujer al volante? —pregunta ella en tono de desafío.

Le sonrío.

—¿Miedo yo? Eso nunca.

Encamino mis pasos hacia el coche arrepintiéndome de la tontería que acabo de decir.

—Así que eres una chica valiente —me responde doña Julia—. Eso está muy bien, Rita. Ojalá yo tuviera tu edad para volver a vivir la vida con valentía. Estoy harta de vivir con miedo.

—¿Y de qué tiene usted miedo, madre? —se sorprende Tirso.

—Empiezo y no paro, hijo —dice ella en un suspiro—. Miedo al qué dirán, a los enfados de tu

padre, a que te pase algo a ti que te estropee la vida... Bueno, es mejor que no siga, que no es el momento ni el lugar para esta conversación. Venga, entrad en el coche, que ahora me toca disfrutar al volante.

Me acomodo en el asiento trasero.

—Muchas gracias por llevarme —digo.

Durante el camino de regreso, ni Tirso ni yo nos atrevemos a abrir la boca. Doña Julia se transforma. Nos manda bajar todas las ventanillas para sentir el aire atravesando el coche a toda velocidad. Desde atrás puedo ver cómo la aguja llega al número sesenta en varias ocasiones. Me cuesta mantener la comida en el estómago. Tirso se agarra al asidero en una curva cerrada en la que parece que vamos a caer al vacío y se atreve a protestar.

—¡Madre!

—Disfruta, hijo, disfruta.

—Afloje un poco el pie, madre, que no llegamos vivos.

Ella se ríe a carcajadas y sigue acelerando.

Por suerte, los tres kilómetros, a esa velocidad, se pasan volando. Un par de curvas antes de llegar al balneario detiene el coche en el arcén.

—Tu turno —le dice a Tirso, sonriendo.

—Con mucho gusto, madre —responde él.

Se apean para intercambiarse los sitios. Doy gracias a todos los santos a los que he rezado por el camino. Doña Julia no quiere que el personal de recepción la vea llegar conduciendo. Dice que nunca se sabe con quién habla esa gente.

Tirso hace que el coche se deslice con tanta suavidad que mi estómago se asienta antes de llegar. Me pregunto si hará todo igual de bien y solo puedo responderme que seguro que sí.

—¿Quiere ayuda para llevar los paquetes?

—No hace falta, Rita. Ve subiendo, que mi hijo y yo vamos a dar una vuelta por los jardines. Y recuerda que...

—Descuide.

Por detrás de doña Julia, Tirso me sonrío. No puedo devolverle la sonrisa porque su madre me está observando. Me alejo sin mirar atrás. En cada paso les suplico a las ánimas benditas del purgatorio que me hagan olvidar su cara para siempre. Él no es para mí.

Querido diario:

¿Te puedes creer que se llama Rita? Sí, Rita, como la santa de la estampita que me regaló Maruchi, abogada de los imposibles, nada más y nada menos. No sé qué tiene que tanto me atrae. Tal vez sea su forma de andar, con esos zapatos tan horribles y, sin embargo, hay que ver con qué gracia camina... Lamento haberla ofendido con la cara que puse cuando me dijo que quería tener una tienda. No me lo esperaba. Aunque debo darle la razón, ¿por qué no iba a poder tenerla? No sé nada de ella, aparte de que trabaja en casa de la familia del Brezo. Ya le pediré a los primos que me pongan al día. Y hablando de los primos, ojalá estuvieran aquí para romper un poco la paz de este sitio. Exceptuando el rato de nada que he ido a comprar con madre, sigo en mi encierro, volcado en los libros. Casi agradezco tener que estudiar porque eso me exime de hacer vida con las señoras con las que se relaciona madre, y no me obliga a tomar baños, ni a enfrascarme en interminables partidas de cartas en las que nadie hace trampas. Y ahora te dejo, querido diario, que voy a escribirle un poema a Maruchi. Rita ha hecho que me sienta inspirado. Si mi apreciadísimo Lope de Vega leyera uno solo de mis versos, volvería a morirse, pero a Maruchi le alegran el día y no me cuesta nada hacerla feliz con cuatro letras.

Me despido por hoy,

Tirso

Mi queridísima Maruchi,

Espero que te encuentres bien cuando recibas la presente. Son las once de la noche y debería estar dormido según el horario que me impongo para rendir en los estudios. Sin embargo, ya ves, aquí estoy, desvelado pensando en ti, mi amor. Espero que te gusten estos versos, llenos de nostalgia de ti, que te envíe con todo mi cariño:

Añoro tu forma de caminar,

cómo me miras al pasar,

tu paso firme al andar.

Tus labios de cereza,

tus ojos, tu belleza.

Siento mucha tristeza

por no poderte abrazar.

Siempre tuyo,

Tirso

Se oyen los últimos acordes del órgano mientras salgo de la iglesia unos pasos por detrás de doña Laura y don Ramón. Esta mañana ha venido a recogernos para llevarnos de vuelta a La Guardia después de misa. Por un lado, estoy deseando volver. Por otro, no puedo evitar este deseo de ver a Tirso una vez más. Tenía esperanzas de encontrarlo aquí, pero lo he buscado con la mirada en cada banco de la capilla y... nada. Tampoco está entre la gente que se para a charlar delante de la iglesia. Me siento decepcionada y tonta por sentirme decepcionada. Es un bucle del que no salgo de camino al aparcamiento del hotel. Ya nos vamos.

—Esperad aquí un momento, por favor.

Don Ramón nos señala un banco a la sombra de un magnolio. Doña Laura no pregunta y yo, mucho menos. Ella se sienta y él se aleja en dirección al coche.

—¿Da usted su permiso?

—Claro, siéntate, Rita.

Me acomodo guardando una cierta distancia. Creo que es la primera vez que me llama por mi nombre. Puede que eso sea lo único bueno que me lleve de estos días, aunque no me compensa el malestar que tengo en el estómago por no haber visto a Tirso. Debo olvidarme cuanto antes de él. Esto no tiene ningún sentido. Me concentro en seguir los movimientos de don Ramón. Lo veo abrir el maletero y coger en brazos un paquete como los que había visto en la cochera. Quién me diera tener ahora una cámara fotográfica para poder demostrarle a Toñi que no estoy loca.

—Doña Laura...

Ella está observando a un gorrión que ha venido a posarse a la esquina del banco.

—Dime, Rita.

Tal vez el «Rita» haya llegado para quedarse. Se ve que se lo sabe de verdad.

—Quería preguntarle...

Veo a don Ramón desaparecer con el paquete por la trasera del edificio al tiempo que recuerdo sus palabras el día que lo conocí. «Ver, oír y callar». Decido ser discreta y busco otra pregunta que formular.

—No, nada, si sabe, más o menos, a qué hora llegaremos a La Guardia.

—Llegaremos a la hora de la comida. Si todo va bien, Toñi nos habrá dejado algo preparado: una tortilla y lacón, probablemente. La tarde puedes cogértela libre, por supuesto, si eso es lo que quieres saber.

—No se preocupe. De todos modos, no tengo amigas. Casi prefiero trabajar.

Ella se queda pensativa mirando al gorrión. Yo, pendiente de la esquina por la que ha desaparecido don Ramón.

—Berto tiene una hermana, Lucía, que creo que será de tu edad. La mandaré venir para que te la presente. Si te agrada, puedes ir con ella un domingo al cine Avenida. Si no sales un poco, podrías enfermarte y eso no sería bueno para nadie.

—Pero el cine será carísimo...

Sé que Berto fue hace poco a ver una de vaqueros y está ahorrando para volver.

—Yo os invito. No me conviene que adolezcas de tedio.

La idea de ir al cine me hace ilusión. La de tener una amiga, más. Añoro tanto a Aurora... Espero que no sea una traición.

—Muchas gracias, doña Laura.

—No tienes que dármelas. Es puro interés —reconoce—. También hay que pedirle a Berto que te enseñe a andar en bicicleta para que puedas ir al mercado. Allí conocerás a otras muchachas.

—Sé andar en bicicleta.

Se queda mirándome con cara de asombro. Estiro la espalda para no parecer débil.

—Estupendo, Rita, estupendo.

Me observa de pies a cabeza como si fuera la primera vez que se fija en mí. Debo de haber superado el examen porque me regala una sonrisa mientras dice:

—Compraremos otra bicicleta para ti. —No salgo de mi asombro. Se ve que hoy tiene un día de los buenos y, a estas alturas, ya sé que no son muchos—. No quiero problemas con Toñi.

Veo aparecer a don Ramón, ya sin el paquete. Se acerca al aparcamiento y nos sonríe haciendo un gesto para que vayamos.

—¿Todo arreglado? —le pregunta doña Laura mientras entramos en el coche.

—Claro, mi amor, como siempre.

Se miran a los ojos sin decir nada. Se aproximan lentamente. Desde el asiento trasero no puedo evitar ser testigo de un beso en los labios que dura una eternidad. Cuando parece que van a separarse, él le acaricia la nuca y sus labios vuelven a unirse. Por un instante, sueño que somos Tirso y yo. Me siento tan ridícula como incómoda. Quiero llegar a casa y encerrarme en mi habitación. Desvío la mirada hacia mis pies y me doy un baño frío de realidad. ¿Quién me va a besar a mí con estos zapatos de monja muerta?

Por fin, don Ramón arranca y yo me alegro de dejar atrás el balneario y, sobre todo, a Tirso.

—Cariño —dice doña Laura acariciándole el brazo a su marido—, ¿crees que podríamos comprarle a la muchacha una bicicleta?

Él me mira por el espejo retrovisor, sorprendido.

—¿Quieres aprender a montar en bicicleta?

—Sé andar muy bien. Puedo ir bastante rápido y no me he caído ni una sola vez.

—¡Anda! —Mira a su mujer como para confirmar que no es una broma.

—Eso dice. Esperemos que sea verdad... —Se gira en el asiento hacia él y baja el volumen de voz para decirle—: Había pensado que, tal vez, ella podría ayudarte cuando haya que hacer entregas en el centro. Así no te expones tanto.

Ahora me entero de que había un interés. Habría sido un milagro recibir tanta bondad a cambio de nada.

—Estás en todo, mi amor —responde él tocándole la rodilla.

A pesar de que están hablando de regalarme una bici y la conversación no puede incumbirme más, me da pudor presenciar tanto toqueteo. Me revuelvo incómoda en el asiento de atrás, deseando evaporarme.

—Entonces, mi amor, ¿crees que podríamos comprarla?

—Bueno, se me ocurre que, como Rita no es muy alta, podría servirle la que era de mi hermana, que en paz descanse. Le pediré a Berto que la arregle.

Era lo que me faltaba para completar el equipo: nombre y zapatos heredados de monjas muertas y bici heredada de joven muerta. Hago un esfuerzo por alegrarme. Sor Isabel me diría

que la soberbia es el pozo en el que caen los desagradecidos, y ya estoy escuchando a sor Engracia: «Agradece, Rita, agradece y reza por quien no tiene un mendrugo para poner en la mesa de sus hijos».

—Muchas gracias —digo—. Me encantará darle uso a la bicicleta de su hermana, señor.

Me hago la dormida el resto del camino. Cierro los ojos y rezo para que se acabe el hambre en el mundo.

Querido diario:

Hoy he avanzado mucho en los estudios. No me he levantado de la silla más que lo justo para ir a misa y para ver un rato por la ventana de vez en cuando. Una de esas veces, he visto a Rita. Estaba sentada en un banco del jardín. Parecía ilusionada hablando con doña Laura. Cuando estaba a punto de bajar para hacerme el encontradizo, se levantaron, se metieron en el coche de don Ramón y se fueron. En la cena, le he preguntado a madre si no le gustaría ir a dar un paseo con doña Laura para confirmar si su partida era definitiva. Y, efectivamente, me dijo que se han ido hoy después de misa. No sé por qué madre se empeñó en ir a la iglesia del pueblo de al lado. Bueno, sí lo sé, para conducir, claro. Aún me dura el mareo desde la mañana. Estoy por contarle a padre que conduce, o un día nos vamos a acabar matando en cualquier curva. Lo malo es que, si yo hablo, madre también lo hará. Sabe perfectamente a qué me dedico en La Guardia, pero le resulta más ventajoso mirar hacia otro lado. Ambos estamos obligados a guardarnos los secretos. Me da pena no volver a ver a Rita por aquí. Me habría gustado que se quedase más días, aunque solo fuese para alegrarme la vista.

Me despido por hoy,

Tirso

Mi querida Maruchi:

Hoy te envío esta postal, en lugar de una carta, para que puedas ver lo bonito que es el balneario. Nada comparado con tu belleza, que tanto añoro. Estoy deseando volver a Valladolid y así poder disfrutar de tu compañía. ¡Ya falta poco! Dios mediante, la próxima semana estaremos paseando juntos por la calle Santiago.

Te quiere siempre,

Tirso.

Me siento bastante ridícula por estar nerviosa, pero lo estoy. Aunque, por desgracia, sé bien lo que son las despedidas de viejas amigas, no tengo experiencia en presentaciones de futuras amigas. En el hospicio me bastaba con Aurora y, si llegaban niñas nuevas, eran pequeñas. Ninguna niña que esté en edad de trabajar acaba en una inclusa. Sor Engracia me explicó una vez que eso es porque siempre aparece algún familiar caritativo que las acoge para ayudar en las tareas domésticas.

Como casi no he bajado al pueblo en estos meses, no sabía que habría tanta gente paseando un jueves por la tarde. Eso también me está afectando. Estoy abrumada. Doña Laura nos ha dado instrucciones para que no volvamos tarde a casa, y lo agradezco. Aunque intento disimular mi ansiedad, Berto se ha dado cuenta de que algo me pasa.

—Mi hermana es divertida —dice—, te caerá bien, pero será mejor que la vayas perdonando de antemano por todas las veces que será impuntual cuando quedes con ella. Es cumplidora para el trabajo porque para los abuelos eso es sagrado y la tienen bien aleccionada, pero para todo lo demás...

—No pasa nada, Berto, no te preocupes. Por suerte, tenemos este banco para esperarla sentados.

—Sí, eso será lo mejor, que aprendas que, para esperar a Lucía, es mejor hacerlo con alguna comodidad.

—Así que... ¿Hablando mal de mí, hermanito?

Nos sorprende por la espalda apretándonos los hombros a ambos.

—¿Cómo iba a hablar mal de ti con lo mucho que te quiero? —le responde Berto.

—Tú debes de ser Rita —se dirige a mí, ignorando la puya de su hermano.

—Y tú, Lucía, claro.

Nos damos dos besos mientras me advierte:

—Soy Lucía, sí, y ni se te ocurra llamarme Lu, que no lo soporto.

—Vale, y tú no me llames Ri. Nunca se le ha ocurrido a nadie, pero tampoco me gustaría.

Ella asiente sonriendo, me mira de hito en hito, y dice:

—Eres muy mona, pero tus zapatos hacen que no lo parezcas.

—Tú también eres guapa, pero se ve que el tacto no es algo que te sobre.

—¡Tal para cual! —murmura Berto—. Me voy, que quedé con mis amigos y llego tarde por tu culpa, mi querida hermanita. A las siete aquí. ¡Puntuales! ¿Entendido? Tengo que dejar a Rita sana y salva en casa antes de las siete y media y no quiero imprevistos.

—Tranquilo —le digo—. Yo sí que sé ser puntual.

Mientras lo veo alejarse, le digo a Lucía:

—Sé ser puntual, pero no tengo reloj, ¿tú?

—Tampoco, pero es la excusa perfecta para ir preguntando la hora a los chicos guapos que nos encontremos por el camino. ¿Te apetece dar un paseo?

Me siento bien callejeando por el centro de La Guardia al lado de mi nueva amiga. Por lo visto, Berto ya ha hablado tanto de mí en su casa que hasta sus abuelos tienen ganas de conocerme. Eso me ahorra tener que dar explicaciones sobre mi pasado, y lo prefiero. Ella me cuenta de sus padres, que viven muy lejos, pero nunca han dejado de mandarles cartas larguísimas. Así es como descubrimos que tenemos un conocido en común, Elías. Pero el cartero no es lo único en lo que coincidimos. Ella también está sirviendo en una casa, aunque solo por las mañanas. Y lo más importante, Lucía tampoco piensa ser criada toda la vida. Ella todavía no tiene claro cómo va a lograrlo, pero se entusiasma con mi idea de la tienda. Le hablo de Aurora y le digo que siempre pensamos que el negocio sería de las dos, pero que tal vez podríamos ser tres, ¿por qué no? A Lucía le hace ilusión que la incluya en mis planes de futuro. Se para. Me coge las manos entre las de ella y me dice muy solemne:

—Creo que vamos a ser muy buenas amigas, Rita. Igual, hasta no me importaría que me llamasen Lu, aunque, de momento, es mejor que no pruebes, ¿vale?

Nos reímos sintiéndonos como si nos conociésemos de toda la vida.

Tengo una nueva amiga.

Me alegro y me siento culpable al mismo tiempo. Yo aquí riéndome con Lucía y... Aurora sola, o lo que es peor, con Cristina, en el convento.

JUNIO DE 2002

—A ver, Fer, lo primero que tenemos que hacer es una lista de lo que sabemos de ella —dice Vera con el bolígrafo en la mano—, cosas que nos haya dicho la abuela alguna vez y que nos puedan dar pistas para empezar a buscar.

—Sabemos que se llama Rita y para de contar. Gran cosa. Ni siquiera tenemos su nombre completo.

—En el mueble del salón de la abuela, en medio de esa especie de altar a Santa Rita, lleno de estampas, está la postal del balneario que me dio la idea de hacerle ese regalo. En el remite aparecen sus apellidos y todo. Rita Cantante Sales, o Cantali Salas, o algo así...

—¿Estuviste cotilleando entre las cosas de la abuela?

—Esa postal lleva ahí toda la vida, Fer. La habré tenido en la mano cientos de veces.

Él se queda pensativo mientras Vera apunta: «Comprobar apellidos».

—No parecen apellidos muy comunes. Pero aun así... Es misión imposible, Vera. Por una vez en la vida estoy de acuerdo contigo en algo: sería genial encontrarla. Ahora, ¿cómo narices crees que vamos a conseguirlo? ¿Tú tienes algún amigo detective?

—Pues claro que no, pero tengo una idea para empezar. Es lo más lógico, nada del otro del mundo.

—Miedo me das...

—Tranquilo. Solo necesito la guía telefónica, las Páginas Blancas. Pero primero vamos a casa de la abuela. Mientras yo la distraigo, tú coges la postal y ves los apellidos de Rita, o mejor, los apuntas, que no me fío de tu memoria.

—¡Pero si eres tú quien no se acuerda bien!

—Pues por eso, para que no te pase lo mismo.

—¿Y cómo piensas distraer a la abuela?

—Muy fácil, le digo que me enseñe su armario. Siempre le hace ilusión que le pida algo de ropa. Ya sabes que, de vez en cuando, me gusta darle un toque *vintage* a mi *look*...

—No soporto que hables así.

—Hablo como me da la gana. Y tengamos la fiesta en paz por una vez, por favor.

—¿Y qué estás pensando con lo de las Páginas Blancas? ¡Habrá más de sesenta municipios en la provincia de Pontevedra! No pretenderás que busquemos en todos... Y eso suponiendo que no se haya ido a vivir al fin del mundo, ¿quién sabe dónde estará!

—Empezaremos por los que caen de cajón: el primero, La Guardia, claro, porque lo último que sabemos es que trabajaba allí con la abuela; el segundo, Tuy, por si volvió a sus raíces; el tercero, Vigo, porque la abuela nos contó que soñaban con abrir una tienda aquí; el cuarto... Bueno, a partir de ahí, buscaremos los demás ayuntamientos, por orden alfabético, empezamos por Arbo y no terminamos hasta llegar al final. Y si no la encontramos, habrá que conseguir los listines telefónicos de otras provincias, primero, el de Valladolid, que me suena que alguna historia había por ahí...

—Entonces rezaré para que siga viviendo en La Guardia o, como mucho, en Tuy.

—¡Mira que eres vago!

—¿No eras tú la de la fiesta en paz?

—Bueno, pues reza lo que quieras. Ahora lo importante es que apuntes bien los apellidos.

¿Vamos a casa de la abuela o qué?

—¿Ahora?

—Ya estamos tardando.

PRIMAVERA DE 1946

Llamo a la puerta de la biblioteca y espero. Pasan un par de segundos, que se me hacen eternos, hasta que escucho: «Adelante». Me aliso el delantal con las palmas de las manos y entro intentando mantener el cuerpo bien erguido y la frente levantada. Desde que supe lo del embarazo no he parado de darle vueltas. Esta es mi gran oportunidad. Los tiempos no pueden cuadrar mejor. Ya Dios lo hace.

—¿Da su permiso?

—¿Qué quieres, muchacha?

Por el tono, y porque no soy Rita, sino «muchacha», sé que he elegido mal el día. Tenía que haber esperado más, pero como nunca se sabe cuándo va a llegar un día bueno... Me acerco al escritorio y me quedo de pie. No sé por qué creo que me mandará sentar, como si estuviese en el despacho de sor Engracia. No lo hace. Solo quiere que me vaya cuanto antes para seguir enfrascada en unos libros de astronomía que don Ramón le ha comprado en su último viaje a Madrid. Tengo que ser breve. El aplomo con el que venía se me está esfumando. Casi puedo sentir cómo se evaporan mis sueños.

—Estaba pensando...

—¿Desde cuándo te pago para que pienses?

Me acuerdo del cuento de la lechera y veo la leche derramada a mis pies. Sin embargo, no me rindo. Esto es por Aurora. No puedo amilanarme. Me agarro a una palabra y vuelvo a levantar la cabeza. Me atrevo a desafiar a doña Laura.

—Hablando de pagar... Usted me paga para que limpie, ¿cierto?

—Te pago para que hagas las tareas de la casa. Eso incluye la limpieza, la compra en el mercado, poner la mesa o lo que haga falta, que ya sé que andas protestando por tener que poner tan tarde el verdó del señor y ni sueñes con dejar de hacer esa tarea cuando nazca el bebé. Ni esa, ni ninguna otra. Tienes un salario más que generoso. ¡Ya quisieran muchas! Espera... ¿No habrás venido a pedir un aumento?

Aunque no lo parezca, creo que la conversación va por buen camino. Ahora tengo que interrumpirla antes de que se le haga mala sangre, pero ella no se calla. Tal como ya me dijo un día don Ramón, me sugiere que pregunte en el mercado a otras muchachas cuánto cobran y así sabré que yo gano mucho más. La interrumpo:

—Estoy aquí porque quiero proponerle algo que le va a encantar.

—A saber... —Pone los ojos en blanco—. Dime de una vez, muchacha.

—Muy bien, pero tiene que dejarme hablar hasta el final —Me crezco—. ¿Me permite sentarme?

Desganada, hace un gesto con la mano para que tome asiento. ¿Será eso una señal de que de verdad va a escucharme?

Pido ayuda a todos los santos y le expongo mi idea:

—Llevo en esta casa casi once meses. Desde que me levanto temprano hasta que me acuesto

tarde, no paro ni un segundo.

—No, si ya sabía yo...

—Escúcheme hasta el final, por favor. Acabo en un minuto.

Ella vuelve a poner los ojos en blanco y asiente. Me da la sensación de que ya está buscando las palabras que usará para despedirme.

—Espero la llegada del bebé con la mayor ilusión del mundo, pero ¿cómo voy a hacer para atenderla a usted y a la criatura y seguir manteniendo todo como los chorros del oro?

—Pues como hacen otras, ya te apañarás.

—Tengo la solución perfecta.

—Sorpréndeme.

—Dos personas por el precio de una.

Estira levemente el cuerpo. Es un gesto sutil, pero algo me dice que estoy ganando la partida. Sigo hablando. Tengo que llegar hasta el final y salir de esta biblioteca con un sí.

—Mi amiga Aurora cumplirá dieciséis años en junio y tendrá que abandonar el convento. Sor Engracia le está buscando una casa para servir, pero todavía no ha encontrado nada. Yo creo que es cosa de la Divina Providencia. Le prometí a Aurora que haría todo lo posible para que cuando saliese estuviera cerca de mí. Estoy exhausta de tanto preguntar en el mercado, en la farmacia, en la mercería..., pero usted bien sabe que, con los tiempos que corren, no es fácil encontrar trabajo, y mucho menos cuando no es para una. Bueno, voy al grano. Usted tiene razón, me paga bien, sé que gano más de lo que ganan otras, y no tengo gastos más allá de los donativos que voy enviando al convento, por eso no me importa compartir mi salario con Aurora con tal de poder tenerla cerca de mí. Entre las dos podremos encargarnos muy bien de las tareas, de usted y del bebé.

—¿Qué tontería estás diciendo, muchacha? No seas ingenua.

—Lo he pensado mucho. Es lo que más quiero del mundo y usted no tiene nada que perder. Hay una habitación con trastos viejos al lado de la mía. Podría alojarse ahí, y si no, a mí no me importa compartir la mía.

Se queda callada. Me mira el fondo de los ojos, como el primer día. El corazón me late acelerado. Me está poniendo muy nerviosa su silencio y su cara inexpresiva no me dice si está o no de acuerdo.

—Te vas a llevar muchos palos en la vida, muchacha, pero eso es asunto tuyo. Tal vez si hubieras tenido una madre te habría explicado algunas cosas. Ahora ya es tarde.

No puedo evitar responderle en un tono que no deja lugar a dudas de que estoy ofendida.

—Las monjas me han explicado todo lo que tengo que saber.

Hace oídos sordos, se levanta y se pone a pasear por la biblioteca.

—En ese caso, tú verás. De momento, que quede bien claro que eres tú quien se está ofreciendo a compartir el salario. De todas formas, tengo que pensarlo. Dices que yo no tengo nada que perder, pero es una boca más que alimentar y tendré que hablar con sor Engracia antes de meter en casa a una completa desconocida.

—¡Es mi amiga del alma! Yo respondo por ella.

—¿Tú? No me hagas reír. Si no estás ni desarrollada... Hablaré con sor Engracia y, si me convence, se lo comentaré al señor. Cuando hayamos tomado una decisión, te lo haré saber.

Eso no es un sí, pero tampoco es un no. Me debato entre insistir o marcharme. Tal vez debería hablarle sobre Aurora, de su corazón de oro, contarle lo buena persona que es...

—Vamos, no te quedes ahí como un pasmarote.

—¿Eso es un sí? —Me sorprende al escuchar mi voz. Con la cantidad de veces que sor Isabel me habrá dicho que no se puede hablar sin permiso de la inteligencia...

Doña Laura calla. Ella sí que sabe hacerlo. Me señala la puerta con la mirada.

Me levanto con la mejor de mis sonrisas y hago un último apelo a sus sentimientos mientras me aproximo a la puerta dando pasos hacia atrás.

—Le agradezco mucho que me haya escuchado. Estoy segura de que tomará la mejor decisión porque sé que desea darle lo mejor a su bebé.

—Anda, anda, menos cuento —dice intentando disimular un atisbo de sonrisa—. Y vete de una vez a tus faenas, que no te pago para que estés aquí de cháchara.

—Con permiso —digo antes de cerrar la puerta.

Mientras bajo las escaleras hago balance. Creo que ha salido bastante bien. Por lo menos me ha escuchado y no ha dicho que no. Hablará con sor Engracia y, por supuesto, ella no le contará lo de la vez que Aurora «robó» dinero a los padres que quisieron adoptarla, ni le hablará de su tendencia a acumular objetos en una esquina del alpendre. Tampoco le dirá nada de la cantidad de veces que Aurora estuvo castigada por gastar bromas pesadas a monjas, compañeras, o incluso al padre Luciano. Se callará también las trastadas menores, como la del día que «probó» el vino de misa hasta terminar la botella. Avanzo por el laberinto hacia la cocina con una sonrisa que se va haciendo mayor a medida que voy recordando las mil maneras en que Aurora ha hecho que mi vida haya sido mucho más divertida de lo que habría sido sin ella. Si doña Laura la conociese, no tendría nada que dudar, ¿o sí? Entro en la cocina sonriendo al imaginar que sor Engracia le dirá que Aurora es una mujer hecha y derecha, más formal que nadie y trabajadora como ninguna.

—Toñi, creo que dentro de muy poco tiempo vamos a tener ayuda.

Zigzagueo por las callejuelas para sentirme libre. Bajo una cuesta, subo otra... Pedaleo despacio y disfruto del aire templado que me acaricia la cara. Hago inspiraciones profundas para llenarme de olor a mar. Voy saludando a los vecinos que he ido conociendo a base de pasar por aquí y por allá todos los martes y viernes. Son mis días favoritos. Voy al mercado, a la farmacia y a cualquier otro sitio al que me manden. A veces tengo que entregar algún paquete de don Ramón. No hago preguntas. Entrego, sonrío, recojo el dinero que me dan y, a la vuelta, el señor me lo agradece con una generosa propina. Voy guardando para la tienda. También podría comprarme los zapatos. Lucía me ha llevado a ver unos que han puesto en un escaparate del centro, pero he decidido que esperaré para que vayamos con Aurora, porque estoy segura de que mi plan para que venga a la Casa del Pico va a salir bien. Los mocasines de sor Benedicta siguen siendo horribles, sin embargo, a base de usarlos, ya no me avergüenzan. Además, se han hecho tanto a mí que ya no solo no me hacen daño, sino que hasta me parecen cómodos.

Hago mi primera parada en una taberna cerca del puerto. Me apeo de la bici. Sonrío al ver el invento de Berto. Me ha hecho un cajón de madera con doble fondo. Cuando lo necesito, lo engancho encima del portaobjetos trasero con un ingenioso sistema de rieles y pestillos. En la parte baja, llevo los paquetes bien ocultos y, encima, pongo el delantal o una chaqueta.

Me asomo a la puerta del bar y veo que hay clientes. Saludo a la dueña desde la entrada y ella sale secándose las manos al delantal.

—Buenos días, Rita. ¿Has podido traer los cuatro?

—Cuatro hay, sí, eso ha dicho don Ramón.

—Calla, hija, ¿no sabes que las paredes oyen?

Tiene razón. El señor dice que hay que extremar la discreción, que no hacemos nada malo, pero podría parecerlo. Él solo aprovecha sus viajes a Portugal para hacerse con este café que está tan bueno y yo le ayudo a repartirlo entre unos cuantos vecinos. «El negocio de los relojes no puede estar peor en los tiempos que corren y esto es solo una ayuda que no hace daño a nadie», me dice siempre don Ramón.

Le doy a la dueña del bar un bulto cubierto de papel de estraza. Ella desliza las yemas de los dedos por encima, presionando levemente mientras cuenta en alto hasta cuatro. Se mete la mano en el escote y saca un billete del sostén. Me lo da y entra en la taberna apresuradamente.

Vuelvo a subirme a la bici. Hago las dos entregas que me faltan con la misma diligencia y me dirijo al mercado. Con un poco de suerte, coincidiré con Lucía. Ella está trabajando por las mañanas en casa de doña Antonia Giestal. Antes le tocaba ir al mercado los miércoles, pero se las ha apañado para cambiarlo a los martes y hacemos por encontrarnos. La primera que llega espera a la otra en el callejón lateral.

No veo a Lucía, aunque por el humo de un cigarrillo sé que está escondida en la entrada de la casa abandonada. A veces imaginamos que es nuestra. En nuestros sueños, no la compramos, simplemente nos la quedamos. En el bajo abriríamos la tienda. Aunque esto sea un callejón y no

pase casi nadie por aquí, podría no ser un mal sitio, justo al lado del mercado. En el piso de arriba, tendríamos cada una su habitación y compartiríamos la cocina. La casa parece pequeña. Si no podemos tener un salón, no nos importa, total, vamos a estar muy ocupadas con el negocio. En lo que no nos ponemos de acuerdo es en la propiedad de la tienda. Yo quiero que sea solo mía y de Aurora, que para eso tuve la idea y para eso estoy ahorrando para la reforma, pero Lucía quiere un tercio del negocio sin aportar nada más que su supuesto talento como vendedora. Discutimos por pasar el rato. Ambas sabemos que lo de quedarnos la casa es hablar por hablar. Lo de la tienda, ya es otro cantar. Lucía se lo toma a broma, pero yo sé que algún día lo conseguiré.

—Por el humo se sabe dónde está el fuego —digo aparcando la bici en el callejón.

Se asoma y me ofrece una calada.

—¿Quieres?

—No sé cómo te puede gustar.

—No me gusta.

—¿Entonces?

Se encoge de hombros y cambia de tema.

—Tengo novedades.

—Yo también, pero tú primero.

—Acabo de ver a los gemelos.

—¿Aquí?

—¿Dónde iba a ser?

—¿No están en Vigo?

—Pues si están aquí, no están en Vigo, ¿no?

—Era una pregunta retórica.

—¿Una qué?

Suelo olvidarme de que Lucía apenas tiene estudios. Sabe tanto de la vida que me resulta imposible pensar que pueda haber aprendido todo sin la ayuda de los libros.

—Da igual. Vamos a lo importante: ¿estaba su primo?

—No, hija, no. ¿No ves que, si no, habría empezado por ahí? Acabo de ver a Tirso con los gemelos. Eso te habría dicho.

—Como dijiste que tenías novedades...

—Es una novedad que estén aquí un día de semana, ¿no crees?

—Habrán venido a algún recado, yo que sé. A mí eso ni me va ni me viene.

—¿Y si están aquí por algún evento familiar? Igual se murió alguien y Tirso también viene al entierro.

—¡Qué bruta eres! Quiera Dios que no. Además, no quiero saber nada de él.

Mi amistad con Lucía, lejos de ser parecida a la que me une a Aurora, se ha convertido en algo muy especial. Con ella también puedo hablar de cualquier cosa sin miedo a que me juzgue. Es la única persona del mundo que sabe lo mucho que me gusta Tirso. A Aurora no quiero contárselo por carta, por si alguien la lee, que hay que tener cuidado con lo que se escribe, y las pocas veces que fui de visita al convento, siempre había gente alrededor.

—¿Y tus novedades?

—Ayer hablé con doña Laura.

—¿Y? ¿Dijo que sí?

Lucía lo pregunta ilusionada porque le he hablado tanto de Aurora que está deseando

conocerla, aunque me ha hecho jurar que no me voy a olvidar de ella si consigo que venga.

—No dijo que no.

Entramos en el mercado y nos ponemos a la cola del puesto de Chisco haciendo planes para las tres. Decidimos que la casa abandonada pase a tener un salón. Nada como la imaginación para ampliar espacios. En el futuro con el que soñamos, el mundo es un lugar maravilloso lleno de gente comprando en nuestra tienda. Tan bien nos va, que un buen día, Tirso y los gemelos se presentan ante nuestra puerta. Tirso viene a pedir mi mano, claro. Y ya que estamos, ¿por qué no?, Vicente, la de Lucía, y Antón, la de Aurora. Así podríamos casarnos el mismo día en una ceremonia conjunta. Después, en nuestros sueños, nos vamos a vivir a tres mansiones construidas en el mismo terreno, para estar siempre muy cerca.

—¡Siguiente!

—Un kilo de harina, por favor.

—¿La cartilla? —Chisco se impacienta mientras la busco—. Vamos, señora, ¿no ve la cola que hay?

Lucía y yo nos miramos y nos da la risa. ¿Bastará con imaginarse viviendo en una mansión para que la traten a una de «señora»?

Llego a la Casa del Pico con energías renovadas. Ni siquiera me he cansado subiendo la cuesta. Por el cesto asoman unas verduras a las que Toñi no podrá poner objeciones y las zanahorias podrían ganar un concurso. Busco a Berto con la mirada para enseñarle mis tesoros y decirle que estuve con su hermana. Me siento contrariada al no encontrarlo. Debe de estar en la cochera lavando el coche nuevo del señor. Le encanta ver lo que traigo del mercado y solemos reírnos imaginando los comentarios que va a hacer Toñi. «Esos grelos da pena verlos, los melocotones están melados, ¿nadie te enseñó a ver los ojos de los pescados antes de comprarlos?, esto tiene de bacalao lo que yo de monja...». Al principio, lloraba desconsolada por los rincones preguntándome cómo voy a tener una tienda si ni siquiera sé comprar. Hasta que un día, Berto me encontró llorando en el lavadero. Quiso prestarme su pañuelo y me dio la risa. Antes me muero que usar un pañuelo suyo. No se ofendió. Se sentó a mi lado y me acariciaba la cabeza como si yo fuese un cachorro mientras me repetía: «Cuéntame lo que te pasa para que pueda ayudarte». Ese día sentí celos de Lucía por tener un hermano tan bueno. Si yo hubiese tenido uno, me habría gustado que fuese él. Logró que le contase lo que me estaba pasando y me preguntó: «¿Te has puesto alguna vez en el lugar de Toñi?». Berto me hizo ver que todo era culpa de los celos, como los que yo acababa de sentir. «Tus compras están bien hechas, pero Toñi es un ser humano... ¿No ves que antes era ella quien iba al mercado?». Desde ese día, no tengo en cuenta ninguno de los comentarios despectivos que recibo cada martes y viernes sin excepción.

Apoyo la bicicleta en el banco de piedra que está al lado de la entrada a la cocina. La parte superior de la puerta está abierta.

—¡Toñi! ¡Mira lo que traigo! —le grito desde fuera mientras cojo las compras.

Ella se asoma rápidamente.

—¡Shhh! ¡Calla, niña! ¡Vas a despertar a la señora!

—Lo siento —me disculpo en un susurro.

Me abre la puerta y, en silencio, expongo todo sobre la mesa de la cocina.

—Muy bien.

No salgo de mi asombro.

—¿Muy bien?

—Sí, muy bien, niña. ¿Dónde encontraste unas zanahorias tan hermosas?

—En la de Chisco.

Ella asiente. Yo me crezco, feliz de tener, por fin, su aprobación.

—En la de Mari también las había muy buenas —añado—, pero dos céntimos más caras.

A Toñi ya no le interesan los detalles. Se ha dado la vuelta para sacar una olla grande del armario de las tarteras.

—Ten. Pon agua a hervir. La señora no se encuentra bien y con esto vamos a hacer una sopa como Dios manda. A ver si se le recompone el estómago, que si esa criatura no para de hacerla

vomitara... —Se persigna.

Hago lo que me manda en silencio. Por su cara de preocupación entiendo que puede ser más grave de lo que me está contando. Doña Laura ya ha estado indispuesta más veces. Los primeros meses no era capaz de mantener nada en el estómago más allá de media hora, pero hacía tiempo que no se encontraba mal. Dejo la olla en el fuego y me siento a su lado para ayudarla a pelar patatas.

—¿Se pondrá bien?

Mi pregunta la coge desprevenida y se sincera.

—Solo Dios lo sabe.

No me puedo creer lo que estoy oyendo.

—Pero si ayer estaba bien...

—Hoy estamos bien y mañana no, niña —dice resignada—. El médico acaba de irse y ha hecho todo lo que ha podido. Ahora solo queda rezar.

—Esa es mi especialidad.

Toñi esboza una sonrisa de esperanza.

—Pues empieza, niña, que ya ni sé cuántos padrenuestros llevo y me flaquea la fe. Tantos años esperando la llegada de una criatura y a ver si ahora...

Apoya el cuchillo en la mesa y saca su pañuelo a tiempo de evitar que una lágrima ruede mejilla abajo.

—Se va a poner bien, Toñi, ya verás —le digo sin saber qué estoy diciendo—. Venga, que mientras preparamos la sopa vamos a rezar el mejor rosario que se haya rezado en el mundo entero.

Ella asiente. Vuelve a coger el cuchillo y me hace una señal con la barbilla para que empiece.

—A ver... Hoy es martes... Misterios dolorosos. Primer Misterio: La oración de Jesús en el huerto.

Toñi suspira. Creo que le reconforta tenerme a su lado rezando. Me concentro para no perder la cuenta de avemarías.

Mientras la sopa se hace a fuego lento, nos ponemos a preparar los buñuelos de arroz que tanto le gustan a doña Laura, por si eso le abre el apetito.

Cuando don Ramón aparece en la cocina, vamos por el quinto misterio del segundo rosario. Me asusto al verlo parado en la puerta. Jamás he visto al señor en el piso de abajo y a juzgar por la cara de Toñi, parece que ella tampoco. Nos levantamos a la vez.

—Vamos a tener que hacer turnos —dice—. No quiero que se quede sola en la habitación. Está muy débil.

—Claro, señor, cuente con nosotras para lo que haga falta —responde Toñi.

—Yo puedo leerle en alto para que se distraiga —me ofrezco.

Toñi me lanza una mirada de odio que me deja temblando. No se lo tengo en cuenta. Sé que está nerviosa y afloran los celos. Ella apenas sabe leer y escribir. Va juntando sílabas y se apaña como puede. Ya me he ofrecido varias veces a ayudarla a practicar, pero siempre le puede el orgullo.

—La señora no está para lecturas, niña —me reprende—. Lo único que necesita es descansar.

—Tal vez le venga bien escuchar una voz de fondo —Me alegra que don Ramón salga en mi defensa—. Puede que sea buena idea, Rita. Yo tengo que salir ahora, pero estaré de vuelta en una hora. Ve a sustituirme.

Asiento y me dirijo a la puerta.

—¿Dónde vas con esas manos, niña?

Me paro. Están llenas de harina y huevo. Vuelvo atrás para lavármelas.

—Toñi, si ve usted a Berto, dígale que quiero hablar con él —dice el señor.

—Lo verá usted antes. Estaba hace poco en la cochera, dejando reluciente su coche. Me dijo que le había pedido usted que se encargara.

—Es verdad. Ya me había olvidado.

Termino de lavarme.

—¿Así están bien, Toñi? —pregunto con retintín, enseñándole mis manos.

—Perfectas —responde don Ramón—. Subo contigo y te explico cómo debes hacer para no dejar que le suba la temperatura.

Salgo de la cocina detrás de don Ramón sin mirar a Toñi. Puedo entender que se cele, como me explicó Berto, pero es que hasta se le transforma la cara. Es como si hubiese un monstruo dormido dentro de ella y, cuando le nacen los celos, no puede dominarlo.

Don Ramón se para antes de entrar en la habitación. Está preocupado por la señora, pero los negocios son los negocios.

—¿Has podido hacer todos los repartos?

—Sí, tome.

Me doy la vuelta para que no me vea sacar el dinero del sostén. Me vuelvo a girar y se lo entrego. Él lo cuenta, como siempre, pero esta vez no se lo guarda para darme a cambio unas monedas.

—Lo de hoy es para ti. Quiero que cuides a mi mujer como si te fuera la vida en ello, ¿entendido?

—No puedo aceptarlo, señor, es mucho dinero.

—Cógelo y no se lo digas a nadie, ¿me oyes? A nadie es a nadie, ni a Berto, ni a su hermana, ni mucho menos a Toñi...

—Ver, oír y callar.

—Chica lista.

Me giro de nuevo para guardar los billetes. No sé si será pecado aceptarlo, pero cuanto más tengo, más quiero y, ahora que puede ser que tenga que compartir mi salario con Aurora, me conviene más que nunca.

—Muchas gracias, señor.

—Anda, entra y vela por ella en mi ausencia. Volveré pronto.

Se da la vuelta y echa a andar por el pasillo.

—¡Señor!

—Dime, Rita.

—¿Qué debo hacer para que no le suba la fiebre?

—Asegúrate de ir refrescando el paño de la frente cada diez o quince minutos.

—¿Nada más?

—Lee, o reza. O lee y reza. No podemos hacer nada más.

Él se aleja y yo entro en la habitación rezando, por el bebé y para que el reloj de doña Laura esté a la vista y pueda usarlo para guiarme por él. Quizá debería emplear el dinero que acaba de darme don Ramón en comprarme un reloj de una vez por todas.

Doña Laura está despierta.

—Con permiso, señora. Vengo a cuidarla mientras don Ramón está ausente.

Ella asiente con un leve gesto.

Me acerco intentando hacer el menor ruido posible. Le recoloco los almohadones y estiro la colcha. Toco el paño de la frente. Está caliente. Hay una palangana con agua en la mesilla. Mojo la tela y la escurro antes de volver a colocársela con delicadeza. Me mira agradecida. Veo el libro en la mesilla y me decido. Me seco las manos al delantal y acerco la butaca calzadora. Me siento con la novela en el regazo. Ella está pálida y parece que su mente se ha perdido entre los cristales de la lámpara de araña que corona la estancia. Abro por la página que está marcada con la cinta roja. En un acto reflejo, me persigno. Leer y rezar. Pues eso es lo que haré. «Querida Virgen María, ahora voy a leer, pero tú tómatelo como si estuviese rezando la Salve, el Bendita sea tu pureza, o la oración que más te guste. Ayuda a doña Laura a ser madre. Acuérdate de lo feliz que fuiste al tener a Jesús en brazos y dale a ella también esa alegría. Amén».

—Capítulo cuarto.

Doña Laura dirige su mirada hacia mí y esboza una sonrisa.

—Gracias —me dice con gran esfuerzo.

Su voz suena tan lejana que me estremezco. Se me hace un nudo en la garganta. Intento pensar en qué más podría hacer para que mejorase. No se me ocurre nada. «Leer y rezar, Rita», me digo. Trago para que se me pase el nudo y me pongo a ello con la mayor de las devociones.

—Capítulo cuarto —repito—. Por fin llegó el día del baile en el palacio...

Cuando entro en la cocina, Toñi está terminando de preparar una bandeja con el desayuno de doña Laura.

—Buenos días, Toñi, ¡qué bien huele! Esas tostadas igual le abren el apetito...

—Ojalá, niña. Ha pasado buena noche y parece que está un poco mejor. Ten. Llévale el desayuno e intenta que coma. Después, baja, que te prepararé unas tostadas también para ti.

—¿De verdad?

—Necesitas reponer fuerzas. Las ojeras te llegan a los pies y, si ya eras flaca, ahora ni se sabe qué eres.

Me echo un vistazo a los brazos que sujetan la bandeja. Puro hueso.

—Gracias, Toñi.

—Anda, ve.

Me quedo dubitativa ante la puerta del dormitorio. ¿Y si el señor todavía está en la cama? ¿Llamo y espero a que me abran? ¿Y si no me abren? Equilibro el peso de la bandeja en una mano y con la otra llamo con delicadeza. No se oye ningún movimiento. Espero.

—Buenos días, señora, le traigo el desayuno —digo con un volumen que me parece que me ha salido más alto de lo que pretendía.

Sigue sin suceder nada.

Decido abrir una rendija para asomarme.

La habitación apenas está iluminada por un haz de luz que se cuela entre las cortinas. El señor no está y ella yace de lado, mirando hacia la ventana. Desde mi posición no alcanzo a ver si tiene los ojos abiertos o cerrados. Carraspeo a propósito. No se mueve. El tintineo de los cubiertos delata mi temblor mientras me acerco pensando que podría estar muerta.

—¿Doña Laura?

Ella emite un quejido.

—¡Bendito sea Dios!

—Vete. Déjame dormir.

Apoyo la bandeja en la cómoda. Descorro las cortinas.

—No señora, no me voy hasta que haya comido algo. —Ella me mira desconcertada y sigue sin moverse—. Toñi le ha preparado el desayuno con todo su cariño y yo se lo traigo con mucha ilusión, así que, si nos tiene un mínimo de aprecio, incorpórese, que vamos a alimentarla a usted y a su bebé como Dios manda.

No sé si es un milagro, pero me obedece sin rechistar.

—Mire, esta infusión es de hojas de menta. La ayudará con la digestión, ya verá.

De las tres tostadas, logro que se tome una. Algo es algo. El digestivo lo bebe con agrado hasta el final.

Vuelvo a la cocina con cara de satisfacción.

—¿Y esas dos tostadas? —pregunta Toñi mirando la bandeja.

Me encojo de hombros.

—Tenía que haber ido yo —dice en tono de reproche—. Anda, siéntate y come—añade señalando el desayuno que me ha preparado.

—No tardes, que te toca ir a cuidarla. El señor tiene que tratar algunos asuntos por la mañana y yo tengo mucha faena.

—Se me va a acumular la colada...

—Lo primero es la señora.

—Ya. Eso es cierto. —Me callo la segunda parte de la frase: «Pero ¿cuándo voy a lavar la ropa?»

Subo las escaleras pensando en lo rica que estaba la mermelada. Ojalá pudiera tomarla todos los días. Por mí, me alimentaría solo de tostadas. De camino hacia el dormitorio de doña Laura, al pasar por el vestíbulo, no salgo de mi asombro. Lucía está de pie en medio de la alfombra.

—¿Lucía?

—¡Rita!

Nos abrazamos, felices de encontrarnos.

—¿Qué pasó? ¿Qué haces aquí?

—No te lo vas a creer. Mi hermano dice que don Ramón quiere hablar conmigo. Igual me contratan para que venga unas horas a ayudarte todos los días. ¿No sería increíble?

No soy capaz de responder. Mi mente va a toda velocidad. Mi única amiga en La Guardia se acaba de convertir en una amenaza para mis planes de futuro.

—Capítulo octavo. Con el corazón hecho añicos, la reina juró vengarse. Salió de sus aposentos a toda prisa y...

Leo sin enterarme de nada de lo que estoy diciendo. Ante mi falta de entusiasmo en esta parte tan emocionante de la novela, doña Laura emite de vez en cuando un leve quejido. Hago caso omiso de sus protestas. No soy capaz de hacerlo mejor y la culpa es suya. Tengo que preguntárselo. Interrumpo la lectura y ella me mira enfadada. Señal de que está mejor, pienso.

—Doña Laura, perdone que le venga ahora con esto, pero es que es urgente. ¿Usted no le comentó nada a don Ramón sobre la posibilidad de que viniera Aurora?

—¿Qué Aurora?

—¿¡Qué Aurora!? ¡Doña Laura! ¿Cómo puede hacerme esto?

No me puedo creer que se haya olvidado. Se da cuenta de que voy a echarme a llorar y hace un esfuerzo.

—¿Tu amiga?

Asiento conteniendo las lágrimas.

—Ya está todo hablado. Con sor Engracia y con mi marido, claro. Llegará el veintidós de junio. Hasta entonces, Lucía vendrá unas horas por las tardes, para planchar y ayudaros a ti y a Toñi en lo que haga falta.

Me arrasa una ola de alivio y alegría. Le cojo la mano y se la aprieto con más fuerza de la que sería prudente.

—¡Muchísimas gracias! Bendita sea, señora. ¿Cómo no me lo dijo antes?

—¿Desde cuándo hay que dar explicaciones al servicio?

No hay duda de que se está recuperando.

—Perdone, yo solo... Es que me hace tanta ilusión...

Se me escapa una lágrima de emoción.

—Deja de lloriquear y lee, muchacha. Y a ver si le pones un poco de emoción, que una reina no empuña una daga así como así.

—Claro. —Tengo que darle la razón.

—Y no me hagas hablar más, ¿no ves que me fatigo?

—Lo siento.

No lo siento nada. Ha valido la pena. Por Aurora haré lo que haga falta. Una y mil veces. Durante toda la vida.

Querido diario:

Estamos desolados. El entierro del tío ha sido tremendamente triste. Ha ido gente de todos los pueblos de la zona. Cientos de personas agradecidas por los animales a los que curó. ¡Vaya desgracia! Por una infección de nada, y con lo cuidadoso que fue toda la vida...

Madre está preocupada por tía Cielo, ¿qué va a ser de ella ahora? Tan joven y ya viuda... A mí me preocupan más los gemelos. Ni Antón ni Vicente tienen cabeza para tomar las riendas de la casa y no los veo terminando la carrera en Vigo sin la supervisión del tío. Padre le ha dicho a la tía que pueden venir a vivir a Valladolid los tres. No lo dice por decir, cree que es lo mejor para todos. Madre está de acuerdo y ya les ha hablado de preparar una parte de la casa para ellos. Tía Cielo ha dicho que se lo pensaría, aunque no la veo muy por la labor. Los gemelos se niegan.

De momento, nosotros regresamos mañana a Valladolid y los primos se quedan en La Guardia unos días más para acompañar a la tía. Después, tienen que volver a Vigo a hacer los exámenes finales. Tal vez entonces, la tía venga a pasar una temporada a nuestra casa. Yo ya tengo ganas de volver. Con lo del tío, estar aquí no es lo mismo que en verano.

Le he preguntado a Antón por aquella muchacha del balneario, Rita. Dice que, hace no mucho, la vio salir del mercado, subirse a una bicicleta y marcharse pedaleando calle arriba. Me habría gustado volver a verla. En lo poco que hemos salido durante estos tres días, no ha habido suerte. La próxima vez que venga a La Guardia podría inventarme alguna excusa para ir a la Casa del Pico. La señora del Brezo no acudió al entierro, pero sí lo hizo su marido. Comentó que están esperando un bebé que nacerá pronto y su mujer se encuentra muy débil. Seguramente Rita estará cuidándola. Temo que el día que Maruchi y yo podamos formar una familia, a ella le pase lo mismo que a Laura del Brezo, es tan delicada...

Me despido por hoy,

Tirso

Mi queridísima Maruchi:

Te envío esta postal desde La Guardia, donde todo el pueblo está consternado por el fallecimiento de mi tío. Pensar en ti es lo único que me alivia este dolor que ha golpeado fuerte a la familia. Me da mucha pena ver a la tía tan triste. Ojalá que, a nosotros, Dios nos regale muchos años juntos y que vivamos largos años de un matrimonio lleno de amor y felicidad.

Siempre tuyo,

Tirso

—Cuando llegue Aurora, ¿vas a contarle lo de Tirso? —me pregunta Lucía.

—¡Lo de Tirso! Ni que hubiera pasado algo...

—Que estás enamoradita perdida, hija, que te has vuelto loca fijándote en un señorito, eso ha pasado, ¿te parece poco?

—No es cierto. Solo me hizo gracia una temporada, pero se acabó, ya no voy a pensar más en él y tú no deberías recordármelo.

—Si hubieses visto qué guapo iba caminando hacia la iglesia con ese porte que tiene...

—A ver si a quien le va a gustar es a ti...

—No es mi tipo —dice sonriendo.

—Pues deja de llenarme la cabeza de pájaros. Además, si dices que lo viste desde lejos, ¿cómo sabes que era él?

—Estoy segurísima. Berto también lo vio. Pregúntale si quieres.

—Lo que me faltaba era andar preguntando por Tirso. Olvídalo. No es para mí. Y ni se te ocurra mencionárselo a Aurora. Ella tiende a creer que una puede ir por la vida haciendo lo que le viene en gana. No me entendería.

—Yo tampoco entiendo por qué te empeñas en querer olvidarlo si ni siquiera sabe de tus sentimientos hacia él. ¿Y si...?

—Y si..., nada —la corto—. Mejor que siga siendo así. Es como tiene que ser, de verdad, ya ni me gusta, en serio, olvídalo.

Lucía apoya la plancha en la base de hierro y mueve las brasas con cara de estar mordiéndose la lengua. Estira el almohadón preferido de doña Laura encima de la manta que hay sobre la mesa y sigue a su tarea en silencio, sin insistir en el tema de Tirso. Lo agradezco. Yo sigo frotando las plumas del faisán de plata, que después devolveré a su sitio, la mesa del comedor, junto con otros dos que ya he limpiado esta tarde.

—Intenta no quemarlo —le advierto—. Es el preferido de la señora. Se lo bordó su madre, que en paz descanse.

Me doy cuenta de que acabo de repetir las mismas palabras que me dijo Toñi cuando lo planché por primera vez. Tengo la sensación de que estos días me estoy pareciendo mucho a ella mientras le voy explicando a Lucía los entresijos de la casa. Estoy feliz de que esté aquí. El señor va y viene y, cuando está en casa, quiere estar junto a su mujer. Ella está mucho mejor, pero me da la impresión de que cuando llega don Ramón finge un poco para que él se quede a su lado. No lo entiendo. Él la adora y ella no necesita hacerse la enferma para tener todas sus atenciones. Cuando él llega, hago como que no me doy cuenta del teatrillo de doña Laura, que hasta respira aparentando dificultad, cierro el libro y me retiro dejándolos a solas. Así puedo escaparme para estar con Lucía, como ahora, que he venido al cuarto de la plancha a limpiar la plata.

—¿Y el padre?

—¿Qué padre?

—El de la señora, quién va a ser. Como comprenderás, no soy tan bruta como para preguntarte por el tuyo.

Me río porque el comentario viene de Lucía. Si llega a decirme lo mismo otra persona, no me habría hecho ni pizca de gracia.

—Pues mira, te diré que lo único que sé de los padres de la señora es que ya no están entre nosotros, nada más. Igual que los del señor. Una pena que la criatura que está en camino no vaya a tener abuelos. Sobre el mío, ni idea.

—¿No te gustaría buscarlos? A tus padres, digo, para saber por qué...

—Solo sé que algún día decidieron que no querían que yo formase parte de sus vidas, así que yo tampoco quiero que formen parte de la mía.

—Pues yo creo que deberías buscarlos, aunque solo fuese para pedirles explicaciones.

—Alguna vez lo pienso —le confieso—, no te creas... Pero es una idea que desecho enseguida. Primero, porque no serviría de nada. Igual hasta es mejor no saber. «Bendita ignorancia», diría sor Mercedes. Segundo, porque he sido feliz criándome junto a las monjas, siempre acompañada, protegida y me han dado una buena educación y un trabajo para ganarme la vida. Y, ya puestos, de alguna forma, también me han dado una familia. Aurora no será mi hermana de sangre, pero te aseguro que lo es de corazón. ¿Se puede pedir más?

Lucía se queda mirándome como si lo que le estoy diciendo fuese algo muy raro.

—Creo que puedo entenderlo —dice—. Aun así, si yo fuera tú, los buscaría. Para saber quiénes son, para hablar con ellos. ¿Cómo pudieron abandonarte? Mis padres se fueron a trabajar a Venezuela cuando yo era pequeña, pero nos dejaron a Berto y a mí con los abuelos, no nos llevaron a un hospicio.

A estas alturas ya no me tomo a mal que Lucía no sepa calcular si sus palabras hacen daño. Ese «¿Cómo pudieron abandonarte?» resuena en mi cabeza y se me clava en el alma. El de la imprudencia verbal es un defecto del que yo también peco y, aunque sor Isabel se haya esforzado tanto por corregirme, todavía me cuesta contenerme o medirme en lo que digo o dejo de decir. A ella le pasa lo mismo, lo sé, por eso no me enojo.

Intento zanjar el asunto para que no vuelva a herirme con algún comentario.

—No voy a buscarlos, Lucía. No me interesa. Además, nadie sabe quiénes son. Me encontré una señora llamada Consuelo y fue ella quien me dejó en el convento. Les dijo que me oyó llorar cuando pasaba por un camino cerca del río, que estaba en un cesto, al pie de un árbol.

—Podrías buscarla a ella. Igual sabe más que lo que les contó a las monjas.

—Se murió hace un par de años.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque la conocí. Venía algunos domingos a visitarme. Tres o cuatro veces al año. Casi no hablaba y no se quedaba mucho rato. Llegaba, me peinaba para ir a misa y se iba.

—¿Y no sería tu madre?

—Alguna vez lo pensé. De pequeña, no, pero sobre los nueve o diez años, me gustaba fantasear con que, cualquier día, Consuelo vendría y me diría algo como: «Hoy no vengo a peinar, sino a llevarte a casa». Intentaba fijarme en ella, en sus facciones, en sus gestos... Quería dar con algún parecido a toda costa, pero nunca lo encontré.

—¿Y por qué no le preguntaste si era tu madre?

—Porque, en el fondo, no quería saber la respuesta. Mientras no la supiera, podía seguir fantaseando con que sí era mi madre. Era bonito, no perfecto, pero bonito, pensar que la persona que me dio la vida, al menos, se preocupaba por mí de alguna manera.

Me quedo pensando en lo mucho que significaban para mí las visitas de Consuelo en aquella época. Cristina siempre andaba chinchando con la matraca de que las monjas no querían que bajase al claustro porque era fea. Que quién me iba a querer adoptar a mí, tan escuchimizada que parecía enferma, decía. Aunque Consuelo no quería adoptarme, venía a visitarme y se interesaba por mí. Eso me reconfortaba y me bastaba para minimizar el daño de los comentarios de Cristina. Además, estaba la versión de las monjas: mi madre me llevaría con ella en cualquier momento y, por eso, yo no tenía que mostrarme ante los padres que venían para adoptar.

—Pero es que si dices que iba a peinarte y se preocupaba por ti, sería tu madre, seguro.

—No. Solo necesitaba saber que estaba bien porque fue ella quien me encontró, fue quien tomó la decisión de dejarme en el orfanato, ¿entiendes? Eso también tiene que ser difícil para cualquiera.

Lucía se queda pensativa, mirándome y asintiendo levemente.

—¡Cuidado, que lo quemas!

—¡Ay, por Dios! Menos mal que me avisaste. Este camisón no se lo habrá bordado alguien importante, pero seguro que le habrá costado un ojo de la cara.

—Se lo trajo el señor de Lisboa, no te digo más.

—Cuando me case, lo haré con alguien que me quiera tanto como don Ramón a doña Laura.

—Yo también.

Ambas suspiramos y nos quedamos en silencio. Lucía, imaginando al príncipe azul que, según ella, aparecerá algún día en su vida, tal vez muy pronto. Yo, pensando en Tirso. Ninguna de las dos somos de largos silencios. Esta vez es ella quien lo rompe para insistir.

—Que no tuvieras ningún parecido con esa tal Consuelo, no significa que no pudiera ser tu madre. Igual eres clavadita a tu padre...

Sonríó pensando que Lucía y yo sí que nos parecemos mucho, no solo en la incontinencia verbal, sino también en la terquedad.

—Olvidalo, Lucía.

—Pero igual... Aunque no fuese tu madre, sí que la conocía. Podía ser su amiga, o su hermana... Y ella le hizo el favor de entregarte en el convento.

—¿Y lo del camino, el árbol, el cesto...?

—Pues se lo inventaría para no tener que contar la verdad.

—Tú sí que estás inventando... —Me río.

—Piénsalo. Tiene sentido.

—¡Uy, sí!

—Sabes que me fastidia mucho que me des la razón como a los locos. —Se enfada.

—Vale, lo pensaré. En serio. De momento, me voy a llevar a este faisán junto a sus dos hermanos. Ellos tampoco saben quiénes son sus padres y ya ves, aquí están, sin hacerse preguntas, tan tranquilos.

Lucía me sonríe y le guiño un ojo mientras salgo del cuarto de la plancha con el faisán reluciente y el alma revuelta, como si se hubiese levantado polvo al intentar barrer en mi pasado.

1929-1935

Vigo, enero de 1929

—Por una vez en la vida usted podría decir algo, madre.

—Sabes bien que las cosas no funcionan así.

—Tal vez haya llegado el día en el que las mujeres de esta casa podamos opinar.

—Y dime, hija, tú que todo lo sabes, ¿de qué serviría?, ¿eh?, ¿de qué? Tu padre tiene razón. Es lo mejor para todos.

—¿Lo mejor para todos? ¡Menos para mí y para mi hijo!

—No seas necia.

—¿Por qué no puede vivir aquí con nosotros? Tenemos mucho más que lo necesario para que sea feliz, no le faltaría de nada...

—¿Un padre te parece poco?

—Madre, por favor.

—¿Cómo puedes ser tan ingenua, hija? ¿No ves que ya nada sería igual? Las amistades, los negocios... ¿No ves que todo está relacionado? Esto es algo que hay que cortar de raíz.

—No entiendo cómo puede llamar amistades a gente que le daría de lado porque su hija se quedase embarazada.

—¿Qué sabrás tú de la amistad!

—Más de lo que usted piensa.

—Nuestro peor error ha sido consentir esa soberbia tuya... Bien espero que no hayas abierto la boca y que sea verdad que no lo sabe nadie, porque de ser así, te faltarían segundos para enterarte de una vez por todas de que solo nos tienes a nosotros. Tal vez estaría bien que la vida te lo mostrase de ese modo, pero, por supuesto, no es lo que deseo para ti. Por eso, voy a hacer todo lo posible para evitarlo. No permitiré bajo ningún concepto que tu nombre y tu persona caigan en desgracia arrastrando al resto de la familia. Si no quieres verlo, allá tú. Cuando tu padre dice que es lo mejor para todos, es porque lo es.

—Ya veo. Entonces es eso. No es por mi bien como padre me quiso hacer creer. Es por el bien de todos. De todos los demás, se le olvida decir, madre.

—A veces hay que sacrificar a uno por el bien de los otros.

Vigo, febrero de 1929

—¿Estás conmigo o estás con mi padre?

—Estoy para servirla a usted, pero es su padre quien me paga.

—No te hablo de dinero. Pregunto si serías capaz de hacer algo por mí.

—Ni sueñe con verme desobedeciendo a su padre.

—Pero...

—No siga por ahí. Mi trabajo es cumplir órdenes sin cuestionarlas. Llevo toda la vida haciéndolo así y le aseguro que es la única forma de sobrevivir.

—Pero...

—Pero, nada. Le recuerdo que tengo una hermana y tres sobrinos a mi cargo. Usted no tiene ni idea de lo que supone para esta servidora saber que hay varias bocas que dependen del jornal de una para alimentarse.

—Es que...

—No quiero saber ni qué está tramando. Cuando pone esa cara no puede ser nada bueno. Cumpliremos a rajatabla las indicaciones del señor y no se hable más. Y otra cosa le digo, señorita: es lo mejor para usted y para esa criatura que lleva en sus entrañas. Su padre será lo que sea, pero sabe lo que hace. Hágale caso. Y ahora, descanse. Mañana nos espera un largo viaje hasta Tuy.

—No voy a ir. Me iré a Lisboa y empezaré una vida allí, donde no me conoce nadie. Y si usted no quiere acompañarme, no lo haga, no la juzgo. Viajaré sola y partiré de cero. Tengo ahorros y joyas que puedo ir vendiendo hasta que encuentre un trabajo. ¿No se supone que las madres hacen cualquier cosa por sus hijos?

—No diga estupideces. Mi tía ya le ha preparado una habitación preciosa con vistas al río Miño. Podrá pasear por el jardín y sentarse a bordar en la mecedora de la salita. No tendrá los lujos de esta casa, claro, pero no se olvide de que lo importante es que pase estos meses sin que nadie vea cómo le va creciendo el vientre, que ya empieza a hacerse evidente. Después, llevaré al bebé con las monjas y ellas se ocuparán de que no le falte de nada. Y usted tendrá que volver a casa sin mirar atrás. Puede que le duela mucho al principio, pero un día volverá a su vida, irá a fiestas, se enamorará y se casará vestida de blanco, como Dios manda. ¿O acaso cree que en Lisboa le espera un futuro mejor que trabajar fregando portales o, peor, quién le dice que no acabaría en una casa de lenocinio? Y eso con un bebé al que alimentar y cuidar sola. Dígame, ¿cómo se las iba a apañar para ganarse un sustento y atender a la criatura al mismo tiempo? Déjese de inventar y obedezca a su padre.

—No es justo. Tenía una vida que me gustaba y no me merezco que me haya pasado esto. ¿Por qué a otras no les pasa? Mire a Juana, tan dulce, tan buena hija, siempre dando ejemplo. Si padre supiera lo que hace con Augusto... ¿Por qué ella no se queda encinta y yo sí?

—No sirve de nada lamentarse ahora. Además, su hermana no tiene la culpa de lo que le haya pasado a usted. Acusarla es de cobardes y usted siempre ha sido valiente. Sabe que la señorita Juana daría su vida por usted, pero en este caso no puede ayudarla.

—Mañana ella irá con madre a jugar al tenis y yo, a Tuy, a bordar y esperar a que llegue el día en el que tenga que abandonar a mi bebé.

—Haberlo pensado antes, señorita. No sea tan terca. Lo que le ha pasado no se va a solucionar de un día para otro, pero sí en unos meses. Y agradezca la generosidad de su padre. Piense en el disgusto que le ha ocasionado y en la cantidad de gastos de los que se va a hacer cargo: una persona para sustituirme aquí, gratificar a mi tía Puri, el espléndido donativo que entregaré en el convento... Eso por no hablar de lo que va a cobrar la partera por su discreción.

—Pues puede ahorrárselo todo. Mañana me subiré al tren, sí, pero al que va a Lisboa.

—¿Otra vez? No me venga con sus melodramas y váyase a dormir. A las diez en punto tenemos que estar saliendo por esa puerta rumbo a Tuy, tal como manda su padre. Y no se hable más.

Tuy, mayo de 1929

—¡Es una niña preciosa!

—¡No quiero saberlo! —grita con las últimas fuerzas que le quedan—. Señor, llévame contigo, por favor, te lo suplico —añade rezando en un suspiro.

A Consuelo le tiemblan las manos arrugadas mientras le limpia la cara al bebé con delicadeza.

—Tiene usted que verla. Es perfecta —insiste.

Beatriz cierra los ojos con todas sus fuerzas intentando borrar la imagen de un pie diminuto asomando por entre los pliegues de una toalla blanca manchada de sangre.

—Señorita Beatriz, no haga eso, despídase de ella. Tiene que verla, aunque solo sea una vez. Es tan linda...

—No me haga esto usted a mí, Consuelo —le reprocha.

Se gira cuanto puede y contiene las lágrimas mientras intenta pensar que no le está pasando a ella y que pronto se despertará de ese mal sueño.

Se supone que una madre debe hacer cualquier cosa por sus hijos. Debería detener esta locura y volver a casa con la niña en brazos. Reza para hallar el valor, pero no lo encuentra. Busca las fuerzas, pero está agotada. Se rinde. Se repite lo que le ha dicho Consuelo mil y una veces durante los últimos meses: «Es lo mejor». Sí, pero ¿lo mejor para quién?

Tuy, mayo de 1935

Sor Águeda abre los brazos al llegar al vestíbulo. Abraza a Consuelo con alegría.

—Pase, Consuelo, pase a la salita, venga, tome asiento, estará agotada del viaje. ¡Qué alegría cuando sor Isabel me ha dicho que estaba usted aquí! Sor Engracia la recibirá enseguida. Ya le he mandado aviso. No la esperábamos hasta la próxima semana y la madre superiora se encuentra en las cocinas dando instrucciones para un encargo que hay que entregar esta misma tarde. Es la Divina Providencia, ¿sabe? Primero ese pedido y ahora usted, no me dirá que es casualidad, justo cuando más se necesitaba.

—Lo que les envía la señora Beatriz es un donativo generoso, como siempre, para que a la niña no le falte de nada, pero de ahí a que les solucione la vida...

—Será suficiente, se lo aseguro. A veces pienso que sor Engracia sabe cómo hacer que los panes y los peces se multipliquen, pero cualquier día... Ya le digo que esto es cosa de la Divina Providencia. ¡Dios es muy sabio! Quien diga lo contrario, no sabe lo que está diciendo. Mire, ayer mismo estábamos pensando que no nos iba a quedar más remedio que sacrificar un par de gallinas ponedoras. ¿Usted sabe lo que eso significa?

Consuelo calla ante semejante verborrea. Supone que será una pregunta retórica.

—Pues es pan para hoy y hambre para mañana —Suspira sor Águeda.

Sor Isabel se asoma a la puerta de la salita para anunciar:

—Con permiso. La madre superiora ya se encuentra en su despacho. Puede usted pasar cuando lo desee, Consuelo. ¿Quiere que le lleve una infusión? Tal vez le apetezcan unas pastas... La niña bajará enseguida, tiene usted que verla, está preciosa, creo que ha pegado un estirón desde su última visita, ya se lo notará. ¡Y no se puede imaginar lo bien que lee ya! ¿Va a querer usted peinarla, como siempre?

VERANO DE 1946

Estoy más nerviosa que el día que entré a trabajar en esta casa. Aurora está a punto de llegar y quiero que todo sea perfecto. Ayer preparé su habitación con la ayuda de Berto. Es un poco mayor que la mía, pero no fuimos capaces de mover un armario que ocupa toda una pared y está lleno de abrigos. Espero que no le importe tener que convivir con ese trasto. Como una de las puertas tiene un espejo, tal vez hasta le guste. Berto ha puesto la cama debajo de la ventana y así, al menos, parece un poco más amplia. También ha tenido el detalle de hacer dos ramos con algunas flores del jardín, uno para la habitación de Aurora y otro para la mía. La lavanda se mezcla con el olor de las sábanas limpias y todo el pasillo huele a verano. Subo las escaleras para ir a arreglar el salón, pero estoy impaciente. Abro la puerta que sé que no debo cruzar y salgo al jardín bajando los escalones de la escalinata de tres en tres. Oigo a lo lejos las tijeras de podar de Berto. Creo que está en la zona de los naranjos. Me dirijo hacia allí.

—Hola, Berto, ¿me puedes decir qué hora es?

—Serán las once y cuarto, ¿por?

—Ya falta muy poco para que llegue Aurora.

—¡Qué bien! ¿Crees que le gustará todo esto?

—Espero que sí, aunque los primeros días se le va a hacer difícil pasar tanto tiempo sola.

—Tú estarás con ella.

—Ya, pero no todo el rato, y en el convento una nunca está sola.

—¡Ah! ¿No?

—Se duerme en una habitación con tantas camas que es imposible que no haya alguien roncando, empezando por sor Mercedes. —Me rio al recordarla y Berto me dedica esa mirada suya tan tierna—. Desde la mañana hasta la noche la vida transcurre con mucha gente alrededor: en el oratorio, en el comedor, en clase, hasta para ir al baño... Una crece pensando que la soledad no existe.

—¿Te sentiste muy sola al llegar a esta casa?

—No te imaginas cuánto.

—Podías habérmelo dicho.

—¿Y qué ibas a hacer?

—No sé... ¿Acompañarte a todas partes?

—Si me hubieras acompañado no habría perdido nunca el miedo. Lo peor fue el segundo día, cuando me mandaron encender la chimenea del salón. Esas cortinas de terciopelo verde se mueven con el aire que entra por las rendijas y parece que en cualquier momento va a salir un espíritu de detrás de una. No había encendido un fuego en mi vida. Quería hacerlo rápido para salir de allí pitando, pero las piñas estaban húmedas y las cerillas se me rompían por los nervios. Toñi entró en el salón sin avisar y, con el susto que me pegó, me di un golpetazo en la nuca con la boca de la chimenea. Casi pierdo el conocimiento. Tuve que tumbarme en la alfombra un buen rato hasta que se me pasó y, mientras estaba allí desparramada pensaba que iba a entrar doña

Laura y, al ver lo débil que era, me despediría inmediatamente.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Me daba vergüenza, ya ves, una tontería.

—Vergüenza es hacer daño a los demás a propósito. No hay que avergonzarse de nada más, solo intentar hacerlo cada vez mejor.

—¡Caramba! ¡Qué profundo te pones!

—Cosas de mi abuelo, no me hagas mucho caso.

Le sonrío y me callo el comentario que me gustaría hacerle, no vaya a ser que me malinterprete. «A veces pareces un viejito, Berto».

—¿Qué hora es ahora?

—Solo cinco minutos más que antes, Rita.

—Entonces voy a volver a mi faena.

—Pero ¿a qué hora llega?

—Viene en el coche de línea que para a la una en la carretera.

—Entonces, aún falta, ten calma. ¿Quieres que te avise a la una menos cinco para que salgas a recibirla a la entrada?

—¡Sería genial! Gracias, Berto. Tú también eres un buen amigo.

No me lo pienso dos veces. Me pongo de puntillas y él se inclina para recibir mi beso en la mejilla. Antes de girarme para salir corriendo hacia la casa, percibo que se ha puesto colorado. Tal vez yo también debería ruborizarme, ¿qué hago plantándole un beso al jardinero? Echo un vistazo rápido a las ventanas. Doy gracias al cielo porque no me haya visto nadie y entro a preparar la mesa para el almuerzo. Hoy es un día grande. Aurora y yo volveremos a estar juntas. Me siento muy afortunada. Ya falta poco.

—¿Es toda para mí? —pregunta Aurora entusiasmada.

Toñi, apoyada en el marco de la puerta, se ríe, igual que cuando yo formulé la misma pregunta.

—Hicimos lo que pudimos para que tengas más espacio —le explico—, pero el armario ocupa tanto...

Me siento a los pies de la cama mientras Aurora pasa una mano por las puertas del mueble.

—No podía haber quedado mejor. ¡Me encanta! Si tiene espejo y todo...

—Sigo pensando que es una pena no poder moverlo de ahí.

—¿Cuánto espacio, entre cama y cama, hay en el convento, Rita?

—Eso es cierto —digo, por fin, satisfecha—. Venga, vamos a enseñarte la cocina.

—Estoy tan feliz... —me responde sonriendo.

Desde el pasillo, Toñi observa con envidia cómo volvemos a abrazarnos. Debe de ser el décimo abrazo que nos damos.

—No tenemos todo el día —protesta.

Caminamos detrás de Toñi. Ya solo falta la cocina.

—No sé cómo no os perdéis en esta casa.

—Yo me perdí unas cuantas veces cuando llegué, no te creas. A esta parte le llamaba el laberinto.

—Eso no me consuela. ¡Vaya miedo perderse en este caserón! Aquí tiene que haber espíritus por todas partes. —Se detiene bajo el dintel, admirada—. ¡Hala! ¡Esta cocina es gigante!

—Pues aquí se acaba la cháchara —nos corta Toñi—. Si tenéis algo más que deciros, ya lo haréis por la noche. Ve a atender a la señora —me ordena—. Y tú —se dirige a Aurora—, empieza por ir revisando que las lentejas no tengan piedras. Después, ponlas a remojo para mañana. ¿Qué haces ahí mirando, Rita? Venga, cada una a sus quehaceres.

Dudo que Aurora tenga la paciencia necesaria para la tarea que le acaban de asignar. Mientras subo las escaleras, rezo un padrenuestro para que mañana nadie pierda un diente por su culpa. Tal vez no estaría de más un rosario entero, pero ahora me espera la décima novela que he leído en alto en este par de meses. Esta es de misterio y me tiene intrigadísima. Ojalá que podamos terminarla antes de que nazca el bebé. Ya falta poco y, después, no creo que haya tiempo para lecturas.

—Estoy tan feliz de estar aquí contigo que ni siquiera me siento cansada.

Sentadas en el suelo de la nueva habitación de Aurora, con la espalda apoyada en el lateral de la cama, nos cogemos de las manos.

—Juntas para siempre. Te lo prometí.

Aurora se levanta y se dirige a la puerta. Se asegura de que está bien cerrada. Abre el armario y rebusca en el bolsillo de su delantal. Me sonrío.

—¡Vamos a celebrarlo!

Me enseña una parte de su tesoro.

—No me puedo creer que hayas cogido una galleta.

—Cuatro.

Me da la espalda, vuelve a girarse y añade:

—Y una mandarina.

Me tapo la cara con ambas manos y niego. ¿Qué ha hecho? Vamos a acabar perdiendo el trabajo las dos. Tiempo al tiempo.

—Venga, Rita, hoy es un día grande, muy grande. No vamos a dejar que pase sin pena ni gloria.

Tiene razón. Sin ella a mi lado ya se me estaba olvidando que la vida está para vivirla. De tanto querer hacer siempre lo correcto, hasta se me está poniendo cara de amargada. Tengo que ceder. Le sonrío.

—Además, la mandarina es un regalo del jardinero —dice.

—Así que Berto te hizo un regalo... Mmm... ¡Esto se pone interesante! —bromeo.

—Es guapo, pero no es para mí.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no? Además de guapo, es muy riquiño y trabajador.

—Está loco por ti. Se ve a la legua.

—Anda ya. No inventes.

—Es la pura verdad. Lo supe en cuanto me lo presentaste por la mañana. ¿No viste que te miraba más a ti que a mí?

—¡Qué tontería!

—No me puedo creer que no lo sepas, Rita. Ese chico está que se muere por ti. A ver, piénsalo: yo era la novedad y apenas me miró un instante, ¿no te parece raro?

—Pero si estaba encantado con tu llegada.

—Está encantado de verte a ti contenta. Se supone que eso es amor, ¿no crees?

Noto que empiezo a ponerme colorada y lo peor es que sé que no es por Berto, sino porque no quiero hablarle a Aurora de Tirso. Quiero decirle que nunca podría fijarme en Berto porque estoy enamorada de Tirso, pero prefiero callarme. Sé que no me conviene ni siquiera nombrarlo y me da vergüenza confesar que soy tan tonta. En primer lugar, porque es ridículo enamorarse de alguien con quien has cruzado cuatro palabras, que vive en el fin del mundo y, tal vez, nunca

más vuelvas a ver. En segundo lugar, porque en el hipotético caso de que volviésemos a encontrarnos, él es quien es y yo soy quien soy. Ya lo decía sor Isabel: «Por más que se quiera, no se puede juntar el agua con el aceite».

—Anda, anda, pásame una galleta —le digo, e intento cambiar de tema—. Y dime, ¿qué te parecieron los señores?

—Ella un poco rara. Él tiene pinta de ser buena gente.

Me río.

—No lo podías haber dicho mejor.

Me invade otro dilema sobre qué contarle y qué no. ¿Debo advertirle sobre los días menos buenos de doña Laura? No quiero asustarla. Deseo que todo le guste para que se encuentre bien aquí. Ahora que ya está a mi lado, empiezo a sentir miedo de volver a perderla. ¿Y si la vida nos vuelve a alejar? ¿Y si no sabe controlarse cuando la señora tenga un día malo?

—A doña Laura hay que saber llevarla. Hay algunos días, pocos, en los que es mejor no estar muy cerca de ella. No te asustes si algún día te habla un poco peor, ¿vale?

—La que me estás asustando eres tú.

—No es nada, es solo que a veces habla un poco alto.

—Si solo es eso...

—Sí, nada, tranquila. Te vas a adaptar enseguida a todo lo de la casa, ya verás.

—Si te digo que ya me siento como si llevara mucho tiempo aquí...

—Será por mis cartas. Todo te suena.

—Es porque si estoy contigo, todo lo demás no importa.

—A mí me pasa lo mismo.

Siento que voy a ponerme a llorar. Lo que lleva todo el día siendo una leve sensación de miedo, se me hace nudo y se me agarra con fuerza al estómago convirtiéndose en pánico por volver a perderla. ¿Por qué tengo que preocuparme siempre tanto? Odio pasarme la vida sufriendo por anticipado. Ojalá pudiera ser como ella. La veo radiante y me vuelvo a animar.

—Tienes que escribirle a sor Engracia para que sepa que llegaste bien.

—Seguro que tú lo haces mejor que yo.

—Sabes que eso no es cierto. Además, no se trata de hacerlo bien o mal, es solo para que se quede tranquila. Estará preocupada preguntándose si te habrá causado buena impresión tu nueva casa.

—Escríbele tú, por favor. —Me mira con cara de pena y, en contra de lo que creo que sería correcto, asiento—. Y lo de «tu nueva casa» es un poco exagerado, ¿no? Ni que fuese mía...

—Ya me entiendes.

—Te entiendo solo con mirarte, Rita. ¡Qué gusto volver a estar a tu lado! No sabes qué infierno pasé estos meses con Cristina todo el rato pegada a mí...

—¿En serio? Pensé que te gustaba estar con ella... —Intento que no se me noten los celos que he llegado a sentir, ni esa sensación de culpa por ser tan mala persona que me estoy alegrando de saber que no eran tan amigas como parecía.

—Quita, quita. ¡Qué pesadilla! Siempre hablando mal de las demás. Y, al final, la muy fresca, se ha quedado con la casa de Vigo que era para mí.

—¿Había una casa en Vigo para ti?

—Sí, ya era casi seguro.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Iba a escribirte el día que sor Engracia me dijo que tú estabas dispuesta a compartir tu salario

con tal de tenerme cerca. ¡Fue tan bonito! Saber que querías hacer eso por mí... Lloré mucho, Rita. A sor Engracia también le cayó una lagrimilla, no te creas. Y, claro, aprovechó para darme un sermón sobre cómo Dios nos bendijo a ambas al ponernos en el mundo a la una al lado de la otra. Empezó por ahí y media hora después ya estaba con la matraca de la Divina Providencia y otras muchas cosas que te ahorro porque te las sabes de memoria.

Sonríó al imaginar cada palabra de sor Engracia.

—Pero tú igual preferías la casa de Vigo, sin tener que compartir el salario. Tal vez habría sido mejor para ti... —Me invade una extraña sensación de culpa. ¿Y si, por querer lo que creía mejor para ella, la he perjudicado?

—No digas bobadas. Juntas para siempre.

—No tenía ni idea de lo de esa casa. Yo... Pensaba...

—Rita, olvídale, en serio. El mejor lugar del mundo para mí es donde estés tú. Y ahora vamos a acabarnos la merendola y a dormir, por favor —dice conteniendo un bostezo—. Estoy muerta. Toñi no para de dar órdenes. Menos mal que tenemos ese descanso para el café, ¡qué rico y qué bien me sentó! ¿Cómo pueden darle al servicio un café tan bueno?

Sonríó y le aclaró:

—Tú tómalo y no preguntes. ¿Qué te dijo el señor cuando hablaste con él?

—Me pidió que fuera discreta.

—Pues eso. Ya sé que no es tu fuerte, pero también sé que puedes hacer muy bien cualquier cosa que te propongas.

—Claro.

—Pues proponte ser discreta, por favor. Es lo mejor, ¿vale?

—¿Lo mejor para quién?

—Esa pregunta no es de alguien que se haya propuesto ser discreto —me río haciéndole ver que no tiene la menor importancia.

—Tú ganas —cede, sonriendo también.

—Como siempre.

Le guiño un ojo y me levanto para irme a dormir.

—¡Espera! Tengo que darte algo. —Se pone en pie y abre su bolsón, todavía sin deshacer—. Es de parte de sor Mercedes.

Abro con cuidado el paquete de papel de estraza y me quedo extasiada observando el contenido. Siento un par de lágrimas resbalando por mis mejillas.

—Me encantan —logro decir.

—Y están casi nuevos, ¿ves? —Me enseña unas suelas prácticamente sin marcas.

—Son perfectos.

—Desde que te fuiste, sor Mercedes no hizo otra cosa que pedir calzado a toda cuanto alma se acercaba al convento, hasta que, hace bien poco, alguien dejó en la puerta una maleta llena de ropa de mujer y, ¿a qué no adivinas lo que dijo sor Mercedes al encontrar los zapatos en medio de los vestidos?

—La Divina Providencia.

—¡Exacto!

Ambas sonreímos y nos abrazamos por enésima vez.

—Buenas noches, Rita, que la Virgen acompañe tus sueños.

—Igualmente, Aurora.

Querida sor Engracia:

Espero que la presente la encuentre bien.

Estoy tan emocionada de tener a Aurora en la Casa del Pico... No sé cómo agradecerle que haya convencido a doña Laura de sus virtudes para realizar tareas de limpieza. Ya está instalada en su nueva habitación y le encanta. Es pequeñísima, pero a ella le gusta tanto que hasta le parece grande. Ya conoce a todas las personas de la casa. Bueno, no son tantas, pero lo importante es que todas la han acogido como a una más.

Con tantas emociones, comprenderá usted que se sienta exhausta y me haya pedido que sea yo quien le escriba para anunciarle que ha llegado estupendamente. Quédese tranquila, sor Engracia. Aurora estará muy bien aquí y yo estaré a su lado para seguir cuidándola, tal como usted sabe que he hecho siempre.

Aprovecho para contarle que hoy ha venido el médico y ha encontrado a doña Laura bastante bien, dentro de su debilidad. Dice que dará a luz muy pronto. Tendremos mucha faena y Aurora podrá demostrar que usted no se equivocaba al recomendarla. Yo tendré que cuidar al bebé y no podré seguir manteniendo la casa como los chorros del oro. Estaría usted muy orgullosa si la viese. Será Aurora quien me coja el relevo y estoy segura de que también lo hará de maravilla.

Y, por último, aunque no menos importante, por favor, dele a sor Mercedes las gracias de mi parte por los zapatos. Me emocionó mucho saber que sigue preocupándose por mí. Dígale que me quedan perfectos y que me encantan.

Rezo por todas.

Con cariño,

Rita

Veo luz asomando por debajo de la puerta cerrada de mi habitación. Aurora estará esperándome. No puedo estar más feliz de que esté aquí, aunque por primera vez en la vida empiezo a sentir que hay ciertas cosas que no quiero compartir con ella. Sin ir más lejos, me parece mal que haya entrado en mi habitación. Es mía. Tal vez sea porque nunca he tenido nada mío y, ahora que tengo algo, no quiero perderlo.

—¿Dónde estabas? —me reprocha.

Está tumbada encima de mi cama. Eso tampoco es que me agrade mucho. Ahora estará arrugada y caliente cuando me acueste.

—Poniendo el verdó al señor.

—¿El ver qué?

—El verdó. No es más que una botella con un vaso que se pone encima, boca abajo, para que no caiga nada dentro del agua. Don Ramón se queda en el despacho trabajando hasta la madrugada y le gusta tener agua en la mesilla cuando llega a la habitación. Cosas de ricos. ¿Qué tal tu día?

Se incorpora y da una palmada en la cama para que me siente a su lado. Estoy agotada. Lo único que quiero es dormir, pero entiendo que tendrá ganas de contarme qué tal le ha ido en su segundo día en la casa. Por ahora, lo único que sé es que nadie se encontró una piedra entre las lentes, lo que ya es muy bueno. A la hora del café, casi no hemos podido hablar porque hoy Toñi ha tenido el detalle de invitar también a Lucía y nos ha estado relatando anécdotas y cotilleos de varias familias de La Guardia.

—¿Mi día? Agotador. Toñi no ha parado de darme órdenes, pero no te preocupes, estoy encantada. Además, lo he hecho todo bien.

—Menos mal.

—¿Pero sabes por qué estoy tan contenta?

—Ilumíname.

—¡Mira!

Mete la mano en el bolsillo de su delantal y me enseña un billete.

—¿Quién te ha dado eso? ¿Don Ramón?

—Me lo encontré. ¿No es mucha suerte encontrar un billete el segundo día?

Hundo la cabeza entre las manos y el reproche me sale sin pensarlo.

—Ya estabas tardando en dar problemas.

Aurora se levanta con movimientos bruscos para mostrar su enfado. Se coge al pomo de la puerta y, antes de abrirla para salir, replica:

—¿Qué crees, que lo robé? ¡Pues no! Para que lo sepas, estaba tirado en el suelo.

—¿En qué suelo?

No me responde. Me mira enojada y se marcha dando un portazo.

Me tumbo sobre la cama con ganas de llorar. No puedo hacerlo porque la cabeza me da mil

vueltas. Me debato entre dejar que Aurora razone sola, o ir a su habitación y llevarla de los pelos a devolver el dinero a quien corresponda. Estoy tan cansada que me rindo. Tal vez haya llegado la hora de dejar que sea ella quien arregle sus problemas. Ojalá que entienda que ahora es una mujer con un trabajo de verdad y no puede perderlo por nada del mundo o acabará donde han acabado otras.

Me levanto con las últimas fuerzas que me quedan, me pongo el camisón y pido perdón por no arrodillarme a rezar mientras me meto en la cama arrugada y caliente.

Cuando llego a la cocina, Toñi y Aurora ya están desayunando mientras comentan la receta de las galletas de Toñi. Aurora le sigue la corriente, como si tuviera mucho interés en aprender. En un par de días se ha ganado el afecto de la cocinera y doy fe de que esa no era tarea fácil. Si no la echan hoy mismo por lo del dinero, estoy segura de que enseguida estará adaptada a todo y a todos.

—Buenos días —saludo de mala gana, aunque esperando que mi tono no delate mi irritación—. ¿Cómo no me despertasteis?

—Toñi quería ir a tirarte un vaso de agua a la cara, pero ya le dije que tuviera piedad, que anoche te noté demasiado cansada.

Me doy cuenta del tono de reproche en sus últimas palabras. Tal vez debería pedirle perdón por lo que le dije. Reconozco que fue muy feo soltárselo así, pero es que parece que no le importa lo más mínimo todo lo que nos han enseñado sobre lo que está bien y lo que está mal. Me fastidia no porque me acabe metiendo en sus líos, sino por ella, porque así nunca va a vivir en paz. Eso por no hablar de la falta de respeto que supone hacia sor Engracia. ¿No se da cuenta de que debe estar a la altura de lo que ha hecho por ella?

—Muy considerado por tu parte —respondo intentando que Toñi no capte mi enfado.

Mientras me preparo el desayuno, Toñi termina de contarle a Aurora el secreto para que las galletas se conserven frescas durante varios días.

—Tienes que asegurarte de que se han enfriado por completo antes de meterlas en la lata. Eso es lo más importante.

—Ay, por cierto, Toñi, hablando de cosas importantes... —Aurora me mira para cerciorarse de que estoy prestando atención y pone encima de la mesa el billete—. Ayer me encontré esto asomando por debajo de esa alacena. —Señala el mueble en el que se guarda la vajilla.

—¡Bendito sea Dios! —exclama Toñi visiblemente aliviada—. Es el dinero para que Rita vaya hoy al mercado. Pensaba que lo había extraviado y que tendría que ponerlo de mi bolsillo... Gracias, hija.

¿Hija? No me duele, pero me resulta molesto, como una picadura de mosquito, que le llame así. Recuerdo cuánto me costó que dejase de llamarme «niña». ¿Por qué a mí niña y a ella hija? Intento que los malos pensamientos no empañen lo fundamental. Aurora ha devuelto el dinero. Eso ya es todo un logro.

Toñi arrastra el billete sobre la mesa para alcanzármelo.

—Ten. Y no vuelvas sin un buen hueso para hacerle una sopa a la señora. Como si lo tienes que buscar debajo de las piedras. Y mira que esté bien relleno de tuétano, ¿entendido?

—Claro.

—Pues, venga, ya está bien de cháchara, acabad el desayuno de una vez y cada una a su afán, que las cosas no se hacen solas y quiero que cuando llegue ese bebé encuentre la casa impecable.

Aurora y yo cruzamos la mirada y, olvidándonos de que estamos enfadadas, nos reímos a la

vez.

—No sé qué os hace tanta gracia. —Ahora es Toñi quien se enoja.

Intento explicarle de qué nos reímos.

—¿De verdad crees que un bebé se va a estar fijando en si la casa está limpia o sucia, Toñi?

—¡Qué ingenuas sois, criaturas! No es por mí, es por vosotras. Mis huesos ya no lo verán, pero vosotras tal vez aún estéis aquí cuando crezca y herede todo esto. Más os vale causarle buena impresión desde el primer día.

Ahora sí que no podemos parar de reír.

Toñi se levanta y sale de la cocina haciendo un gesto como dándonos por perdidas mientras murmura:

—Ya me entenderéis, ya... Tiempo al tiempo.

Cuando se nos calma la risa, Aurora se cambia a la silla que Toñi ha dejado vacía para sentarse a mi lado.

—Tenías razón. No tenía que haber cogido el dinero.

—Siento lo que dije.

—¿Amigas?

—Para siempre.

Respiramos aliviadas y nos sonreímos, no solo con la cara, sino también con el alma. Nos terminamos el desayuno comentando la suerte que hemos tenido con Toñi porque, a su manera, quiere siempre lo mejor para nosotras y, aunque sea muy exigente, en el fondo es una buenaza.

No sé cómo se puede sentir tanto amor por un ser tan pequeño. Lo mezo en mis brazos para que se duerma y escudriño cada milímetro de su carita. Tiene una expresión sosegada que hace que me sienta serena a pesar de la noche tan terrible que hemos vivido en esta casa. Toñi, Aurora y yo hemos estado horas corriendo de un lado a otro, entre los gritos de la señora, para llevarle a la partera barreños de agua caliente y toallas limpias. Pero todo eso ya no importa. El milagro de la vida está en mis brazos. Ha llegado sano, ha llorado con fuerza y se ha agarrado al dedo de su madre mientras intentaba aprender lo más básico del ser humano: a respirar y alimentarse.

Creo que el haber cuidado tanto a doña Laura, esperando la llegada del bebé, me ha hecho crear un vínculo que no sabía que existía. Hasta ahora había ayudado siempre que había una niña nueva en el convento, pero eran desconocidas que venían a parar a mí durante un rato para que echase una mano en el aseo o con la alimentación. Ramonciño es diferente. Lo estaba esperando con ansiedad. Además, ahora no estoy aquí para ayudar, sino para hacerme responsable de él. No es mi hijo, eso debo tenerlo muy claro y doña Laura ya se ha encargado de repetírmelo mil veces. No, no lo es, pero su bienestar dependerá de mí en muchos sentidos. He notado cada músculo de mi cuerpo tensándose ligeramente, como si estuviera poniéndome en guardia. Tal vez sea ese instinto protector, parecido al de los animales, el que me mantiene despierta a pesar de no haber pegado ojo en toda la noche.

Monchiño emite un quejido y me desespera no saber qué le pasa. Le ofrezco mi dedo. Lo aprieta con fuerza y yo me derrito. Me pregunto qué pudo haber pasado para que mi madre me abandonase. ¿Estaba loca? ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Su vida sería tan terriblemente miserable que no podía hacerse cargo de un bebé? ¿Tal vez pensó que era lo mejor para mí? Como siempre, me quedo con la paz que me da esta última idea. Eso es lo que tengo que obligarme a pensar, que lo hizo por mi bien. Lucía no entiende que no quiera saber la verdad, no se imagina que nunca voy a estar preparada para la posibilidad de escuchar algo que empañe esa idea de que pensó más en mí que en ella cuando renunció a ser ella quien me criase.

Yo nunca voy a abandonar a mis hijos, por nada del mundo. Les daré una familia decente y un hogar lleno de amor.

Ya me estoy viendo con un Tirso pequeñito en los brazos cuando llaman a la puerta.

—¿Se puede?

Estamos en la habitación contigua a la de doña Laura. Toñi ha dispuesto todo para que pueda pasar las primeras noches cerca de la señora y del bebé, para atenderlos mejor. Me acerco para abrir porque no quiero que el niño se despierte si digo «Adelante».

—¿Puedo verlo? —pregunta Berto con una sonrisa radiante.

—Claro, pasa —le susurro para no despertar a Monchiño.

Con mucho cuidado, me inclino levemente para que pueda verle el rostro. Es pura placidez. Berto lo mira extasiado. Después, levanta la vista hacia mis ojos. Estamos más cerca que nunca el uno del otro.

—Es precioso, pero tú lo eres más.

Algún instinto similar al maternal impide que mis brazos dejen caer al bebé.

—¿Qué dices, Berto?

—Bueno... Que, tal vez, algún día... Tú y yo... Lo que siento por ti... Que nada me gustaría más que tú fueras la madre de mis hijos.

—¡Berto! Esta criatura te ha nublado el juicio.

—Sabes que no es eso.

Me asalta el recuerdo del día que llegó Aurora. Ya me lo advirtió. «El jardinero está enamorado de ti».

—No digas tonterías. —Intento restarle importancia a lo que acabo de escuchar—. Somos buenos amigos y no vamos a dejar de serlo, pero eso no quiere decir que vayamos a tener hijos juntos. No me extraña que ver esta carita tan perfecta te haya hecho sentirte confuso, yo también me siento rara, es tan bonito... —Noto que él se va recomponiendo mientras hablo e, incluso, ha dado un par de pasos cortos hacia atrás—. Y mira qué bueno es. Aquí está, durmiendo tranquilamente sin protestar por nuestra charla.

—¡Rita! —me corta.

—Dime.

—No estoy confuso. Ojalá que algún día tú también sientas lo mismo por mí. De momento, ser tu amigo ya me parece un regalo del cielo. —Sonríe satisfecho—. Ahora tengo que dejarte. Me esperan los mirtos de la entrada para que les dé una buena poda.

Le sonrío mientras sale de la habitación. Parece que se ha quitado un peso de encima. Creo que estará aliviado por haberse sincerado sobre sus sentimientos hacia mí. Aunque ya me lo imaginaba, casi puedo ver físicamente cómo esa carga se va poniendo sobre mis hombros. No puedo dejar que el hecho de que me lo haya contado haga cambiar nuestra relación. Tampoco puedo sincerarme con él. «Berto, estoy enamorada de Tirso, es imposible que pueda tener ojos para ti». Eso es lo que debería haberle dicho. Y él se habría echado a reír. Podría haberme dicho: «¿Tú enamorada de Tirso? ¿Quién te crees que eres, Rita?». Aunque viniendo de Berto, no serían esas sus palabras, no, él sería más amable: «Va a ser mejor que intentes olvidarlo, Rita».

Monchiño se revuelve entre mis brazos como si estuviese sintiendo que, por un momento, he dejado de prestarle atención. Eso es lo que tengo que hacer. Lo de Berto ya lo pensaré, o mejor no pensarlo mucho. Es mi amigo y así seguirá siendo.

Querida sor Engracia:

Espero que después de leer esta carta entienda por qué hace tanto tiempo que no tiene noticias nuestras. Desde que nació el bebé de doña Laura no he tenido un minuto para sentarme a escribir más que aquella postal que le envié para darle la buena nueva. Me cansé de pedirle a Aurora que lo hiciese, pero usted que la conoce mejor que nadie sabrá que mi voz predicaba en el desierto. Está empeñada en que escribe tan mal que no quiere pasar la vergüenza de que usted la lea. Ya ve... ¡Como si usted fuese a asustarse por un par de faltas de ortografía!

Ante todo, déjeme decirle que estamos bien. No se preocupe. Si pudiese vernos por un agujerito se sentiría muy orgullosa. Ahora que vivo de cerca la maternidad, me doy cuenta de que ustedes han sido verdaderas madres para nosotras y podemos considerarnos muy afortunadas, ya que no hemos tenido una madre, sino muchas, y cada una nos ha guiado por el buen camino, dándonos lo mejor de sí con lo que tenía a su alcance. Les estoy muy agradecida por todo y, aunque Aurora no esté ahora presente, le aseguro que suscribe mis palabras.

Dicho esto, que era lo más importante, paso a contarle las novedades por estos lares, que son muchas.

Mi rutina ha cambiado por completo. Me dedico, en cuerpo y alma, al cuidado de una criatura maravillosa y de su madre. No recuerdo si en la postal le dije que se llama Ramón, pero ahora ya nadie le llama así. Empecé a llamarle Monchiño desde que nació porque con esa carita tan dulce, Ramón me sonaba demasiado aseñorado para él. Cuando doña Laura me escuchó, le gustó mucho y, ahora es como le llama todo el mundo, Moncho o Monchiño. Aunque duerme bastante bien y llora poco, da mucho trabajo. ¿Qué le voy a contar con tantos bebés como han pasado por sus manos? La señora se ocupa de alimentarlo y poco más, no porque no quiera estar más con él, sino porque sigue muy débil, recuperándose poco a poco del embarazo tan difícil y del parto, que también fue muy complicado y largo. Así que soy yo quien tiene que cuidar al niño el resto del tiempo. El señor va y viene, como siempre. Cuando pasa unos días en casa lo saca a pasear por el jardín en un cochecito precioso que le ha traído de Lisboa. Dígame a sor Mercedes, seguro que le hará ilusión, que he conseguido algo de género, aguja e hilos, y estoy bordándole unas sábanas para cuando lo saquen a pasear por el pueblo después del bautizo. Por cierto, será dentro de dos semanas y doña Laura quiere que Aurora y yo vayamos para ayudar. Y, ¿sabe qué?, ha mandado venir a la modista para que nos haga unos vestidos para la ocasión. Yo dije que podía llevar el de flores lilas, no crea que nos comportamos como unas aprovechadas..., pero la señora insistió tanto...

Sepa también que Aurora ya está muy adaptada a todo y a todos. Está trabajando de maravilla y yo estoy feliz de tenerla a mi lado. Nunca me cansaré de agradecerle que haya hecho posible que estemos juntas de nuevo. Me puedo imaginar que, cuando doña Laura le pidió referencias, no le resultaría especialmente fácil omitir algunos detalles de su comportamiento que podían haberla perjudicado. Gracias de todo corazón.

Rezamos por todas.

Con cariño,

Rita

Aún no he terminado de escribir el remitente cuando Aurora entra en la habitación sin llamar. Me alegro de haber cerrado ya el sobre. Creo que no le haría mucha gracia leer el último párrafo.

—¿Esa carta es para que se la lleve hoy Elías? —pregunta mientras se asoma a la cuna de Moncho para fingir poco interés en lo que está diciendo.

—Sí, ¿por?

—No, porque si quieres ya estoy yo pendiente de entregársela.

—¿Y eso?

—Nada, lo digo solo por ayudar.

—¡A ti te gusta Elías!

—¡Qué va!

—No, mujer, es que tú tienes tanto trabajo con el niño...

—Me lo puedes contar. —La presiono—. ¿Tengo que recordarte que soy tu amiga del alma? ¿Qué problema hay si te gusta el cartero? Es muy majo y parece buena gente...

—¡Ay! ¡Qué pesada! ¿Quieres que me ocupe de entregarle la carta o no?

Se la entrego y ella la guarda en el bolsillo del delantal.

—No te olvides de preguntarle a don Ramón si tiene correspondencia para enviar —le recuerdo.

—Ahora voy, cuando vuelvas de la cocina. Ve, anda, que Monchiño no tardará mucho en despertarse y ya sabes que a mí me llora.

—Gracias. Que te quedes cuidándolo mientras desayuno sí que me ayuda.

Me callo a tiempo de omitir: «no como lo de la carta».

Bajo las escaleras empezando a sentir desasosiego. No me agrada que Aurora me esconda algo que sería bonito que compartiese conmigo.

—No tenías que haberte molestado, muchacha —dice doña Laura mientras abre el paquete.

Por lo de «muchacha», y no «Rita», y por su semblante tenso, sé que vamos a tener un día difícil. Intento hablarle con la dulzura adecuada para apaciguar a una fiera.

—¿Cómo no iba a hacerle un regalo a mi Monchiño por su bautizo?

—Eso de «mi» es inexacto. Ya te lo vengo advirtiéndolo. Está bien que le tengas aprecio al niño, pero tanto apego no es bueno. Tal vez debería ser tu amiga quien...

—No se preocupe. —La corto antes de que mencione siquiera esa posibilidad—. Sé bien cuál es mi lugar.

—Eso espero —concluye.

Termina de desenvolver el paquete y extiende las sábanas sobre la mesa del comedor. Las observa en silencio. Sé que está admirada. Intento hacer un ejercicio de modestia, pero me han quedado preciosas y me puede la vanidad.

—¿Le gustan?

Ella levanta una esquina para ver el revés del embozo. Cada hebra está tan bien rematada que hasta podría ponerlas de ese lado y nadie notaría la diferencia.

—¿Quién ha bordado esta maravilla, muchacha?

—Yo misma, señora. —Me sale en un tono que ha sonado arrogante y eso era lo último que deseaba.

—¿Tú sola?

—¡Claro! No necesito a nadie más. —Otra vez mi voz ha parecido presuntuosa y, tal vez, grosera. Deseo que la tierra me trague antes de escuchar el grito que me espera por hablarle de ese modo. Sin embargo, ella permanece en silencio, examinando mi obra. Trato de arreglarlo—. Sor Mercedes me enseñó a bordar cuando era pequeña y siempre la he ayudado con los lienzos de la capilla. A veces tenía que echarle una mano con los encargos que hacían las señoras de Tuy, sobre todo los días de niebla, porque se le pone el dolor de huesos en las manos y la pobre no es capaz ni de coger la aguja. Ahora la ayuda Dolores, pero dice Aurora que sor Mercedes le confesó que no hay color...

Doña Laura me corta.

—No sabía que se te daba así de bien la costura. Deberías habérmelo dicho. Me habría ahorrado una buena suma en la modista. —Me encojo de hombros—. Ponlas en el cochecito, y date prisa, no vayamos a llegar tarde.

Lo último que me imaginaba cuando en esta casa se empezó a hablar del bautizo, cuando la señora mandó venir a la modista para hacernos vestidos nuevos a medida, era que nos iban a mandar a casa al salir de la iglesia. Pero lo cierto es que aquí estamos, tomando un chocolate en la cocina. Toñi, Aurora, Lucía, Berto y yo. Los cinco mojando en silencio los churros de consolación que Toñi ha tenido el detalle de prepararnos para levantarnos el ánimo. Porque no soy yo la única sorprendida. Hasta Toñi soñaba con la merienda en el Casino.

Aurora sí que está contenta. Se ha encontrado con Elías al salir de la ceremonia. Después de hablar con él, tres minutos de nada, ha vuelto a reunirse con nosotros con la cara iluminada y una sonrisa que le dura hasta ahora e intenta disimular sin éxito. «Casualmente, pasaba por aquí», nos ha dicho. No acabo de entender por qué se empeña en ocultar que le gusta. Me sorprende verla insegura. Estoy convencida de que no quiere confesarlo por si le sale mal. El temor al rechazo es algo que llevamos en el alma. Todo el mundo quiere gustar a los demás, en mayor o menor medida, pero si te has criado viendo que quien gusta encuentra una familia, perteneces al grupo de los que quieren gustar en mayor medida.

Doy el último trago al chocolate y suspiro antes de romper el silencio.

—¿Qué tal vamos de hora, Berto?

—Tendríamos que ir saliendo.

Me dispongo a llevar al fregadero mi taza y la fuente ya sin churros.

—Deja —dice Aurora—. Yo recojo. Así podéis ir con calma. Disfrutad del paseo.

No me gusta nada el rumbo que está tomando este asunto en la casa. Parece que todos están al corriente de los sentimientos de Berto hacia mí y quien más y quien menos hace lo posible, disimuladamente, para dejarnos a solas. Sin ir más lejos, esto de ir a buscar a Monchiño al Casino no es más que una artimaña de doña Laura. Podría traerlo en el coche con ella y con don Ramón perfectamente. El cofre del cochecito de paseo se separa de las ruedas y estas caben en el maletero. Sin embargo, le ha dado por querer que seamos Berto y yo quienes traigamos al niño dando un paseo, según ha dicho, porque tiene que tomar el aire. Y resulta que no puedo ir yo sola, como voy a todas partes, por si se nos hace de noche por el camino, ¡con lo largos que son los días ahora! Si lo pienso bien, creo que le conviene que Berto y yo..., aunque solo sea por aquello de todo queda en casa. Sin embargo, quiero suponer que, si anda haciendo de Celestina, no será por interés sino por el cariño que nos tiene a ambos.

Berto abre la cancela y me deja pasar. Descendemos por el camino hacia el pueblo conversando sobre lo bien que se portó Monchiño en la iglesia, que ni un pío dijo desde que entró hasta que salió. Enfilamos la calle del Casino hablando de algunos de los asistentes al bautizo. Gracias a mis salidas al mercado y a algún domingo que vamos al cine Avenida o a pasear, ya conozco a mucha gente. Berto se sabe la vida y milagros de todos. Dice que es por su abuela, que se entera antes que nadie y, por las noches, les cuenta los cotilleos a él y a Lucía. De pronto, me hace un comentario que me desconcierta.

—Los gemelos ya se han quitado el luto por su padre. ¿Te fijaste? Ninguno llevaba el brazalete negro. Estos, dentro de nada, están liándola parda por ahí.

—¿Liándola parda?

—Bueno, ya se sabe que no se les ocurre nada bueno y, ahora, sin el veterinario para leerles la cartilla y con la madre en Valladolid... ¡Menos mal que este año no vino su primo!

—¿Qué quieres decir con lo de su primo?

—Pues eso, que cuando viene el castellano es aún peor, se juntan el hambre y las ganas de comer. Ya me entiendes.

—No, no te entiendo, Berto, hijo, ni que se dedicasen a asaltar los bares.

Él se ríe. Yo no le veo la gracia. Si está acusando a Tirso de algo, quiero saber de qué.

—No es eso Rita, déjalo. Lo que digo es que si doña Cielo se enterase de que sus hijos no están guardando el luto como Dios manda...

—Pero, entonces, quienes están actuando mal son los gemelos, no Tirso.

Intento defenderlo sin que se me note demasiado.

—Sí, claro. Empezando por que deberían estar acompañando a su madre en Valladolid. Si mi abuela perdiese a mi abuelo, yo no la dejaría sola ni a sol ni a sombra, cuanto menos si es en una ciudad tan grande y lejana.

—Bueno, doña Cielo está con su hermana, doña Julia, ¿no?

—Pues a mí me parece que sus hijos deberían estar a su lado, en Castilla o en la Conchinchina. La familia está para apoyarse en los momentos difíciles.

Decido dejar el tema. Si se trata del concepto de familia es muy probable que no llegue a entenderlo nunca. Además, no quiero que Berto llegue a pensar que tengo demasiado interés en la vida y costumbres de la casa de los gemelos.

Llegamos a la puerta del Casino y el conserje nos impide el paso. Yo llevo el vestido nuevo y Berto un traje de su abuelo que le queda planchado. No sé qué ha visto en nosotros para darnos instrucciones sin preguntarnos ni quiénes somos.

—Esperad aquí. Avisaré a don Ramón de que ha llegado el servicio para llevarse al bebé a casa.

Berto me lee la cara.

—Este es más tonto y no nace —dice apuntando al bedel con la barbilla—. Le quitas el uniforme y queda en nada.

Me río y su expresión se ilumina. Descubro que está muy guapo. Siento algo diferente en mi forma de mirarlo, pero alejo de mí cualquier pensamiento que pueda hacerle daño. Por más que me empeño, no logro evitar que me guste Tirso. Enviarle a Berto alguna señal que le haga tener esperanzas sería cruel.

PRIMAVERA DE 1940

—Cuando sea mayor, voy a tener una tienda.

—Ah, ¿sí? —pregunta sor Isabel, divertida.

—Y voy a vender mucho, claro.

—Entonces vas a tener que empezar a ponerte fuerte. ¡Mira cómo vas, que ni puedes con un par de kilos de mandarinas!

—No voy a dejar las ciruelas por ahí tiradas como hace José. Me levantaré temprano para colocarlo todo muy bonito, limpiaré cada manzana para que se vea brillante y pondré los precios con esos números tan elegantes que nos enseñó a escribir sor Engracia. Los mismos para todos, nada de regateos. Quien quiera algo tendrá que pagar lo que valga, un precio justo, y a quien no le guste, que se vaya a paseo. Será una tienda tan ordenada y yo seré una tendera tan honrada que vendrán gentes desde Porriño a comprar mi género. Y hasta puede que gane algún premio a la mejor tendera de España, por ejemplo.

—Bueno sí, ¿y qué más?

Rita se para para apoyar la carga, que le está resultando demasiado pesada.

—¡No apoyes ese cesto en el suelo, niña! ¿No ves que puede haber algún escupitajo? ¡Qué asco! ¿Tú no eras la que iba a ganar el premio a la pulcritud?

—Es que pesa mucho.

—Anda, anda, tira. ¡Menuda tendera de pacotilla estás hecha!

—Y cuando mi tienda sea la más famosa de la zona...

—¡Vaya! ¿Aún hay más?

—¡Claro! Falta la mejor parte.

—Cuenta, cuenta —le responde sor Isabel intentando aparentar que se está tomando muy en serio sus palabras.

—Un día vendrá a pedirme trabajo un chico muy apuesto.

—Los chicos muy apuestos no piden trabajo en las tiendas.

—Este sí, porque sabe que la dueña soy yo.

La monja no puede evitar reírse.

—Se me había pasado por alto ese detalle, hija. Y dime, ¿ese chico no resultará ser un príncipe de lejanas tierras, por casualidad?

—No, pero sí que resultará ser el padre de mis hijos. Y van a ser los niños más felices del mundo. Ya los estoy viendo, correteando por el jardín de nuestra casa, jugando con un cachorro, porque también tendremos perro, claro.

—Me parece a mí que vamos a tener que hablar con sor Engracia para que no te deje leer tantos cuentos de esos que te llenan la cabeza de pájaros. Hay que ser realista, niña, vas a cumplir once años y va siendo hora de que pongas los pies en la tierra, o te llevarás un soberbio golpetazo con la caída.

—Ya veremos —le sonríe Rita—. Y sor Engracia no me va a prohibir los libros, si es ella

quien me anima a leerlos.

—Rezaré para que Dios te regale un poco más de humildad y de sentido común, visto que vas a necesitar buenas dosis de ambas cosas.

—Prefiero que le pidas un poco más de fuerza.

—¡Que no lo apoyes en el suelo, he dicho! Anda, trae, dame.

—No, no, que ya estamos llegando y puedo un poco más.

Calculando la distancia, alzan la mirada hacia el convento, que ya se vislumbra al fondo del camino. De pronto, ven cómo se abre de par en par la verja del jardín y una niña corre hacia ellas.

—¡Rita! ¡Sor Isabel!

Aurora les hace gestos para que se aproximen deprisa. Ellas se acercan alarmadas.

—¿Qué pasa? —preguntan al unísono.

—Hay unos padres hablando con sor Engracia. ¡Creo que quieren adoptarme!

El alboroto habitual del comedor se va apagando a medida que las niñas van saliendo a jugar al jardín con los estómagos llenos de más patatas que lentejas. Rita se queda sola, sentada en el banco del fondo de la sala, con la espalda apoyada en la pared y los brazos caídos a los lados del cuerpo como si no le perteneciesen. Sor Isabel sale de la cocina pensando que ya no hay nadie y se le encoge el corazón al encontrarla allí tan lánguida. Se acerca con paso firme.

—Tienes que comer algo, niña. Siéntate derecha y coge la cuchara. No querrás que Aurora te vea toda flacucha cuando venga a visitarte. Esa espalda recta, y ya estás borrando la cara de pena inmediatamente.

—No vendrá —responde Rita mareando las lentejas por el plato.

—No digas tonterías. Nos hará una visita en cuanto pueda. Ya sabes que llegar hasta aquí desde Vigo lleva su tiempo y el nuevo padre de Aurora es un señor muy ocupado, nada más y nada menos que jefe de personal en una fábrica de conservas. ¡Quién sabe! En el futuro igual puede emplearte a ti...

Sor Isabel clava la mirada en las lentejas y a continuación la alza hacia Rita. El gesto le basta a la niña para llevarse una cucharada a la boca. Le cuesta tanto tragar que le da la sensación de estar comiendo un puñado de piedras.

—Y a mí qué más me da. Yo lo único que quiero es ver a Aurora. O por lo menos que me escriba, saber que está bien. Una carta de nada. Una postal. Algo.

—Venga, una cucharada más.

—No le costaba tanto.

—No juzgues y come. ¿Acaso sabes por qué no te ha escrito?

—Claro que no lo sé.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Entonces por qué la juzgas? ¿No es tu amiga? Pues no pienses mal. Ya te escribirá cuando pueda. Y ahora come, niña, que estoy empezando a perder la paciencia.

Aurora llega al convento a media mañana, acompañada del chófer de la familia que la ha adoptado. En cuanto se abre la puerta, echa a correr escaleras arriba. Las niñas están en clase con sor Isabel. Entra sin llamar, interrumpiendo la lección.

—¡Rita!

—¡Aurora!

Rita se levanta sin pedir permiso y corre a su encuentro para abrazarla. Sus compañeras aprovechan el momento de confusión y, en un instante, lo que antes era orden y silencio, se convierte en caos y algarabía.

Mientras sor Isabel intenta, en vano, volver a dominar la sala, una presencia se hace sentir en medio del bullicio. Sor Engracia está parada ante la puerta abierta. En silencio, con los brazos cruzados, va estableciendo contacto visual con cada niña y, como si tuviese poderes en la mirada, una a una se van calmando. Cuando vuelve a reinar el silencio, se dirige a sor Isabel:

—¿Podría Rita ausentarse un momento, por favor?

—Por supuesto.

—Rita, Aurora, venid conmigo.

Cogidas de la mano, sonriéndose e intentando que no les dé la risa, la siguen hasta la parte trasera del jardín. Una vez allí, sor Engracia las manda sentarse en un banco y ella permanece de pie para regañarlas desde una posición elevada que le da más autoridad. Está tan seria que las niñas ya no tienen ganas de jugar.

—Aurora, dime que no es verdad lo que me acaba de decir el chófer antes de darse media vuelta para regresar a Vigo sin ti.

—No sé qué le habrá dicho, pero lo que sí sé es que, ni esa familia me quiere allí, ni yo quiero estar lejos de aquí.

Rita aprieta la mano de Aurora en un par de segundos que se les hacen eternos esperando el veredicto de sor Engracia, quien, antes de hablar, inspira y expira profundamente.

—Bien. Voy a rezar un rosario para pedir que el Espíritu Santo me ilumine sobre qué he de hacer contigo. Esperadme aquí. Más os vale rezar también. Tal vez una oración a tu ángel de la guarda —dice, muy enfadada, mirando a Aurora—, o quizá sea mejor que te encomiendes a Santa Rita. Y a ti te he sacado de clase para que la vigiles mientras rezo. Confío en que sabrás hacer que permanezca aquí sentada durante un rato sin causar más problemas.

Mientras se aleja, las niñas la oyen murmurar algo que ya han escuchado en otras ocasiones: «Señor, por favor, dame paciencia e ilumina mi corazón para que pueda tomar la decisión acertada...».

Rita está tan entusiasmada de volver a ver a Aurora que se le olvida el enfado de sor Engracia y su propio enfado por la ausencia de noticias de su amiga.

—Entonces, ¿vuelves para quedarte?

—A ver, depende —responde Aurora haciendo un movimiento de cabeza dirigido hacia el lado

por el que se ha marchado sor Engracia.

—Pero ¿qué pasó?

—Doña Fuencisla se puso enferma y a mí no me dejaban salir de casa.

—¿Doña Fuencisla? ¿No le llamas mamá?

—Pues no. Ni ha sido mi madre ni nunca lo será. Solo me querían para limpiar.

—¡Vaya! Es horrible... ¿Pediste que te trajesen de vuelta porque no aguantabas más?

—¡Qué va! Estar allí dentro no era lo mejor del universo, pero tampoco soy tonta, tengo casi diez años, Rita, fue un milagro que surgiese una oportunidad así. No va a volver a pasar. Las dos sabemos que nadie adopta a una niña tan mayor.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Llevaba varios días encerrada y ni siquiera había visto Vigo más que por la ventanilla del coche cuando llegué. No quería esos uniformes que me trajo la modista, yo solo pedía papel de cartas, sobres y sellos. No me escapé. Solo vi el dinero ahí encima de la cómoda y salí un momento para comprar lo que quería. Me perdí, ¿qué le iba a hacer?

—¡Tienes que contárselo a sor Engracia! Vete tú a saber qué le habrá dicho el chófer ese... ¿Por qué no se lo cuentas? ¡Corre, ve!

—No me creería. Tú no lo entiendes, pero es lo que nos pasa a las personas mentirosas, que cuando decimos la verdad, ya nadie nos cree. ¿Te acuerdas de cuando me castigaron por esconder la tiza del encerado? Pues esto es lo mismo, pero peor, claro. Él le habrá contado la versión de doña Fuencisla, que me trataron de maravilla y yo robé dinero y me fugué.

Aurora se amohína y Rita no encuentra qué decir para consolarla. Conoce a Aurora mejor que nadie y sabe bien que de todo lo que dice solo se puede tener en cuenta la mitad, porque la parte restante suele ser fruto de su imaginación. Sin embargo, la cree. Para romper el silencio, que empieza a ser incómodo, pregunta:

—Oye, ¿y cómo es Vigo? ¿Es tan grande como dice sor Isabel?

—¡Es enorme! Hay gente por todas partes y todos van con prisa. Me encanta. Cuando seamos mayores, podemos vivir en Vigo. Seguro que encontramos un buen sitio para tu tienda.

—Es buena idea, pero ¿no prefieres que nos quedemos a vivir en Tuy? No quiero que nos vayamos lejos del convento.

—Bueno..., ya se verá... —Aurora se queda pensativa—. ¿Sabes qué es lo mejor de todo esto, Rita? Que mañana estaré contigo para tu cumpleaños. Y otra cosa, ya no voy a rezar más para que me adopten. Quiero estar aquí contigo. No quiero separarme de ti nunca en la vida.

VERANO DE 1947

Estoy esperando a Aurora para volver a casa. Empieza a hacerse tarde y me puede la impaciencia. Menos mal que Lucía y Berto se han quedado a acompañarme. Toñi nos ha hecho galletas para merendar y hemos pasado la tarde a la sombra de un árbol. Puede que hoy haya sido el día más caluroso del año. Aurora se fue con Elías a dar un paseo hace una hora y quedamos en encontrarnos en la Alameda para subir a casa.

—¿Quieres que vaya a dar una vuelta a ver si los veo? —se ofrece Berto.

—No te preocupes, seguro que llegarán enseguida —digo sin creérmelo.

—No te aflijas. Está con Elías. Estarán bien —me calma Lucía.

—¡Y tanto! —exclama Berto— Si la vista no me engaña aquellos son tu amiga y el cartero. Mira, por ahí vienen, sonriendo tan campantes.

No me puedo creer lo que estoy viendo. Su risa contagiosa ocupa todo el aire cuando entran en la Alameda. Varias personas se giran para saber de dónde proviene el escándalo. Elías se pone serio y se distancia de ella discretamente. Aurora va parando de reírse a medida que se acerca y aprecia mi cara de enfado.

—¿Se puede saber dónde has estado?

—Paseando, ¿por? No entiendo a qué viene esa cara.

—¡Tú sabrás! —Me enoja que no sepa la causa de mi disgusto.

—Rita estaba preocupada por ti —le explica Berto—. Es tarde.

—Lo siento —dice Elías—. No sabíamos qué hora era... Se nos pasó el tiempo volando.

Aurora cruza los brazos y se limita a mirarme desafiante.

—Venga, marchaos —interviene Lucía—, o doña Laura es capaz de echar la llave y dejaros pasar la noche a la intemperie.

Subimos hasta la Casa del Pico sin dirigirnos la palabra. Por suerte, la puerta de servicio se abre sin problema. Al entrar en la cocina, exploto:

—¡Que sea la última vez que me haces esto! Estaba preocupada por ti. Además, no podemos llegar tarde a casa. ¿Tú te has parado a pensar qué sería de nosotras si perdiésemos el trabajo?

—A ti lo que te pasa es que estás celosa.

—¡Sí, bueno...! ¡Era lo que me faltaba por escuchar!

—Pues siento mucho no poder ayudarte —dice en tono de ironía—. Que sepas que, desde hoy, Elías y yo somos novios, novios formales. Me lo pidió y le dije que sí.

Es una buena noticia. Lo de estar viéndose a escondidas de vez en cuando no tenía futuro. Que él se haya decidido a dar el paso me tranquiliza.

—Aunque no te lo parezca, me alegro mucho por ti.

Ella me mira a los ojos, relaja la postura y sonrío. Sabe que se lo digo de corazón.

—Lo sé. No te enfades, anda, no volveré a llegar tarde.

Se aproxima buscando mi abrazo. La recibo con los brazos abiertos y nos dejamos estar así un buen rato. Entonces, siento que solloza. Me separo y la interrogo con la mirada.

—No es tan bonito como parece. Su padre no puede enterarse. Está emperrado en que tiene que casarse con una señorita. Como llegue a sus oídos que anda con una criada huérfana... No sé qué vamos a hacer.

Querido diario:

Los días de verano se me hacen eternos con este ambiente tan pesado que se ha apoderado de la casa desde que la tía se ha venido a vivir con nosotros. Se ha negado rotundamente a pasar el verano en La Guardia, condenándonos a madre y a mí a quedarnos con ella en Valladolid. Nunca había visto a una viuda que estuviese tan obcecada con no superar el fallecimiento de su marido. Se ha convertido en un fantasma que vaga por la casa, vestida de negro de pies a cabeza, sin hacer nada más que regar las plantas de interior y echar la partida conmigo después de comer. Algún día que madre logró sacarla a dar un paseo, no llegaron ni a la vuelta de la esquina porque se marea.

Encima, es el primer año que, con todo aprobado, no tengo que estudiar, así que ni siquiera tengo excusa para ir a la biblioteca o encerrarme en mi habitación sin hablar con nadie. Madre me obliga a jugar al cinquillo con tía Cielo todas las tardes, mientras ella echa la siesta, costumbre que, para mi desgracia, no ha calado en la tía por más que madre ha intentado convencerla de los beneficios de un sueño reparador.

Los primos sí que han sabido jugar sus cartas. A pesar de haber suspendido varias materias cada uno, han logrado quedarse en Vigo porque están apuntados a una academia especializada en universitarios de la carrera de Ingeniería. Muy de vez en cuando, nos ponen una conferencia para contarle a su madre que no se separan de los libros. Y ella se lo cree porque no tiene fuerzas para creer otra cosa. Hay momentos de la vida en los que uno ni siquiera cree lo que quiere, sino lo que puede, lo que le alcanza el ánimo. Así está la tía y, según madre, de momento, no se le puede pedir más. Me da mucha pena verla así. Ella, que era la alegría de las fiestas... Padre opina que no ha de faltar mucho para que un día salte una chispa que le haga prender las ganas de vivir. Ojalá.

Él anda inmerso en sus negocios y politiqueos, tan convencido de que será el próximo alcalde, que no hay quien le hable. Se limita a advertirme a diario que debo comportarme como se espera del hijo del futuro regidor de la ciudad. Estoy harto.

Y Maruchi... Bueno, ahí está. Me tiene masacrado con tanto querer estar conmigo y tanto querer saber cada paso que doy. Si no fuese por no darles ese disgusto a mis padres en este momento tan delicado, creo que ya la habría dejado, al menos por un tiempo, para poder respirar. Es curioso que, cuando siento ganas de cortar con ella, si me imagino con otra chica, pienso en aquella Rita con la que apenas crucé cuatro palabras... Se ve que me caló. Guardo la imagen de su sonrisa como algo que tengo pendiente... Una pena que sea tan solo una criada, nada comparado con Maruchi, claro. Y, bueno, madre dice que a Maruchi se le pasará este afán de posesión cuando estemos casados, que solo tengo que ser paciente y no darle motivos para enfadarse mientras seguimos siendo novios. Espero que tenga razón.

Aurora se ha empeñado en que vayamos juntas a enseñarle a Elías la casa abandonada. Entiendo que quiera compartir con él nuestros planes de futuro, pero me fastidia. No me apetece que nadie más sepa de nuestros sueños, son eso, nuestros y, además, fuera de nosotras solo sirven para ponernos en ridículo. Pensar en quedarnos esa casa no es más que una chiquillada. Lo de la tienda, no. Eso sí que es algo serio. Para no ser más que una humilde criada ya he logrado reunir una cantidad importante de dinero. El señor es generoso con las propinas.

Elías se ha ido convirtiendo en uno más. Berto y él nos acompañan a las tres siempre que pueden «para protegernos», dicen. En realidad, lo que les pasa es que se aburren con sus amigos porque a ellos no les gusta el fútbol y, tanto en la pandilla de Elías como en la de Berto, no se habla de otra cosa que no sean los éxitos del Guardés o del Celta de Vigo.

Llegamos al callejón y Elías se nos adelanta:

—No me digáis más. Es la del jardín cubierto de maleza. Vais a tener que traer a Berto antes de abrir la tienda.

Sé que es una broma inocente, pero me sienta fatal. Tal como me temía, se ha hecho evidente que es una infantilidad pensar que podemos quedárnosla.

—¿Te gusta? —pregunta Aurora.

—Cuando tú estés dentro, me encantará —le responde él sonriendo.

Lucía y yo cruzamos las miradas y ella pone los ojos en blanco. Ahora soy yo quien sonrío porque sé lo que está pensando. Soportar a Aurora y Elías juntos empieza a hacerse demasiado empalagoso.

—¿Por qué no entramos? —sugiere Aurora, animada.

—Porque no es nuestra —le respondo antes de que se le ocurra hacerlo—. Lo de apropiarnos de ella es soñar por soñar... Bueno, da igual. Sería allanamiento. ¿Tú quieres ir a la cárcel?

—Venga, Rita, haz algo arriesgado por una vez en tu vida. ¿No querías saber cómo es por dentro? ¡Pues vamos!

Aurora se acerca a la cancela y nos dejamos llevar sin pensarlo. Le ha puesto tanto entusiasmo a sus palabras que parece obvio que hay que entrar.

Para nuestra sorpresa, con solo meter la mano entre dos barrotes y accionar el pasador interior, la puerta cede. No está cerrada con llave ni hay ningún candado. Sin embargo, una frondosa enredadera, que se ha colado entre los hierros oxidados, nos impide abrir lo suficiente como para pasar.

—Rita, a ver si tú cabes por aquí.

—¡No soy tan pequeña! —protesto.

—¿Por qué no está aquí Berto? —le pregunta Aurora a Lucía— Él sabría cómo podar todo esto en un minuto...

—Tenía que ayudar a los abuelos.

—Dejadme un momento —pide Elías.

Se saca del bolsillo una navaja pequeña y empieza a cortar con destreza.

—Le puedes sacar el puesto a Berto —le dice Aurora—. Lo haces muy bien.

Lucía y yo volvemos a mirarnos y esta vez no podemos contener la risa.

—¡Es que Elías todo lo hace bien! —la pica Lucía.

—Dejadme en paz, envidiosas —se defiende Aurora, sonriendo con orgullo.

Elías sigue a lo suyo, ajeno a nuestra conversación.

—Estaría bien que vigilaseis la entrada del callejón. No vaya a ser que nos pongamos a hacer esto justo el día que pasa un alma por aquí.

Tiene razón. Por si hay que interceptar a alguien, nos alejamos unos pasos.

—Además de saber usar una navaja, también es sensato. ¡Este chico lo tiene todo...! —comenta Lucía bromeando.

—¡Bueno, ya está bien, parad! —dice Aurora intentando fingir enfado—. Si os gustase alguien lo entenderíais, pero como sois unas sosas...

—Uf, a mí me gustan tantos que empiezo a nombrarlos y no paro. Y a Rita... —Lucía interrumpe la frase a tiempo—. Bueno, que te diga ella.

—¡¿Qué me tienes que decir?! —se sorprende Aurora.

—¿Yo? ¡Nada! —hago un papel estelar fingiendo la mayor de las sorpresas.

La llamada de Elías me salva de un posible interrogatorio.

—¡Rápido, venid!

—¿Qué pasó?

—No, nada, que... —Abre la cancilla de par en par sin encontrar resistencia—. Adelante, mis queridas tenderas.

Avanzamos, temerosos de posibles ratas, por el pasillo lateral de lo que debió de ser, antaño, un ordenado jardín. Apenas quedan restos de una parra que haría de tejadillo. La enredadera lo ha engullido todo a su paso. En fila india, con Elías capitaneando la expedición, nos vamos abriendo paso por la zona central, más despejada. Una vez superada la frondosa vegetación, llegamos a un patio trasero contornado por altos muros de piedra. En el centro, un viejo limonero sobrevive al paso del tiempo y nos recibe iluminando el ambiente umbrío con sus candiles amarillos. Huele a humedad y a limón. Nos sentimos agradecidos por el frescor que nos ofrece este rincón olvidado.

—¡Podemos hacer limonada! —dice Aurora con entusiasmo—. Seguro que en la casa encontramos algún recipiente, unos vasos...

—Anda, sí, ¿y qué más? —la corta Lucía— Yo me conformo con exprimirme un limón en la boca —dice alargando la mano para coger uno.

—Espera, podemos intentarlo —sugiero—, ¿por qué no?

—Bueno, bueno, bueno... ¡Atención, señores! ¡Santa Rita propone que nos saltemos la ley! —dice Aurora metiéndose conmigo— ¿Estás bien de la cabeza o te habrás dado algún golpe al entrar?

—Llevo mucho tiempo imaginándome la casa por dentro, sin saber cómo podremos colocar las cosas en la tienda. Ya va siendo hora de salir de dudas.

Celebra mis palabras dándome un abrazo.

—¡Esa es mi amiga! —exclama y se gira hacia Elías para preguntarle—: ¿Alguna vez has abierto una puerta con una navaja?

—¡Claro que no! Pero alguna vez tenía que ser la primera, ¿no os parece? Aunque si alguien quiere probar, le cedo el honor —dice Elías ofreciendo la navaja en la palma de su mano.

Lucía da un paso al frente, la coge y se dirige a la puerta sin mediar palabra.

Nos quedamos tan perplejos por su determinación que nos convertimos en testigos silenciosos, pasivos, de una destreza que desconocíamos en nuestra amiga. Se oye un clac y ella se gira hacia nosotros.

—Si vuestros abuelos guardasen la comida bajo llave, también aprenderíais a abrir cerraduras con un cuchillo. —Ante nuestras caras de admiración, se anima a añadir sonriendo—: Que conste que lo hago mejor en la oscuridad de la noche.

El interior está en penumbra. La luz se cuela por las rendijas de las contraventanas desvencijadas. Una caja de madera rústica, del tamaño de un baúl de viaje, descansa en una esquina de lo que parece ser la sala. La abro para comprobar que está vacía. Al lado del fregadero de la cocina, hay una arqueta y una silla, ambas en peor estado que las ventanas. Las escaleras de acceso a la planta superior son de mano, como las que hay en la casa del Pico para subir al fayado. Lucía sugiere, con acierto, que las subamos de uno en uno, no vaya a ser que no aguanten el peso.

—Dejad que suba yo primero —se ofrece Elías—. Soy el que más pesa. Si pueden conmigo...

Cuando va por el cuarto escalón, oímos un crujido. Elías se queda muy quieto.

—Es solo por la falta de uso —dice y continúa subiendo con cautela.

—Agárrate bien —le recuerda Aurora, preocupada.

El séptimo peldaño emite un breve sonido antes de partirse en dos. Por suerte, Elías está bien sujeto y queda colgando de ambas manos. Baja de un salto. No se ha hecho daño, pero se ha rasgado el pantalón.

—Este también te lo puedo coser, pero que sea el último —bromeo.

Él se ríe y a Aurora no le hace ni pizca de gracia. Se le transforma la cara.

—¿Se puede saber qué gracia tiene? ¿Vosotros no...? Antes de que yo llegase a la casa del Pico, vosotros... ¿No sería eso lo que intentaba decirme Lucía hace un momento?

—¡Qué dices! —Me ofendo— ¡No inventes!

Elías la rodea por la cintura.

—Solo tengo ojos para ti —le dice casi al oído.

—Anda, vamos fuera —digo, dirigiéndome a la puerta—. A ver si están buenos esos limones y os contamos lo del siete del uniforme de Elías. Es peligroso estar aquí. Podría derruirse este techo en cualquier momento.

—¡Qué exagerada eres, Rita! Ya pareces sor Isabel, que si más vale prevenir, que si cuidado con esto y con lo otro... —protesta Aurora de camino al patio.

—¿No le acabas de decir tú a Elías que se agarre bien? ¡Y menos mal que se lo dijiste!

—Es diferente.

—Como tú quieras, pero...

Nos enzarzamos en una discusión que se termina en cuanto Elías abre un par de limones con su navaja y Lucía, la primera que los prueba, empieza a poner caras y hacer aspavientos por el sabor ácido en la boca.

—Habría sido mejor encontrar un naranjo —dice—, pero en cuanto traigamos una jarra y hagamos mi receta de la limonada con miel, podremos vender cada vaso por una fortuna.

—Así me gusta —la apoyo—. Hay que innovar en el negocio.

—Yo puedo repartir cuartillas por las casas, junto con el correo. Ya lo estoy viendo: Gran inauguración de la tienda más peculiar de España. Compre y refrésquese con nuestra limonada especial.

—Pues a mí me gusta —lo apoya Aurora.

—A ti te gusta todo lo que diga Elías —bromea Lucía.

—¡Pues claro! —exclama Aurora intercambiando una sonrisa con su novio.

JUNIO DE 2002

—¿Seguro que lo apuntaste bien, Fer?

—Rita Canteli Salas. Segurísimo.

—Pues no aparece ni en La Guardia, ni en Tuy.

—Te lo dije. Es misión imposible, olvídalo.

—Si me ayudases un poco en vez de estar jugando a los marcianitos esos... A ver si hay suerte aquí, en Vigo. Espero que no tengamos que llegar a buscarla en la guía de teléfonos de Madrid, esta de Pontevedra ya pesa lo suyo...

—La de Madrid serán varios tomos.

—Pues supongo que sí. Acuña, Alberte, Álvarez... ¡Madre mía! ¡Cuántos Álvarez hay en Vigo! Blanco, Bonilla... Cabana, Caleiro... ¡Canteli! ¡Bingo, Fer! ¡Lo tenemos! “Canteli Salas, R.”. Tiene que ser ella. Te digo el número. Apunta.

—Es increíble, pero me alegra tener que darte la razón. La abuela se pondrá contenta cuando le digamos que tenemos el número de su amiga.

—No le vamos a dar el número, ¡vamos a conseguir que vuelvan a estar juntas!

—Anda, dime el número que lo apunto, pero llamas tú, ¿eh? Que yo paso.

—No esperaba menos de ti.

VERANO DE 1948

Doy la última puntada a la cruz con apliques de pedrería que doña Laura lucirá en la espalda del corpiño de su traje de gallega. Tengo los dedos entumecidos de tanto coser, pero ha merecido la pena. Primero, porque mañana estará preciosa. Causará sensación en el desfile, eso seguro. Cada pieza del conjunto es una obra de arte. Me resulta imposible ser modesta con lo orgullosa que estoy. ¡Me encantaría que sor Mercedes pudiese verlo! Segundo, porque durante las últimas semanas la relación con la señora ha sido, casi literalmente, coser y cantar. Hemos pasado tardes enteras en la salita, bordando cada adorno hasta dejarlos perfectos. Ella también es una artista de la aguja y sabe valorar la originalidad de mis diseños. Su humor ha permanecido estable, siempre con la ilusión de ganar el premio del concurso que se organiza este año por primera vez. Estoy tan ansiosa por ver las creaciones del resto de participantes... Sé que va a estar reñido porque quien lo ha puesto en marcha tiene fama de ser la mejor bordadora de la provincia y, aunque ella no se presenta, sí que lo harán algunas de sus pupilas. Doña Laura está de tan buen talante que me ha dicho que, si gana, el premio será para mí. ¡Ojalá! Si se diera el caso, mis ahorros crecerían considerablemente. Ella lo único que quiere es hacer saber que no siempre es tan extravagante como la fama que la acompaña. Como don Ramón siempre le regala ropa cuando vuelve de sus viajes a Madrid o Lisboa, suele vestirse a la vanguardia de la moda, como si viviese en la capital. Además, está lo de su debilidad por las pañoletas, que tan pronto se las anuda al cuello como las usa para ceñirse la cintura.

Mañana, por fin, saldremos de dudas. El desfile será a las doce de la mañana, en la Alameda. Aurora y yo tenemos permiso para ir. Queremos estar allí bien temprano para poder coger un buen sitio y aplaudir cuando pase doña Laura.

Voy a echar un último vistazo a Moncho antes de irme a la cama. Está plácidamente dormido en su cuna. Me encanta verlo así. Toñi dice que no es bueno que un niño de dos años siga durmiendo como un bebé, que ya tendría que pasar la noche en una cama como Dios manda y que, entre los señores y yo, estamos haciendo de él un consentido. ¿Qué problema hay si quiere dormir en su cuna? Ya bastante es que tenga su propia habitación. ¿Acaso no hay niños que duermen con sus padres hasta los seis años o más? Cuando yo tenga hijos dormirán en nuestra habitación. Me asusto al pensar que en ese «nuestra» no contemplo ninguna posibilidad que no incluya a Tirso. Me fuerzo a concentrarme en Moncho. ¡Está tan lindo! Parece un ángel. Y lo es. No hay duda de que tiene el corazón de su padre.

Sin ir más lejos, hoy, don Ramón le ha dado permiso a Aurora para ir con Lucía y Berto a la verbena que abre las Fiestas del Monte. Ella ni siquiera ha tenido que pedirlo. El señor ha aparecido en la cocina al mediodía, con una enorme sonrisa, y le ha dicho: «Aurora, Berto dice que va a acompañar a Lucía a la verbena de esta noche y me preguntaba si tú querías ir... Tal vez vaya también Elías, ¿no?»

Me voy a la cama pensando que don Ramón es lo más parecido a un padre que podemos tener. Tanto Aurora como yo nos sentimos muy afortunadas de saber que, de alguna manera, y aunque

tarde, hemos encontrado en él a alguien que se preocupa tanto por nuestro bienestar como lo haría un padre de verdad.

Extraño la presencia de Aurora en la habitación contigua. Espero que se lo esté pasando bien en la verbena. Menos mal que ya no paso miedo con los ruidos de la casa. Sonrío al recordar que los primeros días estaba convencida de que había espíritus vagando por los pasillos. Me giro hacia la pared y me duermo rezando para que en mis sueños no aparezca Tirso, para que el Espíritu Santo me haga olvidarme de él para siempre. Ese sigue siendo mi último pensamiento de cada noche, a pesar de que hace ya tres años que no lo veo, y es muy probable que no vuelva a verlo jamás.

Querido diario:

Después de tanto tiempo sin venir a La Guardia, estoy encantado de haber vuelto, aunque solo sea por unos días. Cuando la tía Cielo se enteró de que iban a hacerle un homenaje al tío en el pregón de las Fiestas del Monte, anunció que estaba preparada para volver. Me alegro de que, por fin, haya decidido romper con el luto riguroso, físico y anímico, que se había impuesto. Tal vez esta fuese la chispa de la que hablaba padre. A él no le ha quedado más remedio que hacer cumplir su deseo. Con tanto no querer salir de casa, ya pensábamos que la tía no volvería a levantar cabeza nunca más, así que esta era una muy buena oportunidad de ayudarla a regresar a la vida. Madre, contagiada por la apatía de su hermana, también se ha ido transformando en una mujer triste y, para mi sorpresa, me ha costado convencerla de que venir era lo mejor para la tía.

Los gemelos tuvieron el detalle de tener una cena especial preparada para nuestra llegada. A la tía le reconfortó abrazarlos, pero creo que le sentó mejor volver a degustar una langosta. Por un momento, pensé que se iba a echar a llorar cuando cerró los ojos al probarla. Seguramente, el sabor le trajo a la mente algún recuerdo compartido con el tío.

Nada más terminar, madre y la tía Cielo se retiraron y nosotros salimos por la puerta, que ya estamos mayores para andar saltando por las ventanas. Fuimos a la Alameda, donde hacía rato que había empezado la verbena que abre las Fiestas del Monte. Bailamos con todas las chicas que quisimos. Por lo visto, ellas quedan en mal lugar si te niegan un baile. Incluso se ve a chicas de buena familia moviéndose al ritmo de la música junto a campesinos o marineros, y todo por no decirles que no. Además, si ves a dos amigas bailando juntas, puedes acercarte con un amigo y «cortarlas», como dicen aquí. Así, ya se sabe que uno baila con una y el otro con la otra, sin que sea necesario, ni siquiera, mediar palabra. Al principio pensé que tal vez encontraría a aquella chica..., Rita, pero no la vi por ningún lado. Tal vez ya no viva por aquí. Al final, me conformé con Clara. No es tan guapa como ella, ni tiene su encanto, pero fue una noche de lo más entretenida.

Mañana no será tan divertido tener que madrugar para ir al desfile de trajes regionales. Madre y la tía Cielo ya han desempolvado los suyos. ¡Toda la casa huele a naftalina! Se han empeñado en que debemos ir temprano para coger sitio. Me alegra verlas entusiasmadas, pero vaya tostón nos espera.

Me despido por hoy,

Tirso

Estoy sentada entre Lucía y Aurora, a la sombra de una palmera. Hemos hecho bien viniendo temprano porque la Alameda empieza a llenarse y han puesto pocas sillas. De vez en cuando, perdemos de vista a Doña Laura. Está al fondo, tras unas improvisadas bambalinas que dejan entrever a las nerviosas participantes del desfile. Se miran de reojo conjeturando mentalmente quién será la ganadora. Hay muchas candidatas de las familias más pudientes de La Guardia y algunas están muy bien vestidas, pero estamos convencidas de que la mejor es doña Laura, claro. Aurora y Lucía aprovechan la espera para contarnos con todo detalle lo bien que se lo pasaron en la verbena.

Ya quedan pocos asientos cuando veo que, justo en frente de mí, al otro lado del paso que han dejado libre, tres jóvenes cuelgan sus chaquetas del respaldo antes de sentarse. Son los gemelos y... ¿Es Tirso? ¡Sí, claro que es él! Lleva el pelo bastante más corto que la última vez que lo vi. Está, si cabe, aún más guapo. Siento que me falta el aire.

—¿No tendréis un abanico?

Lucía me tiende uno. Lo abro y agradezco que sea de un verde agua bastante discreto. Viniendo de ella me esperaba algún estampado escandaloso. Dejo que el viento me refresque la cara mientras voy alternando la mirada entre Aurora y Lucía cuando hablan. Finjo estar interesada en su conversación, aunque ni siquiera sé de qué están hablando. Me observo discretamente. Me alegro de haber elegido el traje del bautizo de Monchiño para la ocasión. Me digo que estoy bien, al menos tengo un aspecto aseado y presentable. Por el rabillo del ojo veo que Tirso viene hacia nosotras. Intento escudarme en el abanico.

—¿Rita?

—¡Hola! —exclamo haciéndome la sorprendida.

—No sabía si eras tú. Hace tanto que no nos vemos...

Aurora me mira desconcertada. Temo lo que pueda decir Lucía. No sé si estoy siendo una maleducada por no levantarme, pero no puedo hacerlo porque una repentina flojera en las piernas me lo impide.

—Tal vez un par de años —digo, como si no supiera exactamente que ya hace tres.

—Es que no he venido mucho por aquí. Solo para el entierro de mi tío, que en paz descanse.

—Te acompaño en el sentimiento.

Ojalá se me hubiese ocurrido algo más personal en lugar de una frase hecha.

—Gracias.

—¿No nos vas a presentar? —interviene Aurora.

—Mis amigas, Aurora y Lucía.

Él sonríe para saludarlas.

—Encantado.

—Él es Tirso, sobrino de doña Cielo e hijo de doña Julia.

—¿También participan en el desfile? —pregunta Lucía.

—No se lo perderían por nada del mundo. Hemos venido desde Valladolid solo para las Fiestas del Monte, imaginaos qué locura. Bueno, es que a la tía Cielo le llegó al alma que quisiesen mencionar al tío en el pregón...

—¡Vaya! Debe de ser un viaje muy largo... —comento mientras pienso en la cantidad de veces que me he imaginado haciéndolo para ir a verlo.

—Bastante, sí, pero ha valido la pena solo por ver a estas tres chicas tan guapas...

—¿Se te ha perdido algo, Castellano? —Es Berto, apareciendo de la nada, quien lo interrumpe, sorprendiéndonos a todos.

—¡Hombre, Tijeritas!

Se dan unas palmadas en la espalda en lo que parece un saludo afectuoso, aunque a juzgar por la fuerza que emplean, el gesto también podría ser una velada amenaza.

—¿Y tú por aquí? Hacía tiempo que no venías... En el pueblo todo el mundo pensaba que ya nos habíamos librado de ti.

—Veo que sigues tan amable como cuando te conocí. —Berto le muestra una sonrisa forzada —. Hablando de amabilidad, creo que ya estabas dejando en paz a mi hermana y a sus amigas, ¿cierto?

—No sabía que eras su hermana —dice Tirso, dirigiéndose a mí.

Nos reímos las tres a la vez.

—Perdona por la risa... Todo el mundo sabe que soy su hermana, por eso nos hace gracia que tú no lo sepas. —No sé por qué me ha parecido divertido mentirle.

Como si acabase de estallar una tormenta, desde el fondo de la Alameda se oyen los bombos y tambores que acompañan a los gigantes y cabezudos. Dos enormes figuras de cartón piedra, un rey y una reina, se dirigen hacia nosotros haciendo oscilar sus manos.

—Me voy a mi sitio antes de que me arrase uno de estos —dice Tirso, imitando el movimiento zigzagueante de los gigantes—. ¿Nos veremos por la noche en la verbena?

—Tal vez —le respondo sin saber qué decir.

—Vete haciéndote a la idea de que le pediré un baile a tu hermana, Tijeritas.

—Ni sueñes con acercarte a ella, Castellano.

—Ya veré yo con quién bailo, que soy mayorcita, querido hermano.

Mis palabras no han sonado groseras a oídos de Tirso, pero sé que han sido un puñal para Berto. Lo siento por él, pero si esta noche tuviese la oportunidad de bailar con Tirso, no la dejaría escapar por nada del mundo. Por más que sepa que no es para mí, por más que lleve tres años intentando convencerme de que lo mejor es olvidarlo, quiero saber qué se siente al dejarse llevar entre sus brazos. Y si quiero algo, no hay nada que me detenga, ni yo misma.

—Bueno, pues hasta esta noche —dice Tirso antes de volver a su sitio.

Dejo escapar todo el aire que han estado conteniendo mis pulmones de forma inconsciente. Es imposible que lleve sin respirar todo este tiempo, pero me lo parece.

—¿Se puede saber quién es ese? —pregunta Aurora.

Lucía responde sin pensar.

—Un señorito de Valladolid del que esta tonta se quedó prendada hace tiempo y, a juzgar por la palidez de su cara, apuesto a que no se le ha olvidado.

Quiero matar a Lucía por soltárselo así a Aurora, pero me invade una flojera extraña. Aurora se va a enfadar mucho. La conozco.

—¿Eso es cierto? —pregunta desconcertada.

—Está exagerando —me defiende—. No tiene la menor importancia.

Ella ignora mi comentario. Está encajando el golpe, se sentirá dolida por mi secreto y celosa de Lucía. Lo veo venir.

—¿Se puede saber por qué no me dijiste nada y a ella sí?!

—No es para tanto. Y, además, tampoco es que esté obligada a contártelo todo...

Un cabezudo me coge de la mano y tira de mí, arrastrándome hacia el centro del paseo. Me debato entre dejarme llevar para alejarme de la bronca de Aurora o resistirme para no hacer el ridículo con Tirso observándome. La decisión la toma mi cuerpo por mí, la flojera me impide oponer resistencia y, cuando me doy cuenta, estoy bailando con un niño de cabeza gigante de cartón piedra, avanzando en dirección al extremo opuesto del que va a partir el desfile de trajes regionales. Me alejo tanto que me pierden de vista y aprovecho para escabullirme entre la multitud. Adiós a mi silla en primera fila. O encuentro un sitio mejor, o no veré nada. Me siento aturdida y necesito volver en mí. Me quedo parada un buen rato sin saber qué hacer. Cuando recupero la presencia de ánimo, me aproximo a una farola y me encaramo a la base justo a tiempo de ver pasar a doña Laura junto a doña Julia y doña Cielo, van cogidas del brazo, sonriendo a izquierda y derecha y diciéndose cosas al oído de vez en cuando. Parecen íntimas amigas de toda la vida, aunque no lo son tanto. No como Aurora y yo, que somos amigas del alma de toda la vida, pero ahora mismo no lo parecemos.

Doña Laura se ha encerrado en la habitación y no quiere saber nada de nadie, ni siquiera de Moncho. «Prefería haber quedado de última, ¡odio a los segundones!», le ha gritado a don Ramón mientras subía las escaleras haciendo aspavientos que dejaban ver su furia. Ante semejante panorama, ni Aurora ni yo habríamos tenido el valor suficiente como para pedirle permiso para ir a la verbena por la noche. Una vez más, el señor apareció en la cocina como si se tratara del ángel Gabriel llevándole a María la buena nueva.

—Rita, un segundo puesto es algo magnífico. Trabajaste mucho para conseguirlo y mereces ser recompensada. Ten. Esto es para que Aurora y tú podáis tomaros algo esta noche. —Deja un sobre encima de la mesa—. E invita también a Berto, que ya me ha dicho que os acompañará encantado. Toñi, ¿podrás ocuparte tú de Moncho para que las chicas puedan salir temprano? Estoy seguro de que no querrán perderse ni un baile.

Hemos dejado a Toñi refunfuñando, más por pura costumbre de protestar que por otra cosa. Se quedaba encantada preparándole la cena a Moncho. «Nada de biberón, verás qué rica la tortilla a la francesa con una pizca de perejil», pudimos escuchar mientras nos alejábamos por el laberinto. Es un alivio saber que el niño está a su cargo. Tal como estaba hoy doña Laura, es preferible mantenerlo alejado de ella.

Han venido a buscarnos Lucía y Berto. Por el camino me he rezagado a propósito para hablar con Berto y preguntarle a qué ha venido eso del Castellano y el Tijeritas. Dice que hace un par de años, hubo una pelea en un bar del puerto entre sus amigos y los amigos de los gemelos. Por poco llega la sangre al río, bueno, al mar habría llegado en este caso, cuando Berto amenazó a Tirso señalándole el pecho con unas tijeras de podar tan pequeñas que a ambos les dio la risa. Gracias a la ridiculez de aquellas tijeras, las dos pandillas pasaron de los puñetazos y las patadas a las carcajadas y las palmadas en la espalda. Cuando se dispersaron, él y Tirso acabaron compartiendo una última cerveza y se pusieron los respectivos apodos, que usaban cuando se veían, marcando un peligroso límite entre la camaradería y la amenaza. Tirso se inclina más hacia la camaradería, pero a Berto no acababa de caerle bien Tirso.

—Aléjate de él, Rita. Hazme caso. Ya sé que te parecerá que estoy celoso. Y lo estoy, no te voy a engañar, pero no te lo digo por eso, es que ese tío no es trigo limpio, no te merece, de verdad. No quiero que nadie te haga daño. Y, por favor, olvida que quien te está diciendo esto está loco por ti, piensa que te lo digo como si fuese tu hermano. —Me guiña un ojo—. Te juro que le diría lo mismo a Lucía.

Hacemos el resto del camino sin hablar. Voy absorta, pensando en lo que me ha contado Berto. Lejos de conseguir el efecto de advertirme sobre Tirso, ha hecho que lo vea con mejores ojos, si cabe. Tiene que ser alguien muy especial para lograr que una pelea se convierta en un momento de risas y cervezas compartidas.

Delante de nosotros, Aurora, que no me ha vuelto a dirigir la palabra desde la mañana, parlotea alegremente con Lucía, supongo que a propósito, para que yo vea bien la diferencia en el trato.

No me importa. Tampoco haré caso de las palabras de Berto. Si todo sale bien, esta noche bailaré con Tirso.

Nos mezclamos entre el bullicio de la gente para ir al encuentro de Elías. Por supuesto, a quien yo busco es a Tirso, pero no lo veo por ningún lado. Hay muchas caras nuevas, gente que viene de los pueblos cercanos y algún que otro veraneante, pero ni rastro de Tirso, ni de los gemelos. Por fin, damos con Elías y se une a nosotros. Nos acomodamos en un banco, cerca de la zona de baile. La Alameda está preciosa. Las bombillas salpicadas aquí y allá parecen luciérnagas y todo el pueblo parece haber dejado los problemas en casa. El ambiente no puede ser más propicio para que Aurora se digne a volver a dirigirme la palabra, pero solo tiene frases amables para Elías.

Empiezo a pensar que Tirso no va a venir y me voy desanimando. Bailo con un chico de mi estatura, un tal Segismundo que dice ser de San Miguel de Oya. Mientras intento que no ponga las manos donde no debe, me cuenta mil maravillas de su pueblo. Por más que se esfuerza por captar mi atención, nada de lo que me diga puede interesarme. Solo estoy pendiente de dar vueltas para poder ir observando todos los accesos a la verbena. Por fin, se acaba la pieza y me deshago del joven con palabras no demasiado amables.

Me aproximo a mi grupo. Están tomando una nube de algodón de azúcar y, aunque no tengo hambre, decido acompañarlos. En cuanto tengo la nube en la mano, se me acerca una voz por la espalda. Su voz. Su preciosa voz.

—Tú sí que eres como una nube de algodón —me susurra al oído.

Me giro, lo veo sonriéndome y me derrito como el azúcar que han usado para hacer mi dulce.

—¿Quieres? —le ofrezco con un desparpajo que desconocía en mí.

—¿Y si me acompañas a pedir algo de beber y nos la vamos comiendo por el camino?

Me encojo de hombros. No sé si es demasiado atrevido separarme de mi gente, irme sola con él... Las piernas empiezan a aflojarseme otra vez.

—Tijeritas, me llevo a tu hermana un momento, pero tranquilo que no pienso tocarle ni un pelo, no vaya a ser que te enfades y me saques un cortaúñas o algo...

—¡Muy gracioso! Te estaré vigilando.

Me fastidia que Berto se ponga en plan protector y Aurora sigue sin hablarme, así que me alejo de ellos sin mucha pena. ¡Estoy con Tirso! Él y yo. ¡Juntos! Empiezo a creérmelo. A veces, a la gente le pasan cosas bonitas, ¿por qué no puede ser verdad? No sería la primera vez en la historia de la humanidad que alguien como Tirso se enamora de una chica como yo. ¿No podría estar pasándome a mí? De hecho, aquí estamos, caminando uno al lado del otro hacia el puesto de las bebidas. Él se para. Yo también. Me mira a los ojos. Va a dejarme aquí plantada, en medio de la fiesta. Acaba de darse cuenta de que todo esto es un error.

—Entonces... ¿No vas a volver a ofrecerme un poco?

—¡Ay! ¡Perdona! Qué despiste.

Le acerco la nube y me fijo en sus manos mientras usa el pulgar y el índice para llevarse a la boca una pequeña porción.

—Tan dulce como tú —me dice sonriendo.

Me río.

—No te creas, que también tengo mi carácter... —No quiero que se haga una idea equivocada de mí—. Me enfado poco, pero cuando lo hago... Sor Isabel dice que no sabe cómo puede caber un enfado tan grande en un cuerpo tan pequeño.

Él se ríe, coge otro trozo de nube y retomamos la marcha.

—¿Quién es sor Isabel?

No tenía que haberla mencionado. Aunque, pensándolo bien... Será mejor que le aclare que no soy hermana de Berto. Si vamos a iniciar una relación, no podemos hacerlo con mentiras de por medio, aunque sean mentiras sin importancia, aunque ni siquiera haya sido una mentira sino un malentendido.

—Es una de las monjas del convento donde me crie. —Su cara no puede expresar mayor sorpresa—. Es que, verás, no soy hermana de Berto. Cuando esta mañana has dado por hecho que lo era, tampoco me iba a poner a darte explicaciones con todo el follón de los cabezudos... Lo entiendes, ¿no?

—Entonces...

—Soy huérfana.

Me mira sorprendido, pero sonriente. Y ahora la sorprendida soy yo porque la reacción normal es otra. La gente pone cara de pena y espera que después de esas dos palabras venga una historia dramática como que mis padres murieron en un accidente o que eran tan pobres que no tenían con qué alimentarme.

—Te confieso que, a veces, deseo ser huérfano yo también. Si conocieses a mi padre, me entenderías.

—No será para tanto...

—¡Para más! —bromea— Oye, entonces, si Tijeritas no es tu hermano, ¿qué tiene que decir de vigilarte?

—La hermana de Berto es Lucía. Bueno, aunque lo cierto es que él se empeña en protegerme como si fuera mi hermano mayor, así que no ibas tan desencaminado. Pero solo trabajamos en la misma casa. Nada más.

Me siento mal por hacer de menos a Berto. Si lo pienso bien, se ha convertido en alguien muy importante para mí y mi cariño por él es más sincero que el que supongo que se tendrán muchos hermanos.

—Entonces, estará loco por ti.

—¿Por qué dices eso?

—No puede ser de otra manera si tiene la suerte de verte a diario.

Agradezco que las bombillas que han puesto para la verbena no iluminen demasiado. Siento que se me ruborizan hasta las pestañas.

—¿Siempre vas por ahí diciendo piropos a las chicas que acabas de conocer?

—Ojalá acabase de conocerte. Eso me habría ahorrado un par de años deseándote en la distancia.

—Tres —digo—, para ser exactos, tres.

Entonces, da un paso hacia mí y me pasa la mano por la frente con delicadeza, como si estuviese apartándome de la cara un mechón de pelo imaginario. Cada centímetro de mi piel se tensa y quiero cerrar los ojos y pedirle que lo repita, pero sé que eso no estaría bien.

—¿Vamos a pedir algo de beber antes de que esas gentes acaben con las existencias?

Le señalo a un par de individuos que están acodados en la barra para no caerse hacia los lados. Tirso me sonríe y yo me siento afortunada por que un comentario mío haya hecho sonreír al chico más encantador de la fiesta, qué digo de la fiesta, de todo el mundo.

Una pareja se levanta de la mesa que está más apartada de la zona de baile. Tirso me pide que lo espere guardando el sitio mientras él va a pedir una jarra de sangría. Le digo que se lleve lo que queda de algodón de azúcar para endulzar su espera en la cola. Me siento y lo observo sin cortarme porque está de espaldas. Me gusta más de lo que pensaba. Todo este tiempo negándome

la verdad no ha servido para nada. Me encanta y está visto que, por más que se quiera, el amor no se puede controlar. Delante de él hay tres chicas charlando alegremente mientras aguardan su turno. Una de ellas es la hija de un indiano recién retornado de Puerto Rico. No sé cómo se llama. Lleva poco tiempo en el pueblo. Solo la he visto un par de veces, pero me he fijado bien en ella porque le va a hacer sombra a doña Laura con esa belleza exótica y esa ropa tan a la última moda. A las otras dos jóvenes no las conozco. Tal vez sean familiares que han venido para las fiestas. Estos días las calles están llenas de caras desconocidas. Con razón dice Toñi que hay que extremar las precauciones, con tanto forastero, nunca se sabe, puede pasar cualquier cosa. De pronto, mi cuerpo se tensa. La chica guapa se ha girado hacia atrás y están conversando. Él se ríe. Ella coge un trozo de algodón de azúcar. ¡Qué descarada! Me dan ganas de levantarme e ir hacia ellos, pero me contengo. Por suerte, la cola avanza, las chicas piden sus bebidas y la que se acaba de convertir en mi peor enemiga se aleja sin mirar a Tirso. Me relajo cuando lo veo acercarse sonriendo con una jarra de sangría en una mano y dos cuencos en la otra.

—He tenido que acabar el dulce de una atacada para poder traer esto. Lo peor es que he dejado el asa de la jarra toda pringosa.

—Pero hiciste trampas. Vi cómo te ayudaban.

—¡Ah! Lo dices por Bibi... Es amiga de mis primos... ¿No estarás celosa?

—¿Por qué habría de estarlo? Tú y yo no somos nada. Ni siquiera nos conocemos...

Él se sienta a mi lado y arrima su silla hacia mí. Está tan cerca que su respiración me hace cosquillas en el cuello.

—Rita, admito que apenas nos conocemos, pero hace tanto tiempo que sueño con besarte que...

—Tirso, yo no...

—Dime que no sientes lo mismo por mí y me marcharé ahora mismo.

Me quedo callada, pensando en la cantidad de veces que me he imaginado ese beso.

Él se acerca.

Yo no me alejo.

Va a hacerlo. Va a besarme.

Sus labios rozan los míos. Se me cierran los ojos a pesar de que me gustaría mantenerlos abiertos para saber que no estoy soñando. Siento el sabor dulce de su boca y una ola de calor me recorre todo el cuerpo. Me dejo llevar. No quiero que se acabe nunca este momento.

Querido diario:

He pasado un día de lo más sorprendente. Por la mañana me encontré a aquella chica, Rita, en la Alameda. Hablamos muy poco, antes de que empezase el desfile, pero fue suficiente para saber que ella también se acordaba de mí.

Después fuimos a comer a casa de unos amigos de los tíos. Su hija, Bibi, es de mi edad. Una chica encantadora. En un momento en el que nos quedamos solos en el jardín, hice un intento de aproximarme, pero ella me rechazó sin dudarlo. Tengo que confesar que me gustó, tal vez porque no estoy acostumbrado a que las chicas me miren así, como si no les interesase lo más mínimo.

Por la noche, volví a encontrar a Rita nada más llegar a la verbena. Me la llevé a tomar algo y, cuando estaba en la cola para pedir y Rita guardando la mesa, me di cuenta de que quien estaba delante de mí era Bibi. Si estuviésemos en Valladolid, esto sería una gran casualidad, pero en La Guardia, y encima en la verbena de las Fiestas del Monte, lo raro sería que no me hubiese visto en la situación de tenerlas a ambas a pocos metros de distancia. Bibi volvió a mostrarse encantadora, pero distante e indiferente a mis insinuaciones, así que decidí centrarme en Rita. Enseguida vino la oportunidad de besarla y, por supuesto, no la dejé escapar. Pero, para mi sorpresa, me invadió una sensación extraña, tanto que no fui capaz de ir más allá. Juraría que esa chica nunca ha besado a nadie. Me dio reparo sentir que para ella estaba significando demasiado ese momento. Me vi tan miserable por haberla besado que estuve a punto de hablarle de Maruchi para que no se hiciese ilusiones, pero no llegué a hacerlo porque el mal ya estaba hecho. Creo que, llegados a ese punto, es mejor que guarde un bonito recuerdo de un amor de verano... La vi tan emocionada... Me parece que me he metido en donde no debía y lo peor es que es muy probable que mañana vuelva a encontrarla en la subida al monte. A ver cómo salgo de esta sin hacerle daño.

Me despido por hoy,

Tirso

Aurora entra en mi habitación y abre las contraventanas. Está empezando a amanecer y, aunque la luz es tenue, me molesta si intento abrir los ojos. Todo me da vueltas.

—¿Qué haces? Déjame dormir. Es temprano.

—Cuéntamelo todo.

—¡Ay, no! ¿Ahora? Después, te prometo que después te lo cuento con pelos y señales, pero déjame estar en la cama hasta el último minuto, te lo suplico —protesto, presionándome la frente con la palma de la mano.

—¿Te duele la cabeza?

—No sabes cuánto.

—Ya me lo imaginaba. Toma.

Me ofrece una Aspirina que trae escondida en el bolsillo del delantal.

—¿De dónde la sacaste?

—No empecemos, Rita. Tómatela y déjate de remilgos. A la señora no le van a faltar. Había muchas más, te lo aseguro.

Me incorporo y obedezco sin fuerzas para rechistar.

—Y ahora, háblame de ese Tirso.

No sé ni por dónde empezar. Cualquier cosa que le diga le va a sentar mal y volverá a enfadarse.

—Nunca creí que fuese a ser algo importante. Quería olvidarme de él.

—Pero a Lucía sí que le habías hablado de él, ¿por qué a mí no? ¿No se supone que somos amigas del alma?

—Lo conocí mi primer verano aquí. No quería contártelo en una carta por si la leía alguien... Sor Engracia, o alguna cotilla como Cristina... Vete tú a saber. No son cosas que se cuenten por carta.

—Pero viniste a visitarme varias veces.

—Sí, y tu amiguita Cristina no nos dejaba ni a sol ni a sombra. Además, ¿cuánto te costó a ti decirme que te gustaba Elías? ¿Quieres que te recuerde la cantidad de veces que me lo negaste?

Se queda mirándome con la boca torcida. Sé que ese gesto significa que está sopesando si perdonarme o no.

—Vale —dice, al fin—. Tú ganas, pero a partir de ahora me lo cuentas todo.

Asiento con una sonrisa y doy la conversación por zanjada. No me puedo creer lo bien que ha ido. Con suerte, aún podré dormir un rato más. Hoy nos espera un día muy largo. Pero Aurora no se va.

—¿Entonces? —pregunta.

—¿Entonces qué?

—Puedes empezar por el beso de anoche.

—¡¿Cómo lo sabes?!

—¿Eso también pensabas ocultármelo? —me reprocha—. Lo sé por Berto, claro.

—¿Berto nos vio?

—¿Qué esperabas? Si normalmente solo tiene ojos para ti, imagínate ayer... El pobre lo pasó bastante mal. No le digas que te lo dije, pero fue a ver si estabas bien y, cuando volvió y nos contó lo del beso, por poco, se pone a llorar. Menos mal que Lucía le pidió que la sacara a bailar y lo distrajo un poco... Pero no te vayas por Peteneras, lo de Berto es otro tema, ahora quiero saberlo todo de ese beso, ¿fue bonito?

—No fue bonito, ¡fue precioso! Creía que era imposible que alguien de su clase... Ya sabes... ¡Me dijo que llevaba soñando con besarme desde que me conoció! ¡Como yo! ¿Te lo puedes creer?

—Lo que no me puedo creer es que durante todo este tiempo no me hayas hablado de él si era tan importante para ti.

—¿Otra vez?

—Vale, ya paro, lo siento. ¿Cómo lo conociste?

—Fue hace un par de veranos, cuando fui con doña Laura al balneario.

Le cuento todo intentando darle la mayor cantidad de detalles posible para que no se quede con la sensación de que le oculto algo.

—¿Y ahora qué?

—Ay, no sé... Ahora tendremos unos hijos guapísimos, supongo.

—¡No me digas que...!

—¡No! No estoy tan loca, solo fue un beso. Ni se me ocurre pensar en nada más sin pasar por el altar.

—El altar, los hijos... ¿No te estarás haciendo muchas ilusiones? —me pregunta preocupada.

Lo pienso durante un segundo.

—Puede ser, pero, de momento, déjame ser feliz un par de días. El lunes se va a Valladolid y quién sabe qué pasará.

La ladera del monte Tecla está salpicada de manteles con familias enteras a su alrededor. De fondo, gaitas, bombos, tambores y panderetas se van alternando o superponiendo, según el momento. Todo el pueblo está de fiesta. Empieza a caer la tarde y todavía no he visto a Tirso. Lo busco entre la gente e intento no desesperar. Rezo para que mi ángel de la guarda y el suyo se pongan de acuerdo para que podamos encontrarnos.

Subimos temprano para coger sitio en la explanada donde empiezan las estaciones del Vía Crucis. Toñi se quedó custodiando las cestas con tortillas, empanadas y otras delicias, mientras Aurora y yo fuimos con los señores a escuchar la misa en el exterior de la ermita. Moncho enseguida se cansó y tuvimos que alejarnos con él un rato para que no molestase. En cuanto vimos salir a la Virgen en procesión, nos encaminamos hacia ella para acompañarla. Al niño le encantó la imagen porque, según él, se parece a su mamá. Estuvo muy solemne, imitando el comportamiento de las gentes que tenía alrededor, mientras la banda de música tocaba el himno para Nuestra Señora. A veces me quedo observando lo despierto que es y no puedo evitar la comparación. A su edad, ni Aurora ni yo, ni tantas otras niñas, no habíamos visto nada más allá de los muros del convento.

Comimos a poca distancia de los señores, algo que nos resultó bastante extraño porque normalmente lo hacemos en la cocina. Al terminar, se acercaron Lucía y Berto, que almorzaron con sus abuelos. Al verlos llegar, don Ramón fue hasta el coche, trajo una botella de licor café para invitarnos y nos lo sirvió él mismo. Cuando iba a sentarse con su mujer, vio que la acompañaba una amiga con la que estaba charlando muy animada, así que, sin ningún remilgo, se sentó con nosotros y se puso a contarnos todo su repertorio de chistes, la mayoría tan graciosos que, hasta yo, con el alma tan encogida como la tenía por no ver a Tirso, me reí sin parar durante más de media hora.

Hace un rato que doña Laura y don Ramón han ido con Moncho a saludar a unos amigos que están instalados bastantes metros más abajo. Hemos quedado en reunirnos con ellos dentro de poco para la bajada. Toñi aprovecha para «ponerse en horizontal, por el dolor de espalda», según dice, por no reconocer que va a echar una cabezadita. Nos pide a Aurora y a mí que recojamos todo y que nos aseguremos bien de que no queda ni un tenedor por ahí tirado. La señora se ha empeñado en subir con la cubertería de plata y, ahora, a ver si vamos a extraviar alguna pieza.

Tengo la mirada fija en el suelo, recorriendo cada centímetro de manto verde en busca de una cucharilla con la que andaba jugando Monchiño, cuando, de pronto, siento que me tocan la espalda.

—¡Uh!

—¡Ay! ¡Casi me matas! —Sonríó llevándome la mano al corazón.

—Era lo último que pretendía. ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. Ahora que te veo, estoy mejor que nunca. —Me arrepiento de lo que acabo de decir. Si estuviese aquí sor Isabel, ya me estaría regañando: «Contención verbal, niña, no es tan

difícil»—. Es que ya pensaba que no te volvería a ver... —Me avergüenzo de mi intento de arreglarlo, pero lo dicho, dicho está y, además, es la pura verdad.

Aurora está observándolo de hito en hito.

—Ella es mi amiga del alma, Aurora. Te la presenté en el desfile, ¿te das cuenta? Él es Tirso, el primo de los gemelos, de Valladolid.

—Ahora ya sé quién es, sí —me dice con un retintín que espero que Tirso no haya apreciado—. Mucho gusto —le dice a él.

—El placer es mío, Aurora. Oye, estaba pensando que, si eres tan buena amiga, tal vez podrías hacernos un favor. En caso de que sea necesario. —Señala a Toñi con la barbilla—, ¿te importaría decir que Rita ha tenido que ausentarse un momento?

—No creo que sea buena idea, Rita, no deberías... Apenas os conocéis...

—Soy mayorcita, ahórrate el sermón, por favor —digo en un tono tan tajante que no puede replicar.

—Bueno, pero más vale que volváis antes de que se despierte. —Mira a Toñi—. O ya sabes que me va a pedir un informe con todos los detalles del motivo de tu ausencia.

—Gracias.

Sonrío mientras nos perdemos entre la gente. Me imagino que Aurora debe de sentirse algo celosa, es normal, no está acostumbrada a que no la incluya en mis planes. De pronto, sin venir a cuento, Tirso me coge de la mano, a la vista de todos. Me ruborizo hasta que compruebo que nadie nos está mirando. Quien más y quien menos, está volcado en su afán, unos bailan, otros lo intentan, algunos se limitan a dar saltos y a empujarse bromeando. Más allá, hay un grupo de gente compartiendo botijos y porrones y los niños están enzarzados encadenando un juego tras otro. Hoy es día de fiesta y a nadie le importa si Tirso me está llevando de la mano hacia un grupo de rocas altas. Me ayuda a poner cada pie en las piedras que me va indicando y ascendemos juntos. Aparece ante nosotros un rincón solitario, con una roca en forma de asiento para dos. Para mi sorpresa, no me pide que me siente, sino que es él quien lo hace y me indica que me acomode en su regazo. Es una locura. Sé que no debo, excedería todos los límites de la decencia y el recato. Miro a mi alrededor. Estamos solos y no creo que nadie sepa llegar hasta aquí.

—Ven, quiero que veamos algo juntos.

En mi mente, una idea golpea con fuerza. Mañana se va a Valladolid. Ahora o nunca, Rita. Sentarse no es ningún pecado.

Me apoyo en sus piernas intentando no dejar caer todo mi peso sobre él.

—Mira —dice señalando el horizonte con una mano y sujetándome por la cintura con la otra.

—¡Vaya! ¡Es precioso!

—La tierra que ves al otro lado del río es Portugal. Me fascina pensar que un poco de agua de por medio pueda hacer que lo que vemos ahí abajo sean dos países diferentes, con algunas costumbres tan distintas...

—Don Ramón dice que los portugueses cenan a las siete de la tarde. —Me doy cuenta de que no debo decir a nadie nada de lo que se diga en casa. Me apresuro a cambiar de tema—. ¡Por allí va un barco enorme! Parece que se va a caer por el horizonte...

—Entonces, ¿te gustan las vistas?

—Me encantan.

—Este es mi sitio especial. Cuando quiero estar un rato tranquilo, lejos de mis primos, subo al monte a respirar un poco. Me gusta sentarme aquí, ya ves que es un lugar increíble y, bueno...

Quería compartir esto contigo, para que tengas un recuerdo bonito de estas fiestas, para que cuando llegue el invierno te acuerdes de que hubo un verano. Perdona si a veces hablo un poco raro, es que escribo poesía y, de vez en cuando, me pongo algo cursi.

—Es bonito. Sigue.

Él se queda callado, mirándome. No sé qué está pensando. No sé qué decir. No sé qué está pasando. No sé qué hago aquí sentada. No sé qué va a ser de mí cuando se vaya.

—Pon tu mano por detrás de mi cuello y acaríciame la nuca, Rita.

—¿Qué?

—Hazlo, por favor, quiero sentir tus dedos entre mi pelo.

Con cuidado, muy despacio, hago lo que me pide mientras me pregunto si el padre Luciano se referiría a esto cuando hablaba de tocamientos impuros en sus homilías. Tirso cierra los ojos y murmura:

—Rita, yo... Tengo que decirte algo.

Abre los ojos y vuelve a mirarme como antes. Bajo mi mano y la dejo reposar en su hombro. Tengo la sensación de que va a decirme algo que me va a hacer daño. Su cara parece de preocupación.

—He pensado en ti desde la primera vez que te vi en el balneario. Ni te imaginas las ganas que tenía de besarte, por eso, ayer... Bueno... Yo...

—No pasa nada —Me apresuro a decirle—. Yo también quería hacerlo. No te preocupes.

—No es eso, es que...

Otra vez me observa de ese modo. Hago un esfuerzo por mantenerme en silencio para dejar que Tirso encuentre las palabras. Él mueve la cabeza levemente hacia los lados como si estuviese negando internamente alguna idea.

—Me voy mañana.

—Lo sé.

—Valladolid está muy lejos, ¿sabes?

—Pero volverás algún día, ¿no?

—Es posible que venga el próximo verano.

—Entonces retomaremos esto en cuanto llegues.

—No creo que vayas a querer.

—Te aseguro que sí —digo con tanta firmeza que no le doy más opción que la de creerme.

—Me gustaría que te quedase un bonito recuerdo de este día.

—Entonces, bésame otra vez, como ayer, como si no fueras a marcharte mañana.

Él sonríe, pero la tristeza se asoma a su mirada. Seguro que tampoco quiere que esto parezca una despedida.

Su mano recorre mi espalda y me atrae hacia él. Me besa muy despacio. No quiero pensar en mañana. Hoy soy la mujer más feliz del mundo.

Querido diario:

Me siento fatal. No he sido capaz de decirle a Rita la verdad. Lo intenté, juro que pensaba hacerlo cuando me la llevé a las rocas, pero después... Con ella así de cerca... No sé qué tiene que tanto me atrae. Esperaba que hubiese entendido lo del bonito recuerdo, creí que así quedaba claro que estaba poniendo un punto final, sin embargo, cuando me iba me llamó para decirme: «Te estaré esperando». Creo que tendré pesadillas con esa frase, ya me comen los remordimientos por no haber vuelto atrás para decirle: «No lo hagas». Que Dios me perdone por el daño que ya está hecho y por el que le haré. Se enterará. Se acabará enterando. Esto es un pueblo. Hasta ahora nadie tenía por qué saber de la existencia de Maruchi. Los primos son discretos. Ellos también tienen sus secretos y no les conviene airear los míos. Pero cuando suenen campanas de boda, todo será diferente, empezando por que madre se empeñará en invitar a alguna gente de aquí, quién sabe si a la mismísima Laura del Brezo. Ahora ya no hay nada que pueda hacer para reparar mi falta. A punto estuve, hace un momento, de ponerme a redactar una carta para sincerarme y aclararle que se acabó. Sin embargo, he tenido la lucidez suficiente como para no hacerlo. Sería dejar un cabo suelto, una prueba escrita de mi deslealtad hacia Maruchi, y eso sí que no me lo puedo permitir. Maruchi no me atrae tanto como Rita, o como algunas de las otras chicas con las que he estado, es cierto, pero, y en esto tengo que darle la razón a padre, será una buena esposa y una excelente madre para mis hijos. No me queda más remedio que dejar las cosas como están y rezar para que a Rita se le olvide todo esto. Ojalá que encuentre a alguien que la haga tan feliz como estoy seguro de que Maruchi me hará a mí.

Me despido por hoy,

Tirso

Mi querida Maruchi:

Aunque esta postal llegará días después de mi regreso a Valladolid, no quería dejar de escribirte para que te quede constancia de que siempre estoy pensando en ti. Mi mayor deseo es que llegue muy pronto el otoño y nos demos el «Sí, quiero». No te imaginas cuánto te añoro.

Con todo mi amor,

Tirso

No sé cómo puedo estar tan feliz si no voy a volver a ver a Tirso hasta el próximo verano. Mientras tiendo la colada, al fondo del jardín, me sorprende canturreando estribillos que hablan de amor. Intento hacer memoria de cada segundo que pasé con él, de todo lo que nos dijimos. A ratos, me preocupa y, a ratos, me importa poco, alternativamente, pensar que no sé nada de él, ni él de mí. Lo normal habría sido que empezásemos por ahí. La culpa la tiene el deseo contenido durante tanto tiempo. Aunque tendré que confesarme, no creo que sea malo para el futuro que hayamos comenzado por besarnos. Habrá matrimonios a los que les haya pasado lo mismo que a nosotros. La distancia hace que todo sea diferente. No sé cuántas horas se tardará en llegar a Valladolid... Muchas, eso seguro. Tal vez él pueda volver antes del verano que viene, ¿quién sabe? También me encantaría poder ir a conocer su ciudad, pero eso está fuera de cuestión. El viaje será carísimo y no me daría tiempo de hacer un camino tan largo en mi día libre. Tengo que ser paciente. Cuando me dé cuenta, estará aquí de nuevo, con su sonrisa, su voz, su forma de hablar, sus manos, su mirada... ¡Me gusta todo de él!

Cuelgo la última toalla y sigo cantando. Recojo el cesto vacío y me lo apoyo en la cadera. Voy pisando el césped como si estuviera en el cielo. Los árboles son nubes, nubes de algodón como la que compartí con él. Paso por la pajarera y me da la sensación de que todos sus habitantes se giran para mirarme. Vuelvo atrás y les digo en alto.

—Sí, es cierto, estoy enamorada.

Sonrío. Parece que ha llegado la hora de darme permiso para dejar entrar a Tirso en mi corazón por la puerta grande. No ha servido de nada prohibírmelo, así que me decido a ejercer mi derecho a tener un poco de fortuna en la vida. La espera va a ser dura, pero valdrá la pena. Ahora que sé que él siente lo mismo por mí, ¿qué es un año comparado con los dos que pasé obligándome, en vano, a olvidarme de él?

Querida sor Engracia:

Me alegró mucho recibir su última carta. Me encanta estar al día de las últimas noticias del convento.

Hoy le escribo llena de entusiasmo para contarle que el amor ha llamado a mi puerta. Pero antes de hablarle del chico que he conocido, déjeme decirle que me siento dichosa de poder compartir mi felicidad con usted, que tanto veló por mi bienestar durante mi infancia. Nunca he echado verdaderamente de menos tener una madre, porque, además de no saber lo que es (y tal vez en este punto esté usted pensando en eso que suele decir sor Mercedes: «¡Bendita ignorancia!»), siempre sentí que usted estaba muy cerca para cuidarnos y protegernos a todas. Supongo que debe de ser bonito poder compartir con una madre los momentos de la vida que nos van dejando huella. A mí, lo que me apetecía era compartirlo con usted, así que, aquí estoy.

El chico del que le hablaba se llama Tirso y es muy educado y apuesto. Hace ya mucho tiempo que me gusta y resulta que, y aquí viene lo mejor, he descubierto que él siente lo mismo por mí. Lo peor es que es de Valladolid y no volveremos a vernos hasta el próximo verano. Sin embargo, desde pequeña he aprendido que la paciencia es una virtud que hay que cultivar, así que estoy resignada y encaro los próximos meses con la mejor actitud posible para mantener viva esta ilusión que hoy me embarga. Estoy segura de que, si usted lo conociese, me daría enseguida su aprobación, pues no se trata de ningún maleante, sino de un chico atento y muy culto. Ya le iré contando.

Por lo demás, todo sigue su rumbo en la Casa del Pico. Los señores bien y Monchiño creciendo sano y fuerte.

Aurora continúa cumpliendo con sus tareas a las mil maravillas, no se preocupe. Estamos felices de poder estar juntas.

Rezo por todas.

Con cariño,

Rita

1940

Vigo, mayo de 1940

Beatriz se despierta empapada en sudor. Mueve la mano para asegurarse de que está en el mundo real. Al hacerlo, toca el pelo negro de su marido. Entonces, se queda muy quieta, deseando no haberlo despertado. Vuelve a cerrar los ojos y reza para no soñar de nuevo con aquel pie. Once años, piensa, ¡once años ya! Se encoge formando un ovillo, deseando hacerse tan pequeña como para desaparecer engullida por el colchón.

—¿No puedes dormir?

—Estoy bien, no es nada.

—¿Pido que te suban una manzanilla?

—No, no, tranquilo, de verdad, ya me duermo, no te desveles.

Él le acaricia el pelo una sola vez antes de cerrar los ojos para seguir soñando con los hijos que nunca han tenido ni tendrán.

OTOÑO DE 1948

—El próximo miércoles nos vamos de viaje. Necesito que prepares la maleta del señor. Estaremos fuera una semana. Métele el traje azul marino y encárgate de que esté impecable. Y ropa de abrigo, que, a estas alturas de octubre, en Valladolid debe de hacer un frío que pela.

¡Valladolid! Se pone a mis pies la posibilidad de ver a Tirso. Me embarga la ilusión. ¿Y si...?

—¿Van a Valladolid? —pregunto sin ocultar mi entusiasmo.

—¿Acaso se te ha perdido algo?

—Una de las niñas del convento está sirviendo en una casa allí —miento—, y estaba pensando que... —Dudo si atreverme o no—. Tal vez necesiten ayuda para el viaje y a mí me encantaría ver a mi amiga.

—Lo siento, muchacha —dice sin sentirlo en absoluto—, pero no vamos a la ciudad. Vamos a un pueblo que está bastante lejos, Adalia se llama, unas cuantas casas perdidas en medio de los campos de Castilla. La familia de Julia tiene una finca allí y el hijo se ha empeñado en casarse en el pueblo.

¡¿Cómo?! No puede ser. Tengo que haber entendido mal. ¿Tirso se casa? Julia es la madre de Tirso y él es hijo único, pero es imposible que sea él. ¿Cómo va a casarse con otra? Me siento mareada. Quizás haya interpretado mal a causa del mareo. No, el mareo ha venido después. Necesito confirmar que está hablando de él, pero no soy capaz de pronunciar ni una palabra. Me apoyo discretamente en el marco de la puerta. Respiro hondo.

—¿Tirso? —logro preguntar.

—Sí, claro.

Podrían cortarme en mil pedazos y no sentiría el dolor. Recuerdo perfectamente sus palabras: «He estado enamorado de ti desde que te vi en el balneario», «No te imaginas cuántas ganas tenía de besarte», «Si tú quieres, retomaremos esto en cuanto vuelva, el próximo verano». Las piernas me flaquean. Me recorre un sudor frío por todo el cuerpo. Del fondo de mi oído brota un pitido. Lo último que oigo es mi voz negando la realidad.

—¡No! Es imposible —me escucho en un susurro.

Me despierto tumbada en la cama de doña Laura. Ella, sentada a mi lado, me mira con preocupación. Me coge la muñeca para tomarme el pulso. Toñi está de pie, abanicándome con una revista de bordados. No para de preguntarme si no estaré embarazada mientras me obliga a mantener un algodón empapado en alcohol bajo la nariz. Debe de ser un remedio efectivo para los desvanecimientos, porque deseo con todas mis fuerzas volver a perder el sentido, pero no lo consigo. Me siento incómoda recostada sobre la colcha de la señora. ¿Qué hago apoyando la espalda en sus cuadrantes? Este no es mi lugar, como tampoco lo era aquel mundo que tanto imaginé al lado de Tirso. ¿Cómo no lo vi? Ya lo decía sor Isabel: «No hay mayor ciego que el que no quiere ver».

Llaman a la puerta.

—Adelante —dice doña Laura.

—¿Qué pasó? ¿Está bien? —oigo la voz de Aurora acercándose a mí—. ¡Rita! —Me coge la mano y siento que ya puedo cerrar los ojos y dejarme ir—. Estoy aquí. ¡Despierta, Rita, despierta!

Logro separar los párpados y decir unas palabras para tranquilizarla.

—Ya estoy mejor.

—Perdió el conocimiento. Tú no sabrás si podría estar... —insiste Toñi— Ya sabes...

Hablan de mí como si no estuviera presente.

—¡Que no, Toñi! —protesto intentando incorporarme.

—Pero ¿qué pasó para que se desmayase? —pregunta Aurora.

—Mal de amores —dice doña Laura en un susurro—. Y me temo que no tiene fácil solución.

La cara de Aurora es un signo de interrogación que me mira esperando respuesta. Yo solo quiero morirme. De hecho, creo que voy a morirme. Morirme de vergüenza. La señora se ha dado cuenta de que todo esto es por Tirso... Que no diga nada más, por favor.

—Estoy bien, solo un poco indispueta. Me habrá sentado mal el desayuno.

—Estaba perfectamente hasta que se cayó a plomo al enterarse de que el hijo de Julia va a casarse.

Aurora se lleva la mano a la boca, intentando ahogar un «¡Oh!». De repente, su cuerpo se destensa y se arrodilla para poner su cara cerca de la mía. Me acaricia la frente hacia atrás varias veces antes de hablar.

—Tenía que habértelo dicho.

—¿Qué?

Lo he entendido muy bien, pero pregunto para ganar tiempo, para intentar asimilarlo. ¿Entonces, Aurora lo sabía?

—Quise decírtelo, pero estabas tan feliz...

Doña Laura y Toñi cruzan sus miradas antes de fijar su vista en mí.

Lo último que quiero es ponerme a llorar, pero cuando intento evitarlo noto cómo las lágrimas

calientes se me escurren por las sienes. Una fuerza desconocida crece en mi estómago, no sé bien si es ira o rabia. Es algo nuevo para mí y parece que llega con la fuerza de una marea viva. Me limpio la cara con el dorso de la mano y cojo aire.

—¡Fuera de aquí! —le grito a mi amiga del alma—. Apártate de mi vista y no me vuelvas a dirigir la palabra en tu vida.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunta Aurora enojada.

—¿Tú lo sabías y no me dijiste nada? ¿Cómo pudiste dejar que me hiciese ilusiones como una idiota? No me creo que hayas podido callarte.

—No quería hacerte daño.

—Me duele más tu traición.

—¿Traición? ¡Rita, por favor, no exageres!

—Aléjate de mí.

—¿De verdad quieres que me vaya?

—Sí.

—Muy bien. Pues adiós.

Sale de la habitación corriendo. Sé que va a echarse a llorar, pero no me importa en absoluto. Que llore.

La puerta se abre de nuevo y creo firmemente que será ella para pedir perdón.

Es don Ramón. Trae en brazos a Moncho. Solo con verlo, un rayo de luz entra en mi corazón y por un instante me olvido de Aurora, de Tirso y de mis ganas de morirme.

—¡Rita! —Él también se pone contento de verme.

—¿Está mejor? —le pregunta don Ramón a su mujer mientras deja al niño en el suelo, a mi lado, intentando trepar a la cama.

No quiero que le cuenten al señor lo que ha pasado y volver a sentirme avergonzada, esta vez por partida doble, por lo de Tirso y por lo de Aurora. Respondo aparentando la mayor normalidad posible.

—Ahora que está aquí este pequeñajo, mucho mejor, sí.

Él pone una de sus manos regordetas encima de la mía. Me aprieta los dedos con fuerza.

—Moncho, con cuidado, que le vas a estropear los dedos a Rita y a ver si después no va a poder bordar —le reprende doña Laura.

Llevo días sin pegar ojo imaginando la boda de Tirso. Si nadie lo impide, se casará este mediodía.

Antes de que los señores partiesen hacia Adalia, intenté sonsacarle alguna información a doña Laura, pero ella rehusó contarme nada, escudándose en la ignorancia de los detalles que fueran más allá de lo que decía la invitación: día y hora del enlace y nombres de los novios y de los padres de estos. La ladrona que me ha robado a Tirso se llama Maruchi Cuenca Pedregosa. ¿Maruchi? ¿Qué nombre es ese, por Dios? ¿Cuenca Pedregosa? Lo cierto es que sus apellidos me inspiran un poco de piedad hacia ella. Mi odio disminuye al pensar cuánto habrá sufrido por apellidarse así. Me regodeo imaginando situaciones en las que se habrán mofado de ella y, después, pido perdón por reírme del sufrimiento ajeno, pero no lo puedo evitar, es el consuelo que me queda. No haberla visto nunca tampoco ayuda. Sufro al intuir que será guapísima y, entonces, mi mente busca una salida llenándole la cara de bultos purulentos, que explotan en la cara de Tirso cuando el sacerdote dice: «Puedes besar a la novia». Estoy conociendo lo peor de mí. A ratos me calmo y vuelvo a mi ser, pero la mayor parte del tiempo, busco la manera de matarla. Sé que la culpa es de Tirso, pero contra quien cargo es contra ella porque sigo enamorada de él. Lo perdonaría ahora mismo si apareciese por la puerta para pedirme que sea la madre de sus hijos. Pero no lo hará. Le dirá «Sí, quiero» a esa tal Maruchi y no volverá a acordarse de mí. La odio tanto que ese odio me mantiene sin llorar. No he derramado ni una lágrima a pesar de que lo esperable sería que fuese inundando las estancias a mi paso. La plata está más reluciente que nunca porque imagino que le estoy lijando la piel de los brazos a esa ladrona. Ayer mismo quemé una toalla planchándole la cara.

Para aumentar el poder de este ser extraño que se ha apoderado de mí, los señores se han llevado a Monchiño a Valladolid. Nunca pensé que fuesen a hacerlo. Creí que, al menos, me quedaría el consuelo de tener al niño todo para mí durante unos días. Pero ni ese alivio me han dejado. Al contrario, es una carga más para mi conciencia. ¿Y si a ella se le ocurre hacerle carantoñas al pequeño? ¿Y si lo toca?

Hace una semana que no hablo con Aurora y sigo sin tener ganas de dirigirle la palabra, pero necesito que me diga todo lo que sabe. Hasta ahora me ha podido el orgullo, pero ya no aguanto más. «La curiosidad mató al gato», me diría sor Isabel. Me da igual. Ojalá que me mate a mí también. Necesito detalles.

Me alegra comprobar que Toñi no está en la cocina cuando entro para pedirle explicaciones a la traidora que está lavando la loza del desayuno.

Hago que parezca que vengo en son de paz. Será más fácil que hable si cree que se me ha pasado el enfado. Esbozo una leve sonrisa. Empieza a gustarme esta Rita maquiavélica que estoy conociendo gracias a Maruchi. Me siento con calma, apoyo los antebrazos en la mesa y entrelazo los dedos de ambas manos. Aurora se aclara las suyas y viene a sentarse a mi lado. Por su forma de secarse con el paño, dando varias vueltas a cada dedo, sé que está nerviosa.

—Lo siento mucho —dice—. No sabes cuánto recé para que pasase algo que te ahorrara este sufrimiento. Confiaba en que llegaría el milagro.

Quiero saber desde cuándo lo sabías, así que hago que piense que la comprendo.

—Me lo puedo imaginar. Tú también habrás sufrido por tener que mantenerte callada tanto tiempo... —Hago una pausa por si quiere corregirme sobre el tiempo. Como no dice nada, sé que, efectivamente, hace mucho que guarda ese peso en la conciencia. Noto cómo me hierve la sangre—. Habrá sido difícil, supongo.

—Ojalá pudiera explicarte hasta qué punto.

—Ojalá, sí.

Suspiro en un acto reflejo.

—Intenté disuadirte, pero no atendías a razones.

—¿Disuadirme? ¿Cuándo?

—En la Fiesta del Monte, cuando me pedisteis que os encubriese si Toñi te echaba en falta.

Habría preferido que alguien viniese ahora a clavarme un puñal por la espalda. ¿Hace tanto que lo sabe? No me puedo creer que haya podido ocultármelo durante tanto tiempo. Que estaba esperando que ocurriese un milagro, dice... La traición de Tirso me duele, pero la de Aurora me va a matar.

—¿Qué sabes de Tirso?

—En aquel momento no sabía mucho, te lo juro. Elías vio que ibas de su mano en la verbena y se preocupó, pero solo me dijo que no te convenía, que no era para ti... Nada nuevo, porque eso ya lo sabías tú muy bien, Rita, no me digas que no.

—Lo que yo supiese no es lo que está en causa. Lo que te estoy preguntando es qué sabías tú.

—El domingo siguiente, cuando Tirso ya se había ido y tú andabas por ahí flotando, enamoradita perdida, le conté a Elías tu locura de esperar a Tirso hasta el próximo verano, porque, perdona que te diga, Rita, pero ¿en qué cabeza cabe? Tú, que siempre fuiste tan sensata...

—¿Puedes dejarte de reproches y acabar, por favor? —le digo, intentando aparentar serenidad cuando lo que quiero es cogerla de la solapa y zarandearla.

—Es que no te puedo contar lo que me dijo Elías.

—¿Y eso?

—Perdería su trabajo.

—Bueno, sí, ¿y qué más?

—Júrame que no vas a decir nada.

—A estas alturas ya deberías conocerme como para saber que nunca diría nada que pudiese perjudicar a Elías, y mucho menos hacerle perder el trabajo. No tengo nada que jurar. Tú decides.

—Elías leyó algunas postales.

—¿Qué postales?

—Las que se mandaban Maruchi y Tirso. No es que vaya leyendo el correo de todo el mundo, él es un buen cartero y sabe que la discreción es fundamental en su trabajo. Lo que pasó fue que le llamó la atención una postal. Fue a los pocos días de empezar a trabajar, en el verano del 45. Estaba escrita con una letra inmaculada y tenía corazones dibujados alrededor. Leyó las primeras líneas y le gustó lo que ponía. Eran palabras de amor. Por si algún día las usaba como suyas, cogió lápiz y papel y las copio. Desde entonces, siempre estaba pendiente de la correspondencia entre Maruchi y Tirso, para apuntar alguna frase. Un par de veces leyó cartas enteras, pero

porque estaban mal cerradas, no te creas que se dedica a abrir las cartas de la gente. Durante ese verano, ella le escribió con frecuencia. Él a ella, solo unas pocas veces, pero... Ya hablaban de matrimonio. —Hace una pausa esperando que yo rompa mi silencio—. Lo siento mucho, Rita, y siento aún más no habértelo contado, pero ¿y si llegase a saberse que el cartero va por ahí leyendo y, peor, copiando las cartas de los demás?

—Has hecho bien. Por proteger a Elías has dejado que yo me destroce la vida. Gracias.

Me doy la vuelta conteniendo las lágrimas, intentando asimilar todo lo que me acaba de decir. Salgo de la cocina dando un portazo que hace retumbar las paredes.

Lo mejor de vivir en esta casa inmensa es no tener que ver a Aurora constantemente. Desde lo de Tirso, la evito cuanto puedo. Me levanto un poco más temprano y voy a desayunar antes de que ella y Toñi lleguen a la cocina. Después subo a la habitación del niño, que aún tarda un buen rato en despertarse. Paso la mayoría de los días allí, bordando, con él jugueteando alrededor. Doña Laura está tan encantada con mis diseños que no para de encargarme trabajos, con lo que me libera de fregar suelos o ayudar en la cocina. A Monchiño le gusta mi compañía y a mí la suya. Su mundo ahora son los trenes y todo lo que tenga que ver con ellos. Con gran habilidad, monta y desmonta vías que recorren todo el suelo y va desplazando los vagones aquí y allá sin cansarse jamás. La señora me ha dado permiso para bordarle un pijama con una locomotora y una estación. Lo hago cuando duerme, como ahora, porque quiero que sea un regalo sorpresa para Navidad. Él es la alegría de mi vida, mi único motivo para levantarme cada mañana e intentar ser mejor persona. Me asusta pensar en la cantidad de maldades que se me ocurren a diario para amargarle la vida a esa Maruchi que ni conozco y que, probablemente, no sabrá siquiera de mi existencia. Me imagino presentándome en su casa de Valladolid y diciéndole cuatro verdades sobre su marido. Me veo colándome a trabajar en su casa y poniéndole veneno en el desayuno para quitármela del medio y ocupar mi sitio junto a Tirso. Casi siempre es Monchiño quien me hace volver a la realidad. Entonces me arrepiento de todo lo que acabo de pensar, rezo un Avemaría para que Dios me perdone y atiendo al niño, que es lo que tengo que hacer, aquí es donde está mi sitio, no en una mansión castellana, no al lado del hombre de mi vida. Sé que cuanto antes lo aprenda, mejor me irá. A veces me enfado con Dios. Si sabía que me iba a pasar todo esto, ¿para qué permitió que viniese al mundo? ¿Sabía que me iban a abandonar cuando naciese? ¿Sabía que no me iba a adoptar nadie? ¿Sabía que me iba a besar un hombre que planeaba casarse con otra? ¿Sabía que me iba a traicionar mi mejor amiga?

La puerta de la habitación se abre de golpe y Toñi se asoma con cara de preocupación.

—¿Se puede saber dónde está Aurora?

—Hace más de un mes que no hablo con ella, Toñi, ¿cómo quieres que lo sepa?

—No está en su habitación y no aparece por ningún lado.

—Por mí, como si se pierde para siempre.

—No digas tonterías, Rita, por Dios bendito. Y muévete, anda, ayúdame a buscarla. Esto es muy raro. Tu amiga será un desastre para algunas cosas, pero esto... A ver si va a estar en apuros.

—Ya no es mi amiga.

—¿Quieres moverte de una vez? Es algo serio, Rita. Creo que ni siquiera durmió en casa.

Eso sí que me alarma. ¿Cómo iba a dormir fuera? Apoyo la labor en el cesto y me asomo a la cuna de Monchiño.

—Aún duerme.

—Coge la bicicleta y baja a ver si encuentras a Lucía. Tal vez ella sepa algo.

—¿Te encargas tú de él? Estará a punto de despertarse.

—Claro, ve.

Voy tan rápido que casi me caigo de bruces al final de la bajada hacia la farmacia Barbi. Paro en la esquina de enfrente. Por suerte, es Lucía quien me abre la puerta del caserón de doña Antonia Giestal.

—¿Rita?

—¿Sabes algo de Aurora?

—¿Por?

—No se ha presentado a desayunar y no aparece por ningún lado. Toñi cree que ni siquiera ha dormido en casa.

—¿Y por qué iba a saber yo algo?

—Ahora eres su única amiga.

—Ayer casi no la vi.

—¿Qué significa «casi»?

—Vamos a pasear por el pueblo, como siempre, pero ahora que tú no vienes, ella se marcha con Elías en cuanto pueden. Ya sabes que el padre no se puede enterar de que está con ella, así que se va cada uno por su lado y, después, se encuentran en la casa abandonada. Ayer no estuvieron con nosotros ni cinco minutos. Ahora que lo pienso, Elías parecía nervioso. ¡Espera! Aurora traía un bolsón. Dijo que era ropa para la beneficencia. ¡Madre mía! ¿No se habrá fugado con Elías?

—¿Fugado? ¿Qué dices?

—Para casarse con él, a escondidas del malnacido que Elías tiene por padre.

—Ni pensar. Aurora nunca haría algo así. Y Elías, mucho menos. Estarán en la casa. Igual se quedaron dormidos o... ¡Acompáñame, corre, igual les pasó algo! Mira que le tengo dicho que esas ruinas cualquier día se vienen abajo. ¡Espabila, vamos!

Lucía cierra la puerta sin dar explicaciones. Se sube, como puede, encima del portabultos trasero y se agarra a mis hombros. Pedaleo con toda mi energía. Nunca me perdonaría que le hubiese pasado algo a Aurora por no haberle insistido lo suficiente sobre los peligros de un edificio en ruinas. Rezo para que esté bien. Solo quiero llegar a su lado para darle un abrazo. Me arrepiento de cada día que he pasado sin hablarle, mirándola con desprecio y juzgándola como si fuese mi peor enemigo. Siento que el corazón me late con fuerza. Las pulsaciones se me aceleran. Me falta el aire, pero sigo moviendo las piernas con velocidad. Derrapo al girar hacia el callejón y estamos a punto de caernos. Logro echar el pie al suelo a tiempo de evitar el golpe.

—La casa sigue en pie —dice Lucía, aliviada.

—Dentro puede haberse caído algún techo. Vamos, corre.

Entramos metiendo la mano a través del hueco de la cancilla, entre la enredadera que podó Elías hace tiempo por primera vez. Maldigo ese día. Fue culpa mía. Nunca debí hablarle a nadie de esa casa. Avanzamos a grandes zancadas por el pasillo lateral, rodeadas por la maleza que deja entrever los vestigios de lo que debió de ser un bonito jardín. Mis jadeos rompen el silencio cuando alcanzamos el patio. A la puerta trasera le falta la cerradura. En su lugar, un gancho que puso Elías hace las veces de cierre para que la puerta quede entornada y no se bata con el viento. Suspiro aliviada. Es imposible que estén dentro. Si fuese así, el gancho estaría colgando.

—Aquí dentro no hay nadie —dice Lucía señalándolo, como si me hubiera leído el pensamiento.

Asiento, pero necesito comprobarlo. Llevo todo el camino imaginándome a mi amiga sepultada

bajo unos escombros.

—Vamos a echar un vistazo, por si acaso.

Dejamos la puerta abierta para que entre la luz. Respiramos un aire espeso que huele a humedad. Nos dividimos y, en un momento, recorremos todas las estancias. No hay ni rastro de ellos, aunque parece que no hace mucho que han estado aquí. En un rincón de la salita, descansan desordenados los improvisados cojines de sacos de arpillera rellenos de hojas de maíz. Hay dos velas a medio consumir en el suelo junto a una caja de fósforos.

—Aquí no hay nadie —confirma Lucía—. Aunque parece que alguien ha tenido un encuentro romántico hace no mucho.

Se agacha y recoge, de encima de una caja volteada que sirve de mesa baja, una rosa a medio mustiar. Me la muestra mientras caen al suelo un par de pétalos.

El alivio que sentí al comprobar que la casa no se había venido abajo con ellos dentro, empieza a disiparse cuando entra en mi mente la siguiente preocupación: si no están aquí, ¿dónde podrán estar?

—¡Somos tontas! —le digo a Lucía. Ella me mira sorprendida y esperanzada— ¿Por qué no se nos ocurrió ir antes a buscar a Elías?

—Yo lo pensé, pero estaba convencida de que estarían aquí los dos. No va a ser fácil encontrarlo. Estará con el reparto del correo. ¿Qué hora es?

—Serán las diez y media...

—Si está trabajando, pasará por la Casa del Pico dentro de nada. Suele llegar sobre esta hora. ¡Vamos! Tal vez, entre tanto, Aurora ya haya aparecido. Igual llegamos y la encontramos tan campante desayunando, vete tú a saber, viniendo de Aurora podemos esperarnos cualquier cosa.

—Vale, pero tengo que avisar a doña Antonia. Me fui como si nada y a ver si me van a estar buscando a mí también.

—Paramos de camino a la casa del Pico. Y si prefieres quedarte... Seguro que Aurora va a estar en casa, ya verás.

Lo digo más para convencerme a mí que a Lucía. Deseo que sea verdad. Rezo a todos los santos para que la lleven de vuelta mientras nos subimos a la bici. Pedaleo con fuerza. No hablamos. Me concentro en pensar en posibles sitios donde buscarla si no tenemos razón. Hago una lista mental de todo lo que se me va ocurriendo, por más descabellado que sea.

Lucía miente en casa de doña Antonia. No quiere poner a Aurora en boca de nadie. Las habladurías sobre las criadas corren como la pólvora cuando se da un mínimo motivo. Es un tema que nunca pasa de moda. Sin bajarme de la bicicleta, la escucho mencionando algo de una labor empezada que le voy a dar y me pregunto de dónde voy a sacar semejante cosa, aunque eso es lo que menos me importa en este momento. Lo único que quiero es encontrar a Aurora, abrazarla e intentar recuperar el mes y pico que hemos perdido sin hablarnos por culpa de Tirso. Bueno, de Tiso no, por mi única culpa, que juzgué precipitadamente las razones de mi amiga para no contarme lo que sabía de él. Ciega como estaba, la acusé de traidora sin pararme a pensar. ¿Cómo es posible que Tirso me haya hecho tanto daño con un par de besos? Mi estupidez tiene que acabarse. Él estará felizmente casado y yo he perdido a mi amiga del alma por su culpa. Es hora de dejar de compadecerme y olvidar esta vergüenza tan ridícula. ¿Qué sentido tiene sentirme avergonzada si no he tenido culpa de nada?

Llegamos a la carretera general en un instante, pero al empezar el camino de subida a la casa, Lucía tiene que bajarse e ir a pie a mi lado. Soy más fuerte de lo que parece, pero no tanto como para ascender tirando de una persona más. Apuramos la marcha cuando vemos a Toñi asomada a

la entrada del jardín.

—¿Toñi! —la llamo desde la distancia. Estoy ansiosa por saber—. ¿Apareció?

—Ella niega apretando la boca como para contener la preocupación.

—¿Y Elías? —pregunta Lucía ya casi llegando al lado de Toñi.

—Hace un rato que lo estoy esperando. Ya tenía que haber llegado. Esto no pinta bien, no pinta nada bien.

—¿Qué te estás imaginando, Toñi? —Ella se encoge de hombros y mira hacia otro lado—. Dímelo sin rodeos, por favor. ¿Qué se te está pasando por la cabeza?

—Tú conoces mejor a tu amiga, ¿qué se te ocurre a ti?

—No tengo ni idea, ya sabes que hace más de un mes que no hablo con ella. Yo ya no sé lo que le va en el alma. Tal vez tú... —Me giro hacia Lucía—. Tú has estado más con Aurora en los últimos tiempos, por favor, piensa...

—No se me ocurre nada especial. Estaba... Está —se corrige—. No sé, normal. Bueno, normal para ella no, ella es alegre y lleva una temporada triste, seria... —Me mira con cara de no querer hacerme daño, aunque sabe que lo va a hacer—. ¿Cómo va a estar si tú ni siquiera le diriges la palabra?

—Soy idiota. Como le haya pasado algo no me lo voy a perdonar en la vida.

—No tienes la culpa —me anima Lucía.

—Elías no va a venir —afirma Toñi categóricamente—. Estos dos caraduras habrán pasado la noche juntos en algún escondrijo y se habrán quedado dormidos.

—¿Has perdido el juicio, Toñi? ¿Eso estás pensando? ¡Cómo iban a hacer algo así! ¿Y poner en riesgo sus trabajos? A Aurora, el bueno de don Ramón no creo que la asuste, pero al pobre de Elías, con ese padre que tiene... ¿Tú crees que sería capaz de faltar al trabajo?

—Es lo que tienen los amores de juventud. Nublan el juicio. Tú ya deberías saberlo a estas alturas —dice clavándome un puñal sin mala intención—. Lo que quiero decir es que no sería la primera vez que pasa algo así entre dos enamorados. Desde que el mundo es mundo viene pasando en las mejores familias.

—¿Está mi hermano? —nos interrumpe Lucía—. A lo mejor, él sabe algo.

—Le pregunté en cuanto llegó. No sabe nada. Estuvo esperando a Elías aquí conmigo hasta hace un rato. Cuando llegasteis acababa de subir a hablar con don Ramón. Estará ahora con él. A ver si salen a buscarlos en el coche del señor.

—Es buena idea —digo—. Lucía, te dejo en casa de doña Antonia y me voy con la bici también a dar unas vueltas por el pueblo. Tiene que haberlos visto alguien.

—Id, pero tú vuelve pronto, Rita. No queremos que la señora se entere. Hoy no tiene un gran día, ya sabes. Cuidaré de Monchiño hasta que vuelvas. No te demores. Si no aparecen pronto, habrá que dar parte a las autoridades.

—Aparecerán dentro de nada, ya veréis —digo sin creerlo antes de empezar a pedalear de nuevo.

La comida ya está casi lista cuando oímos el coche del señor. Mi búsqueda en el pueblo ha sido completamente infructuosa. Espero que Aurora venga con ellos. Lo ansío con toda mi alma. Toñi y yo nos miramos, abandonamos nuestras tareas y salimos al jardín apresuradamente. Dejamos al niño solo en la cocina. Está dentro del parque, jugando con uno de sus trenes. No hay ningún peligro, aun así, no es normal que lo dejemos solo, pero hoy nada es como siempre. Una vez fuera, echo a correr hacia la cochera. Berto y don Ramón salen en silencio, con caras largas. Toñi llega detrás de mí.

—No aparece ninguno de los dos —dice Berto, apesadumbrado.

Me paro en seco. Me tapo la boca con las manos mientras murmuro: «¡Ay, Dios!».

—¿Y ahora qué? —logro preguntar— ¿Qué vamos a hacer?

—Venimos de informar a las autoridades.

—¿Por qué? Eso va a perjudicarlos. Perdóneme, don Ramón, pero es que cuando se entere doña Laura... ¡Y el padre de Elías!

—Esto no parece una chiquillada ni un despiste, Rita. Revisamos su habitación antes de salir a buscarla. Se llevó su cartera con los documentos y bastante ropa. No es que tuviera mucha, pero solo dejó cuatro trapos viejos y los uniformes. No creo que sea muy buena señal. Salió de aquí sin intención de volver, así que no te preocupes por mi mujer ahora. Lo importante es asegurarnos de que Aurora está bien.

Otra vez me invade la sensación que tuve cuando nos dirigíamos a la casa abandonada. Le pido a Dios que no estén en peligro. Imaginar que ha podido pasarle algo me aterroriza.

—Al menos, lo más probable es que esté con Elías y parece un chico sensato, Rita —me dice Berto, omitiendo la parte de «ya sabemos que Aurora no lo es»—. Seguro que están bien. Por algún motivo habrán decidido desaparecer, irse a algún lado o vete tú a saber qué se les habrá pasado por la cabeza.

—El sargento Lomba pasará primero por casa de Elías para ver si averigua algo —dice don Ramón—. Después, vendrá a informarnos y a echar un vistazo a la habitación de Aurora. Quiere hablar con cada uno de nosotros. Id pensando si puede haber algo que Aurora haya dicho o hecho en los últimos días que nos pueda dar alguna pista de su paradero.

Monchiño me llama a todo pulmón desde la cocina. Era lo que nos faltaba para aumentar la tensión.

—¿El niño está solo en la cocina? —pregunta don Ramón, extrañado.

—Está en el parque, no se preocupe, no hay peligro. De todas formas, será mejor que vaya antes de que baje la señora. Si da su permiso...

—Claro, Rita, ve. Y mucho ánimo. Lomba los encontrará enseguida. Ya verás.

—Dios le oiga, señor.

La pareja de la Guardia Civil ha llegado sin Aurora. Quieren hablar con cada uno de nosotros por separado y he insistido en ser la primera. Don Ramón nos ha hecho pasar a su despacho. El sargento Lomba me ha pedido que me siente, pero me resulta imposible controlar el desasosiego y paseo a un lado y a otro, como un león enjaulado, mientras hablo.

—Fue culpa mía. Aurora nunca se habría ido a ningún lado sin decírmelo. Pero dejé de hablarle. Me enfadé con ella hace varias semanas y por mucho que intentó reconciliarse, yo no hice más que darle la espalda —explico entre sollozos—. Como le pase algo malo, no me lo perdonaré en la vida. Lléveme presa si quiere, sargento, la culpa es mía.

—No diga usted sandeces, señorita. —Me corta Lomba—. Su amiga es una mujer adulta que toma sus propias decisiones. Y no se trata de encontrar culpables, sino de encontrarlos a ella y a su novio, ya que todos los indicios apuntan a que han de estar juntos. Cabo Portela, haga el favor de exponer lo que hemos podido averiguar en casa del joven Elías.

Me enjugo las lágrimas con el dorso de la mano e intento recomponerme mientras el cabo rebusca entre sus anotaciones.

—A su madre le pareció oír la puerta a eso de la medianoche —dice—, pero no se movió de la cama para no alarmar a su marido. Se quedó escuchando un rato y, como no oyó nada más, volvió a dormirse. O sea, que la hora aproximada a la que se fueron, debió de ser esa, la medianoche. Por la mañana, la mujer se dio cuenta de que su hijo no estaba en casa, pero mintió a su marido, de nuevo para no alarmarlo.

—En esa casa nadie quiere molestar a la fiera, lo sé por Aurora y por el propio Elías —aclaro.

—Le dijo que Elías había salido temprano por motivos laborales. El padre la creyó y se marchó a trabajar. Ella se quedó en casa, rezando para que su hijo volviese pronto, siempre pensando que se habría ido con los amigos a alguna fiesta de cualquier pueblo cercano, tal como ya había hecho en alguna ocasión, aunque nunca entre semana, porque según ha declarado, el chico es muy cumplidor con su trabajo. Es más, la madre pensó que, tal vez, habría ido directamente a trabajar.

—Para ser sincera, me puedo creer que Aurora... Pero Elías... En todo lo que hace tiene siempre muy presente la idea de no enfadar a su padre. Me extraña mucho que se haya ido sin su consentimiento.

—Entiendo... —El sargento Lomba se queda pensativo unos segundos—. Hablemos de Aurora, entonces. Más que nada, por ir descartando posibilidades..., atendiendo a su condición de huérfana, ¿no es posible que se haya ido en busca de su familia?

—Su familia soy yo. Somos más hermanas que muchas hermanas, se lo aseguro. No recuerdo mi vida sin ella. Llegó al convento cuando tenía cuatro años. Yo cinco. Crecimos juntas. Sus padres y sus dos hermanos murieron de tuberculosis. Ella estuvo muy enferma, pero sobrevivió. Las monjas solían decir que fue un milagro y que si Dios quiso que la niña se quedase en este mundo sería por algún motivo. Ella suele bromear con eso, dice que se quedó para alegrarme la

existencia. —Respiro profundamente e intento serenarme. No quiero volver a llorar—. Por favor, sargento, encuéntrala pronto.

—Haremos todo lo que podamos, téngalo por seguro. Dígame... Antes me pareció entender que usted piensa que Aurora sí que podría actuar de un modo irracional...

—Bueno, no es eso, es solo que siempre fue una niña difícil. —Suspiro—. Y yo, siempre a su lado, parándole los pies, cubriéndole sus travesuras y mintiendo por ella. Cuando tenía unos diez años, la adoptó una familia de Vigo. Nos separaron. Pasados unos días quiso ir a comprar sellos y, en cuanto tuvo algo de dinero a la vista, lo cogió y salió por la puerta en busca de lo que quería. Como no conocía la ciudad, se perdió y estuvo un día entero vagando por las calles. Cuando la encontraron, la familia la devolvió al convento acusándola de haber robado para fugarse.

—Interesante —dice el sargento.

—Se lo cuento porque tal vez ahora le pase lo mismo. Quizá parezca algo que no es.

—Todo apunta a que esta vez sí que se ha fugado, pero con su novio, y no para comprar sellos precisamente. No se preocupe, señorita, estos dos regresarán, como el hijo pródigo, en cuanto se les acabe el dinero. Y le digo más, teniendo en cuenta que estamos a final de mes y ninguno de los dos es millonario, en un par de días los tendremos aquí.

El sargento sigue hablando, pero yo ya no puedo escuchar lo que dice. En mi cabeza toma forma una idea, una corazonada. No sé si es algo completamente descabellado o si es tan obvio que soy tonta por no haberme dado cuenta desde el principio.

—¿Pueden esperarme aquí un momento?

—¿Y eso?

—Por favor —No tengo tiempo para explicaciones—. Después se lo aclaro.

—Bien, pero no tarde, tenemos un par de preguntas más.

Bajo las escaleras de tres en tres y corro a mi habitación.

Retiro el cajón del escritorio y meto la mano hasta el fondo. El pulso se me acelera cuando toco un sobre y, mientras tiro de él hacia mí, ya sé que mi corazonada se va a convertir en mi peor pesadilla. Ni pesa, ni está abultado. Ni siquiera me molesto en abrirlo. Vuelvo a meter la mano hasta el fondo y así voy sacando varios sobres vacíos. Por último, encuentro una cuartilla doblada en cuatro. Me siento en el borde de la cama antes de abrirla. Intento serenarme. Inspiro y expiro varias veces. Cierro los ojos un par de segundos y los abro para leer tan solo seis palabras: «Lo siento mucho. Te lo devolveremos».

Se lo ha llevado absolutamente todo. ¿Cómo pudo hacerlo? ¡Mi amiga del alma! Me siento desolada. Habría preferido que me pasase un tren por encima antes de ver esto. ¿Cómo fue capaz de robarme a mí, que tanto luché por su porvenir...? Si necesitaba dinero, podía habérmelo dicho.

No sé qué habré hecho yo para que la vida me arranque de golpe a mi amor, a mi amiga y todos mis ahorros.

Adiós a mi tienda. Se acabaron mis sueños. Ni me casaré con un rico señorito ni tendré mi propio negocio. Huérfana crecí y criada moriré. ¿Cómo pudo llevarse por delante tres años de mi vida y mis ilusiones de un futuro mejor?

No me ha dejado ni un triste billete. ¿Cómo habrá tenido el cuajo de volver a poner en su sitio los sobres vacíos? ¿Qué pensó, que ya los llenaría yo de nuevo?

Pero...

¿Y si le ha pasado algo grave y yo estoy aquí pensando solo en mis rencores?

No sé cómo soy capaz de recomponerme para ir a hablar con la pareja de la Guardia Civil. Ahora subo los peldaños de uno en uno y con dificultad, como si cada pierna fuese un pesado fardo que levantar. Tengo que informar al sargento. Esto no es una chiquillada. No van a volver dentro de dos días cuando se les acabe el dinero, como Lomba sospechaba, porque no se les acabará en dos días.

No sé cómo me ilumino al pensar que me van a preguntar cómo es posible que yo tenga tanto dinero. No puedo mencionar el café o me metería en un lío y arrastraría conmigo a don Ramón. Diré que mi salario es generoso, añadiré lo que he ido enviando al convento, como si estuviese aún en los sobres, e inventaré unos espléndidos aguinaldos en Navidad.

Cuando entro en la biblioteca, los agentes están hablando con doña Laura. Tal como nos habíamos imaginado, ella está enfadadísima. Para colmo de males, también está ofendida porque parece que alguien ha sugerido que Aurora podría haberse marchado por estar descontenta en la casa.

—¡Mire! Aproveche que ya está aquí la otra muchacha para preguntarle. A ver si tiene alguna queja... —dice mientras me lanza una mirada desafiante.

—Doy fe de que Aurora está feliz aquí, agentes —me apresuro a responder—. De hecho, en la Casa del Pico se trata al servicio mucho mejor que en cualquier otro sitio. —Veo que la señora asiente complacida y me alegro de haberla serenado—. Prueba de ello, es lo que le voy a contar ahora. Si me lo permite, le explicaré el motivo de mi ausencia.

—Usted dirá —me dice el sargento Lomba, impaciente.

—Cuando usted mencionó lo del dinero, se me ocurrió pensar que tal vez mi amiga podría haber cogido algo prestado de mi sobre de ahorros. Yo soy más austera que Aurora y el caso es que ella sabe dónde guardo lo que voy juntando. He bajado a comprobar si mi corazonada era cierta y, efectivamente, me he encontrado esta nota.

El sargento la observa con detenimiento y se la entrega a su compañero.

—¿De cuánto estamos hablando?

—No sé el valor exacto... —Intento ganar tiempo mientras calculo qué decirle—. No la acusarán de hurto, ¿verdad? Ahí pone muy claro que lo ha tomado prestado.

—Mientras usted no la acuse...

—Sería lo último que haría —digo con firmeza, a pesar de mi disgusto.

—No hace falta que nos diga el valor exacto si no quiere, pero una aproximación...

—Mi salario de más de tres años, prácticamente íntegro porque no tengo gastos. Los señores nos dan cama, comida y todo lo que necesitamos.

—Y le aseguro que el salario es generoso —puntualiza doña Laura.

—Además, también guardaba los aguinaldos de Navidad y alguna que otra propina de mi cumpleaños y otras fechas señaladas.

La señora me mira extrañada, sabe que es mentira, pero no se atreve a contrariarme porque la estoy dejando en buen lugar y esto le interesa para lavar la duda que se había sembrado sobre el trato al servicio.

—¿Cree que sería una cantidad suficiente como para comprar dos pasajes de barco a Argentina? —me pregunta Lomba. Ante mi cara de extrañeza, añade—: La madre de Elías dijo que él siempre estaba hablando de irse algún día a Argentina. Por lo visto, un amigo suyo emigró hace un par de años y ahora tiene varios negocios y nada en la abundancia.

—¿Argentina? ¿Tan lejos? No, qué va, Aurora me lo habría dicho.

—¿No dice que no se hablan desde hace más de un mes?

—Eso es cierto, pero...

—¿Pero?

—Una cosa es no hablarse y otra marcharse a otro continente sin decirle nada a tu amiga del alma. Nunca me abandonaría de esa manera.

—Cogió su dinero sin consultarle —interviene el cabo—, es obvio que la chica no estaría pensando en usted, sino en hacerse millonaria junto a su novio, y todo gracias a sus ahorros.

—No estamos aquí para juzgar a nadie, cabo Portela —le reprende el sargento Lomba.

—Aurora no es ese tipo de persona —les aclaro—. Estoy segura de que aparecerán en cualquier momento y todo tendrá una explicación.

—Por ahora, me pondré en contacto con el puerto de Vigo. Si estoy en lo cierto, tal vez aún lleguemos a tiempo de encontrarlos en el muelle de pasajeros, antes de que embarquen rumbo a Buenos Aires.

Cae la noche cuando el sargento Lomba y el cabo Portela se presentan de nuevo en la Casa del Pico. Traen consigo la confirmación de las sospechas del sargento. No soy capaz de prestar atención a los detalles. «Sus nombres figuran en la lista de pasajeros del trasatlántico que partió hacia Argentina a las diez de la mañana». Con esa información me basta.

En un primer momento, siento un descomunal alivio. Están vivos. Están bien. No les ha pasado nada grave.

Sin embargo, la euforia de la buena noticia se ensombrece en un instante. Como en una puesta de sol, la fugaz belleza desaparece para dar paso a la noche. En mi mente fluyen pensamientos espantosos. Mi amiga se fue al otro lado del mundo sin decirme nada, no le importó poner un océano de distancia, eligió a Elías para irse a otro continente... Me robó mis ahorros. ¿Desde cuándo lo estaban planeando? ¿Por qué se fue? ¿Por qué la vida se ensaña conmigo de esta manera? ¿Cómo puedo haber perdido tanto en tan poco tiempo? ¿Qué va a ser de Aurora sin mí? ¿Qué va a ser de mí sin ella?

OTOÑO DE 1949

Un océano y un año me separan de Aurora. Llevo trescientos sesenta y cinco días enfadada con ella, con el mundo, conmigo. Se acabó. No puedo seguir viviendo así.

Ya he perdido la cuenta de la cantidad de cartas que habré mandado a la dirección que me facilitó la madre de Elías. He dudado de todo, hasta dudo de que exista ese amigo que vive en Buenos Aires. O tal vez se haya cambiado de casa. ¿Es posible que Aurora las haya leído y no se haya dignado siquiera a responderme?

Estoy harta de vivir haciendo conjeturas y llorando por las esquinas. Menos mal que está Monchiño para mantenerme anclada a la vida. Él es mi faro, la luz de mis días y la fuerza para levantarme por las mañanas. También están Toñi, Berto, Lucía, don Ramón y, sorprendentemente, doña Laura. Todos se desviven por hacer que mi vida valga la pena, cada uno a su manera. Toñi ha dejado de encontrarle defectos a lo que hago, que es muy poco, porque Lucía ha dejado la casa de doña Antonia para venir a la Casa del Pico desde primera hora hasta el final de la tarde. Con toda esa energía que tiene, hace las tareas de varias personas cantando y sin cansarse. Yo me dedico a bordar, a cuidar al niño y a ayudar a Toñi a preparar sus galletas. Su sabor hace que el recuerdo de Aurora me resulte más dulce, menos doloroso. No me puedo quejar. Ya ni siquiera hago entregas. El sargento Lomba, apiadado por la desaparición de Aurora, tuvo el detalle de avisar a don Ramón para que se anduviese con cuidado porque su nombre figuraba en una lista en la que nadie querría estar. El señor no dudó en seguir su consejo. Nos costó bastante acostumbrarnos a la achicoria, aunque ahora ya ni me acuerdo de cómo sabía el café. Peor aún, fue acostumbrarnos a medir cada peseta, ya que, sin los ingresos que reportaba el negocio, las palabras como abundancia o derroche han tenido que desaparecer de esta casa.

Pienso en Aurora constantemente. A veces, con rabia. Me pongo furiosa con ella por haberse marchado, por haberse llevado mis ahorros, por no dar señal de vida... En otros momentos, la preocupación le gana al enfado y me imagino posibles desgracias que pueden haber sufrido ella y Elías en un país tan lejano. Cuando estos pensamientos me asaltan antes de dormir, ya no logro pegar ojo en toda la noche y mi mente vaga entre todo tipo de desastres naturales, fenómenos paranormales, malvados sicarios o hasta reinas que empuñan dagas. Todo cuanto peligro he leído viene a visitarme en ese duermevela agotador en el que me sumerjo sin sentido. Con la luz del alba, voy regresando a la cordura y es entonces cuando me invade esta tristeza profunda que me acompaña en cada paso como una sombra, tan pegajosa como inútil. Si sigo así, se me irá la vida.

Por eso me dispongo a poner un punto final. No puedo recuperar la parte de mí que Aurora se ha llevado consigo, pero estoy a tiempo de rescatar los fragmentos de la Rita que ha dejado atrás. Aprenderé a vivir sin mi hermana del alma, a hacer planes de un futuro en el que no estará, a reír sin ella... Desde este instante, me comprometo a alegrarme de compartir mi tiempo con otras personas. Siento que lo que queda de mí está roto en mil fragmentos, pero los iré recomponiendo cada día. Necesito recorrer el camino inverso, ir al punto de partida y darme la oportunidad de despedirme de ella. Cojo lápiz y papel y me siento a escribir una última carta.

Querida Aurora:

Te escribo desde la esperanza de que puedas leer esta carta que hoy redacto entre lágrimas, pues me temo que será la última.

Aunque confieso que a veces me hierve la sangre al pensar en cómo te fuiste, ten por seguro que no te guardo rencor alguno. Estoy convencida de que tiene que haber una explicación que justifique tu modo de actuar. Lamento tanto haberte dado la espalda cuando insistías en hablar conmigo... Con el tiempo he aprendido a ver que pagué contigo la rabia que sentía hacia Tirso. Intento perdonarme, pero no sé si algún día lo lograré. Ojalá que tú sí que puedas hacerlo. No hay en mí mayor deseo que el de que podamos volver a vernos pronto. Rezo para que eso ocurra desde el mismo instante en el que supe de tu partida hacia la Argentina. Sé que el barco llegó a buen puerto y no hubo incidentes a bordo porque hablé con la compañía trasatlántica. No pudieron darme ninguna información específica sobre ti o sobre Elías, ni mucho menos aclararme si tenían algún conocimiento de vuestro paradero.

Te he escrito tanto desde entonces... La madre de Elías me facilitó la dirección de su amigo. Figuraba en el remite de las cartas que Elías aún guardaba en una lata en su habitación. Jamás he obtenido una respuesta. Me parece que un año sin noticias y decenas de cartas sin contestación son argumentos más que suficientes para pensar que debo parar de escribirte. No sé si hago bien. Tal vez debería seguir insistiendo toda la vida, pero me estoy volviendo loca y no puedo acabar mal de la cabeza. No creo que sea lo que tú deseabas para mí cuando decidiste marcharte tan lejos. A veces me viene a la mente la imagen de una señora que perdió el juicio esperando a su hijo. Él embarcó para faenar en alta mar y nunca regresó, pero ella seguía yendo cada día a esperarlo a la parada del autobús desde donde lo había visto partir. Comprenderás que no permita que me pase lo mismo.

Cierro los ojos y te recuerdo riendo. Echo tanto de menos tu risa... Rezo para que, allá donde estés, sigas contagiando tu alegría a quienes tengan la suerte de compartir sus días contigo. Espero que, tal como queremos creer, estés siendo feliz junto a Elías.

Me queda el consuelo de pensar que, aunque nos separe un océano, siempre seguiremos siendo hermanas del alma.

Me despido con el corazón encogido por el doloroso deseo de que algún día podamos reencontrarnos. Ojalá pueda llegar a cumplir mi promesa de llevarte a un balneario. Seguiré soñando que vas a regresar muy pronto y te estaré aguardando con los brazos abiertos cuando vuelvas.

Te quiere para siempre,

Rita

Querida sor Engracia:

Espero que la presente la encuentre bien.

Lamento muchísimo no haber podido responder a sus cartas durante el último año. Iré a visitarlas muy pronto para poder pedirle disculpas en persona.

Ha habido algunas novedades en la casa del Pico. La más importante es que Aurora ha encontrado al amor de su vida, Elías, un chico estupendo. Pero no solo eso, sino que, además, se han ido en busca de mejor fortuna a la Argentina, donde los acoge de maravilla un vecino de La Guardia que está allí muy considerado. Estoy segura de que serán muy felices, pero estaría bien que los incluyese con especial devoción en sus oraciones, ya que están dando los primeros pasos en su vida juntos. Encomiéndelos al Espíritu Santo para que sepan tomar buenas decisiones. Ya sabe que esa ha sido siempre una de las debilidades de nuestra Aurora...

Por aquí todo sigue su curso, con Monchiño entre algodones y yo encantada de poder cuidarlo. Don Ramón me ha dicho que, algún día, cuando el niño sea un poco mayor y pueda entender qué es un orfanato, podré llevarlo conmigo en una de mis visitas, ¿no le parece estupendo, sor Engracia? A mí me haría muchísima ilusión.

Rezo por todas.

Con cariño,

Rita

JUNIO DE 2002

—¿Rita?

—Sí. Dígame.

—¡Qué alegría! Buenas noches, Rita. Soy Vera. Usted no me conoce, pero a mi abuela sí. Soy la nieta de Aurora. —Vera espera unos segundos, pero no soy capaz de responder. Me cortan y no sangro. Estoy completamente bloqueada— ¿Sigue ahí? ¿Rita?

—Aurora... ¿Aurora está... bien?

—Está bien, aunque anda algo pachucha del reuma y por eso...

—¿Dónde está? —la corto.

—Vivimos en Vigo. Los abuelos volvieron de Argentina en los años sesenta o setenta, creo. Bueno, el caso es que este año queríamos hacerle un regalo especial a la abuela por su cumpleaños. —Vera sigue hablando mientras yo intento asimilar la información. ¡En Vigo! Podríamos habernos cruzado sin enterarnos...—. ¡Una semana en un balneario! Fue idea mía, ¿sabe? Bueno, se me ocurrió gracias a su postal, una que tiene la abuela en el mueble del salón y... Bueno, el caso es que a mi madre le pareció muy bien y se ofreció a acompañarla. Pero ¿sabe qué nos dijo mi abuela cuando se lo propusimos?

—Me lo puedo imaginar.

—No voy a ir a ningún balneario sin Rita. Eso dijo.

—Entiendo.

—¿Lo entiende? Pues qué bien. A ver si nos lo puede explicar, porque ella no quiere ni hablar del tema.

—Hace muchos años le prometí que iríamos juntas. Nos gustaba imaginarlo.

—¿Y no llegaron a ir?

—Ella se fue. Se alejó de mí. Es la vida, hija. Tiene razón tu abuela, hay cosas de las que es mejor no hablar.

Tras un breve silencio, Vera se atreve a formular su deseo:

—Había pensado que, si llegaba a encontrarla, a usted le encantaría acompañar a la abuela al balneario... Aunque si eso es demasiado... ¿No cree que estaría bien que, al menos, pudiesen verse? Podríamos darle una sorpresa por su cumpleaños. La llevamos a su cafetería favorita para tomar la tarta y es usted quien aparece con las velas encendidas, como en las películas.

—No creo que sea buena idea... Y no me parece que deba ser yo quien te explique por qué. Lo siento, hija. Me temo que no voy a poder ayudarte.

—Cuando la abuela habla de su infancia, o de cuando era joven, se refiere a usted como «mi hermana del alma». —Veo que Vera ha decidido apelar al corazón, ya que la razón no será argumento suficiente—. No dice Rita esto o Rita lo otro, ¿entiende? Dice, literalmente, «mi hermana del alma». Y digo... Si de verdad son como hermanas, ¿qué sentido tiene que sigan sin hablarse el poco tiempo que les queda por vivir? ¡Ay! Lo siento, perdone, no quería decir eso de poco, ya me entiende, ¿verdad?

—No te preocupes. Es cierto. Como también lo es que tú debes de ser muy joven para entender que una herida puede tardar en cicatrizar más años de los que tú tienes y, una vez que cicatriza, lo último que uno quiere es volver a abrirla.

—Tengo dieciocho y entiendo muchas más cosas de las que usted pueda imaginar, especialmente si se trata de heridas y cicatrices. Pero también sé que, a veces, todo es más sencillo de lo que parece y que no hay nada como sentarse a hablar con una buena taza de café, ¿no cree?

—No vale la pena.

—¿Cómo va a saberlo si ni siquiera lo intenta?

—Hazme caso, Vera. Es mejor que lo dejes correr. Te agradezco que lo hayas intentado, pero a estas alturas no tiene ningún sentido que volvamos a vernos. Ya no somos las de antes.

—Soy bastante testaruda, ¿sabe? Dejaré que se lo piense y mañana volveré a llamarla. Es lo mejor. Me ha costado mucho encontrarla y no pienso desistir.

—¿Y cómo me has encontrado?

—Pues... Se me ocurre que mañana, en lugar de llamarla, se lo cuento en persona. Usted me dice un sitio y una hora y allí estaré. Mejor que no sea a la una, que tengo práctica de coche, pero también podría cancelarla...

Se hace un silencio.

—Ya veo que has heredado la tozudez de tu abuela.

—Dicen que soy clavadita a ella.

—¿Conoces la cafetería Lido, en Gran Vía?

—No he ido nunca, pero sé cuál es.

—Estaré allí a las seis. ¿Te gusta el chocolate?

—Me encanta.

—Entonces te invitaré a uno y hablaremos, pero no te hagas ilusiones, solo quiero hacerte entender que es mejor no abrir viejas heridas, ¿de acuerdo?

—Gracias, Rita. Iré a tomar ese chocolate con usted con mucho gusto.

—Trátame de tú, por favor.

—Entonces, mañana nos vemos.

—Muy bien. Buenas noches, Vera.

Son las seis en punto cuando la veo acercarse a mi mesa. No tengo la menor duda de que es ella. Hasta la forma de caminar, con decisión, es idéntica a la de su abuela. La sigue un adolescente algo desaliñado, que avanza por la cafetería arrastrando los pies.

—¿Rita?

—¡Eres la viva imagen de Aurora!

Se parece tanto que, en un acto reflejo, casi le doy el abrazo que llevo conteniendo todos estos años.

—Espero que no te importe que haya venido también mi hermano. Él es Fer.

El chico sale de detrás de Vera y me mira con desconfianza.

—Mucho gusto.

—Encantada de conocerlos a ambos. ¿Tenéis más hermanos?

—No, solo somos nosotros dos y, por mí, con aguantar a Fer, ya es suficiente, te lo puedo asegurar.

—Lo mismo digo, guapa.

—No habréis venido hasta aquí para pelearos, digo yo...

—Claro que no. Perdona, Rita.

—¿Y cómo sabemos que es usted la Rita que buscamos?

—Trátame de tú, por favor. Ya se lo dije ayer a tu hermana. Y dime, ¿crees que hay muchas Rita Canteli Salas por el mundo?

Me dispongo a abrir la cartera para enseñarle mi carné de identidad al desconfiado.

—Por Dios, ni se te ocurra —me para Vera—. Estamos seguros de que es a ti a quien buscamos. Lo que pasa es que mi hermano no puede evitar ser borde. Incluso cuando está contento, como hoy, él necesita estar de mal humor, ¿verdad, Fer? Una tristeza.

Él pone cara de «esta me la pagas» y, a continuación, endulza el gesto para hablar con una voz claramente impostada:

—Tú sí que eres un encanto, hermanita querida.

Vera ignora su comentario.

—Entonces, Rita, ¿te lo has pensado mejor? ¿Vas a ayudarnos a darle una sorpresa a la abuela?

—No, hija. Ya te expliqué ayer que lo de la sorpresa no es buena idea.

—Para una vez que mi hermana tiene una idea decente... Estoy seguro de que a la abuela le encantaría encontrarse contigo. La cuestión es que si a ti no...

—No es tan sencillo.

—Solo tienes que decir que sí —insiste Vera—. Nosotros nos encargamos de organizarlo todo.

—Llevo dándole vueltas desde tu llamada. Bueno, para ser sincera, llevo toda la vida dándole vueltas, imaginando un reencuentro, pero... Han pasado muchos años. Ya no somos las de antes... Sé que os hace ilusión y me imagino que habréis puesto mucho empeño para localizarme, pero no puede ser. Así no. Desde luego, no vamos a ir juntas a ningún balneario,

como si nada, y tampoco voy a aparecer en su fiesta de cumpleaños, como en las películas.

—¿Entonces? —pregunta Vera esperanzada.

—Le llevaréis una nota mía. Después, ya veremos.

Se hace un silencio mientras saco un sobre del bolso que tengo apoyado sobre el regazo. Veo la perplejidad en sus miradas. Le entrego la carta a Vera y ella la gira. Su cara de desilusión es evidente.

—Como bien dice ahí —Señalo el «Aurora» que he escrito en el lugar del destinatario—, es para vuestra abuela. Confío en que os habrán enseñado a respetar el correo ajeno.

—¡Y tanto! —exclama Fer— Nuestro abuelo fue cartero antes de convertirse en heladero.

—¿Elías? —pregunto.

Ellos asienten.

—¿Está bien?

—Falleció hace dos años —dice Vera—. Un infarto.

La noticia me golpea y me deja fuera de la conversación. Vuelvo a las calles de La Guardia y lo veo pasando a toda velocidad en bicicleta, con su bolsa cruzada llena de cartas, siempre silbando alegremente para olvidarse de la cara de su padre, siempre pensando en encontrarse con Aurora.

El dueño de la cafetería me trae de vuelta a la realidad.

—¿Qué tal la sesión de hoy, Rita?

—De maravilla, como siempre, Manolo. Esos doctores son lo mejor de Vigo.

—¿Y qué me dices del Lido?

—De lo mejor también, pero si me hicieras caso y fueras a arreglarte las cervicales de una vez...

—Bueno, ¿qué le ponemos a estos chicos? Hoy estás muy bien acompañada...

—Los engatusé con un chocolate con churros, aunque tal vez prefieran otra cosa.

—Por mí puede ser el chocolate. Me encanta. Mi hermano es capaz de pedir otra cosa, aunque solo sea para llevar la contraria.

—Otro chocolate —dice Fer, para fastidiar.

Manolo se aleja sonriendo.

—¿No tomas nada? —me pregunta Vera.

—Manolo ya sabe que quiero lo mismo que vosotros. Vengo martes y viernes, sin falta, al salir de la clínica de los doctores Silva, quiroprácticos. ¡Seis años estudiando la columna vertebral en Estados Unidos! Me han devuelto la vida. —Me estiro para que aprecien lo bien que tengo la espalda—. ¿Y vosotros? ¿Estáis estudiando?

Me cuentan a qué se dedican, Vera con más detalle que Fer. Ella está terminando el primer año de Anatomía Patológica. A él le faltan un par de años de instituto y, después, preparará oposiciones para Correos, siguiendo el consejo de su abuelo. Mientras tomamos el chocolate me doy cuenta de que estoy dirigiendo la conversación hacia ellos cuando lo que en realidad deseo es que me hablen de Aurora. Se me ocurren muchas preguntas que quiero hacerles para ponerme al día de la vida de mi hermana del alma, pero no llego a formularlas, no sé si por rencor o porque algo me bloquea. Sí, mi hermana del alma, por más que intente negarlo, siempre lo será.

Mi muy querida Aurora:

Si no fuera por la insistencia de tu nieta Vera, no estaría ahora escribiéndote estas letras. Parece que la chica nos gana en tenacidad a ti y a mí. Me ha impresionado mucho escuchar su voz, tan parecida a la tuya que habría jurado que eras tú.

Me ha propuesto darte una sorpresa por tu cumpleaños. Comprenderás que no haya accedido.

Creo que las malas decisiones, el tiempo y la distancia han hecho que quede ya demasiado lejos aquella profunda amistad que hubo entre nosotras. Desconozco todo de ti, pero, por mi parte, te puedo asegurar que ya no soy la misma. He pasado por momentos de rencor, tristeza, enfado..., aunque siempre desde la esperanza de encontrar una explicación que aplacase mi profunda decepción hacia tu comportamiento.

Durante estos años, le he estado dando muchas vueltas a un posible encuentro entre nosotras. No sabes cuánto me gustaría descubrir que todo tenía un porqué y hallar el perdón y la paz en mi alma dolorida. Por eso, considero que lo mejor será que hagamos lo que te propongo a continuación.

En el caso de que hubiera existido alguna razón tan poderosa como para justificar que pusieses entre nosotras un océano de por medio, sin decirme nada, y llevándote todos mis ahorros y mis sueños, por favor, házmela saber. Estaré encantada de escucharte si crees que podríamos llegar a darnos el abrazo que, a pesar de todo, te he estado guardando durante todos estos años.

Si no es así, si no hubo un motivo extraordinario que desconozco, si simplemente elegiste distanciarte de mí sin pensar en el daño que dejabas atrás, te suplico que rompas esta carta y le pidas a tu nieta que se olvide del asunto. Espero que entiendas que, ahora que la herida está cicatrizada, me aterre volver a abrirla.

Nunca he dejado de rezar por ti, y seguiré haciéndolo, sea cual sea la consecuencia de esta carta.

Con todo mi cariño,

Rita

—Hola, soy Vera.

—Hola, Vera. —Intento que no se me note la ansiedad en la voz—. Tú dirás.

—Ay, Rita, no te puedes imaginar cuánto se emocionó la abuela cuando le di tu carta. Reconoció enseguida la letra con la que estaba escrito su nombre y, sin abrirla siquiera, se puso a llorar. Creí que le daba algo. ¡Menos mal que no hicimos el numerito de la tarta de cumpleaños! Si reaccionó así con una palabra escrita por ti, igual la habríamos matado con la sorpresa.

Oigo que se ríe. Vera es joven y no ve el asunto desde mi perspectiva. Además, no sabe de mi dolor. Bendita inocencia.

—¿Y leyó la carta?

—Sí, pero ya no sé si lo hizo llorando, porque me pidió que la dejara a solas. Lo único que sé es que, al poco rato, me llamó y me dijo: «Habla con Rita. Que diga día, hora y sitio y allí estaré». ¿Cómo lo ves? Guay, ¿no?

Me gustaría ponerme a dar saltos, pero ni tengo edad para eso, ni me lo permite tampoco el miedo a que vuelva a hacerme daño.

Nada más colgar, me arrepiento de haberla citado en casa. No quiero que piense que pretendía hacer ostentación de nada. Debería haberle explicado que es para que estemos tranquilas, sin el bullicio de una cafetería. Se lo diré mañana en persona. ¡Mañana! ¡Madre mía! Mañana estaré con Aurora. Me sorprende estar tan ilusionada. No quiero. Prefiero no crearme expectativas. Aunque..., si no rompió la carta y se olvidó del asunto, es porque hay una explicación para que todo cobre sentido.

Busco, emocionada, los ingredientes necesarios para hacer las galletas de Toñi que tanto le gustaban, mientras agradezco haber dejado siempre una puerta abierta a la esperanza.

De pronto, me siento ridícula. Devuelvo la harina a su sitio y me apoyo en la encimera. Tengo que protegerme. ¿Y si solo quiere decirme en persona que no hay ninguna explicación? ¿Y si todo esto no es importante para ella? Tal vez venga porque al leer mi nota se sintió presionada. ¿Y si mañana se arrepiente?

La noche en vela ha acabado por dejar un aroma delicioso por toda la casa. Creo que son las mejores galletas que he hecho en mi vida.

En la radio de la cocina suena un bolero que me encanta.

Todo está recogido y limpio.

Yo estoy radiante, con una camisa larga blanca que bordé hace poco.

Suena el timbre. Me acerco a la entrada intentando contener la ansiedad.

Los nervios me impiden abrir la puerta. Tengo el pomo en la mano, pero mi mano resbala sin hacerlo girar. ¿Y si es Vera para decirme que su abuela ha cambiado de opinión y no va a venir?

—¡Ya voy! —digo, recomponiéndome.

Cojo aire y lo vuelvo a intentar.

Por fin, abro de par en par.

Y ahí está.

¡Es Aurora!

¡Cuánto habré soñado con este momento!

Me mira como si le costase reconocermela. Debe de estar impresionada por mi pelo blanco. Ella no ha cambiado nada, excepto por el rostro surcado de arrugas.

Es una situación tensa. No me lo esperaba así.

Por fin, me decido a dar el primer paso. Me acerco a ella y nos damos un abrazo como si fuésemos dos tablas con púas, con miedo de hacernos daño, estiradas, torpes. No es el abrazo que tanto había ansiado.

Rompo el silencio con lo primero que se me ocurre:

—Entra. Vamos al salón. Hoy hace un poco de fresco para estar en el jardín. Y se está levantando viento. Es una pena...

No me puedo creer que le esté hablando del tiempo cuando tengo tanto que decirle. Ella se para bajo el umbral, me mira a los ojos y traga con dificultad. Me coge una mano. No sé si retirarla. Mientras dudo, se libera de las palabras que le agarrotan la garganta.

—Lo siento tanto...

—Lo sé. Estoy segura de que nunca quisiste hacerme daño, pero lo hiciste.

—Ojalá hubiera podido explicártelo entonces.

—Tal vez no sea demasiado tarde. Anda, pasa, por favor, no te quedes ahí.

Por primera vez, le sonrío y ella me devuelve una mirada de alivio.

—Huele a galletas de Toñi.

—Las hice de madrugada. No podía dormir. Me pasé un poco con las cantidades y salieron tres hornadas, la última, justo antes de que llamaras a la puerta. —Nos reímos y siento que algo se mueve en mi interior

—Así que ahora haces cosas a lo loco... —dice mirándome extrañada.

—La vida nos va cambiando. Quizá tú, ahora, hagas cosas pensándolas primero.

No pretendía lanzarle un puñal, pero ya está dicho. Aurora se tensa.

—Mencionabas en tu nota la palabra paz, ¿no?

—Tienes razón, perdona.

Con un gesto la invito a tomar asiento en una de las dos butacas que están en una esquina del salón. Yo ocupo la otra.

—Supongo que esto no es fácil para ninguna de las dos.

—Puede que una galleta de Toñi nos endulce el momento. —Le ofrezco la bandeja que está apoyada en el velador que nos separa—. Coge una, anda, aunque solo sea por el trabajo que me han dado.

—A juzgar por el olor, estarán buenísimas, pero te juro que ahora mismo no soy capaz de tragar nada. Déjame empezar por el principio.

—Te escucho.

—Quise decírtelo. Lo intenté. —Mi cara de sorpresa le dice que tiene que repetírmelo—. Lo intenté muchas veces, pero te negabas a dirigirme la palabra por una tontería.

—¡No fue ninguna tontería! Tú, mi hermana del alma, sabías que me estaba metiendo en un pantano y te quedaste mirando mientras me hundía. Te callaste lo de Maruchi por proteger a Elías, ¿de verdad te parece poco?

—Quiero decir que tenías razón al enfadarte, lo que pasa es que te excediste con la reacción... ¡Siete semanas sin hablarme! Y yo, suplicándote que me escucharas. Durante muchos días, llamé a tu puerta cada noche. ¡Te necesitaba tanto! Y tú, sin responder siquiera, te limitabas a pasar el pestillo por dentro. Si supieras cuánto lloré...

—Lo último que me esperaba hoy era que vinieras a reprocharme nada. Ojalá pudiera medirse cuánto lloré yo durante años.

—No he venido a reprocharte nada. He venido a pedirte perdón, pero es necesario que recuerdes que no me hablabas para que entiendas lo que hice.

—Bien, pues sigue.

Me mira a los ojos. Suspira.

—Estaba embarazada.

—¡Oh! —Me quedo de piedra— ¿Embarazada? ¿Tú? Entonces... Tú y Elías...

Aurora hace una pausa y vuelve a suspirar.

—Llevábamos un par de años juntos, Rita, ¿vas a juzgarme?

—No es eso, es que nunca me lo habría imaginado. Creía que las dos teníamos claro que hasta el matrimonio...

—Pasó y punto. Estábamos en la casa abandonada, besándonos, como tantas otras veces, y una cosa llevó a la otra.

—Lo entiendo, claro. Y lo habría entendido si me lo hubieras contado entonces.

—¿No te estoy diciendo que quise contártelo, pero no me dejaste? Si hubieras visto las caras de odio que me ponías al acercarme a ti... Llegó un momento en el que dejé de intentarlo porque llegué a la conclusión de que estabas fuera de ti y podías reaccionar de cualquier forma inesperada, vete tú a saber cómo... —Interrumpe su discurso para preguntarme—: ¿Tienes hijos?

Me molesta la pregunta, hecha a bocajarro.

—No —respondo con esa sensación incómoda que siento siempre ante esa cuestión. Parece que estoy obligada a dar explicaciones.

—Pensé que tendrías unos cuantos, como siempre quisiste...

—La vida da muchas vueltas. Deberías saberlo.

—¡Y tanto! —Se da cuenta de que me he puesto a la defensiva—. No, te lo pregunto porque, si los tuvieras, tú también harías cualquier cosa por protegerlos.

—¿Me estás diciendo que dejaste de intentar hablar conmigo por proteger a tu hijo?

—Hija, una hija maravillosa, aunque por aquel entonces no sabía que sería una niña, claro. Solo sentía que debía estar dispuesta a todo por la criatura que crecía en mi interior. Y en aquel momento, tú me odiabas tanto que empecé a creer que, si te confiaba el secreto de mi embarazo, podías revelarlo como venganza hacia mí.

—¿Cómo pudiste pensar eso de mí?

Se encoge de hombros.

—De verdad que lo siento, pero la Rita de aquellos días no eras tú.

—En eso tienes razón... Si veo hacia atrás, no me reconozco, pero... Si te hubieras quedado, habría podido ayudarte.

—Si me hubiera quedado, ¿en qué crees que me habría convertido en cuanto se empezase a notar el vientre? Y ahora piensa en Elías. No era un señorito de Valladolid, pero su padre no iba a consentir que se casase con una criada embarazada. Pensamos que, si nos quedábamos, nuestro hijo iba a crecer en el infierno, repudiado por su familia y siendo el blanco de todas las miradas en el pueblo. Sin embargo, había una salida perfecta. Un amigo de Elías había emigrado hacía unos años a Argentina. De vez en cuando le escribía contándole mil maravillas y presumiendo de la fortuna que había logrado hacer en poco tiempo. Nos imaginábamos el paraíso. Por lo que decía en sus cartas, estábamos seguros de que podría darnos un buen empleo en alguna de sus varias panaderías. Solo teníamos un problema: llegar hasta él. Necesitábamos dinero y... Lo siento. De verdad que lo siento, Rita. Pensábamos que podríamos devolvértelo muy pronto. Y nunca lo habría cogido sin permiso si me hubieras dado la oportunidad de escucharme.

—No te lo habría prestado. Te lo habría regalado.

Aurora se queda callada y baja la mirada. Me doy cuenta de que carga con una culpa inmensa. Me debato entre levantarme y abrazarla o soltarle uno de aquellos discursos con los que sor Isabel la machacaba de pequeña: «Antes de hacer algo, tienes que pensar en las consecuencias. Actúa bien y te irá bien. No tomes decisiones precipitadas...». Ella se estira y continúa.

—Te juro que jamás se nos pasó por la cabeza que algo pudiese ir mal. Hasta que llegamos a la dirección que figuraba en el remite de las cartas del amigo de Elías. Buenos Aires era una ciudad descomunal para nosotros y nos habríamos sentido fuera de lugar en cualquier rincón, pero aquello era... ¿Cómo te lo explico? La casa abandonada habría sido una lujosa mansión en aquella calle. El edificio con el número que buscábamos no tenía ni puerta del portal. Tuvimos que decidir cuál era el menor peligro para mí, estando en estado como estaba, si esperar a Elías en la calle o subir hasta el primero por unas escaleras que podían haberse venido abajo con el peso de una mosca. Menos mal que subí con Elías. Si no llego a hacerlo, no habría podido impedir un homicidio. A punto estuvo Elías de retorcerle el cuello con sus manos. Logré apartarlo a tiempo, pero fue horrible. El caso es que resultó que el amigo no había dicho ni una sola verdad en sus cartas. Vivía en la peor de las miserias, subsistiendo con algunos pesos cuando tenía oportunidad de trabajar como temporero en el campo.

—¡Madre mía! ¿Y qué hicisteis?

—Pues, gracias a tus ahorros, logramos salir adelante. Alquilamos una habitación diminuta en un barrio humilde, pero tranquilo, no muy lejos del centro. A pesar de que no teníamos nada, teníamos un hogar. El comienzo fue tan duro... Los dos solos, en otro continente, imagínate. Nos salvaron el amor y las ganas que teníamos de ser unos buenos padres. Eso, y la excelente idea

que tuvo Elías. Andaba muy preocupado pensando que el poco dinero que nos quedaba no podíamos gastarlo. Teníamos que invertirlo en algo que pudiese generar dinero. Se le ocurrió comprar un carrito de helados de segunda mano. Había muchos, por toda la ciudad, y pensó que, si los había, sería por algo. No le fue difícil conseguir uno bien de precio. Al principio, sacábamos para subsistir. Poco a poco fuimos mejorando las técnicas de venta y empezamos a ganar lo suficiente como para pagar la habitación sin dificultad. Después, nació la niña y te aseguro que es mentira lo de que donde comen dos, comen tres. Mi leche materna nunca llegó y tuvimos que pagar a una vecina para que nos hiciese de ama de cría. Ya ves qué despropósito, cosas de ricos siendo paupérrimos. Soñaba con devolverte el dinero, Rita, pero qué iba a hacer, ¿dejar de alimentar a mi hija?

—Si me hubieses escrito, habría hablado con don Ramón y él habría encontrado el modo de traeros de vuelta a casa.

—Lo de no escribirte fue creciendo como una bola de nieve. Durante toda la travesía en barco, me imaginé muchas veces qué te iba a contar en la primera carta. Pensaba hacerlo nada más llegar. Sabía que me perdonarías al enterarte de mi estado de buena esperanza. Quería contarte que estábamos empleados en una panadería, viviendo en una casita ideal y saliendo a dar paseos por los parques de la ciudad. Estaba convencida de que el amigo de Elías nos haría un préstamo para que pudiésemos devolverte el dinero... —Aurora deja la mirada perdida y niega—. Tenía que haberte escrito igual, pero estaba tan avergonzada... Decidí esperar a tener mejores noticias.

—Otra mala decisión —digo con pena.

—La peor, Rita. Los años fueron pasando y la vergüenza se fue enquistando. Cuanto más tiempo pasaba, más me convencía de que ya no tenía sentido escribirte, y mucho menos si no era para devolverte el dinero.

Intento ponerme en su lugar. Yo jamás habría obrado así, pero Aurora parece haber venido al mundo para equivocarse. Me dan ganas de ponerme como una furia y gritarle. «Tenías que haberme escrito». En lugar de eso, escucho mi voz templada:

—¿Y cómo conseguisteis salir adelante?

—Otra vez un carrito de helados. El mejor. Con muy buenos clientes fijos. No estaba escrito en ningún lado, pero nadie invadía la zona de otro puesto. Este llevaba años situado a la entrada del mayor parque de la ciudad. Ya te puedes imaginar. El dueño quería jubilarse y nos lo alquiló. Nos dividimos. Yo me quedé con nuestro carrito donde siempre y Elías con el del parque. Trabajando de sol a sol, teníamos para comer y para pagar la habitación, pero la niña iba creciendo y cada vez se nos hacía más complicado vivir tan hacinados. Hasta que conocimos a don Eulogio, un vigués afincado en Buenos Aires que gestionaba una filial de un astillero gallego. Nos ofreció trabajo. Yo entré a servir en su casa y, a Elías, que le había hablado de sus tiempos de cartero, lo empleó en las oficinas de la empresa. Clasificaba y repartía el correo y hacía todo tipo de recados por la ciudad. Fueron tiempos mejores y, por fin, pudimos mudarnos a un apartamento con dos habitaciones, donde nuestra hija pudo crecer sin lujos, pero derrochando felicidad. Le tomé mucho cariño a la familia de don Eulogio, y ellos a mí. Cuando el hijo mayor se prometió con una chica de Vigo, nos puso en bandeja la posibilidad de regresar a Galicia. Yo trabajaría en su casa y Elías en el astillero. Además, podríamos vivir en la casita de invitados del jardín. Por primera vez en la vida, tomé una buena decisión. Elías no quería volver. Él y don Eulogio se tenían mucho aprecio. Creo que veía en él al padre amoroso que nunca tuvo. Al final, lo convencí haciéndole ver que, al no pagar vivienda, podríamos mandar a nuestra hija a la universidad. Ella siempre fue tan buena estudiante... Me recordaba mucho a ti, cuando se

encerraba con sus libros durante horas... Bueno, por cierto —Carraspea y duda antes de seguir hablando—, igual te hace ilusión saberlo, se llama Rita.

—¿De verdad?

—¿Cómo iba a ponerle cualquier otro nombre? Si hubiese sido niño, le habría llamado Rito.

Ambas sonreímos. Siento un alivio profundo. Ahora estoy segura de que Aurora nunca me olvidó.

—Me hace mucha ilusión, claro que sí —le digo. Y es cierto. Se me pone un nudo en la garganta—. A veces me preguntaba si te acordarías de mí tanto como yo de ti, o al menos, algo, un poco.

—A todas horas.

No somos capaces de seguir hablando. Ambas tenemos la mirada empañada.

Echamos la mano a la vez a los vasos de agua que he dejado junto a las galletas. Volvemos a sonreír por la coincidencia y bebemos en un silencio que se rompe con el sonido de la puerta de la entrada cerrándose. El tiempo se me ha pasado volando.

Me siento feliz de que Aurora vaya a coincidir con él. El amor de mi vida y mi hermana del alma, bajo el mismo techo.

—¿Se puede? —pregunta asomándose al salón.

Aurora se tapa la boca con las manos y abre bien los ojos. Parpadea varias veces. Por fin, se levanta y va abriendo los brazos hacia él.

—¡Qué alegría! —Le aprieta el brazo, como para comprobar que es él de verdad, y me mira para preguntar—: No me digáis que... Vosotros... ¿Sí?

Le enseño la alianza sonriendo.

—Nos casamos en el 68 —le aclaro—. Fue el acontecimiento del año en la Casa del Pico. Ya te puedes imaginar...

—Sería una gran fiesta.

—Habría sido mejor si estuvieses tú —digo sin pensar.

Aurora hace un gesto de clavarse un cuchillo en el corazón.

—Perdona. No quería ensañarme contigo, no es eso, es que habría sido mejor si estuvieses tú —repito, esta vez sonriendo.

—Me habría encantado estar.

Sé que lo dice de corazón. Me levanto para abrazarla. Este sí que es el abrazo que llevaba años guardando. Apretado, largo, silencioso. Doloroso y reconfortante a la vez. Nos separamos y sonreímos al ver que a ambas nos corren lágrimas por las mejillas.

Berto aplaude.

PRIMAVERA DE 1968

Agradezco que la casa esté a las afueras de Vigo porque no sé si tendría la destreza suficiente como para meterme entre el tráfico del centro. Siento que la vida me sonríe y, por fin, todo parece perfecto a mi alrededor. Aparco sin dificultad, a la sombra de un pino, en la explanada que bordea la playa de Samil, y me giro hacia el asiento del copiloto.

—¿Qué tal?

—Mejor imposible. Estás preparada para ir al fin del mundo conduciendo, si quieres.

—Eso me dijo el examinador —miento y me río por dentro al recordar las palabras que nunca confesaré: «Conduce usted bastante mal, pero hoy estoy de buen humor y voy a aprobarla a pesar de que, claramente, ha ignorado a un peatón en el cruce anterior».

—Gracias por acompañarme. Es muy importante para mí.

Berto me ofrece su brazo para atravesar la avenida. Me siento tan segura a su lado que no lo suelto. Nos perdemos por varios caminos hasta encontrar la dirección que me indicó el abogado.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo tapándome la boca con ambas manos.

—¿Estás segura de que era el número 19?

Le enseño la nota en la que el señor López me apuntó las señas mientras me decía: «Esto no pasa todos los días, Rita, no se asuste y alégrese, mujer, es usted la única heredera de una familia que nadaba en la abundancia, quítese esa cara de preocupación».

—Estoy impactada, Berto. Me esperaba algo muy bueno, pero esto supera todos mis cálculos. Mira, aquel que viene por allí es el abogado.

—Pues a ver qué dice. Igual es el número 91 y se confundió al escribirlo...

Nos resguardamos del sol de la mañana bajo la sombra de un frondoso alcornoque que sobresale tras el muro de granito.

Al otro lado de la estrecha calle hay un campo de maíz. Me trae el recuerdo de Aurora al poco tiempo de llegar a la Casa del Pico, cuando, en su primer día libre, me convenció para que fuésemos a una finca vecina a «coger prestadas», como decía ella, unas cuantas espigas. Mientras Toñi las asaba en la cocina de leña, nos cayó un sermón interminable sobre los terribles castigos que podían sufrir los amigos de lo ajeno, tanto en este mundo como al rendir cuentas ante san Pedro. Aunque bien que las comió cuando estuvieron asadas, alegando: «Ahora no las vamos a desperdiciar, que eso también sería pecado...».

Una voz me trae de vuelta a la realidad:

—¡Muy buenas! —Nos saluda López desde la distancia— ¡Tenemos un día precioso para hacer la entrega de las llaves! ¡Qué hermosa palmera! También es suya, Rita —dice estrechándome la mano—. Y aquella hilera de cipreses que se ve al fondo del jardín, ¿no le parece maravillosa? —Estoy tan asombrada que no puedo ni hablar. Él se gira hacia Berto, ofreciéndole la mano—. Soy Servando López, encantado.

—Mucho gusto —le responde Berto—. Entonces, ¿es esta la casa?

—Una de ellas, sí. Las otras dos son más modestas, pero ambas tienen su encanto. Una, en

Nigrán, muy cerca de la playa, y la otra, en Fornelos de Montes, en la plaza del ayuntamiento.

Abre la puerta y nos invita con un gesto a pasar al jardín.

—¡Madre mía! No estoy preparada para esto.

—Exacto, Rita, es a su madre a quien tiene que agradecerse, y aunque ya no esté entre nosotros, estoy seguro de que, dondequiera que esté, le encantará que usted pueda disfrutar ahora de sus bienes. Solo la conocí como clienta del bufete, pero le puedo asegurar que era una buena mujer y que, según me confesó, bañada en lágrimas, soportaba un gran peso por haberla abandonado. Me alegro de haber cumplido con su último deseo, el de dejarle a usted todo lo que debió pertenecerle desde que nació.

López nos enseña la casa como si fuese suya. Es un apasionado de las plantas y, en el jardín, él y Berto se detienen a cada paso para comentar detalles. En lo único que no están de acuerdo es en que tal vez haya un exceso de hortensias. A mí me dan igual las flores, solo veo rincones deliciosos en los que sentarme a leer o a conversar con Berto mientras nos tomamos una limonada. Al llegar al porche de entrada, el abogado me tiende un manojo de llaves:

—Tome, Rita. Ha llegado el momento de que abra la puerta de su casa.

—Resulta extraño entrar por la puerta principal sin aire clandestino —le digo a Berto y me sonrío.

—Es su casa Rita, aquí las normas las pone usted —me dice López con un guiño—. Es la llave más larga —me indica.

Doy dos vueltas completas y abro de par en par. En el interior todo es de un gusto exquisito, lujoso, pero sin resultar opulento. López nos guía por anchos pasillos para enseñarnos el salón, la cocina, las habitaciones, la biblioteca, la lavandería... Es algo menor que la Casa del Pico y resulta más acogedora gracias a los tejidos de motivos vegetales y a las paredes pintadas en tonos crudos. Al llegar de nuevo al vestíbulo, el abogado se despide de nosotros con un apretón de manos.

—Le deseo lo mejor, Rita. Me hice abogado porque creo en la justicia, sin embargo, no todos los días puedo darme la satisfacción de ver algo tan justo como esto. Espero que sea muy feliz en esta casa.

—Lo seremos —digo—. Muchas gracias por todo, señor López.

En cuanto nos quedamos a solas, me giro para abrazar a Berto. Él, sorprendido, me envuelve entre sus brazos sin dudar. Apoyo mi cabeza en su pecho y escucho su corazón desbocado.

—¿Lo seremos? —pregunta.

—Solo si tú quieres.

—¿Si quiero?

—Si quieres casarte conmigo.

—Sabes que nada me haría más feliz.

Me pongo de puntillas y él se agacha. Nuestros labios se acercan y se desprenden despacio del beso que deberíamos habernos dado hace ya mucho tiempo. Es un beso casi tan largo como los años que ha estado guardado. Cuando nos separamos, Berto está llorando.

—Lo siento —le digo—. Lamento no haber sabido valorarte como te mereces.

—Si hay algún valor en mí es el de mi amor por ti. No lo dudes —dice enjugándose dos lágrimas silenciosas—. Pero ¿y tú? ¿Estás segura de lo que estás diciendo?

—Me lo voy a pensar mientras me besas otra vez —respondo guiñándole un ojo.

Él me acaricia la cara antes de besarme de nuevo con delicadeza. Siento que estoy donde y con quien quiero estar el resto de mi vida.

—Quiero casarme contigo, Berto. Me pasé años renegando de lo que creía que era el amor sin darme cuenta de que tenía en casa el amor verdadero. Siento haber sido tan necia. Llevo tiempo queriendo decírtelo, pero no sabía cómo. Después de todos estos años, te merecías que fuese una ocasión especial. Mientras recorríamos la casa no podía parar de pensar en lo felices que podemos ser aquí los dos. Llevas media vida cuidándome en silencio, por favor, pasa la otra media dejando que te cuide yo.

—Bueno, nos cuidaremos mutuamente, aunque con tanto jardín, voy a estar muy ocupado —dice con una amplia sonrisa.

—Contrataremos a un jardinero, o a una cuadrilla, si quieres.

—Me reservaré un parterre para encargarme personalmente de que, cuando vayas a desayunar, tengas flores frescas cada día en la mesa de la cocina.

—Me encantará, pero habrá que ponerlas en el comedor, don Alberto. —Le guiño un ojo.

—Va a ser difícil sacudirse la tierra de las botas.

—Verás como no. Ya ves lo que dijo el abogado, se hizo justicia, ahora solo tenemos que disfrutar.

Me coge la mano para atraerme hacia sí y me besa, esta vez, con una pasión que jamás habría imaginado. Siento que las piernas me flaquean y apoyo la espalda en la puerta mientras sigo besándolo. Nuestros cuerpos se enredan y nos sobra la ropa, pero antes de perder el juicio por completo, me recompongo.

—Casémonos pronto —dice Berto, entendiendo mi reacción.

—Lo antes posible.

Querida sor Engracia:

Espero que la presente la encuentre rodeada de cariño y atenciones para llevar lo mejor posible la enfermedad de la que me hablaba en su carta anterior. No me imagino lo difícil que será para usted estar postrada en una cama, aunque seguro que esa habitación estará llena de ángeles que la acompañan en su resignación y le dan aliento para que encuentre paz en su dolor.

Paso a contarle novedades, que son varias y sustanciales.

Tenía usted razón. ¡Los milagros existen!

Hace no mucho, se presentó en la Casa del Pico un abogado de Vigo preguntando por mí. ¿Y sabe qué quería? Pues nada más y nada menos que hacerme llegar los documentos que acreditan que soy heredera de una fortuna. Al final, resultó ser cierto lo que usted me decía de pequeña: ¡Mi madre nunca se olvidó de mí! Por lo poco que me pudo contar el abogado, supe que quedó encinta siendo muy joven y mi padre resultó ser un desalmado, también de familia acomodada, que se desentendió amenazando con negarlo todo. Pretendía difamar a la familia con una retahíla de mentiras que llevaría a mi abuelo a la ruina. Ante semejante situación, mi abuelo obligó a mi madre a retirarse durante el embarazo y darme en adopción. La mandó a Tuy, a casa de una tía de aquella señora que venía a peinarme, Consuelo, ¿se acuerda usted de ella, sor Engracia? Ante las amistades dijeron que mi madre estaba pasando una temporada en El Escorial, con una prima enfermera, para recuperarse de las secuelas de una enfermedad pulmonar. Así que Consuelo no me dejó en el convento porque me encontrase abandonada, como creímos durante tantos años. Era criada en casa de la familia Fernández, de la que provengo, cuidó a mi madre durante la gestación, estuvo presente en mi nacimiento y fue la encargada de hacer cumplir las órdenes de mi abuelo de dejarme en el convento. Me reconforta saber que mi madre, según le confesó al abogado, enviaba a Consuelo a visitarme para ir sabiendo de mí. Estoy segura de que a usted también le habrá gustado conocer esta historia. Me appena pensar en esa joven que sufrió la carga de haberme abandonado mientras yo, ajena a su desgracia, crecía feliz junto Aurora y rodeada del cariño de todas ustedes. Rezo por la paz de su alma y ansío poder abrazarla cuando Dios me llame a su presencia.

La otra noticia maravillosa, que estoy deseando contarle, es que hace un mes que me casé con Berto. Doy infinitas gracias por haberme dado cuenta, aunque tarde, de lo buen hombre que es. Ya ve, sor Engracia. Ahora soy una mujer casada que tiene su propio hogar. ¡Ojalá pudiera usted vernos para comprobar lo felices que somos aquí! No sabemos si, a estas alturas de nuestra vida, Dios querrá bendecirnos con los hijos que ambos deseamos tener. Si eso sucediera, creo que estamos preparados para ser unos buenos padres, pues hemos tenido la experiencia de criar a Moncho. Además, nos une un fuerte vínculo a nuestros sobrinos, los hijos de Lucía, quienes también crecen corriendo por la Casa del Pico. Precisamente, están ahora pasando unos días con nosotros en Vigo para que Lucía y su marido, que ha pasado a hacer las labores de Berto en la casa, puedan descansar de tanta algarabía. Dan mucha guerra, pero es imposible no contagiarse de su alegría.

Me despido, aunque por poco tiempo, ya que tengo previsto visitarla muy pronto y, ¿sabe lo mejor? ¡No se lo va a creer! ¡Iré conduciendo! Ya le contaré, en persona, la aventura de sacarme el carné.

Rezo por todas,

Rita

—¡Mi niña Rita! —Sor Isabel me abraza con fuerza. Se separa para observarme de pies a cabeza —. Te has convertido en una mujer muy elegante... Ya estamos al tanto de lo de tu herencia. ¡Menuda noticia! Me alegro mucho por ti. Bueno, y me alegro más aún por lo de la boda, ¡enhorabuena!

—Gracias. Me están pasando muchas cosas buenas.

—La Divina Providencia.

—No lo dudo.

—¡Pero pasa, hija, pasa! No te quedes en la puerta, esta sigue siendo tu casa. Ven, que sor Engracia te está esperando. La hemos acomodado en la sala de visitas, como cuando sor Mercedes, que en paz descanse, se rompió el pie. Parece que la estoy viendo el día que le trajimos la silla que pudimos comprarle gracias a tu donativo, cómo lloraba de emoción, la pobre...

Se detiene ante la puerta de la sala de visitas y me corta el paso. Suspira. Me coge una mano y me acaricia el dorso mientras me dice:

—Seguramente te quedarás un poco impresionada al verla. Los médicos siguen sin dar un diagnóstico definitivo y mucho me temo que ya no llegará a tiempo. Hace días que apenas come y se está quedando en nada. Se nos va...

Se le escapan un par de lágrimas. Rebusca en el bolsillo del hábito y saca un pañuelo que reconozco al instante. Es uno de los que bordé para enviarles la pasada Navidad. Dejo que se recomponga mientras intento asimilar la gravedad del estado de sor Engracia.

—Y ahora, niña, entra tú, que ha pedido expresamente que os dejemos a solas.

Me armo de valor. Llamo a la puerta y escucho un «Adelante» que suena muy lejano. Me asomo y veo su rostro demacrado entre las sábanas, irreconocible salvo por la mirada.

—¿Da usted su permiso, madre?

—¡Mi querida Rita! Entra, por favor.

Berto me encuentra sentada en una de las butacas del salón, bañada en lágrimas. Se aproxima y se acomoda en el reposabrazos, girado hacia mí para limpiarme la cara con el pañuelo que ya casi no soy capaz de sostener.

—¿Qué pasó, cariño?

—Fue muy duro. Despedirme de ella... Todo lo que me dijo...

La presencia de Berto hace que me vaya serenando.

—Tenía que haber ido contigo —dice, acariciándome con ternura.

—No sé por qué me emperre en ir sola. Me habría venido muy bien tu compañía. Además, la ida la hice de maravilla, pero la vuelta... Descubrí que no es fácil conducir llorando.

El comentario le hace sonreír y me contagia, dándome fuerzas para contarle mi conversación con sor Engracia.

—Está muy malita. Si no ocurre un milagro, no aguantará más de un par de días.

—Vaya, cuánto lo siento, Rita.

—Pero no solo lloro por eso, que también. Es que me ha hecho una confesión que... No sé cómo encajarlo, Berto, no soy capaz ni de pensar con claridad.

—¿Qué te dijo? ¿Te puedo ayudar?

—Consuelo no solo iba al convento a visitarme para saber de mí. Llevaba consigo donativos más que generosos para que se cumpliese el deseo de mi madre. Ella quería asegurarse de que no me faltaba de nada mientras no me adoptaban.

—Eso es algo bonito. Debes alegrarte por ello. Con lo que te dijo el abogado supiste que nunca se había olvidado de ti, y esto no hace más que confirmarlo.

—Sí, pero también explica otra cosa y eso es lo que no sé cómo encajar.

—No sé a qué te refieres.

—Por eso nunca me adoptaron. Sor Engracia me confesó que tuvo que decidir. Eran tiempos muy difíciles y había muchas bocas que alimentar. Optó por sacrificar a una por el bien de todas. Por eso no bajaba al claustro cuando venían padres con intención de adoptar. Por eso me mintió diciéndome que mi madre vendría a buscarme algún día. ¡Me mintió, Berto! Me mintió toda la vida y me privó de la posibilidad de tener una vida mejor, una familia...

—Es muy duro. Supongo que será normal que ahora estés triste y enfadada, pero te conozco tan bien como para saber que pronto serás capaz de ponerte en su lugar. Piénsalo, Rita, ¿qué habrías hecho tú si fueses ella? Tal vez así consigas encontrar algo de paz. Date un poco de tiempo para asimilarlo.

Me quedo pensando en las palabras de mi marido, mi amigo, mi familia. Cojo sus manos entre las mías y las aprieto levemente para retenerlo cerca de mí. Si mi vida hubiese sido otra, no estaría ahora a su lado.

—No necesito tiempo. Tienes razón. Yo habría hecho lo mismo.

Berto sonríe y no necesito nada más para sentirme bien.

JUNIO DE 2002

Una semana después de la visita de Aurora, un aroma delicioso vuelve a impregnar las paredes. Esta vez huele a romero y tomillo. El jarrete, receta de Toñi, ya está preparado y Berto está en el jardín poniendo las patatas a la brasa. En la mesa, bajo el porche trasero, luce la vajilla de Álvarez que heredé junto con la casa. Hoy corre una suave brisa que nos trae el aire fresco de la ría. No creo que podamos quitarnos las chaquetas, pero estaremos bien. Coloco los cubiertos encima de las servilletas alineando todo al milímetro, como si fuesen a venir los reyes de España. No es para menos. Hoy es el cumpleaños de mi amiga. No surgiré de detrás de la tarta como en las películas, como sugería su nieta, pero será mucho mejor. Compartiremos el almuerzo con nuestras familias al completo. Berto y yo nos casamos mayores y no tuvimos descendencia, pero somos unos tíos ejemplares de los tres hijos de Lucía y su marido. No he llegado a saber qué es tener hijos, sin embargo, sí sé lo que es tener sobrinos y daría mi vida ahora mismo por cada uno de ellos sin dudarlo. Aurora ha dicho que vendrá con sus nietos, Vera y Fer, a quienes ya he cogido cariño sin proponérmelo, y con su yerno y su hija, mi tocaya. Me hace mucha ilusión conocerla. Será una tontería, pero siento que mi corazón va a acogerla como a una sobrina más. Lo único que me da pena es que Elías no vaya a estar entre nosotros. Me habría encantado tenerlo hoy aquí. Tal vez, de algún modo, pueda acompañarnos. Ojalá.

Cuando estoy yendo a buscar los vasos, suena el timbre. Se han adelantado un poco. Mejor. Así tendremos más tiempo para estar juntos. Tenemos muchos años que recuperar.

Abro el portalón del jardín y soy feliz. Es mi amiga, sonriendo, rodeada de los suyos. Aunque siempre me pareció una ridiculez pellizcarse para saber que uno no está soñando, lo hago.

—¡Qué alegría! Pasad, pasad.

Aurora me da un abrazo breve. Está ansiosa por presentarme a su hija.

—Rita, esta es Rita.

Ella me sonríe con timidez.

—Ven, anda, dame un abrazo.

—Tenía muchas ganas de conocerte —me dice cuando nos separamos—. Mi madre me ha hablado de ti desde... No sé... Desde que estaba en su barriga, supongo.

Vera y Fer se acercan a darme un par de besos.

—Gracias por haberme hecho caso —me dice Vera al oído. Le pasa un brazo a su hermano por el hombro y se adentra en el jardín diciendo—: Vamos a ayudar con las brasas, que somos especialistas.

—Esperad, que yo voy también. Soy Gustavo, encantado.

Se alejan unos pasos y le pregunto a Rita en voz baja.

—Por el acento diría que es argentino, ¿me equivoco?

—Ya ves. Fue oírlo hablar y enamorarme. Vino unos meses de intercambio a la Universidad de Vigo y ya no regresó a Buenos Aires. Vivimos unidos por el amor, entre nosotros y al tango.

—¿Sabes bailar el tango?

—Ni te imaginas lo bien que lo hace —responde Aurora con orgullo.

—Después bailamos, si queréis —dice su hija—. Ahora voy a ver qué hacen estos especialistas en brasas, que como nos despistemos, nos la lían.

Nos quedamos solas Aurora y yo. Estamos juntas otra vez. Nos cogemos de las manos y nos miramos como si no nos lo creyésemos.

—Ven a ayudarme. Solo falta poner los vasos. Lucía llegará tarde con toda su prole. No sé cómo lo hacen para no llegar puntuales jamás.

Entramos en casa para ir a la cocina. Empiezo a poner vasos en una bandeja. Aurora se sienta a la mesa.

—Siéntate un rato aquí conmigo, como cuando éramos jóvenes. El otro día se nos hizo tan corto... De tanto hablar de mí, me fui a casa con todo por saber de ti...

Hago lo que me pide y volvemos a cogernos las manos, con los brazos apoyados encima de la mesa.

—¿Tuviste que aguantar a doña Laura durante mucho tiempo?

—Me acostumbré. No era tan difícil adivinar cuándo estaba de sí y cuándo de no. Con evitarla los días de no, bastaba para vivir en paz. Y estaba don Ramón para compensar... Seguí viviendo muchos años en la Casa del Pico. Aún ahora, de vez en cuando, voy de visita. Moncho también vive allí con su mujer y sus tres hijas. Los señores están bien, con bastantes achaques de la edad, pero todavía dando guerra.

—Y Toñi... ¿aún vive?

—Se fue a vivir a Sada con su hermana pequeña, también soltera. Ahora tendrá más de noventa, pero está mejor que tú y que yo. Y su hermana, igual. Comparten el piso con otro de los muchos hermanos que se habían ido al exilio, el pequeño. Regresó de Francia con los bolsillos bien llenos, así que están los tres de maravilla, no les falta de nada.

—Me encantaría ir a visitarla.

—Eso está hecho. Nos organizamos y vamos la semana que viene, ¿te parece?

—Perfecto.

¡Estoy haciendo planes con Aurora! Me siento muy afortunada de que nos hayamos reencontrado. Doy gracias a todos los santos.

—¿Contrataron a alguien cuando me fui?

—Lucía dejó la casa de doña Antonia y empezó a venir mañana y tarde. Monchiño ya empezaba a no necesitarme tanto y nunca llegó a haber más bebés, así que yo me pasaba casi todo el día bordando todo lo que a doña Laura se le antojaba. No quedó en aquella casa una toalla sin bordar.

Aurora sonríe.

—¡Ay, Rita! Si supieras cuánto eché de menos estas charlas nuestras...

—Claro que lo sé.

—¿Hace falta que os echemos una mano por aquí? —pregunta Vera, entrando en la cocina—. Las patatas ya casi están. ¡Qué bien huele!

Se pone el guante que está en la encimera y abre el horno para echar un vistazo al asado. Me encanta verla por aquí, como si estuviera en su casa.

—¿Qué tal? ¿Tiene buena pinta? —le pregunto.

—Buenísima.

—Apágalo ya, por favor. Y mira, pon en esa bandeja tres vasos más y llévalos a la mesa, ¿vale?

—Marchando. ¿Algo más?

—No, gracias. Ahora solo falta que llegue mi cuñada con su familia... Espero que no tarden mucho.

Vera sale llevando los vasos con cierta torpeza. Aurora me lee la cara.

—Tranquila. Siempre da la sensación de que se le va a caer todo, pero es solo eso, una sensación. Ha salido a su abuela. Va por la vida caminando al filo de algún incidente y, por algún motivo que desconocemos, acaba salvándose. ¿Y tú? ¿No me vas a contar cómo acabaste viviendo en Vigo, en esta casa tan lujosa?

—La heredé.

—¿Qué?!

Cuando estoy acabando de resumirle a Aurora la historia de mi inesperada herencia, suena el timbre y escuchamos la voz de Berto desde el jardín:

—¡Ya voy!

—Media hora tarde. Esto es todo un récord. Solemos mentirles, diciéndoles que la comida está prevista para una hora antes. Así llegan puntuales, a la hora de verdad —le explico a Aurora—. Pero esta vez, mira tú qué tonta, con tantos nervios, me olvidé de engañarlos.

—¿Tú también estabas nerviosa?

—¡Claro! Y aún lo estoy. Quiero que salga todo bien. Me va la vida en ello, la verdad. Estoy tan emocionada de haberte recuperado...

—¡Bueno, bueno, bueno...! ¡Pero si estás igual que siempre! —exclama Lucía entrando en la cocina con los brazos abiertos.

Aurora se levanta sonriendo y, con los ojos humedecidos, se funden en un largo abrazo apretado.

—¿Te acuerdas de un chico de San Miguel de Oya que bailó con Rita en las fiestas del Monte?

—¿Uno bajito que se llamaba algo raro?

—¡Segismundo, sí! Pues está a punto de entrar por esa puerta. Es mi marido —dice orgullosa—. Y el padre de mis tres hijos, dos chicos y una chica. Ya son unos señores, pero no hay quien los eche de casa. La de mis abuelos, por cierto, para que lo sepas cuando quieras venir.

—¿Y dónde están? ¿No vienen?

—Nos encontramos a tu nieta Vera en el jardín y los secuestró para ayudar. Creo que iban a la leñera a por unos palos para avivar la barbacoa. Por cierto, la chica es clavadita a ti.

El marido de Lucía entra en la cocina y me manda un beso por el aire mientras se dirige a Aurora.

—¿Aurora?

—¿Secundino?

—Segismundo, pero sí, soy el marido de Lucía, encantado.

—¡Ay, lo siento! La memoria ya empieza a jugarle malas pasadas... El gusto es mío.

—Hablando de memoria —digo—, no sé si os acordáis de que ahí fuera nos espera todo un festín. ¿Salimos y vamos haciendo boca con las empanadas?

En el jardín, Lucía coge a Aurora de la mano y se la lleva para ir presentándole a cada uno de sus hijos mientras yo los observo desde el porche con orgullo de tía. Vera se acerca a mí para preguntarme al oído:

—¿Qué regalo le damos primero?

—Mejor el paquete, ¿no?

—Vale. Yo le doy el paquete y tú el sobre.

Vera tuvo el detalle de llamarme a principios de semana para que fuésemos a comprar juntas el regalo. Ese día aprovechó para convencerme de que lo que de verdad le hará ilusión es lo que está dentro del sobre. La chica es tan persuasiva que acabó pareciéndome la mejor idea del mundo, sin embargo, ahora estoy inquieta, pienso que puede resultar precipitado, ¿y si no le parece bien?

—Tal vez sería mejor dárselo después de comer.

—No puedo esperar, lo siento —me dice Vera con la misma cara de pilla que tenía Aurora a su edad.

Coge una cucharilla y un vaso y, con un repiqueteo, llama la atención de los presentes. Las voces se silencian y todos nos miran con expectación.

—Abuela, ven, porfa. —Aurora se acerca y Vera le tiende un paquete envuelto en un papel de vichí verde—. ¡Muchas felicidades!

—Muchas gracias. No teníais que haberos molestado. Que podamos estar aquí todos juntos ya es el mejor regalo...

—Abuela, déjate de rollos y ábrelo, que se nos queman las patatas —le dice Fer desde la barbacoa.

Ella rasga el envoltorio y se sorprende al ver que es un bañador azul marino, de una hechura como los de natación profesional.

—Muy bonito —dice por puro compromiso.

—Ya sabemos que no vas mucho a la playa, pero... —Vera dirige su mirada hacia mí apremiándome a entregarle el sobre.

Me tiembla la mano cuando alargo el brazo hacia Aurora.

—Ojalá que te guste —le digo.

Ella extrae del sobre el tarjetón en el que encuentra mi caligrafía: «Vale por una semana en un balneario». Debajo, con letra de Vera, está escrito: «¡Con Rita, por supuesto!».

Aurora me mira con los ojos empañados y le explico:

—Iremos todos, como una familia, como la familia que volveremos a ser... Si tú quieres, claro.

—Nada me haría más feliz.

Nos miramos sonriendo, con la ilusión de saber que todavía hay un camino que recorrer juntas. Estamos a tiempo de dejar que la vida nos regale algunos momentos compartidos.

—¿Hermanas del alma? —me pregunta.

—Para siempre.

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector:

Espero que hayas disfrutado con la historia de Rita. Si es así, te agradezco que dejes tu comentario y/o valoración en la plataforma en la que adquiriste la novela. Tu opinión es muy importante para ayudarme a crecer.

¡Muchas gracias por leerme!

Amara Castro Cid